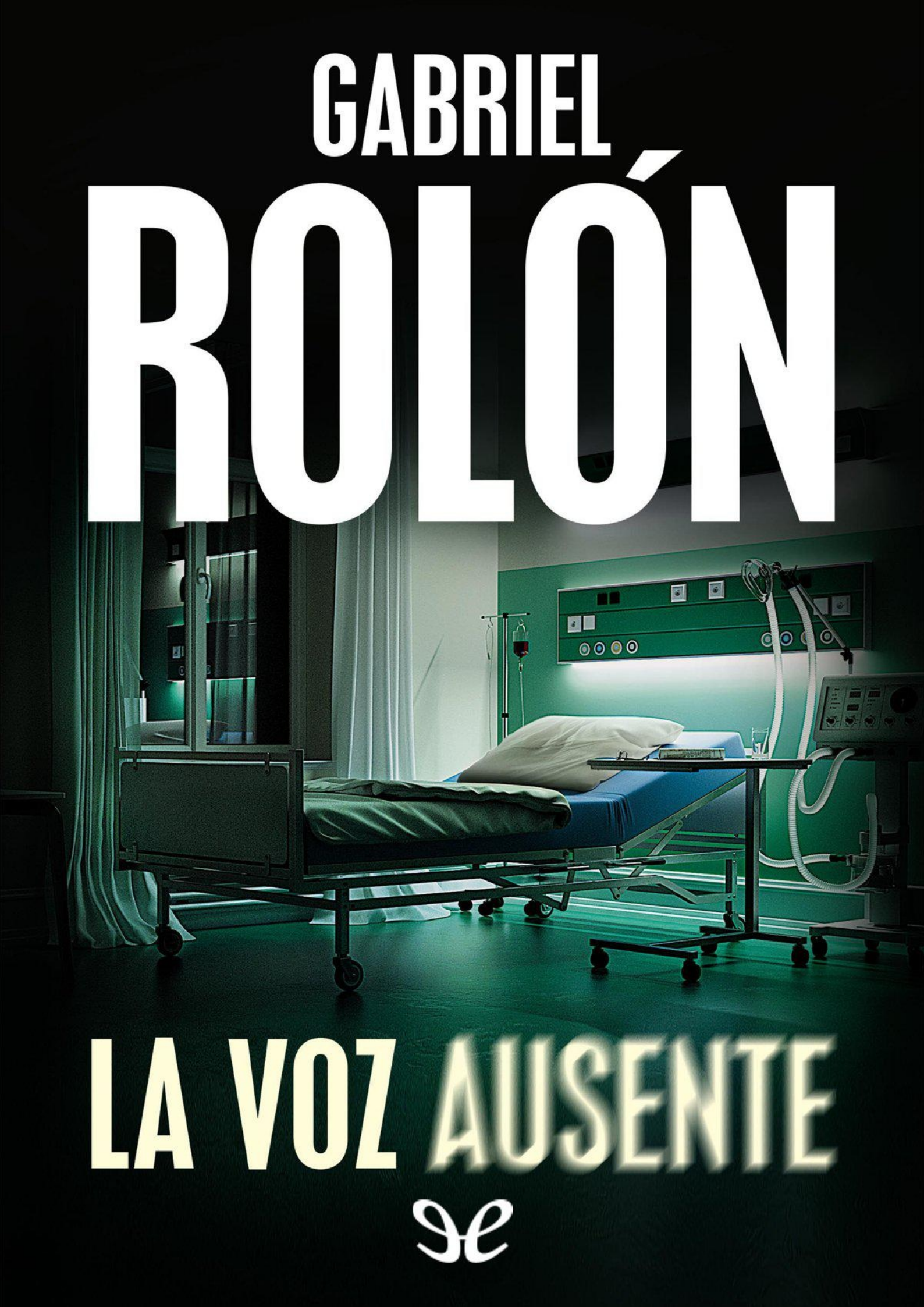
GABRIEL

ROLÓN



LA VOZ AUSENTE

Las cosas no siempre son como parecen, y cuanto más cerca aparenta estar el mundo de cierta calma, mayor suele ser la tormenta que se gesta en lo inesperado. Un rayo acaba en segundos con la ensoñación de Pablo Rouviot después de disfrutar de un concierto de violín de una de sus pacientes: su mejor amigo, José, «el Gitano», fue encontrado al borde de la muerte en su consultorio con un tiro en la cabeza. Todo parece indicar un intento de suicidio. Pero Pablo siente que no es así: algo en lo más profundo de su ser le dice que la verdad es otra, y una vez más debe jugarse la vida para llegar al grado cero de un presente imposible de poner en palabras. Llevado por un impulso que lo empuja al límite de lo irracional, el licenciado Rouviot, con la ayuda de su fiel compañero, el subcomisario Bermúdez, se interna en una trama incierta, un universo críptico y siniestro, con leyes propias, en el que el develamiento de un secreto familiar lo deja cara a cara con un enemigo oscuro, inteligente y peligroso. Casi sin darse cuenta, se sumerge en una historia en la que deberá poner en juego sus herramientas analíticas para esclarecer la investigación policial, sin sospechar que a cada paso se irá convirtiendo en una potencial víctima. Vértigo, erotismo, juegos riesgosos que tienen a la muerte como protagonista hacen de *La voz ausente* un *thriller* psicológico trepidante que genera en el lector sensaciones tan extremas como desconocidas. Un libro que confirma definitivamente a Gabriel Rolón como uno de los narradores más sólidos y efectivos a la hora de bucear en las turbulentas aguas de las pasiones humanas.

Gabriel Rolón

La voz ausente

ePub r1.0
diegoan 18.11.2018

Título original: *La voz ausente*
Gabriel Rolón, 2018

Editor digital: diegoan
ePub base r2.0

Índice de contenido

La voz ausente

Primera parte. La oscuridad

Parte 1. Capítulo I
Parte 1. Capítulo II
Parte 1. Capítulo III
Parte 1. Capítulo IV
Parte 1. Capítulo V
Parte 1. Capítulo VI
Parte 1. Capítulo VII
Parte 1. Capítulo VIII
Parte 1. Capítulo IX
Parte 1. Capítulo X
Parte 1. Capítulo XI
Parte 1. Capítulo XII
Parte 1. Capítulo XIII
Parte 1. Capítulo XIV
Parte 1. Capítulo XV

Segunda parte. El silencio

Parte 2. Capítulo I
Parte 2. Capítulo II
Parte 2. Capítulo III
Parte 2. Capítulo IV
Parte 2. Capítulo V
Parte 2. Capítulo VI
Parte 2. Capítulo VII
Parte 2. Capítulo VIII
Parte 2. Capítulo IX
Parte 2. Capítulo X
Parte 2. Capítulo XI
Parte 2. Capítulo XII
Parte 2. Capítulo XIII
Parte 2. Capítulo XIV
Parte 2. Capítulo XV
Parte 2. Capítulo XVI
Parte 2. Capítulo XVII
Parte 2. Capítulo XVIII
Parte 2. Capítulo XIX

Tercera parte. El nombre

Parte 3. Capítulo I
Parte 3. Capítulo II
Parte 3. Capítulo III
Parte 3. Capítulo IV
Parte 3. Capítulo V
Parte 3. Capítulo VI
Parte 3. Capítulo VII
Parte 3. Capítulo VIII
Parte 3. Capítulo IX
Parte 3. Capítulo X
Parte 3. Capítulo XI
Parte 3. Capítulo XII

Parte 3. Capítulo XIII
Parte 3. Capítulo XIV

Cuarta parte. El pasado

Parte 4. Capítulo I
Parte 4. Capítulo II
Parte 4. Capítulo III
Parte 4. Capítulo IV
Parte 4. Capítulo V
Parte 4. Capítulo VI
Parte 4. Capítulo VII
Parte 4. Capítulo VIII
Parte 4. Capítulo IX
Parte 4. Capítulo X
Parte 4. Capítulo XI
Parte 4. Capítulo XII
Parte 4. Capítulo XIII
Parte 4. Capítulo XIV
Parte 4. Capítulo XV
Parte 4. Capítulo XVI

Quinta parte. La tragedia

Parte 5. Capítulo I
Parte 5. Capítulo II
Parte 5. Capítulo III
Parte 5. Capítulo IV
Parte 5. Capítulo V
Parte 5. Capítulo VI
Parte 5. Capítulo VII
Parte 5. Capítulo VIII
Parte 5. Capítulo IX
Parte 5. Capítulo X
Parte 5. Capítulo XI
Parte 5. Capítulo XII
Parte 5. Capítulo XIII
Parte 5. Capítulo XIV
Parte 5. Capítulo XV
Parte 5. Capítulo XVI
Parte 5. Capítulo XVII
Parte 5. Capítulo XVIII
Parte 5. Capítulo XIX
Parte 5. Capítulo XX
Parte 5. Capítulo XXI
Parte 5. Capítulo XXII
Parte 5. Capítulo XXIII
Parte 5. Capítulo XXIV
Parte 5. Capítulo XXV
Parte 5. Capítulo XXVI

Agradecimientos

Sobre el autor

A mi madre, por enseñarme que aun desde el nido más humilde se puede soñar con alcanzar el cielo.

La forma más profunda de la desesperación
es elegir ser otra cosa que uno mismo.

Søren Kierkegaard

PRIMERA PARTE

LA OSCURIDAD

– I –

Hay momentos en la vida en los que pareciera ser que Dios existe. Instantes fugaces en los que todo se ordena de un modo casi perfecto y el mundo aparenta cobrar algún sentido. Para Pablo Rouviot, este es uno de esos momentos.

Recostado en la butaca, con los ojos cerrados, disfruta del silencio apenas habitado por ese último y casi imperceptible armónico que se niega a abandonar la sala. Sabe que será un silencio breve, apenas el tiempo que requiere el alma para asimilar la emoción. Después, la ovación colmará el ambiente.

Inspira una vez más, contiene el aire y espera, hasta que la sala estalla a su alrededor. Siente el ruido de las butacas e intuye que el público se está poniendo de pie. Quisiera estirar un poco más ese estado de plenitud, pero ya es tarde. La realidad ha vuelto de la mano del aplauso.

Abre los ojos con lentitud y se incorpora. Mueve la cabeza para mirar entre la gente hasta que la distingue, allá, parada en el medio del escenario, con el violín en la mano izquierda y el arco en la derecha. Camila lo ha logrado. Acaba de interpretar el *Concierto en Mi menor de Mendelssohn*, ese que le había prometido tocar a su madre ya muerta cuando ella tenía apenas cuatro años. Hoy, diez años después, ha cumplido la promesa. Y Pablo tuvo mucho que ver con eso.

Cuando la conoció, hace quince meses, era apenas una nena cuyo talento no le alcanzaba para enfrentar la angustia que le provocaba su trágica historia. Ha sido un largo camino, pero ahora, al verla allí, mostrando no solo su arte sino también su incipiente belleza de mujer, sabe que el análisis ha dado sus frutos.

También Camila lo busca entre la gente hasta que lo descubre. Sonríe conmovida, lo saluda con un pequeño gesto de su mano y la niña reaparece detrás de su disfraz de joven concertista. Él le devuelve el saludo. Ella aprieta los ojos, baja la cabeza y mueve suavemente el arco que golpea las cuerdas a modo de secreto agradecimiento. Pablo se conmueve, pero no es un hombre que se permita mostrar sus emociones, por eso decide irse. Pide permiso y con dificultad llega al pasillo. Es probable que Camila toque algún bis, pero ya ha escuchado lo que quería. La mira por última vez sobre el escenario y ratifica para sí mismo cuánto ama su profesión de psicoanalista.

Sale al *foyer* y se dirige hacia la puerta que conduce a los camarines. Un hombre vestido de elegante traje negro le cierra el paso con una amable

firmeza. Se trata de alguien imponente, y Pablo se siente por un instante como el personaje del cuento «Ante la ley», de Kafka.

—Disculpe, señor, pero no puede pasar.

—Soy Pablo Rouviot.

Al escuchar su nombre el guardián de negro le sonríe y se hace a un costado.

—Ah, sí, pase, por favor. La señorita Vanussi me pidió que lo acompañara hasta su camarín.

Pablo agradece y lo sigue por un pasillo largo y angosto.

«*La señorita Vanussi*».

Le cuesta identificar a su paciente en ese apelativo. Para él, la señorita Vanussi es la otra, Paula, la hermana mayor, la que fuera a buscarlo hace más de un año con una propuesta inquietante que lo sumió en un mundo de angustia y locura.

En este tiempo en que ha sido el analista de Camila tuvo que hablar muchas veces con Paula y, en esos encuentros, comprendió que la joven se siente atraída por él. En realidad, lo supo desde el primer momento en que la vio y, si ha de ser sincero, ella también le gusta. No es fácil resistir la invitación de su mirada verde. Sin embargo, es una mujer que le está prohibida. Y no solo porque es la hermana de su paciente, sino también porque, desde hace tiempo, el amor es un riesgo que prefiere evitar. Solo aquella relación que tuvo con Luciana hace unos meses le generó alguna esperanza. Pero, como si fuera una obsesión, la soledad había aparecido reclamando su lugar.

Los ruidos que escucha sobre su cabeza interrumpen sus pensamientos y deduce que está pasando por debajo del escenario. Camina unos metros más hasta que el hombre de negro se detiene y abre una puerta.

—Adelante, por favor.

El ambiente está cálidamente iluminado y, sobre una silla, el estuche del violín que guarda un secreto que solo él y Camila conocen está cerrado.

—Si me disculpa, señor Rouviot, debo continuar trabajando.

—Por supuesto. Muchas gracias.

El hombre se retira y cierra la puerta tras de sí. Pablo recorre el cuarto con la mirada y advierte que en cada pared hay un espejo.

«El narcisismo de los artistas», piensa.

En un costado hay un sillón con el tamaño suficiente para que alguien pueda acostarse a descansar y ramos de flores esparcidos por todas partes. Sobre una de las esquinas ve un atril. Se acerca y reconoce la partitura. Sonríe. Camila ha estado estudiando hasta último momento.

Preferiría no estar allí, pero le prometió pasar a saludarla luego del concierto, y un analista no puede dejar de cumplir la palabra que da al

paciente. Minutos después, la puerta se abre, Camila entra corriendo y se arroja a sus brazos.

—¡Lo hicimos… lo hicimos!

Él la abraza con fuerza unos segundos antes de hablar.

—Vos lo hiciste. Yo solo me limité a escucharte. Estuviste maravillosa.

Ella se acurruca aún más contra su pecho, emocionada.

—Te quiero, Pablo. Gracias, muchas gracias por todo.

Él está a punto de responder cuando percibe los ojos verdes que lo miran con intensidad. Sin desprenderse del abrazo, la saluda.

—Hola, Paula. ¿Cómo estás?

—Emocionada, y feliz de verte. Hace mucho que no hablamos.

Se siente incómodo, pero intenta disimularlo.

—No fue necesario —se justifica—. Con Camila nos entendimos muy bien solos en este tiempo. ¿No?

La niña asiente mientras él interrumpe el abrazo.

—Vamos a ir a brindar. Algo íntimo, solo algunos amigos. ¿Venís? —le pregunta Paula.

—No puedo, te agradezco. Tengo un compromiso —miente Pablo—. Además, ya han sido demasiadas emociones para un solo día.

Se miran una vez más. Es hermosa y lo conmueve como cada vez que la tiene enfrente, pero hace tiempo entendió que esa belleza no es para él.

—Bueno, Camila, andá y seguí disfrutando. Es tu noche. —Le sonríe Rouviot—. Nos vemos en el consultorio la semana que viene, ¿te parece?

—Obvio, como siempre.

Él le da un beso y saluda.

—¿Te acompaño? —le pregunta Paula.

—No es necesario, puedo encontrar la salida sin ayuda.

Se hace silencio. Paula se le acerca y lo atraviesa con la mirada. Él se inclina y queda a la distancia de un beso. Piensa que sería tan fácil averiguar el gusto de esa boca, pero se deshace de ese pensamiento con rapidez.

—Entonces, me voy. Chau.

Se apresura a salir del camarín y, una vez afuera, suspira aliviado. Desanda el camino hasta llegar al *hall* donde una chica de riguroso uniforme azul y sonrisa ensayada le ofrece una copa de *champagne* que él rechaza. Solo quiere llegar a la calle y respirar un poco de aire fresco.

Al llegar a la escalinata, mientras se levanta el cuello del abrigo, siente que lo peor ya ha pasado. Se equivoca.

Enciende el celular y comprueba que tiene ocho llamadas perdidas y un mensaje de texto, todos de Helena, su asistente. Lee preocupado: «Rubio ¿dónde te metiste? Vení urgente a la Terapia Intensiva del Hospital de Clínicas. Te espero acá».

Sin pensarlo detiene un taxi que llega por la calle Libertad y sube.

—Al Hospital de Clínicas. Rápido, por favor.

Intenta comunicarse con Helena, pero una voz le indica que el teléfono está apagado o fuera del área de cobertura. Su pulso se acelera. Sabe que ha ocurrido algo grave. Lo que lo espera, de todas maneras, supera en mucho cualquiera de sus miedos.

Hay momentos en la vida en los que pareciera ser que Dios existe. Instantes fugaces… demasiado fugaces.

– II –

El taxi sigue por Libertad hasta la avenida Córdoba, gira a la izquierda y al llegar a la esquina lo detiene el semáforo. Pablo mira la Buenos Aires nocturna por la que tanto le gusta caminar. Le parece una ciudad casi mágica. Muchas madrugadas lo habían encontrado mirando las luces encendidas de algunos departamentos y dejaba volar su imaginación. ¿Por qué no dormía esa gente, en qué estaría pensando? En su mente armaba historias de amor, de traiciones, de erotismo o de soledad.

La luz se pone en verde y el auto arranca. Cuando pasan por el edificio de Obras Sanitarias recuerda que, siendo muy chico, su padre lo había llevado hasta allí para mostrárselo. Le había dicho que era una construcción única, una belleza arquitectónica. Él asintió, más por respeto que por estar de acuerdo. Por el contrario, le había parecido solo un edificio de color naranja recargado de detalles. Con los años aprendió a quererlo un poco más.

En ese momento, una ambulancia que pasa lo saca de su ensoñación.

Vuelve a llamar a Helena, maldice al contestador y corta sin dejar mensaje. Está a pocas cuadras y casi no hay tránsito a esa hora. De todas maneras, el viaje le parece eterno.

Intenta calmarse, pero la certeza de la tragedia es más fuerte. Piensa en su madre, a quien no ve desde hace semanas. ¿Le habrá ocurrido algo? Debería visitarla más seguido. Pablo la adora, pero es una constante en él: casi no le dedica tiempo a la gente que ama. Su vida se reparte entre pacientes, conferencias y viajes obligados por cuestiones profesionales. Envuelto en sus pensamientos, ve la facultad de Ciencias Económicas a su izquierda y rememora que alguna vez, siendo un adolescente, subió esas escaleras en busca de un futuro. ¿Cómo pensó siquiera por un instante que podía ser contador? Pero así eran las cosas en aquella época. Ser hijo de una familia humilde obligaba a hacer la secundaria en un colegio comercial porque permitía una salida laboral más rápida y, su paso exitoso por el mismo, lo llevó a inscribirse allí sin pensarlo.

La mole frente a él le recuerda que ni siquiera tuvo tiempo de pasarla mal, ya que al instante comprendió que no quería ese destino, y abandonó la carrera en menos de lo que tardaba el subte en llevarlo desde allí hasta Plaza Italia.

El taxi se detiene y Pablo se sobresalta.

—Llegamos —le informa el conductor.

Paga en silencio y baja del auto. Sube apresurado los escalones solo para advertir que, a esa hora, esa entrada está cerrada. Baja aún con mayor rapidez

y da la vuelta por la calle Uriburu. En Paraguay gira y avanza por la explanada de los automóviles. No se da cuenta, pero va corriendo. Abre la puerta cuyo cartel indica Guardia y busca en vano a alguien que le indique dónde queda la sala de Terapia Intensiva. Sabe que no va a estar en la planta baja. Por una cuestión de tranquilidad y discreción, esos lugares suelen ubicarse en sectores más aislados. Si estuviera buscando el área de Psicopatología le hubiese sido más fácil. Bastaba con imaginar el lugar más feo y escondido del edificio y allí la encontraría. La sociedad tiende a esconder a los locos de la mirada de la gente. Aquella aseveración de Michel Foucault seguía siendo cierta y aún hoy, a pesar de los avances de la ciencia y la farmacología, las enfermedades mentales siguen provocando miedo, cuando no vergüenza.

Se para frente a uno de los ascensores y aprieta el botón. Nada. Lo mismo ocurre con el resto. Seguramente están fuera de servicio. Maldice para sus adentros y comienza a subir por la enorme escalera de mármol.

Rouviot ama el hospital. Para él, la salud pública es un milagro argentino, uno de los bastiones que todavía permanecen en pie a pesar de la llegada de cierta política que pretende ponerle un precio a todo y que, en su afán por destruirla, fue dejando a los hospitales sin elementos, sin gas, sin mantenimiento y pagando a los profesionales unos sueldos de miseria. A pesar de eso, con una dignidad que enorgullece, el personal resiste y se encarga de hacer todo con casi nada.

Allí están los mejores médicos, los profesores que envidian las universidades privadas, esos que no pueden comprarse con dinero, jugando su prestigio y sosteniendo una enseñanza y una práctica clínica que sigue siendo uno de los orgullos del país. Pablo se ha formado en esos establecimientos y allí aprendió el verdadero significado de la palabra vocación. Por eso los quiere y los respeta, aunque reconoce que tienen un grave inconveniente: son enormes. Tanto que es posible citarse con alguien a una hora exacta en un piso determinado sin poder encontrarse nunca. Ese mundo de pasillos y puertas lo marea, pero aun así continúa yendo de izquierda a derecha solo guiado por su instinto.

Al llegar al quinto piso se detiene para tomar un poco de aire y ve a un enfermero que, silbando, camina en su dirección. Pablo respira profundo antes de hablar de modo entrecortado.

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde se encuentra la sala de Terapia Intensiva?

El hombre le sonríe.

—Se lo ve cansado, pero no pensé que fuera para tanto.

—No. —Suspira—. No es para mí.

—Lo sé. Disculpe, solo era una broma. Siga por acá hasta el final —señala con un dedo— y gire hacia la izquierda. Va a ver una puerta que dice Rayos.

Justo al lado sale un pasillo, y al final una escalera. Suba hasta el décimo piso y doble a la derecha. Es la última puerta.

Pablo lo mira e inspira una vez más.

—Muchas gracias. —Se despide del enfermero.

—Buenas noches, y ojalá todo salga bien.

Pablo ya sabe adónde dirigirse y camina con determinación. Nunca le gustó enterarse tarde de las desgracias. Lejos de huir de ellas las enfrenta, las mira a los ojos. Solo así ha podido afrontar los momentos difíciles de su vida. Y esta no va a ser la excepción. Al llegar al piso diez encara por el pasillo apenas iluminado que sale a su derecha. A medida que avanza la sensación de angustia se hace más fuerte. Hasta que allá, al fondo, apoyada contra la pared, ve a Helena. Ella levanta la cabeza al escuchar los pasos que retumban en el corredor y va a su encuentro.

Ya está.

En segundos va saber lo que está ocurriendo, y la angustia no será nada comparada con la sensación de vacío y desconcierto.

– III –

—¿Qué decís? —pregunta con incredulidad—. No puede ser.

—Pero es —le responde Helena.

—¿Y cómo fue?

Ella se encoge de hombros y le esquiva la mirada.

—Dicen que fue un intento de suicidio.

—¿Suicidio? Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te volviste loca?

—Yo no, pero a lo mejor José sí.

Pablo se mueve como si fuera un animal enjaulado mientras sus gestos denotan que se niega a creer en esa posibilidad. Conoce bien a su amigo. Sabe de sus momentos oscuros, sabe también que tiene con qué soportarlos. Además, no ignora que después de mucho tiempo estaba atravesando una etapa feliz.

La voz de Helena interrumpe sus pensamientos.

—De todos modos, todavía no nos dijeron nada. Cuando llegué ya estaba en la sala de Terapia Intensiva. Golpeé la puerta y salió un médico flaquito que está de guardia y me dijo que el estado es reservado.

Pablo se agarra la cabeza y da vueltas en el mismo lugar sin poder reaccionar todavía.

—Rubio, estamos en el horno —sentencia Helena. Él asiente y la abraza.

Rubio, ese apodo que surgió en su época de estudiante secundario debido a su apellido, Rouviot, y que hoy solo Helena se permite utilizar como privilegio de aquella adolescencia compartida.

—No lo puedo creer —murmura Pablo—. ¿Y cómo estaba cuando lo encontraron?

—Eso nos lo va a informar la policía, supongo. Hay un agente justo en la puerta de Terapia. Pero no te gastes en preguntarle, yo ya lo hice.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. Que lo dejaron de guardia sin darle ninguna información.

—Puta madre —maldice—. Y a vos ¿quién te avisó?

—La chica esa que está allá.

—¿Qué chica?

—Aquella. —Helena señala el final del pasillo—. La que está sentada en ese banco. Tenía una tarjeta tuya, y como ahí no figura tu teléfono sino el mío, te quiso avisar a vos y me enteré yo. Parece ser que fue ella quien lo encontró y llamó al 911. Se la llevaron a declarar y después vino directo para acá. ¿La conocés?

Pablo se asoma y la ve. Con el pelo oscuro y largo que le cubre la cara y cae hasta las rodillas, la cabeza inclinada entre las manos y una actitud de inmensa desprotección.

—Sí, la conozco —responde y camina hacia ella.

Candela Montero apenas si percibe la mano que toca su cabeza con afecto. Levanta la vista y lo reconoce. Sus ojos se humedecen y la voz que se le quiebra vuelve inaudible el saludo. El hombre se pone en cuclillas, ella se arroja a sus brazos y suelta un llanto que viene conteniendo desde hace horas. Pablo también quisiera llorar, después de todo el que está peleando por su vida es su mejor amigo, pero sabe que no puede. No en este momento. Ahora necesita de toda su entereza para contener a la joven y comprender qué está pasando.

Unos instantes después, Candela se separa y lo observa. Repara en un resto de rímel que le ha dejado en la camisa e intenta sacarlo con un dedo.

—Te he manchado todo —le dice con marcado acento andaluz. Pablo se mira.

—No tiene importancia. Contame qué pasó.

—Pues, que no lo sé. Habíamos quedado con José en que lo pasaría a buscar a las ocho. Llegué y toqué el timbre de arriba por si aún estaba con pacientes y, como no me respondía, decidí entrar con mi llave. Había tanto silencio que tuve miedo. Sin embargo, todo parecía estar en orden, tanto en la sala de espera como en la cocina. Hasta que llegué a su consultorio.

Hace una pausa y vuelve a quebrarse. Él le acaricia el rostro y espera hasta que ella pueda continuar.

—Parecía como si estuviera descansando, con la cabeza un poco girada hacia la derecha. Lo llamé pensando que estaba dormido, pero luego vi la sangre en el piso y recién allí me di cuenta de que había un revólver caído a sus pies. Me acerqué, lo toqué, le hablé intentando hacerlo reaccionar, hasta que me di cuenta de que era inútil. Entonces llamé al 911 y avisé a la policía. —Pausa—. Dime, Pablo, ¿José va a morir?

La pregunta es directa y fatal. La mira y ni siquiera tiene que pensar la respuesta. No va a mentirle ni apelar a esas frases de ocasión que invitan a la fe. Hace tiempo que ha aprendido a no caer en las redes fatales de la esperanza.

—No lo sé. Todavía no pude hablar con nadie y ni siquiera entiendo qué estamos haciendo acá. Esto parece una pesadilla.

Ella asiente.

—¿Sabes? La policía me ha dicho que seguramente volverán a interrogarme. ¿Qué más podría decirles, si no sé nada? A no ser que sea

sospechosa de algo, pero tampoco sé de qué, si José... —se interrumpe angustiada—. Pues, que se ha disparado él mismo. ¿O no?

Pablo hace una pausa antes de responder.

—Es probable. Pero vos lo encontraste, y en esta circunstancia no pueden descartar a nadie. —Percibe el temor en su mirada y la acaricia—. No tengas miedo. No voy a dejarte sola.

Candela lo mira, asustada pero agradecida.

La puerta de la sala de Terapia Intensiva se abre y la voz de un médico de extrema delgadez los interrumpe. En el guardapolvo tiene bordado su nombre: Dr. Daniel Antúnez.

—Familiares de José Heredia.

Ambos se ponen de pie y Helena se acerca corriendo. Pablo siente que su corazón se acelera. Intenta leer en la actitud del médico lo que tiene para decirles, pero no puede. El gesto de indiferencia es parte de las condiciones que desarrollan quienes trabajan en la frontera entre la vida y la muerte. Y, a pesar de su juventud, el doctor Antúnez ya lo ha adquirido.

– IV –

—¿Usted quién es? —pregunta el profesional a Pablo.

—Un amigo.

—¿Y usted, señora?

—Una amiga, también —responde Helena.

El doctor interroga ahora a Candela quien, sin saber qué responder, mira a Rouviot.

—Ella es la mujer —contesta él.

—¿Qué? —pregunta Helena, con voz apenas audible—. Rubio, es una joda, ¿no?

—Callate. Después te explico.

Ajeno al comentario, el médico se dirige específicamente a Candela.

—Señora, su marido está grave. Entró al hospital en *shock* y en estado de coma, con un cuadro clínico muy delicado debido a una herida de bala. Estamos intentando estabilizar sus signos vitales, razón por la cual lo intubamos, comenzamos a pasarle algunas drogas y en este momento está conectado en ARM.

—¿Qué es eso? —murmura Helena a Pablo.

—Asistencia respiratoria mecánica.

—¿O sea?

—Que está enchufado a un respirador artificial.

Helena cierra los ojos y mueve la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Y cuáles son los próximos pasos? —pregunta Pablo.

—Bueno, en cuanto esté emodinámicamente estable lo vamos a llevar para hacerle una Tomografía Computada y ver si podemos intervenirlo. Pero eso ya lo decidirá el cirujano cuando llegue.

—¿Puedo preguntarle quién es?

Antúnez señala con la cabeza la plantilla en la cual figuran los miembros del servicio.

—El jefe de Neurocirugía.

Pablo mira, reconoce el nombre y su gesto se ensombrece. El doctor Ramón Uzarrizaga es, tal vez, el especialista más capacitado que haya en el país.

—¿Lo conocés? —le pregunta Helena.

—Sí. El Gitano y yo lo tuvimos como titular de Neurofisiología en la facultad. Es una eminencia.

—Mejor, entonces. ¿Por qué lo decís con tanta preocupación?

—Porque imagino que nadie molestaría al jefe del servicio a esta hora a menos que el caso sea muy grave.

Candela lo mira angustiada.

—Bueno, señora —continúa Antúnez—, esto es lo que puedo decirle por ahora. Si todo va como esperamos, en unos minutos le haremos el estudio y entonces podremos comunicarle algo más. Con permiso.

El médico se retira y los tres se miran en silencio. De pronto, como si un pensamiento se le hubiera impuesto, Pablo toma una decisión.

—Me voy.

—¿Adónde? —pregunta Helena sorprendida.

—Al consultorio del Gitano.

—¿Para qué?

—No lo sé. Quiero verlo y… —se interrumpe—. ¿Qué querés que te diga? No me entra en la cabeza que José se haya querido matar, y puede haber quedado algún rastro, algo que ayude a la investigación.

—Pero ya está la policía en el lugar, y ellos saben mejor que vos cómo se procede en estos casos —le señala Helena.

—Sí, ya lo sé. Pero es justamente eso: un caso. Y para ellos todos los casos son iguales, en cambio para mí no. —Hace una pausa—. Imagino que deben estar fumando y haciendo chistes mientras esperan que llegue el delivery con la *pizza*.

Helena intenta interrumpirlo, pero Pablo la detiene.

—Perdoname. Ya sé que es parte de su trabajo y lo entiendo, pero igual necesito ir para allá.

—No te van a dejar entrar, Rubio. Ese lugar ya no es el consultorio de tu mejor amigo, ahora es la escena de un delito —duda—. De un crimen, o como mierda se diga.

—No te preocupes por eso que yo lo arreglo.

Ella lo mira intrigada.

—¿En qué estás pensando?

—No importa. —Suspira y mira a Candela—. Vos ocupate de cuidarla, y por ningún motivo la dejes sola. ¿Entendiste? Y en cuanto haya alguna novedad me llamás.

—Sí, señor —responde con ironía.

Pablo le sonríe, acaricia una vez más a Candela y se pierde recorriendo el mismo pasillo por el que había llegado minutos atrás. Las dos mujeres se quedan en silencio frente a la puerta de Terapia hasta que Helena la mira con ternura y le pone una mano sobre el hombro.

—A ver, gallega, decime ¿cómo es eso de que vos sos la mujer del Gitano?

Candela la mira algo asustada. Pero sabe que, si Pablo la ha dejado a su cuidado, debe confiar en ella. Y si algo necesita en este momento es poder confiar en alguien.

– V –

De pie, con la mirada perdida en la ventana de la cocina, absorbe cada resquicio de nicotina del que cree será el último cigarrillo de la noche. Mientras tanto, un bife a medio terminar se enfría en el plato y, en su mano, el vaso despide el aroma de un vino barato. Es el final de un día difícil. En su trabajo, casi todos lo son, pero hoy ha sido especialmente duro.

Acaba de detener al principal responsable de la distribución de paco entre los pibes de la villa, y eso lo debería hacer sentir bien. Sin embargo, la cara del juez de instrucción lo hizo dudar.

«Lo va a dejar libre, —piensa—. Ese hijo de puta está entongado».

Tiene demasiada experiencia como para equivocarse y por eso está enojado.

No le es sencillo mantener su vocación. Cuando entró a la policía, hace ya muchos años, lo hizo convencido de que la lucha por los principios se daba desde adentro. Era demasiado fácil quejarse y no hacer nada. Por eso ingresó a la fuerza y, en todos estos años, construyó una carrera honesta, larga y frustrante. Aunque debe reconocer que no todo ha sido feo. También conoció mucha gente valiosa y salvó algunas vidas, lo cual le sirve para justificar los momentos malos.

Bebe de un trago el resto de vino y recuerda que, junto a otros amigos, había intentado armar un grupo al cual los demás bautizaron con ironía «los intocables» porque, para evitar tener conflictos con la plana mayor, nadie se les acercaba. De aquella estirpe gloriosa queda apenas el recuerdo del comisario Mendoza, baleado por la espalda con un arma reglamentaria en un confuso enfrentamiento, el sargento Núñez, dado de baja por su mal desempeño en una investigación armada a tal efecto, Valenzuela, quien ha sido destinado a un pueblito de mala muerte en el sur de la provincia y él, que resiste como subcomisario de una complicada zona del conurbano bonaerense.

Sabe que con el paso de los años su carácter se ha endurecido, pero, aun así, todavía siente asco ante ciertas caras de la corrupción y la injusticia.

—Mi Negro va a ser distinto —solía decir su abuelo cuando lo hamacaba en su falda. Y no se había equivocado.

Mientras deja el vaso en la pileta de la cocina, el policía recuerda la ceremonia dominical alrededor de la mesa familiar. En aquel tiempo, aunque jamás se lo confesó a nadie, aprendió a admirar más a su abuelo que a su padre. Idealizó la figura de aquel hombre de pocas palabras y carácter fuerte nacido en la provincia de Entre Ríos que había trabajado siempre en la

cosecha de maíz junto a sus dos hijos varones, aunque durante la época de la recolección toda la familia, incluso las mujeres, iba a los sembrados y trabajaba de sol a sol durmiendo a cielo abierto. Y todo eso por cinco pesos la bolsa. En esas jornadas eternas, su abuelo miraba a los suyos y masticaba en silencio la bronca de los pobres.

Su vida había sido difícil. Le había tocado asumir a un padre español que visitaba la casa solo para embarazar a su madre india. Quizás por eso, pequeña pero honrosa venganza, solo había heredado de aquel gringo los ojos claros, nada más. Por el contrario, exhibía en la cara el orgullo de su sangre aborigen. Y vaya si había sabido ganarse el respeto de los paisanos.

Tal vez esa admiración se debiera a la dignidad con que soportó aquella flagelación a la que fue sometido cuando, durante el gobierno de Yrigoyen, se le ocurrió organizar una protesta contra los estancieros del pueblo.

La policía vino a buscarlo un sábado a la noche y al día siguiente, cuando la mayoría de la gente paseaba por la plaza principal, reunió a los presentes formando una ronda. Empujaron al centro a su abuelo, al que obligaron a ponerse en cuatro patas para ser montado y espoleado como si fuera un caballo.

Él no se quejó, no gritó y ni siquiera bajó los ojos al toparlos con los de su familia que lloraba, con ese llanto profundo y desgarrado que produce la impotencia ante la injusticia.

Al terminar la sesión de doma, el hombre se levantó, caminó pesadamente sin mostrar su dolor y atravesó el círculo de mirones con los suyos siguiéndolo en silencio.

Entonces, uno de los milicos, como él los llamaba, le gritó en forma socarrona:

—¿Y, paisano, qué dice ahora?

El abuelo se detuvo, se dio vuelta para mirarlo con sus ojos de macho y repitió:

—Que cinco pesos la bolsa es un robo.

Nadie dijo nada, pero al otro día, al volver a trabajar al campo ajeno, ya no era «el indio Adolfo», como lo llamaban hasta entonces. Se había convertido para siempre en «Don Adolfo».

Él era muy chico, sin embargo, recuerda con claridad el día en el que escuchó esa historia por primera vez, porque en ese momento comprendió que esa no podía ser la función de la policía. Quizás por eso, ni bien tuvo la edad necesaria, ingresó a la fuerza y durante toda su vida intentó dar batalla cuidándose de no quedar nunca del lado equivocado. Esa fue siempre su lucha. Sin embargo, ahora mira su reflejo en el vidrio de la ventana y comprende que ya está viejo. Sabe que muchos verían con agrado que pidiera

el retiro, pero no va a darles el gusto. Aún no. Y, aunque en noches como estas sienta que no vale la pena, sabe que va a intentarlo un poco más.

El timbre del teléfono lo saca de sus pensamientos. Mira el reloj. No suele recibir llamadas a esa hora a menos que haya algún problema serio.

—Hola.

—¿Bermúdez? Disculpe el atrevimiento de llamarlo tan tarde. Soy Pablo, Pablo Rouviot. Espero que me recuerde.

– VI –

Sentado junto a un ventanal del bar «La Ópera» mira los autos que cruzan Corrientes y Callao en una ininterrumpida procesión. Tomada de la mano, una pareja espera que el semáforo le dé paso, mientras que una nena de no más de seis años se arrima e intenta venderle una rosa. En la otra esquina, alguien aguarda sentado en el escalón de un edificio a que llegue el colectivo y un grupo de mujeres se acerca conversando y riendo de modo exagerado, con esa falta de vergüenza que el alcohol brinda por un rato.

Pablo ama Buenos Aires. Porque es hermosa, porque caminando por sus calles les dio forma a muchos de sus sueños, y porque en las mesas de sus bares estudió, escribió, inició una historia de amor o, como ahora, esperó angustiado.

Son las dos de la mañana. Lo sabe porque desde la radio que escucha el empleado de la caja le llega la voz de Alejandro Dolina que se despide entre los aplausos del público: «*Adiós, Maestroooooo*».

Piensa en su amigo José Heredia, el Gitano. Se conocieron en la facultad y, aunque se habían visto cursando Psicoanálisis, la primera conversación se dio cuando cursaban una de esas materias que a Rouviot le interesaban muy poco. José le sonrió desde el banco de al lado.

—Futuro psicoanalista, supongo.

Pablo lo miró de reojo.

—¿Vidente?

—No hace falta. Alcanza con ver tu cara de aburrimiento para saber que esto no te importa.

Pablo sonrió al verse descubierto.

—¿Y vos? —le preguntó.

—También quiero ser analista, aunque me parece que soy un poco más amplio.

Al terminar se quedaron conversando en el café de al lado y concluyeron la noche comiendo *pizza* de parados en Güerrín. Desde entonces, los unió una amistad que pasaba por encima de sus diferencias. José era mucho más diplomático y tolerante, por eso su carrera académica había avanzado en la Universidad sin demasiados sobresaltos y era hoy un destacado profesor. Pablo, en cambio, optó por un camino solitario. Despreciado por algunos colegas y envidiado por otros, se dedicó a escribir algunos textos bastante controvertidos sobre la práctica clínica del Psicoanálisis.

—Ay, Pablito —le dijo el Gitano al enterarse de la pelea que Rouviot había tenido con el decano de la facultad—. No sé cuál de los dos es más necio. Pero,

aun así, estoy de tu lado. Supongo que de eso se trata la amistad.

Una amistad que a José le había traído muchos inconvenientes.

Mientras toma un sorbo de café, ve llegar el viejo Peugeot 504 negro y lo reconoce. El conductor baja, entra al bar, se dirige directamente hacia su mesa y se sienta frente a él.

—No le puso llave al coche —dice Pablo por todo saludo.

El hombre de aspecto duro y ojos increíblemente claros apenas si lo mira.

—¿Y quién se va a robar semejante vejestorio? Los chorros son chorros, no boludos.

—Está mucho más flaco.

—Puede verlo así, si prefiere.

Pablo sonríe y llama al mozo.

—Otro café, negro y amargo —indica.

Bermúdez pide un cortado y enciende un cigarrillo.

—Perdón, señor —dice tímidamente el empleado—, pero aquí no se puede fumar.

La mirada del policía lo congela y, por toda respuesta, pone su placa sobre la mesa.

—Callate y traeme un cenicero, nene.

El joven asiente en silencio.

Los hombres se habían conocido hacía algo más de un año, cuando Bermúdez tenía a su cargo la investigación del asesinato de Roberto Vanussi, un empresario que apareció tirado en una zanja al costado de la ruta. Pablo fue convocado como perito de parte para certificar que el hijo de la víctima, principal sospechoso del homicidio, era inimputable y, si bien es cierto que al principio no se miraron con buenos ojos, durante esos días aprendieron a respetarse. Rouviot comprobó que el subcomisario era un hombre honesto y este a su vez, con la ayuda del psicoanalista, pudo resolver un caso de violación seguido de muerte. Desde aquella ocasión no han vuelto a hablar, pero sienten que pueden confiar el uno en el otro.

—Gracias por venir, Bermúdez.

—Faltaba más. —Sacude la cabeza—. Qué cosa lo de su amigo. No tenía aspecto de suicida, aunque hace ya tiempo aprendí a no guiarme por las apariencias.

Pablo lo mira y espera a que el mozo deje los pocillos sobre la mesa.

—De eso se trata, subcomisario, de no dejarse engañar por las apariencias.

—¿Qué quiere insinuar?

—Que no creo que haya sido un intento de suicidio.

—Ah ¿no? ¿Y en qué se basa para decir eso?

—Intuición.

Bermúdez hace un gesto irónico y bebe un sorbo de café.

—Mire usted; no sabía que los psicólogos les daban bola a esas cosas.

Rouviot sonríe.

—No me cargue, que hoy no estoy de humor para eso. Mi amigo agoniza en una sala de Terapia Intensiva con una bala en la cabeza, y me niego a creer que sea su responsabilidad. —Hace una pausa antes de continuar—. Mire, conozco muy bien a José. Es inestable, cabrón, impulsivo incluso, pero no haría algo así. ¿Sabe? No cualquiera puede pegarse un tiro. No se suicida el que quiere, sino el que puede. Y créame, el Gitano no puede.

Bermúdez termina su cortado antes de hablar.

—Mientras venía para acá hice algunos llamados. El caso está en manos del comisario Ganducci.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Según. El Flaco no es un mal tipo, pero es vago y le gusta cerrar los casos lo más rápido que puede. Y, por lo que pude averiguar, en esta ocasión todo encaja para que se dé el gusto.

—¿Habló con él?

—No. Si llego a despertarlo a esta hora me cuelga de las bolas. Pero contacté al oficial a cargo y le pedí autorización para investigar la escena.

—¿Y qué le dijo?

Suspira.

—Al principio se hizo rogar un poco, pero ni bien lo apuré aflojó. Debe ser un flojo, porque cuando le dije que era amigo del comisario y que si me obligaba a despertarlo mañana se lo iba a tener que aguantar él, me autorizó.

—Pero entonces, usted es amigo de Ganducci.

—No, pero no importa. Ambos sabemos que conviene que nos llevemos bien. Estamos demasiado cerca y muchas veces nuestros intereses se mezclan. Así que no quiere tener problemas conmigo, ni yo con él. Además, ya le dije que no les da demasiada importancia a los casos. No se involucra más de la cuenta ni se los toma como algo personal, así que no le va a molestar que le eche una mirada al tema, excepto que le traiga algún problema. —Lo mira—. Cosa que seguramente haremos, ¿no?

—No lo sé. Todo depende de qué encontremos allá.

—¿Y qué es lo que espera encontrar? —lo increpa Bermúdez.

Pablo se encoge de hombros.

—La verdad.

– VII –

El consultorio de José está en el barrio de Caballito: José María Moreno y Formosa. Por eso el Peugeot negro toma por Riobamba y dobla en la avenida Rivadavia rumbo a ese destino. Son las tres de la mañana, la ciudad duerme y el tránsito es tranquilo. En unas horas, los colectivos, taxis y autos particulares convertirán el lugar en una enorme playa de estacionamiento por la que se avanzará a paso de hombre.

—¿Le molesta si fumo? —pregunta Bermúdez mientras enciende un cigarrillo.

—Sí.

El policía asiente.

—Se va a tener que joder, entonces. Me encantaría darle el gusto, pero ya no puedo. El cigarrillo es parte de mí mismo. Hace tiempo, cuando todavía me hacía los controles médicos, todos me aconsejaban que lo dejara. —Suelta una carcajada—. ¿Sabe qué me decían en el laburo? Que me iba a matar.

—¿Y dónde está la gracia?

—Que los superiores me mandaban a meterme en aguantaderos inmundos y cagarme a tiros con unos tipos que me estaban esperando porque algún turro ya les había avisado que yo estaba yendo. Y encima tenía que llevarme a dos o tres pibes que apenas sabían cargar el revólver viejo que les daban. —Sonríe irónico—. Y después me cuidaban del cigarrillo.

Pablo lo escucha e imagina las cosas por las que ha pasado ese hombre. Mira su gesto duro, su mirada desesperanzada, pero percibe que, más allá de todo, algo lo impulsa a seguir. Seguramente un mandato de su infancia. Sea como fuere, Bermúdez tiene vocación por lo que hace y eso lo va a empujar hasta el último de sus días, como le ocurre a él con la búsqueda de la verdad. No tienen elección: es lo que son y no pueden ir en contra de eso.

Mientras conversan pasan por el Parque Rivadavia, allí donde unos puestos de libros cubiertos por telas esperan la llegada de la mañana. Buenos Aires es una ciudad que ama la literatura, y en esa plaza enorme pasan sus horas aquellos que curiosean o van en busca de algún material difícil de conseguir. También se venden libros apócrifos que algunos compran con inocencia, y otros sin culpa.

A Pablo le gusta caminar por ahí. Aunque más le gustaba antes, cuando no estaba enrejado, cuando era un lugar abierto. En cambio, ahora todo es distinto. La ciudad entera se ha ido convirtiendo en una enorme prisión donde se encierran los que quieren sentirse seguros, sin comprender que de

este modo la mayoría queda del otro lado de la reja y que esa exclusión es causa de dolor y más violencia.

Bermúdez dobla a la izquierda, cruza en amarillo el semáforo de Rosario y en rojo el de Guayaquil.

—Es aquí, a mitad de cuadra, de la vereda de enfrente. —Le señala Pablo.

—¿No será por casualidad el edificio en el que está el cordón policial, no? —le pregunta con sarcasmo.

Él lo mira avergonzado de su torpe comentario. El policía lo palmea.

—No se aflija, hombre, cada cual en lo suyo. Venga, bajemos.

Descienden del Peugeot y cruzan la calle directo hacia el edificio. Al llegar a la puerta, un agente les cierra el paso.

—Señores, ¿viven en este domicilio?

—No —responde Pablo.

—Entonces, lo siento, pero no pueden pasar.

Bermúdez lo mira fijo a los ojos.

—No me digas, nene. ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Vos? —El agente traga saliva, incómodo y sorprendido—. Mirate, salame. Si estás cagado en las patas.

Un suboficial que está a unos metros se acerca.

—¿Pasa algo, señores?

Bermúdez asiente y le pregunta.

—¿Usted está a cargo?

—Sí.

—Sí, subcomisario —le responde y le clava la mirada con una dureza que a Pablo le recuerda el día en que lo conoció, cuando el policía le mostró el rostro destrozado de una joven violada y asesinada por alguien que no le había tenido la menor piedad.

—Disculpe, jefe. —Lo saluda formalmente—. No sabía…

—No se preocupe, no hay problema. Solo quiero entrar y echar una ojeada.

—Pero, señor…

—El comisario Ganducci me autorizó. Puede corroborarlo con el oficial a cargo, si lo desea. Aunque creo que no hay por qué molestarlo a estas horas, ¿no le parece?

El oficial duda unos segundos y Bermúdez aprovecha esa ventaja.

—Muchas gracias. —Le sonríe e ingresa al edificio. Pablo lo mira—. Sígame —le susurra—. No se dé vuelta ni haga ningún gesto.

Caminan unos pocos metros hasta el ascensor.

—¿Adónde vamos? —le pregunta.

—Séptimo piso. Departamento «C».

Suben en silencio. Pablo siente el peso de la situación. Está confundido y le cuesta pensar, lo cual no es común. Por el contrario, es la capacidad de

estar alerta, frío y tranquilo ante circunstancias extremas lo que ha hecho de él un analista destacado. Siempre se manejó con inteligencia, aun en los momentos menos favorables, pero esta vez es distinto. El Gitano puede estar muriendo en ese mismo instante, y eso no lo deja pensar con claridad. No en vano está contraindicado el trabajo terapéutico con personas tan cercanas. Los afectos pueden convertir al analista más avezado en un ser lleno de angustia.

Sabe que tiene que reponerse rápido, ya que no podrá estar mucho tiempo dentro de ese consultorio y es probable que no tenga otra oportunidad de ver la escena del hecho. Cuando el ascensor se detiene cierra los ojos y respira hondo. Mira hacia el departamento y ve a dos personas armadas custodiando la puerta. La voz de Bermúdez interrumpe sus pensamientos.

—Déjeme hablar a mí. Sé cómo moverme en estos casos. *Yo soy toro en mi rodeo*.

Pablo acepta. Viran a la izquierda y caminan unos metros. La puerta está entornada.

—¿Qué dicen, muchachos? —saluda Bermúdez y encara como si nada. Los guardias le abren paso y lo saludan reconociendo por sus modos la presencia de un superior—. No voy a joderlos mucho. Solo quiero mirar un poco. Por pedido de un amigo, ¿saben?

—Comprendo —responde el más bajo de los dos.

—Yo lo acompaño —acota el más alto.

Bermúdez capta el gesto tenso, casi imperceptible de Pablo.

—No se moleste, no hace falta.

Los policías se miran dudosos y el subcomisario les sale al cruce.

—¿Algún problema?

—No, no. Ninguno. Es que…

—Lo entiendo —comenta con tono afectivo—. Se nota que sabe hacer su trabajo, y eso me gusta. ¿Cómo se llama?

—Cabo primero Gutiérrez, señor.

—Gutiérrez… No me voy a olvidar de su nombre. —Y luego de un guiño agrega—: Pero sobre todo me voy a encargar de que Ganducci no lo olvide.

Al cabo primero Gutiérrez se le ilumina el rostro.

—Gracias, señor. Muchas gracias.

—Faltaba más. Necesitamos más gente como usted en la fuerza —le dice Bermúdez. Luego mira a Pablo que ha observado todo en un profundo silencio—. Venga, pase. Voy a necesitar la mirada de un perito experto —miente.

Él asiente e ingresa.

—Bermúdez, usted es un tremendo psicópata —comenta Pablo por lo bajo.

El hombre sonríe.

—Viniendo de usted, voy a tomarlo como un halago.

De pronto, al cruzar la puerta, Pablo se detiene. Ha visitado muchas veces el lugar, sin embargo, algo ha cambiado en el aire y tiene la extraña sensación de estar mirándolo por primera vez.

– VIII –

Todo está en perfecto orden. La recepción con sus sillones blancos, la puerta del balcón un poco abierta y una brisa fresca y agradable que entra de la calle; el escritorio prolijo, con los cajones cerrados y el aroma a incienso que todavía ronda en el aire.

Pablo guía a Bermúdez hacia la cocina que también da muestras de la extrema pulcritud de José. En la mesada hay un vaso. Lo agarra y deja escapar una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Nada importante. Solo que José odia que otras personas le usen los vasos.

—¿Y eso por qué? —pregunta Bermúdez asombrado.

Pablo se encoge de hombros.

—Neurosis Obsesiva.

—Ah —responde el policía sin entender lo que ha escuchado.

También el baño está ordenado y sin rastros que denoten la presencia de algo raro. Luego entran en un pequeño pasillo que lleva al consultorio y allí sí, a pesar del silencio, se siente el peso de la tragedia. La angustia es algo que puede percibir fácilmente. Quizás, de tanto trabajar con el dolor, sus sentidos se han sensibilizado, tal vez sea su propia historia, o aquella niñez espejada en los ojos solitarios de su padre.

Hace casi veinte años que no escucha su voz, desde aquel mediodía en que cerró sus ojos para siempre. Lo vio sufrir y enfrentar con valentía el dolor de una enfermedad que iba a matarlo sin piedad alguna. Manuel Rouviot había tenido una vida tan difícil que merecía que al menos una cosa le saliera bien, aunque más no fuera morir sin sufrimiento. No era justo, y Pablo se enojó tanto que dejó de creer en Dios. Comprendió en carne propia que el universo no sabe de merecimientos, y que no hay milagros esperando en las esquinas. Si Carl Marx tenía razón y Dios es el opio de los pueblos, ese narcótico no lo había alcanzado. Tal vez por eso, cada célula de su cuerpo se desgarró junto al padecimiento de su padre. Todavía recuerda su rostro valiente conteniendo los quejidos para no herirlo aún más.

Después de su muerte, durante el primer tiempo, Pablo se esforzó en quitar de su mente aquellas ideas. Ahora, en cambio, ya ni siquiera hace el intento de olvidarlas. Se ha acostumbrado a ese dolor permanente que lo habita. Lo siente recorriendo su sangre todo el tiempo como una condena, o una bendición. Después de todo, muchas veces el dolor es lo único que le recuerda que está vivo.

—Rouviot. —Se impone la voz de Bermúdez—. Esto no es agradable. Si prefiere, entro solo y le ahorro el mal trago.

—Le agradezco, pero no.

—Como quiera.

El consultorio de José está como todos los días. La luz tenue que da la lámpara de pie, el orden extremo de su escritorio, el diván blanco que siempre había querido tener y que Pablo le regaló hace un tiempo, y el sillón apenas girado hacia un costado. Todo parece estar bien, excepto por dos cosas: el dibujo de un revólver hecho con tiza en el piso y unas gotas secas de sangre a su lado.

Siente un escalofrío que lo recorre y desvía la mirada. Percibe que sus piernas dudan y respira profundo hasta recuperar el aliento. Se saca el abrigo, camina unos pasos y lo tira sobre el escritorio. Bermúdez reacciona de inmediato.

—¿Qué hace?

—Nada. Me quité el saco, solo eso.

—Dígame: ¿usted es boludo o se hace?

—No entiendo.

—¿No comprende dónde está? No puede tocar nada sin contaminar la escena.

—Disculpe, no me di cuenta.

—No me di cuenta —repite Bermúdez en tono de burla—. ¿Y qué está esperando? Agarre ese saco y no haga más cagadas. Mire todo lo que quiera, pero no toque nada, ¿puede ser?

Pablo asiente y toma su abrigo con torpeza.

—Claro, por las huellas digitales. ¿No? —Bermúdez lo mira casi divertido —. Supongo que vendrá la policía científica y tomará muestras… No sé, buscará algo. —Observa al policía y lo increpa indignado—. ¿Se puede saber por qué me mira como si yo fuera un pelotudo?

—Tal vez, porque lo sea. No se ofenda, Rouviot, pero se me hace que usted ve demasiadas series de esas en las que encuentran un resto de lápiz labial en una servilleta, lo ponen bajo un microscopio conectado a una computadora y en dos minutos saben la identidad y el domicilio de la sospechosa. —Menea la cabeza—. Lamento desilusionarlo, pero eso no va a pasar.

—¿Qué, no van a venir?

—Sí —lo interrumpe—, van a venir. Pero no van a encontrar mucho. Además, no tenemos ni los microscopios ni las computadoras de sus series. Lo cual no impide que muchas veces encontremos a los responsables de un crimen. Pero…

—Pero ¿qué?

—Que aquí no veo que haya mucho que encontrar. Es lo que llamamos una escena limpia. No hay violencia, ni signos de que Heredia se haya querido defender de un ataque, nada está revuelto. Es más, su amigo debe tener algo de femenino, ¿no?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque nunca vi a un hombre tan ordenado. —Capta el gesto de Pablo y se detiene—. Era una broma. Pero la verdad es que todo parece estar en su lugar, y es obvio que no se trata de un asalto, ya que en apariencia no falta nada.

—Se equivoca —lo interrumpe—. Mire la mesita que está al lado del sillón de José. ¿Qué ve?

El policía la observa en un segundo y responde.

—Nada.

—Exacto.

—No entiendo.

Pablo se toma unos segundos y piensa.

—José graba sus sesiones.

—¿Y qué hay con eso?

—Habrá notado que es un hombre muy obsesivo. Tiene rituales que no varía nunca, y uno de ellos es que en esa mesa apoya el grabador ni bien entra, y solo lo retira al terminar el día para llevárselo y guardarlo en su caja fuerte.

—¿Tan valioso es ese aparatito?

—No, lo valioso es lo que contiene. Para un analista nada es más importante que los secretos que le confían sus pacientes.

—¿Y qué está insinuando?

—Que alguien lo robó.

—¿Y a quién podría interesarle escuchar las confesiones que le hayan hecho a Heredia?

Pablo medita un instante.

—Quizás no se trate de alguien que quiera averiguar alguna cosa, sino por el contrario, de una persona que no desea que los demás se enteren de algo.

Bermúdez lo mira.

—¿En serio piensa eso? Puta, que son retorcidos los terapeutas.

—Analistas.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Pero eso no importa, ahora al menos.

Silencio.

—Voy a serle franco, Rouviot. Hace años que vivo rodeado de estas cosas: asesinatos, robos, violencia. He visto mucho, usted lo sabe, y le aseguro que nada en esta escena va a impedir que Ganducci cierre el caso en medio día.

Como le dije, no hay rastros de pelea, cada cosa está prolijamente acomodada y, si no fuera por la sangre, pareciera que aquí no ha pasado nada.

—Pero pasó.

—Sí, pero no podemos pedirle al Flaco que abra una investigación por intento de homicidio basado en la sospecha incierta de que alguien sustrajo un grabadorcito de mierda. —Niega con la cabeza—. Olvídese. No va a tomar esa decisión ni loco.

—¿Y usted?

Lo mira sorprendido.

—Yo, ¿qué?

—¿Usted me cree?

Pausa.

—Mire, Rouviot, yo tampoco podría armar un caso sólido apoyándome únicamente en su duda.

—No fue eso lo que le pregunté.

Se miran.

—Digamos que creo que está convencido de lo que dice, pero con eso no hacemos nada.

Pablo presiente que su oportunidad se diluye y apela a la franqueza.

—Bermúdez, en la época en que nos conocimos usted estaba obsesionado con el caso de una chica que había sido violada y asesinada. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto.

—Bien. Cuando yo le dije que no buscara a un hombre como autor del delito sino a una mujer, me contestó que eso era una locura. Que habían encontrado restos de semen, que había habido penetración y que mi hipótesis no tenía ningún asidero. —Bermúdez asiente—. Lo cierto es que gracias a esa locura hoy la asesina de esa chica, Rosa Galván, está presa, ¿o no?

El subcomisario no hace un solo gesto, pero sus ojos profundamente claros no dejan de mirarlo.

—Sí, y por eso estoy acá, a esta hora, intentando ayudarlo. Porque comprobé que sus intuiciones suelen ser acertadas, pero esta vez no tiene con qué sostenerlas. Y eso es precisamente lo que Ganducci nos va a pedir.

—Por favor —le suplica—, no me cierre las puertas. Al menos, no todavía.

—¿Y qué pretende que haga?

Por toda respuesta Pablo abre el cajón superior del escritorio.

—¿Qué hace? —lo interpela Bermúdez y vuelve a cerrarlo con fuerza—. ¿Está loco? Ya le dije, va a contaminar la escena.

—Esta escena está contaminada desde el comienzo por la estúpida teoría del intento de suicidio.

—Escúcheme, licenciado…

—No, escúcheme usted. Sé que no puede permitirme hacer esto. Por eso le ruego que me deje dos minutos solo, así no se verá en el compromiso de ocultar nada.

Bermúdez sopesa la situación.

—Dos no, uno —remarca su dicho levantando el dedo índice—. Y tenga mucho cuidado con lo que hace, porque puedo sacarlo de las pelotas y meterlo en cana por obstaculizar la investigación. ¿Me entendió?

Pablo asiente. El policía se retira resoplando y él comienza a buscar. Abre el placard, los cajones, ojea unos libros que están sobre el escritorio e intenta retener cada detalle del ambiente. Quizás ese día José haya olvidado el grabador en su casa, pero sería demasiada coincidencia. Mira la biblioteca y se detiene en el reloj de arena que se encuentra en el tercer estante.

Habían sido dos días agotadores para Pablo. Un congreso que lo contaba como uno de los principales expositores lo había llevado a Montevideo y, sabiendo cuánto amaba José esa ciudad, lo había invitado a que lo acompañara.

—Pero mirá que no voy a tener tiempo para nada —le había advertido.

—¿Y quién te necesita para disfrutar de la rambla y el candombe? Mientras no tenga que compartir la cama con vos… —bromeó su amigo.

Y así habían pasado esas cuarenta y ocho horas. Pablo de conferencia en conferencia, y José paseando por la ribera del Río de la Plata, por la avenida 18 de julio y tomando mate en el Parque Rodó. Apenas se veían en el desayuno y en la cena. Pero el domingo a la mañana, antes de tomar el barco que los traería de regreso a Buenos Aires, caminaron hasta la ciudad vieja. La idea era almorzar en el mercado del puerto, pero se detuvieron unos minutos en los puestos de los artesanos.

En un momento, Pablo vio que su amigo se paró ante un reloj de arena. Era un objeto hermoso. Apoyado sobre un tronco marrón oscuro y sujeto a un tenedor artísticamente trabajado, resultaba una verdadera pieza de colección. Sin embargo, José siguió de largo, y Pablo lo instó a que lo comprara.

—Dale, Gitano, llevátelo.

José meneó la cabeza. No era un hombre al que le resultara fácil darse los gustos, como si alguna culpa inexplicable le impidiera disfrutar las cosas que por justicia merecía. Pero así era la neurosis, y Pablo lo sabía. Por eso, dejó que su amigo avanzara unos puestos más y con disimulo compró la artesanía y la guardó en su mochila. Más tarde, mientras compartían una botella de Medio y Medio esperando la comida, sacó el paquete y se lo dio.

—¿Y esto por qué? —preguntó el Gitano sorprendido.

—Para que no olvides dos cosas. La primera y principal es que sos mi hermano.

—¿Y la segunda?

—Que soy mucho menos amarrete que vos.

Había sido un lindo almuerzo, uno de esos momentos que justifican la vida. Hablaron de sus proyectos, de los amores perdidos, de la pasión que compartían por el Psicoanálisis e incluso, amparados en el mareo producido por aquella bebida dulce y espumante, se permitieron algunas confesiones.

Ahora el reloj de arena está apoyado en la biblioteca de ese consultorio como testigo mudo de una tragedia incomprensible. Y algo en el ambiente le resulta extraño, pero ¿qué?

La voz que escucha a sus espaldas lo vuelve a la realidad.

—Basta. Ya tuvo suficiente tiempo.

Gira y ve a Bermúdez que, con un gesto, lo invita a retirarse. Pablo obedece y camina hacia la puerta.

—¿Todo bien, señor? —pregunta Gutiérrez.

—Todo bien —responde amable el subcomisario.

—¿Necesita algo más?

—No, gracias. Ya nos íbamos, ¿no, licenciado?

Pablo asiente.

—¿No quiere ver las fotos? —pregunta el policía a su superior, y antes de que el subcomisario pueda negarse, Rouviot se anticipa y toma el celular que el hombre les ofrece.

—No lo haga —le murmura Bermúdez—. No está acostumbrado a ver estas cosas. Además, es su amigo y…

Tarde. De modo torpe y casi temblando, Pablo pasa imagen tras imagen. Se trata de algunas tomas de José sentado en el sillón con la cabeza apenas ladeada. En la última, el rojo de la sangre lo conmueve y Bermúdez, consciente de esto, decide que es demasiado y le devuelve el teléfono a Gutiérrez.

—Vamos —le ordena.

En medio de un silencio atroz caminan hacia los ascensores, bajan y salen a la vereda. Hace frío. Pablo se pone el abrigo y cruzan la calle. Antes de subir al auto el policía se detiene y le señala algo.

—¿Qué es eso?

—¿Qué cosa?

—Eso que tiene en la mano.

Pausa.

—Una notebook —responde con fingida indiferencia. Bermúdez lo mira asombrado.

—¿Me parece a mí o no la tenía cuando entramos al edificio? —La única respuesta es el silencio—. ¡Pero la puta madre! No lo puedo creer. Usted es un

estúpido, o un inconsciente. ¿Sabe qué le puede pasar por sustraer un elemento de la escena de un hecho como este? Dígame, ¿en qué momento la agarró? —le cuestiona levantando la voz.

—Shhh… No grite, por favor, que lo pueden escuchar los guardias de la puerta. Subamos al auto y le explico.

Bermúdez abre la puerta y entra al vehículo. Está fuera de sí.

—Escúcheme bien. Diga lo que tenga que decir, pero es mejor que me convenza, porque si no, lo agarro del cogote y lo entrego ya mismo como sospechoso de homicidio.

Pablo lo observa atónito.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Lo que escuchó. Usted mismo me dijo que alguien robó el grabador para que no nos enteráramos de algunas cosas. Bueno, ese alguien bien podría ser usted, ¿no le parece?

—¿Yo?

—Sí, usted. Vino, mató a su amigo, se llevó el grabador, pero después se dio cuenta de que había olvidado algo importante: la notebook. Necesitaba algún boludo que le permitiera volver a la escena para llevársela, y ese fui yo. ¿Y sabe qué? No me gusta que me tomen de boludo.

—Entonces no se comporte como si lo fuera. Estoy desesperado ¿me entiende? No sé qué me pasó. La vi sobre el escritorio y…

—Claro —recuerda—. Por eso le tiró el saco encima ni bien entró. No quiso que yo la viera.

—Sí. Porque sabía que no iba a dejar que me la llevara.

—¿Y para qué la quiere?

—Porque José vuelca en esta computadora el contenido de las sesiones que graba. Y algo debe haber en ellas para que alguien se robara el aparato, ¿no le parece? —Bermúdez asiente—. Y ahora que lo pienso me doy cuenta de una cosa más.

—¿De qué?

—El autor de esto es una persona muy especial.

—¿Por qué lo dice?

—Porque, como usted señaló, todo está demasiado prolijo. Sin forcejeos, ni cosas tiradas por el piso. Le disparó a José, agarró el grabador, cerró la puerta y se fue tranquilamente. No estaba asustado y podía pensar con claridad.

—¿Y eso qué le dice?

—Que no fue un acto impulsivo, sino algo muy bien planificado. Tanto, que ni siquiera tuvo la necesidad de fingir un robo.

—Bueno, fingió un suicidio.

—Algo que no va a sostenerse. Estoy seguro de que en las manos de José no van a encontrar restos de pólvora.

—Puede ser, pero esa no es una prueba concluyente. Además, no creo que Ganducci vaya a pedirla.

—Por eso lo necesito a usted. —Lo encara Pablo—. Se lo ruego. Ayúdeme.

Bermúdez lo mira con seriedad.

—¿Le puedo preguntar algo antes?

—Por supuesto.

—¿Y si su amigo simplemente perdió el grabador en la calle, o se lo robaron en el subte? ¿Si solo le pasó algo inexplicable por la cabeza y decidió matarse?

—No va a ser así. Créame, sé de lo mío. José no es un suicida —responde seguro—. ¿Y? ¿Qué me dice?

El policía duda.

—¿Sigue viviendo en el departamento de Palermo, ese que está frente a los bosques?

—Sí.

—Entonces lo llevo, y en el camino decido si lo dejo en su casa o paro en alguna comisaría que me quede de paso y lo entrego.

—Gracias. —Suspira.

—No me agradezca todavía. ¿Quién le dice? A lo mejor, mañana amanece en cana.

Veinte minutos después el Peugeot negro estaciona al 5900 de Avenida del Libertador. Pablo abre la puerta y está a punto de bajar cuando la voz lo detiene.

—Licenciado, por lo que recuerdo de usted, no va a quedarse sin hacer nada. Y como para esto es medio pelotudo, se lo digo con respeto, manténgame al tanto. No quiero que se meta en más quilombos todavía.

Rouviot sonríe.

—Le agradezco, y no se preocupe. Intuyo que vamos a vernos seguido en estos días.

Bermúdez asiente.

—Temía que fuera a decir eso.

El auto arranca, Pablo abre la puerta y llama al ascensor. Seguramente después va a pasar por el hospital, pero primero necesita hacer algo en su casa.

– IX –

Por el ventanal la vista es tan hermosa como siempre. Los árboles y el lago permanecen ajenos a los acontecimientos. Pablo se deja caer en el sillón y apoya la laptop sobre la mesa de vidrio. Solo entonces parece calmarse.

Ni bien entró al consultorio de su amigo la vio, plateada y reluciente sobre el escritorio. En un segundo decidió que iba a llevársela y, casi como por instinto, le arrojó el abrigo encima para taparla rogando que Bermúdez no la hubiera visto. Lo hizo sin pensarlo, sin considerar que estaba llevándose una prueba importante de la escena de un hecho policial. Necesitaba algún lugar por donde empezar a armar este rompecabezas. En una décima de segundo desechó la idea de pedir autorización al subcomisario y, por sus comentarios posteriores, sabe que había hecho lo correcto. Confía en ese hombre de aspecto rústico y ojos claros. Es una buena persona, un gran profesional, y justamente por eso no iba a acceder a su demanda.

Camina hasta la cava que tiene en la cocina y saca una botella de Syrah. La abre y se sirve un poco. Luego se dirige hacia el balcón y, antes de salir, se detiene frente al único adorno que tiene en el *living*. Se trata de la foto de una ola. Simple y soberbia, fuerte y solitaria, como era su padre, como él mismo.

Bebe un sorbo y el gusto amable del vino le devuelve una sensación de placer que parecía lejana. Sale al balcón y vacía el contenido de la copa.

—No puede ser —dice en voz alta para sí mismo.

Todo esto parece una locura, una pesadilla de la que espera despertar pronto, pero sabe que no lo es. Es real, y tiene que aceptarlo por mucho que le duela. Respira profundo, vuelve a entrar, coloca la laptop sobre la mesa y se sienta frente a ella. La abre y se detiene. Sabe que está a punto de dar un paso trascendental, va a profanar la intimidad de José y, si bien es su mejor amigo y se trata de una situación muy especial, siente que está mal. Pablo odia eso. Para él, curiosear en un celular o en una agenda es un acto violatorio y, sin embargo, está decidido a hacerlo.

—Perdoname, hermano —murmura en el silencio de la noche y aprieta el botón de encendido.

– X –

Clave incorrecta.

—Gitano y la puta que te parió —exclama y se levanta.

Hace una hora que intenta acceder a la computadora de José sin conseguirlo. Ha probado todas las opciones posibles. Nombres, números telefónicos, combinaciones de ambos, aniversarios y algunas otras ideas alocadas, pero la respuesta fue siempre la misma.

Se sirve una copa más de vino y sale otra vez al balcón. Tiene que calmarse. Conoce a su amigo mejor que nadie. Solo es cuestión de pensar, calmarse y deducir qué haría José si quisiera esconder algo de la vista de los demás. Y mientras el Syrah le acaricia el paladar un recuerdo gana forma en su mente.

—Pero claro —exclama exultante—. Qué boludo.

Era martes y estaba anocheciendo. La tormenta amenazaba con desatarse en cualquier momento y se había levantado un viento frío. Salieron de la facultad y tomaron la decisión de quedarse en el bar de la esquina debatiendo sobre la clase que habían compartido: *El seminario acerca de la carta robada*. Pero, el motivo real de esa charla, no era una discrepancia psicológica, sino literaria. No se trataba del modo en que Lacan se había servido del cuento de Edgar Allan Poe para ilustrar la preeminencia de lo Simbólico sobre lo imaginario, sino de la credibilidad del argumento del autor. Pidieron un vino y, mientras arremetían contra el queso, el salame y las papas fritas, comenzaron la contienda intelectual.

La historia transcurre en París, allá por el año 1800. Un policía solicita la colaboración de Charles Auguste Dupin, un caballero de gran inteligencia, para resolver un caso muy importante. La reina ha recibido una carta y la estaba leyendo justo en el momento en que su esposo entró al salón acompañado de uno de sus ministros. Aprovechando la distracción del rey, ella dejó la carta sobre la mesa, pero no pudo evitar que el ministro advirtiera su maniobra. El hombre, imaginando que se trataba de una carta comprometedora, la reemplazó por otra que llevaba en su poder. La mujer vio todo, pero no intervino por temor a llamar la atención del rey. A partir de ese día, el ministro comenzó a chantajear a la reina, quien estaba desesperada por recuperar la carta.

Dupin rechaza el caso, pero al cabo de dieciocho meses, el policía vuelve a verlo derrotado y le ruega una vez más que se encargue del tema a cambio de

una gran recompensa. Por fin, Dupin acepta la misión con la tranquilidad de saber que la carta ya está en su poder.

Hacía tiempo que había pedido una audiencia con el ministro, y durante su visita, Dupin cubrió sus ojos con unas gafas verdes para poder observar todo a su alrededor. En un momento, su mirada dio con una hoja de papel que parecía abandonada, sucia y medio rota, y comprendió que se trataba del objeto que estaba buscando. Luego de una charla superficial se retiró, no sin olvidar intencionalmente una tabaquera que regresó a buscar al día siguiente. Obviamente, tenía un plan. Se había tomado el trabajo de preparar un incidente callejero para llamar la atención del ministro hacia la ventana y, cuando eso ocurrió, sustituyó la carta por otra similar que llevaba en su bolsillo.

—La lógica es perfecta —comentó entusiasta el Gitano—. Quien quiera ocultar algo, solo debe dejarlo a la vista de los demás.

—No estoy de acuerdo —argumentó Pablo—. El recurso fue válido para la época porque se había escrito muy poca literatura de suspenso. De hecho, Poe fue el creador del género policial y, por eso mismo, contaba con un lector ingenuo, poco acostumbrado a dudar de todo. Te aseguro que hoy, ese artilugio no engañaría al peor de los espectadores de la más obvia de las series.

Su amigo sonrió.

—Pablito, hay algo que no estás teniendo en cuenta. El que sospecha imagina que quien quiere esconder algo va a levantar una madera del piso, sumergir una bolsa en el depósito del inodoro o envolver el objeto en un pañal sucio. ¿Sabés por qué? Porque es lo que él haría. Y no hay mejor modo de contrarrestar ese espíritu detectivesco que hacer lo que nadie espera: dejar el misterio al alcance de cualquiera para que nadie repare en él. Creéme que es así. Si querés una amante segura no la busques lejos, acostate con la hermana de tu mujer y listo. Te aseguro que nadie va a sospechar. —Pablo rio ante el comentario—. Te reís porque sabés que tengo razón. —Y mirándolo a los ojos sentenció—: Te lo juro. Si yo quisiera esconder algo lo dejaría a la vista de todo el mundo. Ese soy yo —dijo mientras bebía un sorbo de vino—. Dupin.

La brisa que entra por el ventanal interrumpe sus recuerdos. Pero ya no tiene dudas. Se sienta frente a la laptop y, convencido de haber descubierto el acertijo, escribe simplemente una palabra: Dupin.

Clave incorrecta.

– XI –

El sonido del teléfono lo sobresalta. Mira el reloj. Son las cinco de la mañana. Nadie en su sano juicio lo molestaría a esa hora si no se tratara de algo grave. Observa la pantalla del celular y reconoce el nombre.

—Helena.

—Rubio, ¿se puede saber dónde carajo estás?

—En mi casa.

La voz de su asistente suena indignada.

—¿Cómo en tu casa? ¿Te volviste loco? José está muriéndose a diez metros de mí, tengo a la galleguita esta que no para de llorar, nadie me dice nada ¿y vos estás descansando cómodamente en tu cama?

—Te dije que estaba en mi casa, no en mi cama.

Experimenta una oleada de enojo ante el trato que le propicia su asistente, pero como suele hacer siempre, se pone en el lugar del otro antes de reaccionar.

—Helena, pasé por el consultorio del Gitano y me vine para ver si podía resolver un tema antes de volver al hospital. Contame si hubo alguna novedad.

—Llegó el médico principal, el que vos conocés, no me sale el nombre.

—¿Uzarrizaga?

—Ese mismo.

—Y, ¿qué te dijo?

—No me dijo nada. Es más, ni me saludó. Pero vi entrar a alguien al que todos le hacían reverencias e imaginé que debía ser el jefe. Ya viste cómo son ustedes, los patrones, ¿no? —Intenta una broma—. Entonces le pregunté a Antúnez y me confirmó que, efectivamente, era el doctor Uzandi… mierda. —Se enoja—. El capo, y que ya estaba evaluando al Gitano.

Se interrumpe.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo, Rubio. Vení, por favor —le suplica—. Sabés que haría cualquier cosa por vos, pero no creo poder sola con todo esto.

Pablo está acostumbrado a percibir la angustia de la gente. Es parte de su vida, una sensación cotidiana. Por eso la reconoce en la voz de su amiga y comprende que debe hacerse cargo de la situación.

—Tranquilizate, Helena. Te prometo que en unos minutos salgo para allá. Vos encargate de que el doctor Uzarrizaga no se vaya sin que hable con él.

Se escucha la risa de Helena.

—¿Y qué hago, lo tacleo? —Pausa—. Mirá, vos sos un tipo reconocido y casi siempre me alcanza con tu nombre para conseguirte lo que me pedís, pero en este ámbito sos un mortal como todos los demás. Y yo…

La interrumpe.

—Y vos te la vas a ingeniar para que me espere. Confío en que con eso sí vas a poder. Así que nos vemos en un rato. Ah, y cuidá de Candela. Pobrecita no debe saber qué hacer.

—Bueno, al menos no soy la única, entonces. Ahora me siento un poco menos sola. Chau, y no te demores mucho.

Pablo corta la comunicación, llena la bañera y se sumerge. Necesita relajarse y pensar. Está indignado con él mismo. ¿Para qué sustrajo la computadora de José si ni siquiera es capaz de abrirla?

Se sumerge y, a pesar del enojo, el agua cálida le hace bien. Cierra los ojos y piensa que es una de las peores noches de su vida. Como la noche en que veló a su padre. O aquella otra. Esa en la que expulsó a Luciana de su vida y tomó la decisión de quedarse solo para siempre. Lo había intentado un tiempo y, por algunos meses, la relación pareció funcionar. Era hermosa y disfrutaba del sexo y las charlas con ella. Pero las cosas no tardaron en complicarse.

¿En qué momento habían pasado del idilio al infierno? No lo sabía, pero debía admitir que tenía una gran responsabilidad en que eso ocurriera. No se había analizado durante treinta años de su vida para echar la culpa de su destino a los demás. Ella lo amó, hizo lo que pudo, entregó todo con tal de complacerlo, y quizás eso mismo la había condenado. Porque fue una más de las que no pudieron ponerle un límite. Entregado al desenfreno de su deseo, Pablo no midió las consecuencias de sus actos y el juego se le fue de las manos.

Pero no va a mentirse. Sabe que la causa verdadera de la ruptura fue que había otra mujer en su mente, una mujer imposible: Paula Vanussi. Esa joven que lo había perturbado desde el primer momento en que se le acercó trayendo la aterradora historia de una perversa pasión. Y, a él, la pasión lo seduce y lo aprisiona, porque tiene una característica que lo fascina: con una cara mira al amor, y con la otra a la muerte. Esa eterna lucha que habita en su interior y que lo llevó a conseguir logros que ni siquiera imaginaba alcanzar, pero también a flagelarse de un modo cercano a la locura. Además, jamás pudo olvidar que es la hermana de Camila, su paciente, y si algo no está dispuesto a ceder es su ética. Aunque, ahora que lo piensa bien, tal vez solo sea una trampa, una resistencia para no jugarse e intentar construir un destino posible. Quizás por eso, cada vez que se cruzan como hace algunas horas en el teatro, escapa de aquellos ojos que le gritan en la cara lo que sienten por él.

«¿Por qué siempre me encargo de complicar las cosas? Si podría ser todo tan simple», piensa, y esa frase lo sobresalta.

Obvio. Tan simple… mucho más simple.

—Lo tengo —grita de repente como si fuera un moderno Arquímedes, y sin secarse sale corriendo del baño directo hacia el *living*. Sus dedos mojados tipean una extraña palabra en la notebook de José: *4br3t3s3s4m0*. Luego presiona «Enter», y la computadora por fin le da acceso a la intimidad de su amigo.

– XII –

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Siendo José un amante de Sevilla y la cultura árabe, y un lector voraz de *Las mil y una noches*, como bien sabía Pablo, ¿cuál era la frase más evidente para abrir algo? Fácil. La misma que pronunciaba Alí Babá frente a la puerta cerrada tras la cual escondían su tesoro los ladrones: *ábrete sésamo*. Aunque, conociéndolo tanto, le resultó claro que el Gitano intentaría alguna mínima broma. Por eso decidió cambiar las vocales por números de acuerdo a la similitud de sus formas.

Sonríe con la sensación de haberle ganado una pulseada a José, pero al pensar en él recuerda dónde se encuentra y por qué. Aunque ¿de verdad, sabe el porqué? Su mente se sigue negando a considerar la posibilidad de un intento de suicidio.

El Gitano es un hombre extraño. Parece estar siempre jovial, con alguna ocurrencia a flor de labios, sin embargo, Pablo conoce sus angustias más profundas. Sabe de aquel padre que murió demasiado pronto y de esa mamá aguerrida que le enseñó a luchar. Por suerte, la llegada de Pedro a su vida le había brindado una imagen paterna con la cual identificarse y sentirse seguro. Aun así, muchas noches lo encontraban ahogando su dolor entre copas de vino y canciones flamencas. Tocaba muy bien la guitarra y cantaba con una voz suave y profunda que a Pablo lo llevaba a lo más hondo de su ser. No solo lo quería, además lo admiraba.

Pero no puede detenerse en eso. Ahora lo importante es otra cosa: ¿tiene su amigo el perfil de un suicida? Lo duda mucho, y menos en este momento, en que la llegada de Candela le trajo una felicidad que hacía mucho tiempo no sentía.

José la conoció en uno de sus muchos viajes a Sevilla.

Esa tarde había salido sin rumbo, con *El romancero gitano* en sus manos. Sentado en un banco en los jardines de Murillo leyó, como tantas veces, aquel poema de Lorca:

> *Sobre el rostro del aljibe*
> *se mecía la gitana*
> *verde carne, pelo verde,*
> *con ojos de fría plata.*

Y esos versos que parecían nombrarlo:

> *Pero yo ya no soy yo… Compadre, vengo sangrando.*

Luego de ese ritual que repetía cada vez que visitaba la ciudad decidió caminar por el barrio Santa Cruz, el lugar que más amaba de una Sevilla a la que consideraba propia, cuando al girar en una de esas calles azulejadas que parecían surgir de un cuento, vio una placa que contaba:

Dice la tradición que, en este lugar, antiguo Corral de Comedias de Doña Elvira, tuvo su sede la casa solariega del comendador de Calatrava, Don Gonzalo de Ulloa, padre de Doña Inés, y que la pluma de Don José Zorrilla, haciéndose eco de la leyenda, dio vida a la universal obra Don Juan Tenorio.

Se detuvo unos segundos frente a la inscripción hasta que una carcajada lo sorprendió. Entonces, giró y la vio. Se trataba de una joven vestida de gitana que limpiaba una mesa al aire libre mientras regalaba su risa fresca a la noche andaluza. José la miró y, señalando la placa, le preguntó.

—¿Qué pasa? ¿No es cierto?

—¿Qué cosa?

—Que aquí vivió aquel que inspiró a Zorrilla. Don Juan Tenorio.

Ella se encogió de hombros.

—Que no lo sé, tío. Y de todas formas ¿qué importa? Las historias no tienen por qué ser reales, basta con que sean hermosas, ¿no le parece?

Al escuchar su voz lo recorrió algo parecido a una emoción y se sintió condenado.

—¿Quién sos? —le preguntó.

—Nadie. Apenas la mesera de este bar que no será muy turístico, pues ni *tablao* tenemos, pero que sirve las mejores tapas de Sevilla. Y si además elige un buen lugar, desde aquí puede mirar una de las maravillas de estas tierras: el Alcázar.

El hombre no dudó en acercarse y señalar una mesa.

—¿Puedo sentarme acá?

—Por supuesto que puede. Eso sí, deberá pedir al menos algo de tomar, porque como en esta zona las calles, los patios de las casas y los bares se mezclan sin que los paseantes se den cuenta, algunos se sientan solo a descansar creyendo que se trata de un espacio público, y el dueño se ha puesto un poquitín quisquilloso.

La miró conmovido. Su pelo, como sus ojos, eran de un negro azabache que jamás había visto, y su sonrisa dejaba a la vista unos dientes blancos y unos labios insinuantes. Era alta, esbelta y tenía un pequeño lunar en la mejilla.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó.

—Candela. Candela Montero. Aunque aquí todos me llaman *La Cande*.

—Candela —repitió disfrutando cada sílaba—. Candela Heredia. Me gusta cómo suena, ¿y a vos?

Ella miró sin comprender, hasta que José le clavó la vista y le confesó:

—Juro que no voy a volver a dormir jamás si no te tengo a mi lado.

La fuerza de esas palabras la sorprendieron y no supo si reír o salir corriendo. Optó, en cambio, por un gesto de gratitud.

—Hombre…

—¡Mirame! No te estoy mintiendo. Quiero que sepas que a partir de hoy cada hombre que se te acerque es mi enemigo, que voy a ser tu tortura y te voy a perseguir hasta la muerte, todos los días, hasta que aceptes estar conmigo. —Y luego de una pausa continuó—. Vos no lo sabés todavía, pero soy el elegido, el gran amor de tu vida.

Un poco perturbada, la gitana volvió a su trabajo y José se quedó bebiendo vino Rioja hasta que el bar cerró. Candela era casi una adolescente, no tendría más de veintidós años, y resultaba obvio que se sintiera un poco atemorizada ante ese hombre extraño que la observaba con impaciencia.

Al terminar la jornada, ella se puso su ropa de calle y emprendió el camino a su casa con José caminando a su lado. Estaba nerviosa y confundida. De pronto él, la detuvo sin tocarla.

—Esperá. Por si no te diste cuenta, en este preciso momento estamos parados en un lugar muy especial: el cruce de las calles Alma y Vida. —Señaló los carteles—. Y con el alma y la vida te digo que voy a ser tu hombre.

Candela se puso seria y su rostro adquirió una gravedad que parecía venir de lejos.

—Por favor, no se ría de mí. Que usted está de paseo y me parece fantástico que pretenda pasar una noche divertida con una joven pueblerina, pero, así como me ve, tuve demasiados dolores en la vida. Y hace tiempo he decidido que no quiero ser el juguete de nadie.

José no podía dejar de mirarla.

—Me gustaría que me hablaras de tus dolores. Creeme, sé escuchar. Si no me equivoco, por aquí nomás está El Patio de los Naranjos. Vení —dijo con firmeza y le extendió la mano—. Vamos a sentarnos a conversar. Quiero saber todo de vos.

Pablo es la única persona que conoce la historia. Pero es hora de volver a la realidad. Porque en este instante, el Gitano no está sentado en la calle Alemanes y Hernando de Colón, frente a la catedral de Sevilla, sino acostado e inconsciente en Uriburu y Paraguay, en la sala de Terapia Intensiva del Hospital de Clínicas.

Helena le suplicó que no se demorara y no va a hacerlo. Ahora que ha resuelto el enigma de la contraseña, eso puede esperar.

En Buenos Aires ha comenzado a llover. Pablo toma el piloto oscuro y apaga las luces antes de salir. Registra que está ansioso, porque le parece que el ascensor no llega nunca. Al salir a la calle percibe que la garúa ha dado paso

a una intensa lluvia. Frente a él, los bosques de Palermo siguen siendo indiferentemente hermosos. No hay taxis a la vista, por lo que decide caminar por la avenida. Y sin darse cuenta la estrofa de un tango viene a su mente:

Moriré en Buenos Aires,
será de madrugada,
que es la hora en que mueren
los que saben morir.

– XIII –

Llega cansado al décimo piso y allá, en el fondo del pasillo, ve a Helena haciendo gestos ampulosos mientras habla con el doctor Uzarrizaga. Pablo se apresura e interrumpe la conversación.

—Profesor —lo saluda.

El médico gira la cabeza y lo mira con desgano, pero al advertir que se trata de su antiguo alumno cambia de expresión y estrecha la mano extendida.

—Rouviot —asiente con gesto complacido—. ¡Qué gusto verlo! No me equivoqué con usted. Hace muchos años le dije que iba a llegar lejos.

—No tan lejos, doctor. Apenas llegué al décimo piso y casi sin aire.

El hombre sonríe. Helena se le acerca y murmura.

—Y menos mal que llegaste. Por poco me lo tengo que chapar para que no se vaya.

Pablo desestima el comentario.

—¿Cómo está José, doctor?

Uzarrizaga lo toma del hombro y, juntos, se alejan unos metros. Helena los mira un instante y luego camina hasta donde se encuentra parada Candela.

—Claro, ahora que llegó el señor ya no me necesitan. Y bueno, así son las cosas. Vení, gallega, vamos a sentarnos.

—¡Que no soy gallega! —protesta la joven—. ¡Soy andaluza!

—Entonces lo lamento mucho por vos, nena. Porque acá, en la Argentina, todos los españoles son gallegos.

El médico se ha puesto serio.

—Mirá, Pablo, el asunto es jodido. Acabo de ordenar que lo llevaran para hacerle una tomografía. Eso nos va a dar una idea más clara del cuadro clínico. Por ahora, lo único que te puedo decir es que tiene una lesión abierta de cráneo causada por un proyectil de arma de fuego. La bala parece haber entrado por la zona póstero lateral y…

—Es raro —lo interrumpe—. Casi encima de la oreja.

Uzarrizaga asiente.

—¿Qué es lo raro?

—Que si alguien quisiera suicidarse ¿no sería más esperable que se hubiera disparado en la boca, o en la sien?

—Es posible, pero yo nunca dije que se tratara de un intento de suicidio.

—Usted no, pero parece que la policía, y probablemente el juez, piensan que sí.

El médico frunce el ceño.

—¿Y por qué te asombra tanto? No tenemos por qué pensar lo mismo. Después de todo, el pensamiento está hecho de palabras y nosotros y ellos ni siquiera hablamos de la misma forma, ¿no? —Imposta la voz—. Alumno Rouviot, vamos a ver si recuerda lo que le enseñé hace tantos años. Dígame ¿qué es una demencia?

Pablo suspira antes de responder.

—Una enfermedad orgánica, progresiva e irreversible.

—Exacto. Según esa definición, una esquizofrenia o una paranoia ¿están dentro del campo de las demencias? —Rouviot hace un gesto de negación—. Ahora, si un juez te pidiera la opinión sobre el caso de un esquizofrénico que, brotado, hubiera cometido un delito y te preguntara si es un demente ¿qué le responderías?

—Que sí, que es demente en el sentido jurídico.

—Exacto. ¿Y eso por qué? Porque lo que él necesita saber no es el diagnóstico clínico de esa persona, sino qué posibilidades hay de que la enfermedad hubiera dificultado su capacidad de comprender la peligrosidad del acto que ha perpetrado. Y a eso la ley, no importa el cuadro del que se trate, lo llama demencia.

—Lo entiendo, pero esto es diferente. Porque si el comisario informa al juez que se trata de un intento de suicidio el caso se va a cerrar sin que se busque al verdadero culpable.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no fue así? Es cierto que, si alguien quisiera matarse, un tiro en la frente sería un modo mucho más seguro de lograrlo. Pero quizás José se puso el arma en la sien, dudó a último momento, de un modo instintivo movió unos centímetros la cabeza y por eso el disparo entró por el costado. ¿Qué sé yo? Nadie ha tenido jamás la posibilidad de analizar a un suicida. La muerte no lo deja concurrir a la próxima sesión. —Pablo lo observa y el médico continúa hablando—. Mirá, si me preguntás a mí, te diría que no me parece tan extraño que alguien se dispare de ese modo, y que es la hipótesis más probable. Después de todo, dos tercios de los traumatismos cerebrales relacionados con el uso de armas son el resultado de un intento de suicidio. Además, tengo derecho a equivocarme porque esa no es mi área, sino la del juez. Pero donde no puedo cometer un error es en el diagnóstico clínico y la forma de tratarlo. ¿Sabés por qué? —Suena enojado—. Porque soy médico, porque odio que se me muera un paciente y porque sé que más del 90 % de estos casos son fatales. Y esa sí es una estadística que me importa.

Pablo asiente, angustiado.

A pocos pasos de allí, las mujeres conversan mientras tiritan de frío.

—No puedo creerlo. —Ríe Helena—. ¿Y vos qué hiciste?

—Acepté. Caminamos y nos sentamos allí, justo enfrente de la Catedral de Sevilla.

Y como si el recuerdo volviera el tiempo atrás, la escena gana lugar en su memoria.

Candela tenía tanto miedo que no se le ocurría nada. Quizás por eso sacó el tema, para llenar un silencio que le resultaba demasiado inquietante.

—El Patio de los Naranjos. De niña mi padre solía traerme aquí. Jugábamos y me contaba algunas historias. Imagino que sabe que fue construido por los musulmanes, y en aquella época hacía las veces tanto de cementerio como de salón de fiestas. ¿Ve allá? —Señala—. Esa era la entrada principal.

—La Puerta del Perdón.

—Sí, pero ese es un nombre que le han puesto los cristianos. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿No le parece extraño?

—¿Qué cosa?

—Que en el mismo sitio se realizaran fiestas de casamiento y se enterrara a los muertos.

—No, ¿por qué? Quizás no sea tan loco pensar que, de alguna manera misteriosa, el amor y la muerte están fatalmente ligados. Te lo dije hace un rato, cuando te detuve en la esquina: el alma y la vida, unidos. Tal vez sea una señal.

Ella esbozó una sonrisa.

—Y por allí. —Guio la mirada de José con un gesto—, donde está la Puerta de la Concepción, era el lugar en que se reunían a rezar.

José la observaba embelesado.

—¿Qué edad tenés?

—Veintitrés. ¿Y usted?

—Muchos más que vos, pero igual podés tutearme.

—Voy a intentarlo.

—Si querés te ayudo.

Candela lo miró.

—¿Cómo?

—Así.

José le tomó la cara con una mano mientras con la otra le corrió el pelo. Se acercó lentamente, dándole la oportunidad de negarse. Ella no supo por qué lo hizo, pero cerró los ojos y dejó que ese hombre que desconocía le diera el beso más intenso de su vida.

Helena ha escuchado el relato con los ojos encendidos por la emoción.

—¡Qué historia tan hermosa! Es casi un cuento de hadas.

—Sí. Parece que hubiera sucedido hace mucho y, sin embargo, ha pasado solo un año.

Agacha la cabeza conmovida y siente la caricia de esa mujer a la que ya empieza a querer. La llegada de Pablo las interrumpe.

—¿Y, Rubio? —Lo encara Helena—. ¿Qué te dijo?

La mirada de Candela es una súplica. Sin embargo, no puede ayudarla a disminuir su angustia.

—Nada concluyente. Ahora lo van a llevar para hacerle unos estudios. Los necesita antes de tomar una decisión.

—Pero dime, Pablo. ¿José va a salvarse?

—No lo sé.

Amaga a continuar, pero se detiene. En algunas ocasiones, la única respuesta adecuada es el silencio. De pronto Helena palidece, se pone de pie y observa por encima de los hombros de Pablo. Él gira y ve que de Terapia Intensiva un enfermero sale arrastrando una camilla que lleva un cuerpo totalmente cubierto por una sábana. Es evidente que el paciente ha muerto. Las mujeres se abrazan y él se dirige con paso firme para interceptarlo. Le tiemblan las piernas y quisiera no llegar nunca. Candela ve cómo ellos cruzan algunas palabras, luego de las cuales el hombre de blanco descubre el cuerpo. Pasan unos segundos que parecen eternos, hasta que Pablo las mira, sonríe y niega con la cabeza.

—No es él —estalla Candela.

Y Helena la aferra mientras piensa en la crueldad de la vida: están festejando la muerte de un desconocido.

– XIV –

Está amaneciendo. Por el ventanal observa esa combinación de colores que habitan el bosque cuando el sol comienza a aparecer, incluso en días lluviosos como el de hoy. Se sirve un café y piensa.

Ha estado husmeando en la computadora de José sin encontrar nada que le resultara extraño. La carpeta que lleva por nombre «Pacientes» contiene una serie de subcarpetas con los datos de cada uno de ellos. Al abrirlas aparece su ficha personal y una serie de audios ordenados por fecha, algunos de los cuales datan de hace más de ocho años. Son cientos de sesiones y no sabe por dónde empezar. Por eso, en la necesidad de sistematizar su búsqueda, comenzó por lo que le pareció más apropiado: armar un archivo que contuviera la información de quienes aún continuaban en tratamiento. Cree que por ahí debe empezar la investigación. Pero no va a poder hacerlo solo.

Termina su café y se sirve otro aún más fuerte. Necesita estar despejado. Mira el reloj: son casi las ocho de la mañana y se siente autorizado a hacer la llamada. La voz que lo atiende suena totalmente despabilada.

—Lo estaba esperando.

—¿Ah, sí… por qué?

—Porque usted es un ansioso. Supuse que se iba a quedar toda la noche viendo si podía averiguar algo y que, tarde o temprano, necesitaría de mi ayuda.

Bermúdez está en lo cierto. Parece que, a pesar de lo que dijo Uzarrizaga, sus modos de pensar no siempre son tan diferentes.

—Así que dígame en qué puedo darle una mano.

—Por ahora esté atento, pero en cualquier momento voy a pedirle que averigüe todo lo que pueda sobre algunas personas.

—Bueno. ¿Puedo saber quiénes son?

—Unos pacientes de José.

—Ajá. ¿Y por qué arrancamos por ahí?

—Porque estoy convencido de que fue uno de ellos quien le disparó.

—Y sí, tiene sentido. Después de todo, ustedes trabajan con loquitos, ¿no?

Pablo hace caso omiso de la broma y continúa.

—Verá, estuve pensando. La bala entró por encima de la oreja, y dada la posición en la que quedó el cuerpo según las fotos que vimos, el disparo solo pudo haberlo realizado alguien que estuviera en el diván.

Bermúdez esfuerza su memoria y recuerda las imágenes de Heredia y de lo que para él es un extraño mueble lleno de curvas. En realidad, se trata de una

chaise longue Le Corbusier idéntica a la de Pablo, pero de color blanco.

—Como se habrá dado cuenta, es un sillón muy incómodo para sentarse, por lo que únicamente lo usan los pacientes que se acuestan en él. Pude entrar a la agenda de José y voy a llamar a algunos que debían haber ido ayer a su consulta a ver si encuentro algo extraño.

—¿Y por qué no llama a todos?

—Porque el Gitano también atiende niños y adolescentes.

—Claro, y usted cree que son muy chicos para cometer un crimen.

—No, pero son muy chicos para hacer diván. Con ellos se trabaja cara a cara.

—Comprendo —miente Bermúdez—. Pero hágalo lo más rápido que pueda.

—¿Por qué?

—Porque recibí un mensaje de Ganducci. Alguien le debe haber soplado que estuvimos metiendo las narices y querrá saber qué ando buscando.

—¿Va a responderle el llamado?

—Sí. No me queda otra opción.

—¿Y qué le va a decir?

—La verdad, pero a medias.

—¿O sea?

—Que usted es un amigo que pidió mi ayuda dada su relación con Heredia. Pero no le voy a comentar sus dudas. Si el Flaco se aviva de que le queremos complicar el caso lo va a cerrar más rápido todavía. De todos modos, no llegó a comisario por ingenuo. Es cuestión de horas para que se dé cuenta. Así que mejor empecemos ya.

—Perfecto. Ahora mismo comienzo a llamar a los pacientes. En cuanto tenga alguna novedad le aviso.

—Hecho.

—Ah…

—¿Qué pasa?

—Gracias. No me voy a olvidar de esto.

—Ya lo creo, licenciado. Se lo digo por experiencia: jamás se va a olvidar de lo que vio anoche —dice y corta.

Pablo se queda con el teléfono en la mano unos segundos y mira la lista de llamados que tiene para hacer. Vuelve a consultar la hora. Es cierto, es muy temprano, pero Bermúdez ha sido muy claro: no tiene ni un segundo para perder.

– XV –

Por lo que pudo averiguar, José atendió normalmente hasta las 17.45 horas. Al menos, los pacientes a los que Rouviot contactó certificaron eso. Quienes debían verlo después manifestaron haber tocado en vano el timbre del consultorio. Todos menos uno, precisamente el de las 17.45, al que no pudo encontrar en su celular. Busca su ficha y hace el llamado. Bermúdez atiende de inmediato.

—¿Y, tiene alguna novedad?

—No lo sé, todavía. Pero hay un paciente que debería haber concurrido a las seis menos cuarto de la tarde y no logré ubicarlo: Hernán Hidalgo.

—¿Y qué lo convierte en sospechoso?

—Que después de esa hora nadie más pudo contactar a José. A lo mejor no es nada importante, pero es lo único que tenemos.

—Muy bien. ¿Y cómo quiere que hagamos?

—Acabo de mandarle un *mail* con sus datos para que vea si puede averiguar algo. Ahí tiene todo lo que necesita: nombre completo, edad, número de documento, domicilio y teléfono. Mientras tanto, yo sigo buscando en los archivos de la computadora.

—De acuerdo. Ya mismo echo manos al asunto y ni bien tenga alguna novedad lo llamo.

Pablo corta y mueve el mouse para reactivar la pantalla. Una de las carpetas llama su atención: Sevilla. La abre y comprueba que contiene fotos del viaje que José y él hicieron juntos hace un par de años. El recuerdo le dibuja una sonrisa.

Era la primera vez que Rouviot visitaba esa ciudad. Ya en el aeropuerto, el Gitano desbordaba de agitación.

—No lo vas a poder creer, Pablito. Es un lugar único, soñado. El olor de los naranjos, las calles azulejadas, el parque de María Luisa y…

—Bueno, tranquilo. Por ahora me conformo con encontrar un taxi que nos lleve al hotel. Estoy muerto de cansancio.

—No hay caso, no puedo creerlo.

—¿Qué cosa?

—Que estés acá, en este sitio mágico, y lo único que pienses sea en llegar a tu habitación para desarmar la valija y recostarte un rato. Dejate de joder, Pablo, y abrí los ojos que vas a ver una de las bellezas más grandes del mundo.

Minutos después iban en un auto de alquiler camino al hotel cuando el conductor los interrogó.

—¿Prefieren ir por adentro o por la costa?

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Rouviot.

—Que por adentro es un poco más corto, pero se pierden la vista del río.

—¿Qué río?

El chofer frenó de golpe y volteó para mirarlo. José hizo lo mismo.

—¿Cómo qué río, pelotudo? —lo increpó.

—El Guadalquivir —sentenció el hombre casi ofendido.

Pablo los miró asombrado y su amigo, intentando distender el clima, le pidió al taxista que tomara por la ribera.

—Perdónelo, es que el pobre no sale muy seguido.

—¿Puedo saber por qué se puso así? —le murmuró Pablo al oído.

—Porque lo ofendiste.

—¿Con qué lo ofendí?

José lo miró con un gesto de reprobación. Minutos después, mientras bajaban en la puerta del hotel, Rouviot, como al pasar, interrogó al conductor.

—Disculpe que le haga una pregunta. ¿Usted sabe dónde está y cómo se llama el río más ancho del mundo?

El hombre negó con un gesto.

—Y si usted no sabe eso, ¿por qué debería saber yo el nombre de este arroyo de porquería?

Horas más tarde, mientras cenaban, el Gitano no podía dejar de reír al recordar la escena.

—El tipo te quería matar. El Guadalquivir es uno de los orgullos de Sevilla. Por este río llegaban las carabelas de los conquistadores trayendo el oro de las colonias. Precisamente en Sevilla está la Torre del Oro, que se llama así porque allí se almacenaban las riquezas que llegaban de América.

—No esperarás que me conmueva por eso —le contesta Pablo—. Recordá que por línea materna soy descendiente de indios. Pero, más allá de su importancia histórica, no deja de ser apenas un laguito de mierda comparado con el Río de la Plata.

José soltó una carcajada.

—No hay caso, sos tan argentino. Ni sé para qué te saco a conocer el mundo. Eso, por ejemplo —señaló una hermosa cúpula que asomaba por sobre el resto de las construcciones—. ¿Sabés qué es?

—No.

—Es el campanario de la Catedral de Santa María de la Sede.

—Qué raro, no lo había ni sentido nombrar.

—Seguro que sí. Lo que pasa es que nadie lo llama así.

—Ah, no. ¿Y cómo le dicen?

José se puso de pie con un gesto teatral e hizo una reverencia.

—La Giralda.

—Ahora sí. ¿Y por qué le pusieron ese nombre?

—Porque gira, Pablito: es una veleta. Mide más de cien metros y en una época fue la construcción más alta de España y una de las más elevadas de toda Europa —le cuenta eufórico—. Como casi todo en Andalucía, está superpuesta a un antiguo edificio árabe, en este caso una mezquita. Así que brindemos, compañero, y demos gracias por estar compartiendo este momento. ¡Salud!

—¡Y olé! —bromeó Pablo.

La foto que tiene ante sus ojos retrata aquel brindis. Se los ve sonrientes y abrazados, con una copa de vino en la mano, mientras José señala hacia *El Giraldillo*, la escultura que corona la Catedral de Sevilla.

El sonido del teléfono lo saca de su recuerdo.

—Hola.

—¿Lo interrumpo?

—No, Bermúdez. Dígame, ¿pudo averiguar algo?

—Sí, dos cosas. La primera es que Hernán Hidalgo es el hijo mayor de una familia muy adinerada. Su padre, Raúl, es ingeniero y su madre, María Laura Lozano, una reconocida crítica de arte. El matrimonio tiene además una hija, Rocío, tres años menor que Hernán. La familia vive en Barrio Parque, en la calle Juez Tedín. Conseguí incluso un teléfono de línea que no figuraba en la ficha que me pasó.

—Bueno, muy bien. Pero dijo que había averiguado dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

—Que su amigo debe ser el mejor psicólogo del mundo.

—¿Por qué dice eso? —pregunta notando un dejo de ironía en la voz del policía.

—Porque es capaz de atender hasta a los muertos.

—No entiendo —balbucea Pablo después de unos segundos.

—Como lo escucha, Rouviot. Hernán Hidalgo, el paciente que Heredia estuvo atendiendo todo este tiempo, lleva muerto varios meses.

SEGUNDA PARTE

EL SILENCIO

– I –

Desde el primer suspiro, la vida nos pone ante el desafío de enfrentarnos a cosas que jamás entenderemos. La muerte tal vez sea la más cruel de todas ellas. Insensata, muda e inevitable espera en una esquina incierta, y el reto es construir, aun a su pesar, una vida que encuentre algún sentido.

Pablo es analista y sabe que el miedo es una emoción que nos pone alerta ante la presencia de un posible riesgo, lo conoce muy bien. Para él ha sido casi un compañero de aventuras, un aliado. Aprendió a aceptarlo desde chico, allá en el campo, cuando el viento amenazaba con volar el techo de su casa. En esas jornadas de tormenta, ya al atardecer el olor a tierra anunciaba la llegada de la tempestad, y el ambiente familiar de la llanura se volvía extraño. Los pájaros se guarecían en los árboles, no se veían las liebres corriendo e incluso los teros guardaban un extraño silencio.

Recuerda uno de esos días. El cielo encapotado dejaba la sensación de una noche prematura. Había salido a caminar y se encontró de pronto en medio de unos cañaverales que parecían impenetrables. Hacía un gran esfuerzo para poder desplazarse y avanzar por la tupida vegetación cuando de repente, al abrir unas cañas, un monstruo gigantesco se le abalanzó. No había sentido nunca un miedo semejante. Gritó como solo un niño puede hacerlo: sin pudor, dejando que un terror atávico saliera de su cuerpo. Se echó al suelo y se arrastró con esfuerzo hasta encontrar la salida.

La lluvia había empezado a caer y el cielo estaba ennegrecido por completo. Por suerte, algunos relámpagos iluminaban la oscuridad eterna de la pampa húmeda. Se levantó como pudo y corrió sin rumbo. Solo quería alejarse de la morada de ese diablo alado que lo atacó con una mirada que no olvidaría jamás.

La mañana siguiente, enterado de lo sucedido, su padre decidió llevarlo nuevamente hasta el lugar. Pablo no quería volver, pero el hombre le dijo que debía enfrentar a sus demonios si no quería que estos lo habitaran para siempre y, desde las sombras, manejaran su vida. Con la luz del día y la mano ancha y fuerte que lo sostenía, se internó nuevamente en el cañaveral hasta que encontraron lo que habían ido a buscar. Supo entonces que aquella bestia infernal era en realidad un enorme búho que anidaba allí escondido. Ese día aprendió dos cosas: que el horror puede tomar las formas más vulgares y que debía aprender a respetar al miedo.

Sin embargo, sabe que la desmesura acecha y puede transformar en patológicas reacciones que, en su justa medida, son sanas. Los griegos huían de la *hibris*, del exceso, como del infierno. Basta recordar la inscripción que

recibía a quienes visitaban el Oráculo de Delfos: *conócete a ti mismo*, y *nada en demasía*. Por eso siempre ha luchado para que sus miedos no alcanzaran la estatura del terror.

Cuando el taxi se detiene y lo deja en la puerta de la casa de la familia Hidalgo siente miedo. No va a permitir que lo inmovilice, pero lo considera y se esfuerza en estar atento.

– II –

Barrio Parque es una zona exclusiva, casi solemne de Buenos Aires. Sus calles circulares y las construcciones suntuosas generan un fuerte impacto visual. Es verdad que se trata de un lugar que emana una extraña frialdad, pero no es menos cierto que es hermoso. La mañana soleada invita a recorrerlo, sin embargo, él camina directo hacia la casa cuya dirección ha memorizado y toca el timbre.

Segundos después un rostro agradable abre la puerta, sonríe y le da la bienvenida.

—Buenos días. Soy el licenciado Pablo Rouviot.

—Adelante. —Lo invita a entrar—. Yo soy Laura.

La mujer es bella y todavía joven. Pablo duda sin saber si saludarla con un beso o tenderle la mano. En un movimiento torpe opta por lo segundo.

—Antes que nada, le agradezco mucho que me haya recibido. No me conoce y supongo que mi llamado le debe haber parecido extraño.

—Es cierto que me sorprendió, pero se equivoca en algo. En realidad, sí lo conozco. Por supuesto, del modo limitado en que puede conocerse a alguien a quien se ha leído. —Pablo la interroga con la mirada—. Soy profesora y crítica de arte, y utilicé su libro sobre el inconsciente y la producción artística en algunas de mis clases.

Él se siente intimidado y agradece con un gesto.

—Bueno, parece ser que el sorprendido soy yo, entonces.

—Pase y siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo de tomar, un café, algo fresco?

—Sí. Un café, negro y amargo. Gracias.

Ella se retira y lo deja solo en el *living*. La casa de paredes vidriadas está amueblada de forma moderna. Grandes sillones de color natural rodean una mesa baja de madera con base de hierro de estilo campo. Hacia al frente hay un hogar a leña, a la izquierda un espacio que parece ser un salón de esparcimiento, y a la derecha el comedor con una mesa de mármol, también baja, y sillones individuales. Por encima de ellos sobresale un cuadro que parece un corazón sobre un fondo rojo y negro, no muy grande, pero a las claras importante. La pared de la derecha, en cambio, está totalmente ocupada por una inmensa pintura que muestra a un grupo de amigos que brindan alrededor de una mesa enorme.

Laura regresa con una bandeja y se sienta frente a él. Pablo advierte que además del café ha traído una taza de té. «Está relajada», piensa, lo cual es un buen comienzo dado lo complejo del tema que lo ha llevado hasta allí.

—¿Me equivoco o este cuadro es un Pérez Celis? —le pregunta para empezar el diálogo, aun conociendo la respuesta. La mujer asiente.

—Veo que entiende de arte.

—No mucho, pero siempre me ha gustado su obra. No sé bien qué es, pero tiene algo que me seduce. Además, no todos los días se tiene el privilegio de estar frente al trabajo de alguien tan importante.

—Lo entiendo, aunque no es mi caso. Dada mi profesión tuve la oportunidad de conocer a grandes artistas de distintas disciplinas y tengo muchos originales.

—Lo imagino. ¿Y por qué entre tantos eligió este en particular para ambientar el comedor de su casa?

—No lo sé. Quizás porque al igual que a usted me haya resultado especialmente seductor —sonríe y le pregunta de modo travieso—. ¿Y qué le parece esta otra?

Él se vuelve a mirar el enorme retrato grupal que la mujer le señala y se encoge de hombros.

—Bueno, en realidad… no sé qué decir.

—Entonces no diga nada. —Ríe Laura—. Su silencio es ya toda una gentileza. Es un capricho de mi marido. Este es él. —Indica al hombre sentado al centro—. El resto son sus compañeros del club.

Pablo reconoce a muchos de ellos. Algunos son personajes de la política, y otros empresarios importantes. Luego de un breve silencio, suelta un comentario casual para salir de la incomodidad.

—Admito que es una pintura interesante, pero en lo personal no hubiera tenido la crueldad de hacerla competir con un Pérez Celis.

—Yo tampoco, pero así es Raúl. Un hombre al que le agrada estar rodeado de sus afectos.

Laura tiene una mirada profunda que la hace parecer aún más bella. Su voz es suave y habla con una cadencia cálida y armoniosa. Salta a la vista que es inteligente y afectiva, y eso le agrada. Ella vuelve al *living* y se sienta.

—Pablo, le juro que es un gusto inesperado tenerlo aquí. Pero, de todos modos, me intriga saber cuál es el motivo de su visita.

Sabe que tiene que elegir muy bien sus palabras. Es amable y encantadora, pero de todos modos el tema que lo convoca puede resultarle molesto, incluso desagradable.

—Quisiera hacerle algunas preguntas acerca de su hijo. Hernán.

Ella hace un movimiento casi imperceptible, pero no tanto como para evitar que Pablo lo note. Es evidente que la ha tomado por sorpresa. La mujer baja la cabeza, bebe un sorbo de té y se toma unos segundos antes de responder.

—Me está pidiendo que hable de una cuestión familiar dolorosa y muy delicada. ¿Puedo saber por qué?

—Por supuesto. Anoche hallaron a José Heredia, un psicoanalista amigo, en su consultorio con una herida de bala en la cabeza. En apariencia se trató de un intento de suicidio, pero créame, eso no es posible. De modo que me puse a investigar, a reconstruir su día, y comprobé que atendió normalmente hasta las seis menos cuarto de la tarde. Después de esa hora nadie pudo contactarlo hasta que su mujer pasó a buscarlo y lo halló agonizando en el sillón.

—Lo lamento mucho. Pero ¿eso qué tiene que ver con mi hijo?

—Que el paciente de las seis menos cuarto era, precisamente, Hernán Hidalgo.

Pausa.

—Licenciado, aunque fuera una horrible casualidad, puede haber muchas personas con ese nombre.

—Es cierto, pero ninguno que comparta el mismo número de documento, la dirección y los padres.

Laura le clava la mirada y no disimula un gesto contrariado.

—Perdón, pero si se trata de una broma quiero decirle que no tiene ninguna gracia.

—Le juro que jamás bromearía con algo así.

—De todos modos, lo que dice no tiene ningún sentido. Por si no lo sabe, mi hijo murió hace casi un año.

—Sí, lo sé. Por eso quise hablar con usted. Porque creo que alguien ha estado usurpando la identidad de Hernán y necesito averiguar quién y por qué.

Ella se pone de pie y camina confundida en dirección al cuadro de Pérez Celis. Por el ventanal se ve cómo una paloma se posa en el árbol que casi invade la casa. Pablo imagina la conmoción que sus dichos pueden haberle causado y sabe que solo puede aminorarlo con más palabras.

—Por favor, no quisiera que…

—Disculpe —lo interrumpe mientras abre el ventanal y sale al balcón—. Necesito tomar un poco de aire.

Su rostro ha empalidecido y respira de modo agitado. Él la sigue en medio de un pesado silencio. Al rato, ella saca un paquete de cigarrillos y le ofrece uno.

—Le agradezco, pero no fumo.

—Espero que no le moleste que lo haga yo.

—De ninguna manera.

Está nerviosa y el encendedor se le cae de las manos. Pablo lo recoge, se acerca y le da fuego. Laura pega una pitada eterna y demora en exhalar

suavemente el humo.

—¿Sabe? La vida es muy extraña. Si no fuera tan trágica sería casi graciosa.

—¿Por qué lo dice?

—Porque usted aparece de la nada y me pide que hable de mi hijo cuando me costó tanto dejar de hacerlo. Porque durante meses no hice más que eso: hablar de Hernán. No podía aceptar que hubiera muerto y quizás, de algún modo, fue mi manera de intentar conservarlo con vida. Por supuesto que también mi hija y mi marido estaban devastados, pero para mí era diferente.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Usted mismo lo explica en sus libros, ¿o no? Si no recuerdo mal, en uno de ellos sostiene que la relación del hijo con la madre es fundante, singular. Está en lo cierto, licenciado, y nosotros no éramos la excepción. Desde el día en que Hernán llegó a esta casa mi vida giró en torno a él. ¿Sabe? Trabajo desde muy joven, sin embargo, nunca dejé de estar en el horario del baño, de los juegos —se interrumpe—. Y me alegro de que haya sido así. Al menos pude guardarme un montón de momentos inolvidables. Sus primeras palabras, su risa…

Pablo la escucha y reconoce algo familiar: el tono de la confidencia que habita en el consultorio. En este momento Laura habla como lo hace un paciente, y entonces él escucha como lo hace un analista. Aunque dada la situación sabe que debe intervenir con mucho cuidado.

—¿Puedo saber en qué se quedó pensando?

—En la primera vez que me dijo «mamá» —termina el cigarrillo mientras una lágrima pugna por salir.

—¿Qué pasó ese día?

—Fue una revolución. Lo abracé, lloré… no podía creerlo.

—¿Y por qué no podía creerlo?

Laura está a punto de responder, pero algo la detiene. Lo mira.

—Es usted muy bueno.

—No sé por qué lo dice —responde con sinceridad.

—Sí que lo sabe. Pero, si prefiere hacerse el desentendido, como dicen ustedes: mejor dejamos acá. —Le sonríe.

Generalmente le es fácil lograr que la gente se abra con él. Es un don, o una costumbre, no lo sabe. Pero lo cierto es que esta vez la magia se ha interrumpido y no de un modo casual. Si hubiera ocurrido en sesión habría atribuido la causa del corte en el relato a una *resistencia*, esa barrera inconsciente que el paciente levanta para protegerse de lo que supone que podría ser un peligro para su estabilidad psíquica. No obstante, algo le dice que en este caso se trata de una decisión totalmente voluntaria. Entonces, ¿por qué no quiso seguir hablando?

Mientras piensa, la voz de Laura lo interrumpe.

—¿Quiere conocerlo? —Ingresa al comedor, toma un retrato que se encuentra sobre un mueble y se lo acerca. Pablo lo toma.

En la foto, un joven muestra una sonrisa generosa. Debe tener unos veintisiete o veintiocho años, no más. Viste traje de baño y está cebando un mate. Detrás de él se ve un lago en medio de un paisaje rural.

—Fue tomada en el campo que tenemos en Punta del Este, un año antes. —Pablo no necesita preguntar antes de qué—. Hernán estaba tan contento. Ese día nos había presentado a Sofía, su novia. Mi marido estaba en la parrilla, preparándole un asado de bienvenida, y yo ponía la mesa mientras los miraba.

—¿Y quién sacó la foto?

—Rocío, mi hija. —Vuelve al mueble y toma otro portarretratos.

Esta vez la imagen es la de una muchacha atractiva de mirada profunda, de pie en un lugar que Pablo reconoce de inmediato: la Piazza della Signoría.

Un congreso lo llevó a Florencia hace algunos años y, desde entonces, vuelve cada vez que puede porque la ciudad ejerce sobre él un encanto único. Esa plaza fue en otra época el escenario en que se llevaban a cabo las ejecuciones públicas. A modo de recordatorio una placa rememora que allí fue colgado y quemado por herejía Girolamo Savonarola. Pero lo que más recuerda son las maravillosas esculturas que tanto impactan a los turistas y hacen del predio una suerte de museo al aire libre.

—Es muy hermosa.

—Sí, también lo es.

—Y ¿cómo tomó la muerte de Hernán?

—Como pudo, igual que todos. Tenga en cuenta que fue un hecho muy traumático.

Pablo comprende que llegó el momento de abordar al tema, por eso se sienta de modo casual antes de continuar.

—Cuénteme, Laura. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Ella lo mira un rato largo, luego del cual toma asiento frente a él.

—¿Es realmente necesario que hable de esto? Le juro que no es algo grato de recordar.

—Lo imagino —le contesta con toda sinceridad y calla.

El tan temido silencio del analista. Hay quienes piensan que es un momento fácil de sostener, que permanecer sin hablar no implica ningún esfuerzo. Muy por el contrario, se trata de un silencio activo, de una decisión que se toma para generar un ámbito que aloje la angustia del paciente y dé espacio al surgimiento de palabras que puedan horadarla.

Laura se toma unos minutos antes de continuar.

—Fue hace casi un año. Hernán no era un chico fácil, pero sí muy afectivo, especialmente con Rocío. Adoraba a su hermana, eran muy compinches. También conmigo tenía una relación muy cariñosa. —Hace una pausa—. En cambio con mi esposo…

—¿Qué pasa con él?

—Tenían algunas diferencias.

—¿Discutían?

—Mucho. Raúl es un buen hombre, pero demasiado estructurado. Como todo padre tenía debilidad por su hija y algunas actitudes de Hernán lo molestaban mucho.

—¿Qué tipo de actitudes?

Lo mira con seriedad. Pablo sabe que está evaluando hasta dónde contarle, y es comprensible que lo haga, después de todo no es más que un desconocido.

—El estudio, por ejemplo. Raúl quería que fuera ingeniero, como él. Pero a Hernán le interesaba la filosofía, y eso era motivo de peleas permanentes. Imagine que mi marido soñaba con que su hijo quedara al frente de la empresa, pero él no quería saber nada. Se peleaban tanto que Hernán decidió mudarse a un departamento que tenemos en Palermo y vivir solo. —Piensa—. Fueron tiempos complicados en los que apenas se veían. Por suerte, estábamos nosotras para mediar. Pero todo cambió cuando apareció Sofía.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero ella trajo calma a la familia. Es una chica muy dulce, y desde el primer momento hizo todo por acercarlos otra vez. Empezaron a venir de visita a casa, las conversaciones se volvieron agradables, y un día me di cuenta de que estábamos siendo felices. Nos reíamos, hicimos algunos viajes juntos, e incluso Raúl terminó por aceptar la decisión de Hernán de ser filósofo. —Sonríe.

—¿Qué recordó?

—Que no le gustaba que lo llamáramos así, le parecía demasiado ostentoso. «Filósofo era Heidegger» —nos decía—. «Yo solo voy a ser licenciado en Filosofía». Pero así era él: nunca estaba conforme con lo que lograba y, a pesar de lo mucho que se esforzara, todo le parecía poco.

Sin darse cuenta acaricia la foto y su rostro se ilumina mientras habla. Pablo la entiende: está recordando un momento de dicha en el que, como escribió Pessoa, *nadie estaba muerto*. Laura ha dado un rodeo. Él le preguntó por la muerte de Hernán y ella, en cambio, ha hablado de su vida. Es comprensible que lo haya hecho y él debe tener paciencia. Sabe que a veces es necesario un desvío antes de adentrarse en un territorio tan doloroso.

—Y cuando todo parecía estar bien —continúa—, llegó la tragedia. Una madrugada nos despertó el teléfono, era la policía. Nos pidieron que fuéramos

a reconocer el cuerpo de un joven que habían encontrado muerto por una sobredosis en la zona de la costanera. Nos levantamos con mi marido y fuimos a la dirección que nos indicaron. No la voy a olvidar jamás: Junín al 700.

Pablo se estremece al escucharla. Sabe que allí funciona la morgue judicial, en un predio que comparte con la facultad de Ciencias Económicas, a escasos metros de donde, en este preciso instante, José batalla por su vida.

—Si bien estábamos sorprendidos, hicimos el viaje con la tranquilidad de pensar que debía tratarse de un error. Hernán era tan joven, tan vital, que yo creía que nada podía pasarle, además nunca habíamos notado nada que nos hiciera pensar que consumía drogas. Por el contrario, era deportista y hacía casi un culto del cuidado de su cuerpo. Llegamos y nos condujeron hasta una habitación en la que había un cadáver cubierto sobre una camilla. Cuando levantaron la sábana me recorrió un frío helado por la columna y trastabillé. Raúl me aferró de los hombros y nos miramos. No podía ser, pero era. Allí estaba mi hijo. —Baja la mirada y llora en silencio.

Él comprende lo que está sintiendo. Convive a diario con eso y sabe que la pérdida de un ser querido produce un quiebre tan intenso que obliga a la persona a optar entre la realidad objetiva que le dice que el amado ha muerto, y la realidad psíquica que lucha tenazmente por mantenerlo con vida a cualquier costo. Es un momento confuso en el que predomina la *renegación*, un mecanismo de defensa psicológico que hace que lo ocurrido se acepte y se niegue al mismo tiempo. Laura lo dijo claramente: *no podía ser, pero era*.

También ha aprendido de pacientes que pasaron por un trance así que entre esa realidad externa y la verdad hay una fisura, y quien enfrenta esa situación necesita resolverla. Por eso, busca la verdad más allá de la realidad.

Pablo se inclina un poco hacia adelante en el sillón. Es un gesto mínimo, pero basta para que inconscientemente Laura perciba la empatía y sienta que su sufrimiento está siendo escuchado. Él sostiene esa angustia silente durante unos segundos, después de los cuales le acerca un vaso con agua que ella había traído junto con el café. No es solo una gentileza, es una intervención que aspira a que ella retome su discurso.

—Gracias. Como le dije, al principio no hacía más que hablar de Hernán y no podía sacarlo de mi cabeza. —Bebe y suspira—. El tiempo y la ayuda profesional me hicieron entender que debía dejarlo ir porque que yo seguía viva, aunque le juro que en muchos momentos pensé que no iba a poder. Es más, aún lo pienso en algunas ocasiones. Después me enojé con Dios, conmigo y con el mundo. Me encerraba en mi cuarto y no quería ver a nadie. ¿Cómo era posible que algo así le hubiera sucedido a un chico tan bueno, tan… único? —Percibe el temblor de su voz—. Hasta que poco a poco fui aceptando la realidad.

Las famosas cinco etapas del duelo establecidas por la psiquiatra Elisabeth Kübler-Ross: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Si bien Pablo no es proclive a los esquemas, debe reconocer que en casos como estos, siempre ha visto aparecer algunas de estas fases, cuando no todas.

—De cualquier modo —continúa Laura con tono de impotencia—, le confieso que hay días en los que duele tanto.

Pablo lo sabe. Nadie quiere desatar el nudo que lo une a sus seres queridos, y el trabajo de duelo invita justamente a eso: a no esperar más llamados, a aceptar que el otro no va a venir, a quitarnos su presencia del cuerpo, aunque en el intento nos vayamos despedazando. No es fácil, porque, aunque la persona muerta ya no está afuera, todavía late en nuestro interior, y el desafío del paciente es afrontar una segunda muerte: la que implica deshacerse del amado que nos habita, aun sabiendo que al hacerlo algo de nosotros morirá con él. Después de tantos años de práctica clínica, ha llegado a una conclusión: el duelo no es más que el tiempo que transcurre entre una muerte y esa otra.

El ruido de la cerradura al girar lo sobresalta. La puerta se abre y entra una joven que aparenta unos veinticinco años, rubia, alta y hermosa. Cree recordarla de algún lado. Ella lo mira extrañada y le sonríe. Entonces, Pablo reconoce el gesto que vio hace unos minutos en la foto y recuerda su nombre: Rocío. Se pone de pie al tiempo que ella se acerca para saludarlo. Sin embargo, al ver el rostro angustiado de su madre, desaparece todo rasgo de amabilidad y los ojos azules lo miran con dureza.

– III –

Las mujeres conversan sentadas a la mesa de un bar de la calle Uriburu, frente al Hospital de Clínicas. Salieron para despejarse y comer algo, aunque ninguna de las dos tiene demasiado apetito.

—¿Y por qué Pablo está siempre solo? —pregunta Candela y toma un sorbo de chocolate caliente.

—Bueno, solo, lo que se dice solo…

—No, claro, sé que de vez en cuando sale con alguna tía, pero desde que lo conozco jamás me ha presentado a ninguna.

—Seguramente porque no consideró que fueran relaciones importantes y no habrá querido mezclar las cosas. Vos para José sos el amor, en cambio esas chicas apenas si son algo pasajero para Pablo.

—Me da tanta pena. Es un hombre muy especial.

No sabe por qué dijo eso, pero tuvo la necesidad de hacerlo. Quizás haya sido un modo de proteger a la única persona en quien puede confiar en este momento.

—¿Sabés qué pasa? La gente piensa que el Rubio tiene todo bajo control, empezando por él mismo, y es mentira. En el fondo es un tipo frágil que tiene mucho miedo. Sin embargo… no sé, es raro.

—¿Qué es lo raro?

—Que, a pesar de eso, estar a su lado te hace sentir segura.

—Con más razón, entonces. Dime, ¿por qué crees tú que le resulta tan difícil estar con alguien?

—Porque, así como puede ser tan protector, a veces es capaz de hacer mucho daño. —La mira—. ¿Sabés? Pablo no siempre es esa persona de sonrisa luminosa y voz calma que conocés. —Observa su gesto de sorpresa y le sonríe —. Te aclaro que no lo estoy juzgando. Si yo lo adoro, pero no es un hombre fácil.

—¿Y cómo es que ustedes se conocieron?

—Uff… fue hace tanto tiempo.

De pronto se ha relajado y tiene ganas de contar esa historia. Siente que le va a hacer bien escucharla y, por otra parte, de algo tienen que conversar en medio de la espera.

—Mirá, gallega, Pablo y yo fuimos compañeros de la escuela secundaria, y la verdad es que no nos dábamos mucha bola. Qué sé yo, viste cómo son las cosas a esa edad: las nenas con las nenas, los nenes con los nenes y esas boludeces. Pero te voy a contar un secreto. Un sábado a la noche, durante un

baile que organizamos para juntar plata para el viaje de egresados, casi nos besamos.

El recuerdo la hace sonreír.

—¿De qué te ríes?

—De que nunca, jamás, hablamos de eso que pasó. Él era un chico estudioso e introvertido y yo estaba muerta con Daniel, uno de sus mejores amigos, un pibe que ni me registraba. Y ese día tomé la decisión de hacer algo para llamar su atención. Entonces, a eso de las tres de la mañana, cuando pusieron los lentos, me acerqué y me quedé parada al lado de Pablo. Él odiaba bailar, pero yo le sonreí, charlamos unos minutos, le di la mano y lo llevé a la pista; estaba sonando «Muchacha, ojos de papel». Sí, ya sé, no sabés ni de qué te hablo. Pero te cuento que, en esa época, si aceptabas un lento era porque el tipo te gustaba mucho, aunque este no era el caso. Mi idea era darle un beso nada más que para generarle celos a Daniel. Así que empecé a acariciarle la espalda y me apoyé en su pecho. Al rato levanté la cabeza, estábamos a pocos centímetros y bastaba un solo movimiento para que el beso se concretara. Pero en ese momento pasó algo.

—¿Qué?

—Sentí en el cuerpo cómo su corazón latía fuerte y acelerado. Lo miré de cerca…

Hace una pausa.

—¿Y qué pasó?

—Me di cuenta de que sus ojos tenían un brillo extraño, que estaba temblando y entonces comprendí que yo le gustaba. No sé si estaba enamorado de mí, pero supe que le gustaba en serio. Se me vinieron mil imágenes de momentos que habíamos compartido, conversaciones, miradas, todo se ordenó de un modo claro, y entendí que no podía hacerle eso, que lo iba a lastimar. Yo era una pendeja, pero nunca fui una mala mina. Así que corrí la cara despacito, me separé intentando no ser bruta, y empecé a hablar pavadas para distender la situación hasta que al rato le hice un chiste, me separé de él y me fui con las chicas. Pablo no dijo nada, sin embargo, tuve la sensación de que había comprendido todo. —Suspira—. Pobre Rubio. Vos no sabés cuánto lo quiero, y te juro que a pesar de todos los años en que no nos vimos, siempre me sentí culpable por haberlo lastimado aquella noche. Pero así es el ser humano, ¿no? Siempre dañamos a los que más queremos.

El mozo que llega trayendo dos sándwiches tostados interrumpe la conversación. Candela ha seguido el relato con verdadero interés.

—¿Y cómo es que volvieron a contactarse?

—Fue mucho después. Yo había tenido una hija de soltera y la estaba pasando muy mal. Estaba sola, sin plata y sin laburo. Él, en cambio, se había convertido en un hombre exitoso. Acababa de publicar un nuevo libro y veía

su foto en todas las calles de Buenos Aires. Un día en que estaba desesperada junté coraje, lo fui a buscar a la salida de una de sus charlas y le conté mi situación. —Menea la cabeza—. ¡Qué amor! Me invitó a cenar, nos pusimos al día, nos reímos, recordamos algunos episodios de nuestra adolescencia y, a pesar de la situación que estaba pasando, me sentí bien y segura a su lado. Cuando terminamos de comer me llevó hasta mi casa, me ofreció trabajo y aquí estoy.

—Es una historia muy linda.

—Sí. A su manera es una historia de amor. —Su gesto se pone serio—. ¿Sabés? Yo haría cualquier cosa por él. Es cierto que a veces es oscuro, que cuando algo se le mete en la cabeza se vuelve imposible y se lleva todo puesto. Pero lo conozco mucho, probablemente más que nadie, y te juro que, si tuviera que poner mi vida en manos de alguien, no dudaría ni un instante en hacerlo en las de Pablo. Así que confiá, que no estás sola. —Sonríe—. Los dos vamos a cuidarte mucho.

Candela asiente agradecida. Helena mira su reloj, llama al mozo con un gesto y pide la cuenta. El recreo ha terminado y deben volver.

Mientras tanto, enfrente, en el piso de Terapia Intensiva, el doctor Uzarrizaga acaba de tomar una peligrosa decisión.

– IV –

—¿Se da cuenta de la locura que está diciendo? —lo increpa Rocío.

—Entiendo tu reacción, y juro que cuando me enteré de lo ocurrido pensé exactamente lo mismo que vos, pero te aseguro que es verdad.

—¿Y quién cree usted que pudo estar haciéndose pasar por mi hermano?

Pablo menea la cabeza.

—No lo sé, por eso vine a verlas. Quizás ustedes puedan ayudarme a descubrirlo.

—No sé cómo.

Él tampoco, pero no se le ocurrió un mejor lugar para empezar. No es policía, y no está acostumbrado a manejar temas como estos. Tal vez debería haberle pedido a Bermúdez que lo acompañara, pero ya es tarde. Ahora está allí, en una agradable confitería de la avenida Figueroa Alcorta, ante esa joven que, incrédula, lo mira con gesto de incomprensión. Y solo sabe hacer una cosa: escuchar. Ese es su arte y debe confiar en él.

—Me gustaría que me hablaras de Hernán. Tu madre me dijo que ustedes eran muy compinches e imagino que sabrás algunas cosas que ella no. Por eso preferí que nos fuéramos de tu casa, para que pudiéramos conversar a solas y no te vieras obligada a decir nada que no quieras delante de ella.

Lo mira en silencio. Es claro que está shockeada y aún no logra reponerse.

—Hernán era un ser de otro mundo. Desde chica aprendí a compartir todo lo que me pasaba con él. No tenía ese pudor que suele haber entre hermanos y hermanas. Por el contrario, no había nada que no fuera capaz de contarle: mis miedos, mi primera vez con un hombre, mis dudas.

—¿Y él también te participaba de su vida?

—No. Era muy reservado con algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Duda.

—Con casi todo. Ahora que lo pienso me doy cuenta de que nuestro vínculo era bastante asimétrico. Él sabía todo de mí, en cambio yo…

—¿Qué?

—Siento que no llegué a conocerlo realmente, y eso me da culpa.

—¿Culpa, por qué?

—Porque a lo mejor podría haberlo ayudado más de lo que lo hice. —Lo mira—. ¿Sabe? En este tiempo pensé mucho en él. Me acuerdo que cuando éramos adolescentes solía verlo abstraído, callado, como si estuviera habitando un mundo que no quería compartir con nadie. A veces me acercaba y lo abrazaba.

—¿Y cuál era su reacción?

—Se dejaba querer, pero no hablaba. No sé por qué, pero…

—¿Pero, qué?

—Creo que se fue lleno de secretos. Y me duele no haber estado a la altura de la situación. —Se angustia.

—Rocío, no creo que debas reprocharte eso. Por lo que estás contando, Hernán no era alguien que se dejara ayudar fácilmente.

—Es posible. Pero de todos modos siento que podría haber hecho más por él.

Se castiga. Es evidente que no ha podido superar la muerte de ese hermano tan querido. Está siendo injustamente cruel con ella misma y es comprensible que así sea. La pérdida de Hernán la ha empujado a un espacio sin respuestas, al enigma más grande de la humanidad: la muerte. No puede ni quiere entenderlo, y en la búsqueda estéril de encontrarle un sentido a la tragedia piensa que podría haber hecho algo para evitarla. Es muy común que aparezcan este tipo de pensamientos mágicos en el primer momento del duelo. De allí frases tales como: «si yo hubiera llegado antes», o «si lo hubiera acompañado». Potenciales incomprobables que niegan una verdad que hiere: la vida no tiene lógica ni justicia. El cine y la literatura saben mucho del tema, por eso abundan las historias de personas que vuelven atrás en el tiempo para corregir algún detalle intentando cambiar el desenlace de los hechos.

En vano.

Pablo la observa, y ve que las lágrimas vuelven aún más atractivos a esos ojos azules y profundos. Le extiende un sobre con pañuelos descartables. Ella lo acepta.

—¿Siempre los lleva encima? Se ve que está acostumbrado a hacer llorar a la gente —bromea mientras intenta componerse.

—Debe tratarse de un vicio profesional —enuncia antes de continuar—. Según me dijo tu mamá, Hernán no vivía con ustedes.

—Así es. Desde hace un tiempo se había mudado al departamento de la calle El Salvador.

—¿Y quién está ahí ahora?

Hace la pregunta como al descuido mientras llama al mozo para pedir la cuenta. Sabe que, en situaciones como estas, es común que la familia resguarde el hogar del ser querido como si se tratara de un museo. Deja sus cosas en un estado de hibernación a la espera inútil de un retorno que no será.

—Nadie. Solo Andrea, la chica que trabaja en casa, va una o dos veces por mes para abrir las ventanas, limpiar un poco y retirar las cuentas. —Pausa—. Todo está como cuando Hernán vivía.

Es el momento. Pero debe hacerlo con cuidado.

—Rocío, ¿sería mucho pedirte que me permitieras visitarlo?

Lo mira con seriedad. Es una solicitud extraña, desatinada; pero todo lo que ha escuchado desde que conoció a ese hombre le parece absurdo. Sin embargo, algo le dice que puede confiar en él.

—¿Cree que puede ayudar a descubrir quién se está haciendo pasar por mi hermano?

No va a mentirle.

—No lo sé. Pero es una posibilidad y no me gustaría desecharla.

Ella asiente.

—Está bien, pero no ahora, quizás mañana. Hoy tengo un día muy complicado.

—Claro.

El sonido del teléfono los interrumpe. La pantalla le indica que es un llamado de Helena. Se disculpa con un gesto y atiende.

—Hola.

—Rubio, venite ya mismo para acá.

—¿Pasó algo? —pregunta con temor.

—Todavía no, pero si no llegás en unos minutos, quizás después sea demasiado tarde.

– V –

El doctor Uzarrizaga entra al cuarto húmedo y descascarado que hace las veces de oficina, saluda y se sienta detrás del escritorio. Del otro lado Pablo, Helena y Candela lo miran en un silencio tenso.

—Recién terminamos de hacerle una tomografía computada y el paciente está nuevamente en la sala de Terapia Intensiva.

—¿Y? —pregunta Helena con ansiedad mirando a Pablo.

Él le aprieta el brazo e intenta calmarla con un gesto.

—Disculpe, Ramón. Es que todos estamos muy nerviosos.

—No te preocupes, lo entiendo. Bueno, les cuento a qué nos enfrentamos. En este momento José está en estado de coma y su condición es estable. El examen confirma que la bala entró justo entre el lóbulo temporal y el occipital y, luego de desplazarse, quedó alojada en la parte posterior del cerebro.

La voz de Rouviot tiembla al preguntar.

—¿Encontró daño en alguno de los hemisferios?

Aunque el médico contesta al instante, la respuesta parece no llegar nunca.

—No. —Pablo suspira aliviado—. De todos modos, no te alegres demasiado.

—¿Por qué?

—Porque la zona está muy edematizada. —Observa el gesto de incomprensión de Candela y le explica—. Verá: cuando el traumatismo es tan importante es común que se acumulen fluidos y el cerebro se hinche, y como está contenido por el cráneo. —Junta las manos formando un círculo—, no tiene espacio para expandirse libremente. Medimos la presión intracraneal a través de un catéter y, en efecto, está muy alta. Por esa razón decidí que vamos a intervenirlo quirúrgicamente de inmediato, para retirar la bala y ver cómo podemos aliviar en algo esta situación.

—Pero ¿José está en condiciones de soportar una operación tan compleja?

La pregunta de Helena hace que el médico frunza el ceño antes de responder.

—Cuando el paciente llegó había perdido mucha sangre y presentaba un cuadro de hipoxia.

—Quiere decir que le llegaba poco oxígeno al cerebro —traduce Pablo a las apuradas para evitar interrupciones.

—Pero ya nos encargamos de ese tema. También evaluamos su condición general, presión, temperatura, ritmo respiratorio y logramos compensarlo. Así que su estado actual nos habilita a tomar la decisión de efectuar la cirugía.

Está tratando de calmarlos, sin embargo, algo delata su preocupación.

—Doctor, ¿me parece a mí o hay algo que no nos está diciendo? —pregunta Helena.

Asiente.

—Según la imagen del estudio, el proyectil parece estar cerca del tronco encefálico, demasiado cerca. Es probable, incluso, que lo haya dañado.

Pablo siente como si una aguja helada le atravesara el cuerpo. De pronto se ha puesto pálido.

—*Locked in* —murmura, y su antiguo profesor afirma con un movimiento de cabeza.

Helena se le acerca.

—¿*Lock*... qué? —Y ante la falta de respuesta, continúa—. Bueno, sea lo que fuere, si los hemisferios están sanos eso quiere decir que se va a poner bien, ¿no? —Silencio—. ¿Qué pasa? ¿Alguien me puede explicar algo... qué carajo es el tronco encefálico?

Candela está muda, pero la cara de su amigo basta para que en su rostro aparezcan las claras señales del miedo. Rouviot aún no logra reaccionar. Por suerte, el doctor Uzarrizaga acude en su ayuda.

—Igualmente, no nos apresuremos. Pablo, vos sabés que la tomografía tiene un falso positivo importante. Después de todo no es más que una foto.

—Sí, pero un médico con su experiencia...

—Un médico con mi experiencia ha aprendido a esperar, y te pido que hagas lo mismo. Por lo pronto, como te dije, vamos a operarlo de inmediato. Y para poder hacerlo necesito que usted firme esta autorización. —Extiende un papel a la joven que no sabe cómo proceder.

—¿Ya? ¿No es mejor aguardar a que se reponga un poco?

—No —sentencia Pablo—. Firmá ya mismo, Candela. No hay tiempo que perder si queremos tener una opción.

—Exacto —avala el médico—. La misma hinchazón podría generar que la bala se desplazara un poco y no tenemos margen para correr ese riesgo.

—Pero usted acaba de decir que está muy débil y ha perdido mucha sangre.

—Tiene razón la gallega. —Se suma Helena—. Imagino que debe ser una intervención compleja y, en este estado, el Gitano podría morir en el quirófano ¿o no? —Uzarrizaga asiente—. Entonces no entiendo por qué va a correr ese riesgo. Esperemos, Rubio. ¿Qué puede ser peor que la muerte?

Pablo la mira y una idea que no pronuncia viene a su mente: *locked in*.

– VI –

—A ver si capto bien lo que decís. ¿José está dormido?

—No.

—Bueno, entonces está despierto.

—Tampoco.

—Rubio, dejate de joder y sé más claro porque la nena no entiende nada —protesta Helena justificando su propia incomprensión.

Pablo toma un sorbo de café y piensa una explicación antes de continuar. Han ido hasta un bar cercano para conversar sobre lo que acaba de informarles el doctor Uzarrizaga.

—Un traumatismo cerebral, según sea su gravedad, puede generar diferentes estados alterados de conciencia: estupor, coma, estado vegetativo, *locked in* o muerte cerebral. ¿Me siguen?

—Creo que sí, pero andá despacio que me estás metiendo miedo.

—En estado de *estupor*, el paciente no responde, pero puede despertar por momentos ante algún estímulo fuerte. Un pinchazo, por ejemplo. En coma, en cambio, está totalmente inconsciente, no reacciona a los estímulos y es imposible despertarlo. No registran ni la luz, ni el dolor, ni alterna entre el sueño y la vigilia. Bueno, ese es el estado del Gitano en este momento.

—¿Y cómo evoluciona ese cuadro?

—No siempre del mismo modo. Algunos despiertan después de un período de días o semanas incluso. Otros avanzan hacia un estado vegetativo, y en ciertos casos…

—¿En ciertos casos qué? —interviene Candela con un hilo de voz.

—Mueren.

La joven se derrumba y Helena la abraza.

—¿Tenías que decírselo así?

—¿Y cómo querías que se lo dijera?

—Qué sé yo, distinto. Sos psicólogo, ¿o no?

Pablo nota que la situación puede desmadrarse e interviene con firmeza.

—Escúchenme las dos. No hay una manera suave de hablar de esto, y no les voy a mentir. Tengo tanto miedo como ustedes, pero José está allí adentro dando batalla, y nosotros no vamos a velarlo antes de tiempo. Así que lloren, sáquense la bronca que tienen y prepárense para aguantar lo que se viene, sobre todo si… —se interrumpe.

—¿Si qué? —pregunta Candela.

—*Locked in* —susurra Helena—. Eso es lo que más te asusta. ¿Podés explicarnos de qué se trata?

—Del peor de los infiernos.

La respuesta se le escapó sin que pudiera medir el impacto de sus palabras, pero ahora debe continuar. Por eso toma aire y la mira con seriedad.

—¿Es alguna enfermedad nueva?

—No. Supongo que leíste *El conde de Montecristo*.

—Suponés mal, Rubio. Aquí el lector sos vos.

—Que yo sí la he leído —expresa Candela—. La novela de Alejandro Dumas. Pero ¿qué tiene que ver eso con el *locked in*?

—Que en esa novela se describió por primera vez este cuadro clínico. Uno de sus personajes se encontraba imposibilitado de hablar o mover su cuerpo y solo podía hacerse entender por el movimiento de sus ojos. —*Una mente cubierta por un cuerpo sobre el cual ha perdido el poder de hacerse obedecer*, recuerda y continúa—. En la actualidad se lo conoce como síndrome de enclaustramiento. Es un trastorno causado por el daño del tronco cerebral —levanta la mano antes de que Helena proteste— y por favor no me pidas una clase de anatomía porque estoy tan angustiado como ustedes, ¿puede ser? —Ella asiente—. Te lo agradezco.

Mientras termina su café percibe que en una de las mesas cercanas alguien le habla a una mujer que apenas puede contener el llanto, cuando hace unos minutos le había llamado la atención su gesto de enojo. Se percata de que también la actitud del hombre ha cambiado. Ya no aparece suplicante, sino seductor. Lo observa y comprende que va remontando una situación que le era adversa. Sin embargo, lo que más lo impacta es saber que le está mintiendo. Ha estado frente a la mentira tantas veces que aprendió a reconocerla en los menores gestos: una sonrisa, un parpadeo, la variación en el tono de la voz. Pero al mirar la escena vislumbra algo todavía peor: ella acepta esa mentira.

En alguna de sus conferencias, hablando de la ilusión engañosa que genera el amor, ha dicho que los enamorados son dos personas que deciden, por un tiempo, creer las mentiras que van a decirse. No es más que una frase ingeniosa que busca la sonrisa cómplice del auditorio, un modo de jugar con la idea del encandilamiento que se da cuando conocemos a una persona que nos impacta. No obstante, en esa mesa que está a pocos metros, la frase toma un realismo que lo espanta: él miente y ella quiere ser engañada.

Alguna vez llegó a la conclusión de que, en ocasiones, un cierto grado de ignorancia resulta indispensable para ser feliz, pero él no puede. De modo que no va a engañarlas. Candela y Helena merecen saber a qué se enfrentan.

—El síndrome de enclaustramiento deja al paciente ante un escenario aterrador: está despierto y consciente pero no puede hablar, no puede moverse y se encuentra totalmente paralizado. ¿Se dan cuenta de lo que les estoy diciendo? Puede escuchar, entender y pensar, pero su cuerpo se niega a

obedecerlo. Apenas si logran comunicarse pestañeando o con algún otro movimiento de los ojos, que es lo único que no se ve afectado. Si le queman la mano le duele, pero no puede quitarla, es capaz de emocionarse, pero no de manifestar lo que siente.

Helena lo interrumpe.

—¡Basta! No puedo ni siquiera soportar la idea de que el Gitano quede en ese estado. —Pausa—. ¿Pero no hay posibilidades de recuperación?

—No muchas. La mayoría son casos crónicos, irreversibles y con una alta tasa de mortalidad. —Aprieta la mano de Candela—. Sin embargo, ha habido ocasiones en las que se obtuvo alguna mejoría parcial, y otras, muy pocas, en que la recuperación fue total.

—Entonces no está todo perdido. —Le devuelve la sonrisa—. Dios no va a querer que a José le pase eso. Yo le voy a rezar a la virgencita para que nos ayude.

Pablo mira esos ojos moros que le recuerdan por un segundo la mirada triste de La Macarena, la virgen de Sevilla ante la cual Candela debe haberse arrodillado infinidad de veces. Tiene el impulso de responderle que si Dios existiera el Gitano no estaría en esta situación, que no habría existido Auschwitz, ni desaparecidos en la Argentina, pero se abstiene de hacerlo. La joven está lejos, en un país desconocido, sin familia ni amigos, y ahora se ha quedado sin José. Por eso elige callar. No va a dejarla también sin Dios.

—Me parece muy bien —susurra—. Rezá y tomate un descanso. Y vos también, Helena. Vayan que no tiene sentido que se queden acá. Según dijo Uzarrizaga, hasta dentro de unas horas no tendremos novedades.

—Como digas. Y andá tranquilo que yo te cuido a esta muñeca.

—Lo sé. —Le da un beso al levantarse—. Nos hablamos.

Sale a la calle y agradece el frío del invierno porteño. Para un taxi y sin pensarlo da la dirección de su casa. Algo desde su Inconsciente le indica que, si quiere avanzar en su búsqueda, debe ir hacia allá.

– VII –

Entra al edificio con una sensación de pesadumbre como no recuerda haber tenido jamás. Está cansado y tiene miedo. Necesita tomar algo y relajarse; es el momento de planificar cómo seguir. Va hasta la cava, saca una botella de Syrah y la destapa, toma el decantador del vajillero y vierte el contenido. Le gusta dejar que el vino se oxigene y libere algunos vapores para poder disfrutar mejor de su sabor. A José le causa gracia ese ritual. Considera que se trata solo de *una mariconada burguesa*. Para Pablo, en cambio, tiene un sentido diferente. Recuerda que una noche, en ese mismo lugar, trató de explicárselo.

—Gitano, el vino no es una bebida más, tiene algo de mágico y sublime.

—No me digas.

—Sí, te digo. ¿Conocés su origen?

—Obvio. Mendoza, los viñedos…

—No, no te hablo de eso.

—¿Y a qué te referís, entonces?

Pablo levanta la copa, la mece delante de sus ojos y lo mira a través del cristal enrojecido antes de empezar su relato.

—Cuentan los mitos clásicos que Zeus, el príncipe del Olimpo, tuvo muchos romances clandestinos. En uno de ellos se relacionó con la bella Semele. Pero Hera, la hermana y esposa oficial de Zeus, era extremadamente celosa y no dejaba pasar las infidelidades fácilmente.

—Conozco muchas de esas —bromeó José. Pero su amigo continuó como si no lo hubiera escuchado.

—La cuestión es que, enterada de la aventura de su esposo, se puso furiosa y encontró la manera de destruir a Semele y al hijo que llevaba en su vientre fruto de su relación con el dios. Pero Zeus rescató al niño aún no nacido y lo injertó en su pierna para que pudiera completar los tres meses que le restaban de gestación.

—Ah, bueno. Reconozco que una pierna embarazada es un espectáculo digno de ser visto. Pero seguí, que la historia se puso interesante.

—Transcurrido ese tiempo el bebé nació. El padre lo escondió de su vengativa compañera y lo dejó al cuidado de las Ninfas. Y así creció Dionisio, rodeado de amor, paz, armonía y belleza.

—O sea que la historia terminó bien.

—No. Porque Hera, que jamás olvidaba, reconoció mucho tiempo después en el rostro delicado y bello de un joven a aquel hijo bastardo y, para

completar su revancha, lo enloqueció y transformó todo su refinamiento e inteligencia en perversión y desmesura. A partir de ese momento, Dionisio se rodeó de sátiros y ménades con los cuales recorrió las distintas regiones de la Grecia antigua generando a su paso el desenfreno en todas sus variantes, principalmente la sexual. Pero eso no es todo. Además, había inventado una extraña bebida que enloquecía a quienes lo tomaban: el vino. Por eso el vino y las orgías fueron la forma oficial de consagrar su culto en las llamadas fiestas dionisíacas, unas celebraciones en las que se daba rienda suelta a todas las variantes del placer de los sentidos.

—No sé a vos, pero a mí me está cayendo bien ese muchacho Dionisio.

—Eran reuniones llenas de danza, desborde erótico y, por supuesto, de esta bebida sublime que hoy aroma en nuestras copas. —Hizo un gesto invitándolo a brindar.

El Gitano aceptó el convite y el sonido del cristal invadió el ambiente.

Aquel encuentro ocurrió en el mismo ambiente en el que ahora Pablo está angustiado y solo. Se sirve un poco más de Syrah, camina unos pasos y se detiene ante la foto de la ola que rompe con furia contra el muelle. Muchas veces al enfrentar situaciones difíciles hizo lo mismo. No se trata de un ejercicio voluntario, sino de la energía que le transmite esa imagen.

Siempre asoció esa ola con la fuerza del deseo de verdad que lo habita. Hoy, en cambio, se identifica con esas maderas endebles que sufren su embate con pocas esperanzas de salir indemnes. Sin embargo, sabe que no es momento de reflexiones ni recuerdos. Es hora de actuar. Por eso toma su celular y hace la primera llamada. El teléfono suena tres, cuatro veces antes de que se escuche la voz.

—¿Sí?

—Rocío, ¿cómo estás? Soy Pablo Rouviot.

—Ah, sí. Hola —responde con tono parco.

—Te molesto por lo que conversamos hoy acerca de la posibilidad de visitar el departamento de tu hermano.

—Sí, claro. —La siente debatirse y le da el tiempo que necesita. Luego de un breve silencio retoma la palabra—. Está bien. Supongo que cuanto antes me saque esto de encima, mejor. ¿Le parece bien mañana temprano?

—¿A las nueve?

—Perfecto. Le envío la dirección por un mensaje así le queda registrada. Hasta mañana, entonces. —Corta sin esperar respuesta.

Sabe que la joven no debe entender nada de lo que está pasando, y es comprensible. De repente un desconocido ha llamado a su puerta para avisarle que alguien se está haciendo pasar por su hermano muerto, y como si eso fuera poco, que es posible que ese hombre sea un asesino. Pero la

confusión de Rocío no es algo de lo que pueda ocuparse en este momento. Selecciona un nuevo contacto de su celular y hace la segunda llamada. Esta vez la respuesta es inmediata.

—Hola.

—Hola.

—Qué gusto escucharlo. Pensé que se había olvidado de mí.

—No, para nada. Ocurre que fue un día muy intenso.

Bermúdez escucha ansioso.

—Cuénteme, entonces. ¿Qué novedades tiene?

—José está grave y tienen que operarlo para sacarle la bala.

—¿Se trata de una cirugía importante?

—Sí, y muy riesgosa. Pero está en las mejores manos posibles.

—Bueno, ¿quién le dice? A lo mejor zafa, entonces.

—Ojalá…

—¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Estuve en casa de los Hidalgo.

Pausa.

—Licenciado, ¿puede dejar de hacerse el misterioso de una puta vez? Mire que yo no soy uno de sus pacientes para tener que soportar sus largos silencios. Además, usted me involucró en esto, así que tengo derecho a saber, ¿no le parece?

—Sí.

—Bueno, entonces dígame cómo le fue.

—Hablé primero con Laura, la madre de Hernán, y después con Rocío, la hermana.

Pablo camina hacia el comedor, se sienta frente al ventanal y su mirada se pierde en la arboleda en tanto informa al policía de los detalles del encuentro.

—Bueno, por lo que me está diciendo, parece ser que lo trataron bastante bien. Después de todo, lo que fue a decirles es muy fuerte.

—Sí, es cierto. Sin embargo, tuve la impresión de que hay cosas que no me dijeron o, mejor dicho, que me ocultaron.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo.

—Puta, que es jodido usted. Pero dígame, ¿sobre qué le parece que le escondieron información?

—No lo sé.

—¿Pero, qué escuchó?

—Algo de lo no dicho.

—¿*Algo de lo no dicho*? —subraya Bermúdez—. ¿Me está queriendo decir que oye cosas que no existen?

—Sí existen. Son palabras que no se pronuncian, pero aun así flotan en el silencio.

—¡Ah, claro! —ironiza—. Ahora sí que entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—Que usted está tan loco como sus pacientes, y que yo soy un boludo por meterme en este quilombo siguiendo supuestas pruebas que deambulan por el aire.

Pablo sonríe.

—Bermúdez, usted podrá ser muchas cosas, pero jamás un boludo. Confía en su instinto, y esta vez su intuición le dice que yo tengo razón, ¿o no? —Escucha un suspiro del otro lado de la línea.

—Mejor déjelo así, porque si lo pienso un poco lo dejo solo en la parada.

—¿Y de su lado hay alguna novedad?

—Sí, hablé con el Flaco Ganducci.

—¿Y?

—Como acordamos, le dije que dada la relación profesional que tenemos, usted me pidió un favor porque Heredia es amigo suyo.

—¿Se lo creyó?

—Sí. Después de todo no está tan lejos de la verdad, ¿no? Lo que sí, me informó que, para él, el caso era muy claro y que si pensaba complicárselo debía avisarle y presentarme con pruebas contundentes. —Se ríe.

—¿Qué pasa?

—Que cuando le diga que los indicios que tengo son *palabras que flotan en el aire*, el Flaco no solo me va a mandar a la mierda, sino que tendré suerte si no me impone una licencia psiquiátrica.

—Eso no va a pasar, confíe en mí. Le aseguro que esas pruebas van a aparecer.

—Si usted lo dice.

Se despiden y Pablo se queda pensando. Bermúdez está en lo cierto. Nadie en sus cabales armaría un caso de homicidio basado en la capacidad que cree tener un analista de escuchar verdades ocultas detrás del discurso manifiesto. De modo que, aunque confía plenamente en el psicoanálisis, si desea avanzar debe encontrar pruebas que convenzan a los demás. Por eso, se sirve una copa más de vino, se sienta a la mesa y enciende la computadora de José.

– VIII –

La carpeta que lleva por nombre «Hernán Hidalgo» contiene un archivo de Word y una serie de audios. Abre primero el documento. A continuación de la ficha en la que constan los datos personales del paciente hay una serie de notas precedidas por distintas fechas. Claramente se trata de la historia clínica de Hernán, o como quiera que se llame. También Pablo lleva un registro de quienes acuden a su consulta. No le resulta grato hacerlo, pero es obligatorio según lo indica la ley de salud mental, por lo cual no le queda otra alternativa.

Cuando se inició en la profesión le era más fácil, porque escribía durante las sesiones y llevaba un cuaderno para cada persona, de modo que ese cuaderno hacía las veces de historia clínica.

A un analista no le basta con recordar aquello que le fue contado, sino que debe tener en cuenta las palabras exactas con las que el paciente ha armado su discurso, especialmente cuando se trata del relato de un sueño o alguna vivencia significativa. No obstante, con el tiempo comprendió que el hecho de tomar notas distraía su escucha y condicionaba a la persona acostada en su diván. Por eso, desde hace mucho ha dejado de hacerlo. Confía en su memoria, en el dispositivo analítico y sabe que, llegado el momento, la información necesaria acudirá a su mente. José, en cambio, ha optado por un camino intermedio: no anota, pero pide autorización para grabar las sesiones. Sabe que, en general jamás las escucha, pero en caso de necesitarlas cuenta con un registro de ellas.

Pablo acaricia la copa mientras sus ojos recorren la pantalla. Quien se haya hecho pasar por Hernán Hidalgo dijo tener treinta y un años y ser estudiante de Filosofía. La dirección coincide con la casa en Barrio Parque que visitó a la mañana y el celular es el mismo al que ha llamado infructuosamente en varias ocasiones durante el día de ayer. Hoy se abstuvo de hacerlo porque sospecha que debe tratarse de un teléfono que ya no está en uso. Seguramente, un número que no cuenta con un plan sino con carga por tarjeta.

Baja con el mouse hasta llegar a la página siguiente en la que aparecen los comentarios del Gitano acerca de la primera entrevista:

Lunes 13 de marzo de 2018

Hernán llega puntual. Viste de manera informal, pero elegante. Es un joven educado, inteligente y de conversación

agradable que todo el tiempo intenta seducir, ya sea por medio de sus gestos o sus palabras. Se lo nota muy cuidadoso de su imagen. Es alto y fachero.

El motivo de consulta es la mala relación que tiene con su padre, Raúl.

Manifiesta no consumir drogas ni tener problemas con el alcohol.

Asocia con facilidad y capta rápidamente todas mis intervenciones.

Acordamos un nuevo encuentro para la semana próxima.

Durante la entrevista se mostró entusiasmado y dijo haberse sentido muy cómodo.

Buen pronóstico.

Solo eso. Apenas una ayuda memoria. Típico armado de una historia clínica; breve, concisa… y equivocada, piensa Pablo luego de leer la reseña que José realizó de ese primer contacto. Seguramente, cuando auguró un buen pronóstico, no imaginó que esos encuentros terminarían con un balazo en su cabeza.

Sonríe sin querer al reparar en la descripción física que hizo de Hernán, *fachero*, un giro expresivo característico de su amigo. Por lo menos sabe algo: busca a un hombre alto y buen mozo de un poco más de treinta años. No es mucho, pero es más de lo que tenía hace unos minutos. De todos modos, no esperaba encontrar demasiado en esas líneas, pero sí en el contenido real de las sesiones. Por eso, sin demora, va al ícono que indica el audio correspondiente al 13 de marzo y hace doble click. De pronto, un escalofrío le recorre el cuerpo cuando escucha la voz del Gitano que retumba en el ambiente.

– IX –

—Contame qué te trae por acá.

—Supongo que la misma razón por la que deben venir la mayoría de tus pacientes. No creo tener nada demasiado original.

—Bueno, no todos los pacientes vienen por el mismo motivo. Además, aunque el asunto por el que otros me consultan tuviera puntos de contacto con el tuyo, cada persona es única y vive esas cuestiones de un modo particular.

Pablo cree percibir una exhalación que lo hace intuir un gesto risueño.

—¿Ah, sí? Y decime, ¿vos qué ves de único en mí?

El silencio que sigue le indica que José ha quedado desconcertado con la pregunta y le confirma la veracidad de su primera impresión: el supuesto Hernán es muy inteligente y salta a las claras que tiene una enorme capacidad de seducción.

Al instante la voz del analista da cuenta de su intento por revertir ese comienzo en el que el paciente ha pasado de presa a cazador.

—Es demasiado pronto para responder eso, pero seguramente a medida que nos conozcamos voy a poder darte algunas de las características que te hacen diferente.

—¡No, Gitano, no! —exclama Pablo y se levanta de la mesa.

Está enojado con su amigo. Lo conoce muy bien. Es un terapeuta experimentado y, por eso mismo, no entiende cómo ha caído en la trampa. Todo analista sabe que es crucial no acceder a la demanda del paciente. Debe sorprenderlo, no decir lo que él espera escuchar, y eso es precisamente lo que José no hizo. Por el contrario, con su respuesta lo ha puesto en un lugar preferencial. Le ha dicho que es *diferente, único*, e incluso la frase *a medida que nos conozcamos* demuestra un interés por continuar con los encuentros que Hernán todavía no ha manifestado.

Intenta servirse un poco más de vino, pero la botella está vacía. Camina unos pasos, sin embargo, se frena antes de llegar a la cava. Tiene que estar lúcido y no va a conseguirlo si elige aplacar su enojo con alcohol. Además, un pensamiento lo detiene. Es claro que se siente afectado por el modo en que el joven está manejando la entrevista.

—Hijo de puta. —Piensa—. Hernán también me está manipulando a mí.

Y en ese momento toma dos decisiones. La primera es escuchar la grabación desde un lugar mucho más distante, sin involucrarse afectivamente, y la segunda es negarse a llamar *Hernán* a ese farsante, porque si lo hace se transforma en uno más de los títeres que él maneja a su antojo, y no piensa permitírselo. Así que, a partir de ahora, va a nombrarlo HH. Es cierto que resulta una solución intermedia, pues son las iniciales de Hernán Hidalgo, pero aun así le suena mejor que NN.

Va hasta la máquina de café, se prepara un expreso fuerte, vuelve a sentarse frente a la computadora, toma el mouse, da un click en el botón de *play* y sigue el relato con atención unos minutos, hasta que algo despierta su interés.

—En realidad creo que vengo para ver si puedo hacer algo con el tema que tengo con mi viejo.

—¿Y cuál es el tema que tenés con tu viejo?

—Que no nos llevamos demasiado bien o, mejor dicho, que nos llevamos muy mal.

—¿Tenés alguna idea de la causa de esa mala relación?

—Creo que nunca estuvo conforme conmigo.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es la verdad. Soy el Hefesto de la familia. —Bromea—. No siento ser el hijo que un hombre como Raúl Hidalgo hubiera elegido tener.

—Esa debe ser una sensación horrible. ¿Es una idea tuya o alguna vez te dijo algo?

—No con esas palabras, pero todo el tiempo está en contra de lo que hago. Le molestan mi carácter, mis elecciones…

—¿Qué tipo de elecciones?

Silencio.

—Todas. Mi trabajo, mi estudio…

—¿De qué trabajás?

—Soy auxiliar docente en un instituto de educación.

—Qué bien. ¿En cuál?

—No creo que lo conozcas, porque es nuevo. Es uno privado que está en la calle Arenales al 2400.

—No, no lo conozco.

—Me imaginé.

—¿Y por qué le molesta que des clases?

—No lo sé. Simplemente porque él es así. Mirá mi carrera, por ejemplo.

—¿Qué pasa con tu carrera?

—Que él quería que yo fuera ingeniero como él, y siguiera sus pasos en la empresa que tanto le costó armar. Pero ese fue su sueño. ¿Y a mí qué carajo me importan sus sueños? Después de todo, a él jamás le interesaron los míos. Es más. No sabe quién soy, ni siquiera me conoce.

—¿Y vos hiciste algo para que él pudiera conocerte mejor?

Se toma unos segundos antes de responder.

—No pude. Jamás me dio la oportunidad.

De pronto la voz de HH ha cambiado y Pablo lo percibe. A diferencia del comienzo de la entrevista en que parecía tener todo bajo control, ahora el tono denota la presencia de algo distinto, algo que conoce muy bien, la angustia, y comprende que, a pesar de su postura inicial, la escucha y las intervenciones de José lo llevaron a hablar de él. Ya no de Hernán Hidalgo, sino de él.

—Muy bien, Gitano —murmura satisfecho de saber que ha aparecido una punta para ir dilucidando el jeroglífico que ese desconocido le plantea.

Toma unas notas y vuelve a escuchar cómo José vuelve al punto en que habían dejado.

—Hablame un poco más del conflicto que tiene tu padre con tu carrera.

HH parece recomponerse.

—Pasa que no soporta que haya decidido estudiar Filosofía. La considera una disciplina sin sentido. Claro, como solo le interesa hacer plata, mi fascinación por «El Hombre» le molesta, y en lugar de aceptar que somos diferentes se empeña en convencerme de que debo abandonarla y dedicarme a estudiar algo provechoso. No va a ceder en eso, y yo tampoco.

—Con lo que tenemos un problema hegeliano, ¿no?

Pausa.

—¿Por qué lo decís?

—Porque tu padre y vos parecen haber entablado una lucha a muerte por el puro prestigio.

El silencio del joven denota sorpresa.

—Como en «La dialéctica del amo y el esclavo» —se explaya José.

—Sí, puede ser —acota HH con voz dudosa.

Pablo detiene por un momento el relato de la sesión.

«La dialéctica del amo y el esclavo» aparece en *La fenomenología del espíritu*, la obra más importante de Hegel, y es quizás su apartado más significativo.

Hegel fue uno de los grandes filósofos de la historia. Un hombre oscuro, pero paradójicamente brillante, que revolucionó el mundo intelectual a partir de su pensamiento.

La dialéctica es un método que consiste en enfrentar distintas posiciones hasta extraer de ellas alguna conclusión que las incluya y las supere, conclusión que llevará a un nuevo conflicto, y así sucesivamente. Con este modo de aventurarse a la búsqueda de la verdad, Hegel marcó un camino que le permitió elaborar un marco conceptual que influyó en las teorizaciones de todos quienes lo sucedieron, especialmente en Marx, Nietzsche y Heidegger, aunque el motivo por el que Pablo conoce tan bien su obra es por el impacto que tuvo en la teoría de Jacques Lacan y, por ende, sobre el psicoanálisis.

Inconscientemente, aleja apenas la computadora, cierra los ojos y recuerda casi con exactitud la primera vez que escuchó esa idea.

Cursaba la carrera de Psicología y estaba sentado en el piso porque la cantidad de alumnos había desbordado la capacidad del aula magna, la misma en la que tiempo después Rouviot daría tantas clases.

Aquel día, la titular de cátedra, una afamada analista, tomó el micrófono y lo cautivó con pensamientos que él desconocía y que, a partir de entonces, formarían parte de su vida cotidiana.

—Para Hegel —dijo—, el centro mismo de la historia del hombre es el deseo de reconocimiento, y una persona solo logra el estatuto de *ser humano* cuando es reconocido por otro *ser humano*. Piensen en Tarzán. Mientras estuvo perdido en la selva, criado por los monos en su reino salvaje, era un animal más. Solo podemos suponer que alcanzó su lugar como hombre cuando los pasajeros del *Arrow*, el barco inglés que llegó a las playas africanas, lo encontraron y lo reconocieron como alguien perteneciente a su especie. Hasta ese momento, era solamente un mito, una leyenda o, si prefieren, una especie de bestia intermedia: un hombre-mono.

Según la teoría hegeliana, todo sujeto necesita ser reconocido para sentirse pleno, y esto es algo que podemos comprobar en los diferentes ámbitos de nuestra vida. Lo vemos en el enamorado que se desvive por la aprobación de

su amada, el trabajador que aspira a recibir una felicitación de su jefe, o el alumno que quiere sacarse un diez. Pues bien, este deseo da origen a una disputa por el prestigio de ser reconocido por el otro.

La dialéctica del amo y el esclavo describe un momento particular en el que se encuentran dos seres, dos conciencias, y se enfrentan en busca de ese reconocimiento. Se trata de una *lucha a muerte* y vencerá el que anteponga ese deseo de reconocimiento a la vida misma, aquel en quien ese anhelo supere incluso el miedo a morir. En cambio, el que se rinda por temor a perder la vida quedará esclavizado y reconociendo al vencedor como su amo. Pero Hegel va más allá y llegará a decir que quien no sea capaz de arriesgar su vida para alcanzar fines que no son vitales, como el ideal de libertad, por ejemplo, nunca será verdaderamente un hombre.

Pablo lleva aquellas palabras grabadas a fuego, y por eso sabe que la intervención del Gitano ha sido atinada y clara, porque apuntó a denunciar esa batalla que HH y su padre libran inconscientemente y en la que, según sus propios dichos, ninguno de los dos está dispuesto a ceder. Sin embargo, el paciente no parece haberla entendido, algo que debería haber llamado la atención de José, porque se trata de una de las ideas más importantes de la filosofía y un estudiante de la carrera no podía desconocerla. Saltaba a las claras que el paciente mentía acerca de eso, pero el Gitano no lo percibió, o quizás pensó que era demasiado pronto para cuestionarlo. Tal vez estaba esperando a que el vínculo se hiciera más fuerte, a que, como dicen los analistas, se instalara la *transferencia*.

Pero es hora de suspender los recuerdos y ocuparse del presente. Por eso, acerca la notebook, presiona *play*, y vuelve a sumergirse en la sesión.

—En cambio con mi mamá todo es distinto.
—Contame. ¿Cómo es tu mamá?

Pausa.

—Es una mujer noble y muy comprensiva. Ella sí me ama, y sé que me apoyaría en todo, porque lo único que le importa es que yo sea feliz. Supongo que eso debe querer una buena madre, ¿no? Que su hijo sea feliz. —Silencio—. Y lo que más me duele es saber que sufre por toda esta situación, porque si fuera por él…
—Si fuera por él, ¿qué?
—Me daría lo mismo.

De repente la voz de HH se vuelve desafiante.

—A mí no me importa nada si mi padre sufre o no por lo que soy. Es más, te confieso que hasta me da un cierto disfrute comprobar que lo pasa mal por mi causa. ¿Te parezco muy retorcido?

—Lo que me parezca a mí no tiene ninguna importancia, Hernán.

—Claro, cierto que vos no podés opinar. Después de todo sos analista, y un analista no opina, solo intenta conocer todo lo que pueda acerca del mundo oculto de sus pacientes, ¿no?

Lo dice de un modo provocador, y Pablo comienza a sentirse incómodo. Como si esas palabras irónicas estuvieran dirigidas a él. Mientras lucha contra eso, la voz continúa su alegato.

—Meterse en su universo inconsciente hasta descubrir los secretos más velados, esos que duelen y condicionan cada una de nuestras decisiones. ¿Y sabés qué? Conmigo te vas a divertir bastante, entonces. Porque tengo algunos infiernos que pueden resultarte muy interesantes. Aunque antes de conocerlos, vas a tener que dormir a Cerbero.

Diez minutos después concluye la sesión. Durante todo ese tiempo HH se encargó de desplegar su encanto y su buen humor. Habló de ciertos amigos de la facultad y se rio de algunas anécdotas. José parecía atento, aunque para la mirada de Pablo, sonaba demasiado seducido por el discurso de su paciente. Pero, al menos, puede sacar dos conclusiones de lo que ha escuchado. La primera es que HH no es estudiante de Filosofía, y la segunda, que tiene un gran conocimiento de cuestiones mitológicas.

El viento que entra por el ventanal lo acaricia y tiene una sensación agradable. Mira el reloj y advierte que es muy tarde. Y lo que es peor, ya no tiene energías para seguir pensando. Por eso decide ir a su cuarto e intentar dormir. Sabe que en pocas horas lo espera un encuentro difícil.

No lejos de allí, en la penumbra de su cuarto en Barrio Parque, unos ojos enormes y azules siguen abiertos temiendo la llegada de ese mismo encuentro.

– X –

La ducha le hace bien. Mientras el agua tibia le cae por el cuerpo tiene la sensación de estar sacándose de encima un peso insoportable. Desde el momento en que pisó la escalinata del teatro Colón todo se había transformado en una pesadilla. Precisaba recomponerse, y si bien durmió muy poco, al menos pudo descansar lo necesario como para que su mente recuperara algo de lucidez. Recuerda, incluso, haber tenido un sueño.

Caminaba junto a José por la orilla de un lago rodeado de un bosque frondoso. Era un día soleado y la sonrisa plena de su amigo lo conmovió. Al llegar a una pared de juncos que debían atravesar lo tomó del brazo y mirándolo a los ojos le susurró:

—Ayudame, no voy a poder hacerlo solo.

José asintió y sus labios se movieron. Claramente le estaba expresando algo, pero ningún sonido salía de su boca.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que querés decirme? —preguntó desesperado.

Los labios de José volvieron a dibujar algo en el aire. Sin embargo, a pesar de que hacía un gran esfuerzo, no lograba escucharlo. Estaban las palabras, pero la voz del Gitano era una voz muda, una voz ausente. De pronto, como si entendiera su imposibilidad para comprenderlo, su amigo hizo un gesto casi piadoso, luego dio media vuelta y empezó a alejarse en dirección al cañaveral. Pablo intentó detenerlo con un gesto vano, porque sus manos apretaron el vacío, y la que hasta hace un instante había sido la imagen clara y contundente de José, ahora no era más que una sombra confusa que se diluía entre sus dedos. Una densa neblina lo cubrió todo y comprendió que estaba hundiéndose en un barro espeso y profundo. Fue en ese instante que el sonido del despertador vino en su auxilio.

No le cuesta mucho interpretar el sueño. Es evidente que teme no poder desentrañar el misterio que lo rodea. Se siente como si estuviera ante una puerta infranqueable. Una pared de juncos, como aquella detrás de la cual vivía el búho gigantesco, el demonio de su infancia. Sabe que el Gitano tiene la llave, *la piedra de Rosetta*, pero en este momento está envuelto en una niebla de silencio en tanto que él avanza a ciegas a riesgo de quedar atrapado en el fango de sus dudas. En el sueño ha puesto en juego sus temores, pero no obtuvo ninguna pista que pudiera ayudarlo y deberá seguir a tientas. Recuerda la célebre frase atribuida a Sócrates: solo sé que no sé nada.

—Al menos él sabía algo —murmura para sí—. En cambio yo estoy enterrado en la maraña de mis miedos y mi desconcierto.

Mientras toma a las apuradas el primer café del día mira el reloj. Es hora de salir. Baja a la calle y sale sin siquiera reparar en el encargado de su edificio que lo saluda. El hombre lo mira extrañado. No es común que el licenciado Rouviot sea descortés. Por el contrario, siempre está de buen humor y se toma el tiempo para compartir al menos alguna charla de ocasión.

«Y, bueno, —piensa—, todos tenemos derecho a un mal día».

Ajeno a eso, Pablo se acerca al cordón y hace señas al primer taxi que pasa por Avenida del Libertador. Sube al vehículo, cierra la puerta y verifica la dirección que figura en su celular.

—Vamos hasta El Salvador al 4900, por favor.

—¿Qué camino quiere que tome?

Él lo mira como si fuera incapaz de comprender una pregunta tan simple.

—Perdón…

—Le preguntaba si prefiere algún recorrido en particular.

—No —responde luego de una pausa—, vaya por donde le parezca.

El hombre asiente y el vehículo se pone en movimiento. Pablo busca un contacto y hace la llamada.

—Hola, Rubio, ¿cómo estás?

—Raro.

—Bueno, entonces estás bien, porque vos siempre fuiste medio raro.

Sonríe.

—Ay, Helena. Solo vos podés sacarme una sonrisa en un momento como este. Estás en el hospital, imagino.

—Te imaginás bien, recién llegamos.

—¿Cómo que recién?

—Sí, hace media hora. ¿Qué tiene de malo?

—Es que pensé que, a lo mejor, después de descansar ibas a pasar la noche allí.

—Claro, total mi hija y mi esposo no cuentan, ¿no? De hecho, creo que vos también te fuiste a dormir a tu casa, ¿o me equivoco? Pero quedate tranquilo, que yo no tuve esa suerte porque me la pasé despierta conteniendo a esta galleguita que está más cagada que palo de gallinero.

—No seas bestia. ¿No ves que está asustada, pobrecita?

—Claro que lo veo. Por eso me quedé hasta la madrugada conversando con ella. Charlamos, y me contó un montón de cosas. Y hablando de eso, ¿vos sabías que José es judío?

—Sí, por supuesto.

—Mirá vos, y yo que pensé que los gitanos eran todos húngaros que creían en la virgen María. —Pausa—. ¿A que te hice reír de nuevo?

—Sí.

—Me alegro. Pero entonces no es gitano, es ruso.

—No, es sefaradí. Si fuera ruso sería askenazi.

—¿Qué…? No entiendo. Explicame.

—¿Es necesario hablar de esto ahora?

—Dale, ¿qué te cuesta? Si igual, por lo que veo, no tenemos muchas novedades para darnos.

Pablo deja escapar un largo suspiro antes de hablar.

—Bueno, te cuento. *Ashkenaz* es una palabra hebrea con la que se denominaba a la región de Europa central: Polonia, Rusia, pero en especial Alemania. Por eso se llamó askenazis a los judíos que se establecieron en esa zona, sobre todo a los judíos alemanes.

—¿Qué? ¿Hay judíos alemanes? Pero si se odian.

—¿Sabés? No puedo creer que hayamos hecho el colegio secundario juntos.

—Lo que pasa es que vos eras un traga. Yo en cambio era una piba normal y los sábados me iba a bailar. No como otros que se quedaban leyendo encerrados en su casa como si fueran monjes de clausura. Pero dale, seguí que me interesa. Porque, claramente, el Gitano no es alemán, más bien tiene cara de árabe.

—Bueno, algo de eso hay. Sefaradí en hebreo significa *español*, y se llamó así a los descendientes de los judíos que vivieron allí hasta el siglo XV. Imagino que sí recordás que el sur de España estuvo invadido por los árabes casi ochocientos años.

—Ponele que me acuerdo.

—Y sabés que Andalucía está en el sur de España.

—Sí. Y lo sabría mejor si José y vos me hubieran invitado a alguno de los viajes que hicieron a Sevilla. Pero siempre me dejaron afuera.

Él ignora el comentario y continúa.

—De todos modos, los sefaradíes no son árabes.

—Ah, bueno, ya está. No entiendo más nada, entonces.

—No. Los árabes son mizrajíes. Pasa que…

—No, dejá, Rubio. Me doy por vencida. Ya es demasiada información para esta hora de la mañana.

Se hace un breve silencio que Pablo rompe con una sola palabra.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo. Por cuidar a Candela, por dejar a tu familia para acompañar a José, por cubrirme, e incluso por hacerte la burra para hacerme reír un rato.

—¿Sabés qué pasa? No soporto verte mal. Yo te debo la vida.

—No exageres.

—No exagero. Si no me hubieras rescatado hace años, no sé qué habría sido de mí. Y además me hiciste quererlo al Gitano también.

—Contame cómo está.

—Qué sé yo, Igual. Cuando llegué golpeé la puerta de terapia y salió el médico flaquito…

—Antúnez.

—Ese.

—¿Y qué te dijo?

—Que a las doce nos iban a dar el parte, pero que básicamente están preparando todo para operarlo cuanto antes.

—¿Y cómo anda Candela?

—Lo mejor que puede. Anoche jugó un rato con la nena. Juliana estaba fascinada con ese tonito que tiene la gallega. Después Fernando nos cocinó algo y tratamos de entretenerla, pero no es fácil.

—Lo imagino.

—¿Y vos, en qué andás?

—Estoy yendo a encontrarme con Rocío.

—¿Quién es Rocío?

—La hermana de Hernán Hidalgo.

—¿Hernán Hidalgo? Esperá un poco, porque me parece que me perdí una parte de la historia.

El taxi se lleva por delante un lomo de burro y el celular casi cae de las manos de Pablo. El chofer se disculpa, él asiente y durante unos minutos pone a Helena al tanto de los hechos.

—No te puedo creer. Esto es una locura. ¿Y qué esperás encontrar en la casa del pibe?

—No lo sé. Algo. Cualquier cosa que me ayude a descubrir la verdad de lo que pasó.

La voz del conductor lo interrumpe.

—El Salvador 4900. Llegamos.

—Helena, tengo que cortar. Por favor, manteneme al tanto de cualquier novedad y cuidá a Candela.

—Tranquilo, Rubio. Yo me encargo. Y suerte con lo tuyo.

Pablo se despide, paga el viaje, baja del auto y camina hasta la puerta del departamento. Al llegar mira su reloj: las nueve en punto. Sonríe al pensar en su puntualidad obsesiva, y en ese instante escucha una voz que lo saluda.

—Buenos días, licenciado.

Levanta la vista y se encuentra con los ojos de Rocío que, a la luz de la mañana, parecen aún más bellos y más tristes que el día anterior.

– XI –

El guardia uniformado abre la ventana de la oficina de seguridad y los mira con gesto serio.

—¿A qué departamento se dirigen?

La joven se le acerca.

—Hola, ¿te acordás de mí? Soy Rocío Hidalgo.

La expresión del empleado cambia al instante.

—Por supuesto. Perdón, es que hace mucho que no se la ve por acá. Desde lo de su hermano, si no me equivoco. —Ella esboza un gesto que pretende ser una sonrisa, y como si de pronto comprendiera la torpeza de sus palabras, el hombre presiona un botón y suena una chicharra—. Adelante, por favor.

Avanzan unos metros, suben algunos escalones, giran a la derecha y llegan a un elegante *hall* de recepción en el que hay tres espacios con sillones blancos y mesas bajas de vidrio. La mira y percibe que algo ha cambiado en Rocío. Su rostro parece petrificado y camina hacia los ascensores como si fuera un autómata. Ingresa en el que lleva a los pisos impares y presiona el número once. Pablo la sigue en silencio. La nota tensa y sabe que las palabras son la mejor herramienta para enfrentar estos momentos. Piensa en alguna frase ocasional, como elogiar la belleza del edificio o hacer un comentario sobre el empleado de seguridad, pero decide que lo mejor es no eludir el tema.

—No viniste más a este lugar, ¿no?

—No. Solo mi madre viene de vez en cuando, no sé para qué.

—A lo mejor le hace bien estar cerca de las cosas de Hernán.

—Puede ser. De todos modos, son solo eso, cosas, porque mi hermano ya no está más.

El ascensor se detiene y la puerta se abre dando a una pequeña recepción de paredes blancas, adornada solo por un cuadro. Lo mira con detenimiento, mientras Rocío abre la puerta del departamento.

—¿Me parece a mí o es la fotografía de una escultura de Camille Claudel?

—Así es: *La edad madura*. —Sonríe casi sin querer.

—¿Qué pasa?

—Recordé el día en que Hernán sacó esa foto. Estábamos en París, en un viaje familiar. Una mañana me despertó muy temprano porque quería mostrarme algo que solo deseaba compartir conmigo. Me vestí rápido y nos fuimos del hotel antes de que mis padres se despertaran. Caminamos por la orilla del Sena hasta llegar al museo D'Orsay. En el trayecto me contó acerca de la vida de Camille Claudel y su amor por Rodin que la llevó a la locura. Me dijo que ese era un precio que alguien debía estar dispuesto a pagar si quería

vivir una pasión verdadera. Luego me mostró un retrato de ella que me conmovió. Parecía una chica abandonada con una mirada tan triste. —Pausa —. ¿Conoce el museo? —Pablo asiente—. Cuando llegamos, mientras subíamos las escaleras, yo sentía que iba a descubrir algo maravilloso. En un momento, Hernán se paró ante esa escultura, buscó la cámara que llevaba escondida, y sacó la foto. Después se quedó en silencio un rato y se puso a llorar. Quise preguntarle qué le pasaba, pero no pude, porque a mí también me capturó la imagen de esa mujer desgarrada que parece suplicarle a alguien que ni siquiera la mira. Como si no le importara nada de ella.

—Una buena lectura. Eso fue lo que le pasó a Camille con Auguste Rodin. Primero fue su alumna y después su colaboradora, hasta que se hicieron amantes. Al parecer, ella se enamoró de un modo obsesivo y él, temiendo que se conociera esa relación, la abandonó.

Pablo siente que esta charla no fue solo una dilación. Por el contrario, por primera vez Rocío ha tenido un gesto de empatía con él. Se miran un instante y ella da un paso al costado dejándole el camino libre.

—Pase. Después de todo, no vino hasta aquí para hablar de arte.

Él asiente e ingresa, y luego de dar unos pasos advierte que la joven permanece estática en el umbral de la puerta.

—¿No vas a entrar? —La ve dudar—. Rocío, no estás obligada a hacerlo. Sin embargo, creo que te haría bien. Es probable que aún no hayas llorado lo suficiente por la muerte de Hernán. —Necesita decirlo así, aunque suene cruel, para dejarla cara a cara ante el dolor de la tragedia—. Y no quiero pecar de un exceso profesional, pero me doy cuenta de que todavía te cuesta mucho asumir la pérdida de tu hermano.

Rocío levanta la cabeza y le clava los ojos con furia.

—¿Todavía? ¿Y quién es usted para decirme cuánto tiempo necesito para aceptar que no voy a volver a ver jamás a la persona que más quería en el mundo? ¿Tiene idea de qué me pasa, de lo que siento cada segundo de mi vida desde esa madrugada en la que lo encontraron muerto, tirado en la calle, solo como un perro? —En su arrebato la joven avanza hasta quedar a unos pocos centímetros de él—. ¿Sabe? Mi hermano era un sol. El mejor hombre del mundo, mi amigo, mi compañero…

—Y vos no estuviste ahí para abrazarlo, ¿no? Y por eso te sentís tan mal. Porque murió así: tirado y solo como un perro. —La mira, comprensivo—. Pero no fue tu culpa. No tuviste nada que ver con eso, y vas a tener que aceptarlo y perdonarte.

Rocío baja la vista, se deja caer en un sillón, se cubre la cara con las manos y estalla en un llanto desconsolado.

—¿Por qué? ¿Por qué tuvo que pasarle esto a él? No es justo.

Pablo se sienta frente a ella y le habla con voz calma.

—Es cierto. Pero no siempre la vida es justa. Y es otra de las cosas con la que vas a tener que aprender a convivir. De todos modos, tenés derecho a enojarte y llorar.

—Pero ¿justo acá, en su casa?

—No creo que haya un lugar mejor para hacerlo.

Y como si hubiera recibido un permiso largamente esperado, Rocío deja salir una angustia que lleva retenida demasiado tiempo. Por eso su estallido es tan fuerte e intenso. Al cabo de unos minutos, cuando la catarsis comienza a mermar, Pablo se pone de pie, camina hacia la cocina y le trae un vaso de agua.

—Gracias. —Sonríe.

—¿Qué pasa?

—Que compruebo lo que intuí ayer: usted es un hombre acostumbrado a hacer llorar a la gente.

El comentario le causa gracia.

—¿Te sentís mejor?

—Sí. Creo que lo necesitaba. —Mira alrededor con gesto sorprendido—. ¿Sabe? Nunca había estado en este departamento sin Hernán, y es raro.

—¿Qué es lo raro?

—Que parece estar igual que siempre y sin embargo todo es tan distinto.

Rocío parece recuperada, y si bien Pablo no pudo resistir la tentación de dar lugar a su padecimiento, ha ido hasta allí en busca de respuestas, y ya es hora de empezar a buscarlas.

– XII –

—No entiendo —protesta Raúl Hidalgo.

—Tranquilizate. —Intenta calmarlo su esposa—. Ya te dije que el licenciado Rouviot estuvo ayer en casa. Bueno, llegó Rocío, se conocieron, después de su charla conmigo fueron a conversar a un café y quedaron en que hoy ella le iba a mostrar el departamento de El Salvador. Nada más que eso.

—¿Y puedo saber por qué teníamos que acceder a su pedido? Después de todo, a este tipo, ¿quién lo conoce?

—Nosotros. Porque vos también leíste alguno de sus libros.

—Sí, pero no me refiero a eso. Quiero decir que quién se cree que es para meterse en nuestras vidas. Te juro que no puedo explicármelo, Laura. Viene, entra a casa, cuenta una historia absurda, pregunta sobre un tema del que evitamos hablar, incluso entre nosotros, y resulta ser que ahora, en este instante, está a solas con mi hija en un departamento que para vos era un lugar sagrado. ¿O me equivoco? Mil veces te dije que lo vendiéramos, que después de lo ocurrido no nos hacía bien tenerlo. Pero no, vos querés conservarlo intacto, como si fuera un mausoleo, un templo al que hoy, sin embargo, dejaste entrar a un extraño.

—No fui yo, fue Rocío.

La mira.

—No me vengas con eso. Sabés bien que nadie va allí sin tu autorización. —Laura baja la mirada—. ¿Puedo saber por qué se lo permitiste?

—Porque alguien se está haciendo pasar por nuestro hijo. Alguien que probablemente haya cometido un crimen, y me pareció importante ayudar a descubrir qué se esconde detrás de todo esto.

La voz del hombre suena dura.

—Detrás de Hernán siempre se escondieron muchas cosas, y lo sabés tan bien como yo.

Ella acusa el golpe.

—No seas cruel.

—No soy cruel, soy realista. Ya está, Laura, se murió, lo perdimos y nada de esto nos lo va a devolver. Y si a Rouviot le balearon un amigo, lo siento mucho, pero no es algo que nos incumba. Porque de algo estamos seguros: no fue Hernán, porque está muerto. Dejémoslo descansar en paz, entonces, y también hagámoslo nosotros, por favor.

Se acerca y la abraza. Segundos después, ella se separa lentamente.

—¿Sabés qué pienso? Que a lo mejor tenés miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que se sepa todo.

Por primera vez el hombre se muestra abatido.

—Laura, mi amor, no sé si hicimos lo correcto, pero sé que hicimos lo mejor que pudimos. No nos castiguemos más.

Ella se apoya en su hombro y lo abraza con fuerza. Él responde al abrazo, pero su mente está en otro lado. Acaba de tomar una decisión y va a llevarla a cabo cuanto antes.

– XIII –

—¿Y qué es exactamente lo que espera encontrar?

—No lo sé. Cualquier cosa que me ayude entender algo de lo que está ocurriendo.

Rocío lo acompaña y pasan al cuarto. Un somier de dos plazas con un cobertor blanco, dos mesas de luz, un velador y una lámpara de pie en un rincón es todo el mobiliario. El ambiente ordenado y pulcro genera la sensación de estar todavía habitado. Carece, además, de ese olor característico de las casas cerradas. Pero recuerda que la joven le comentó que alguien se ocupa de mantenerlo en condiciones y que su madre visita el lugar cada tanto. Imagina a Laura allí, sola, llorando sentada en la cama de su hijo, atravesada por un dolor sin nombre. Siente la tentación de revisarlo todo, pero le parece demasiado invasivo. Sin embargo, tiene que intentarlo.

—¿Puedo? —Señala la puerta del placard.

—¿Es necesario?

La joven podría haberse negado, sin embargo, duda. Y esa duda lo alienta a insistir.

—Sé que es una situación delicada para vos. Seguramente pensás que estamos profanando la intimidad de tu hermano, pero te aseguro que esto también es por él.

—No entiendo.

—Alguien usó su nombre. ¿Por qué, o mejor aún, para qué? Sin dudas, esa persona sabe que Hernán está muerto, por lo que intuyo que es muy probable que lo conociera. Y en ese caso, ¿de dónde? ¿Eran amigos, compañeros de trabajo, de la facultad o el club? No sé. Me pregunto incluso si no habrá estado en este lugar.

Un escalofrío la recorre al escuchar esas palabras.

—¿Qué está diciendo?

—Solo estoy pensando en voz alta. —La mira—. ¿Y… puedo o no?

Ella acuerda después de meditarlo unos segundos. Al entreabrir una de las puertas se vislumbran algunas prendas colgadas, y le parece escuchar un sollozo a sus espaldas.

—Rocío, ¿preferís salir? No voy a demorarme mucho y prometo no desordenar nada.

La joven asiente y se retira, casi agradecida. Ya solo, Pablo mira en el interior del mueble e intenta grabar en su mente todo lo que pueda. Por lo que se ve, Hernán era una persona prolija y obsesiva. Todas las camisas miran para el mismo lado y están ordenadas cromáticamente: las más claras a la

izquierda, las de colores en el centro y las oscuras del lado de la derecha, junto a los sacos y abrigos. Repara también en su gusto para vestirse: clásico y elegante. En el piso, prolijamente acomodados, están los calzados: cinco pares de zapatos, uno de botas, tres de zapatillas y dos de ojotas. Cierra con cuidado y abre las puertas del otro sector. Allí hay una cajonera y cuatro estantes ocupados con remeras, suéteres y buzos. En el cajón superior están las medias y los cinturones, en el siguiente la ropa interior, y en el último algunos relojes, pañuelos y bufandas. Nada que llame su atención.

Un poco desilusionado sale al pasillo y, del otro lado, ve la puerta entreabierta de lo que parece ser un escritorio. Rocío está sentada en el sillón del *living* con la mirada perdida, seguramente absorta en sus recuerdos. No va a preguntarle otra vez. ¿Para qué? Decide que la autorización que le dio para husmear en la habitación de Hernán es extensiva a los demás espacios y sigilosamente se dirige al otro cuarto que, como lo sospechó, resulta ser un lugar de estudio.

El sol de la mañana entra por la ventana y, muy a su pesar, debe reconocer que el lugar resulta agradable. Un escritorio, sencillo pero amplio, de color marrón, una lámpara de mesa y una silla de madera y esterilla se imponen en el fondo. Camina hacia ellos y se pregunta si alguien más se habrá sentado allí después de la muerte de Hernán. Encima del mueble hay un monitor, un teclado, un mouse apoyado sobre un pad de color negro, un portalápiz con todo lo necesario para estudiar: resaltadores, sacapuntas, banderitas de colores para señalar, lápices y una goma. Es claro que se trataba de alguien metódico y organizado. Con una sensación extraña, abre el cajón superior y comprueba que no hay nada. Seguramente Laura debe haberlo vaciado. En el segundo, encuentra solo la fotografía de una joven muy hermosa, de cabello y ojos negros. Sin poder resistirse toma el retrato. La mirada de la mujer es perturbadora y lo acapara durante unos segundos, luego de los cuales vuelve a colocarlo en su lugar. Gira y queda frente a una enorme biblioteca que ocupa toda la pared de la derecha. Se acerca y la recorre con la vista. En el estante principal, el que está más a mano, se encuentran los libros de filosofía: Marx, Aristóteles, Descartes, Heidegger, Nietzsche, Kant, Foucault, Sartre, Habermas, Derrida y Adorno, entre otros. No le cuesta nada percibir que también los autores han sido cuidadosamente acomodados por períodos. A la izquierda Platón, a la derecha Zizek y *La filosofía y el barro de la historia*, uno de los libros preferidos de Pablo. Suele llevarlo a cada viaje que realiza. Ese tomo abultado de tapas amarillas con letras rojas y negras sigue siendo el compañero de muchas de sus horas. Lo ha leído y releído infinidad de veces. Se trata de un texto que tuvo su origen en un curso que el autor dictó durante todo el año 2004 al cual él tuvo la fortuna de asistir. Su trayectoria lo ha llevado a participar de infinidad de clases magistrales dictadas por altos

representantes del pensamiento mundial, sin embargo, jamás se sintió tan impactado como en aquellas jornadas en las que el profesor José Pablo Feinmann lo conmovió con la fuerza de su pasión y su pensamiento.

El estante superior contiene obras de ficción, en su mayoría clásicos: Balzac, Kafka, Borges, Hesse, Shakespeare, Victor Hugo, Chéjov, Melville, Camus, Jonathan Swift, Hemingway, mientras que en los inferiores hay libros de géneros diversos: historia, música, matemática, psicología, cuentos y novelas de autores argentinos.

Se pregunta si Hernán habrá leído todas esas obras. De ser así, lo imagina un hombre con muchas inquietudes y ansias de conocimiento.

De pronto algo atrae su atención. Se pone en cuclillas y lee en el lomo de uno de los ejemplares un nombre: Søren Kierkegaard. Le resulta raro. Hernán era demasiado ordenado, patológicamente obsesivo, como para haber ubicado a Kierkegaard entre los libros de geografía. No puede haber sido él quien lo hizo, es claro que alguien más lo dejó en ese lugar. Tal vez Laura, o Andrea, la muchacha que se encarga de la limpieza del departamento. En cuyo caso, sería probable que el libro lo hubieran encontrado fuera de su lugar, a lo mejor en el escritorio, o la mesa de luz. De estar en lo cierto, quizás fuera lo último que Hernán leyó en su vida, y con ese pensamiento que le genera un respeto casi religioso lo saca del estante. Su sorpresa es aún mayor al ver la foto de un joven de rulos y gesto andrógino vestido al estilo gótico que se le impone, y reconoce el libro por la tapa aún antes de leer su título: *Diario de un seductor*. Lo sabe porque estuvo buscándolo durante mucho tiempo, pero por más que lo intentó, no pudo encontrarlo. Y ahora, de improviso, lo tiene allí, en sus manos. Lo abre y le parece percibir algo extraño en la primera hoja, aunque no sabe qué.

—¿Todo bien, licenciado?

La voz de Rocío lo sobresalta y suelta el libro, que cae al piso. Lo levanta con torpeza mientras se disculpa.

—Perdón. Me sorprendiste.

—No se preocupe. ¿Y eso?

Por toda respuesta se agacha, levanta el libro y le muestra la tapa. Duda si compartir con ella sus elucubraciones, pero decide que no tiene sentido.

—*Diario de un seductor*. Es un texto fascinante y muy difícil de conseguir, pero no tengas miedo que no me lo voy a llevar.

Le sonríe mientras aprovecha para observar una vez más esa primera página. Ella se encoge de hombros.

—Lléveselo, si quiere. No creo que a nadie de la familia le interese leerlo.

—No me parece que sea lo correcto —comenta escondiendo la dualidad que siente.

—¿Por qué? ¿Acaso no dijo que no estábamos profanando ninguna intimidad? Recién, mientras estaba sola, pensaba en eso y creo que usted tiene razón. ¿Sabe? Este lugar era el refugio de mi hermano, su mundo privado. Aquí guardaba sus secretos, su música y, por supuesto, el mayor de sus tesoros: sus libros. —Camina hacia la biblioteca y se detiene a su lado—. Pero ahora me pregunto, ¿qué importancia tienen estas cosas si él ya no está? Mi madre se encarga de conservar todo tal cual estaba antes, como si de esa manera pudiera negar la verdad. Sin embargo, la verdad está allí. Y la verdad es que Hernán está muerto.

Quizás no debería preguntar, pero no puede evitarlo. Ante todo, es analista.

—¿Querés hablar de eso?

La joven se sorprende, y los ojos azules lo miran con un dolor que atraviesa el espacio que los separa. Pablo puede sentirlo. Se hace un silencio, luego del cual ella camina hacia el escritorio, se desploma sobre la silla de madera y apoya la cara entre las manos.

—¿Para qué? Tampoco las palabras pueden cambiar la realidad. ¿O sí?

Pablo recuerda la sentencia de Aristóteles: *Lo que ha sido ha sido y ni Dios mismo puede cambiarlo*.

—Es cierto, las palabras no van a modificar el pasado, pero a lo mejor pueden ayudarte a reescribir una historia diferente. —Ella lo mira con asombro—. Rocío, nada puede alterar la desgracia que sufriste, pero hay distintas maneras de enfrentar una tragedia. Podés enojarte con Dios y subsistir hasta el último de tus días llena de odio, sintiendo que todo no es más que una gran injusticia y nada vale la pena, en cuyo caso vas a tener una existencia oscura y padeciente, nunca vas a ser feliz, te van a doler las alegrías de los demás y, lo más probable, es que termines tus días vacía y resentida. Pero también podés intentar ponerte de pie, aunque cueste, aunque duela. Buscar un sentido para tu vida en medio de este universo que, tenés razón, no tiene sentido alguno. Ese es tu desafío ahora, y me gustaría saber qué pensás hacer. ¿Vas a enterrar tus ilusiones junto a la tumba de tu hermano o vas a animarte a caminar con dignidad a pesar del dolor que implica saber que él ya no está? —Se le acerca—. Para eso hace falta ser valiente, ¿sabés? Y a lo mejor no puedas sola. Bueno, no está mal. Nadie puede todo solo. En ese caso, tendrás que tener el coraje de pedir ayuda.

—¿Ayuda? ¿A quién?

Toma aliento antes de responder.

—Para eso estamos los analistas. Para acompañar a quienes intentan sobreponerse a la angustia y no pueden sin el apoyo de alguien. Pero sos vos quien tiene que desear salir del abismo, quien tiene que extender su brazo en busca de auxilio.

La joven está llorando, y tímidamente, en un gesto casi imperceptible le tiende su mano. Él la toma y le sonríe. Ella se pone de pie y quedan enfrentados, muy cerca el uno del otro. Es un momento extraño. De pronto, el clima se ha vuelto demasiado íntimo, pero Pablo tiene la experiencia suficiente como para saber que no es la intimidad de la seducción, sino la del vínculo analítico. Sin darse cuenta, se ha propuesto como una alternativa para Rocío. *Para eso estamos los analistas*, ha dicho. Y ahora debe hacerse cargo. Va a decir algo, pero un repentino estruendo los sobresalta. Ambos se aprietan las manos sabiendo que ya no están solos.

– XIV –

El hombre que tiene delante parece odiarlo y él desconoce el motivo, porque no recuerda haberlo visto nunca. Sin embargo, desde algún lugar de la memoria se le impone la imagen de una reunión, un grupo de amigos y un brindis.

—Papá, ¿qué hacés acá? —pregunta Rocío.

—Me enteré por tu madre que decidiste compartir las intimidades de Hernán con un extraño y quise venir a ver de qué se trata esto.

La situación es tensa y Pablo decide poner a prueba la teoría de Lacan que sostiene que la palabra pacifica. Le entrega el libro a Rocío y extiende su mano a modo de saludo.

—Encantado de conocerlo. Soy el licenciado Pablo Rouviot.

Raúl Hidalgo se toma un tiempo antes de estrecharla, no sin una marcada reticencia.

—Sé quién es usted.

—Imagino que Laura le debe haber contado el motivo que me llevó a molestarlos.

—Sí, claro, y le agradezco que reconozca que lo suyo es una molestia; una molestia bastante perturbadora. Supongo que ya sabe que este es un lugar especial para mi familia, casi sagrado.

—Lo sé.

—Licenciado, es una persona inteligente, así que comprenderá que su aparición no hizo más que reavivar un dolor que apenas podemos soportar. Entonces, me gustaría que me explicara con qué derecho irrumpe en nuestras vidas y abre una herida tan profunda.

Raúl es un hombre de voz firme, mirada segura y gesto intimidante, y a Pablo no le cuesta nada imaginar la dificultad de Hernán para enfrentarlo en ese tiempo en que las cosas no andaban bien entre ellos. De hecho, él mismo debe controlar el impulso de disculparse y salir corriendo del lugar. Pero una razón más fuerte que su incomodidad lo detiene: debe averiguar todo lo que pueda llevarlo a descubrir la identidad de HH, porque esas no son solo dos letras. Es el nombre de quien quiso asesinar a su amigo.

—Entiendo que la situación es delicada, pero créame que no me hubiera puesto en contacto con ustedes si no fuera un tema de vital importancia.

—Papá, no te consulté antes porque…

Basta un gesto de su padre para que Rocío enmudezca. Raúl Hidalgo los invita a salir del estudio, luego cierra la puerta tras de sí y camina hacia el *living*. Los demás lo siguen sin pronunciar palabra.

—Rocío, si no te molesta, me gustaría hablar a solas con el señor. Así que podés ir tranquila que yo me encargo de despedirlo.

Ante esa orden disimulada, la joven toma su bolso y duda un instante si despedirse o no. Pablo comprende que no se anima a oponerse a la voluntad paterna y le sonríe con gesto comprensivo. Ella le agradece en silencio, se dirige hacia la puerta, pero a último momento se detiene, vuelve sobre sus pasos y finge sorpresa.

—Perdón, licenciado, casi me llevo su libro.

Él lo toma.

—Muchas gracias.

A los pocos segundos la puerta se cierra y los dos hombres quedan a solas. La voz dura y fría no se hace esperar.

—No voy a simular una amabilidad que no siento —arranca Raúl—. Su llegada me generó una gran molestia. Le diría que estoy casi furioso, y no entiendo por qué Laura y mi hija accedieron a sus pedidos. Usted es un extraño y, sin embargo, ayer estuvo en mi casa y hoy está acá. Comprenderá el motivo de mi disgusto. Como le dije, lo de Hernán es algo que todavía no pudimos superar.

Al parecer, esta será una charla directa. «Está bien, —piensa Pablo y toma el guante—. Que así sea».

—¿Y qué es *lo de Hernán*?

—¿Me está tomando el pelo?

—No. Según veo, a usted no le gusta andar con vueltas, así que yo también voy a ser franco. Sé por Laura que la relación que tenía con su hijo no era la mejor, hasta el punto tal que pasaron mucho tiempo sin hablar. Por eso sospecho que es probable que, cuando dice que todavía no pudo superar *lo de Hernán*, no se refiera solo a su muerte. Quizás, incluso, se sienta en algo responsable de la decisión que él tomó.

La reacción no se hace esperar.

—¿Me está hablando en serio? ¿De verdad se siente con la autoridad de cuestionar el vínculo que tenía con mi hijo?

—De ningún modo lo estoy cuestionando, no me malinterprete. Pero tuve la oportunidad de hablar con su mujer y su hija, y ¿sabe qué percibí en ellas? Un profundo dolor. En cambio, en su caso, advierto además un gran enojo, y no sé si es con la situación, conmigo, con Hernán o con usted mismo. —Silencio—. ¿Puedo saber qué está pensando?

Los ojos que lo miran son inexpugnables.

—Por supuesto. Estoy pensando si simplemente lo mando a la mierda o si, además, lo saco a patadas de mi casa.

—Esta no es su casa. Puede que sea su propiedad, pero de ninguna manera es su hogar. —Recuerda lo que dijo Rocío, que ese departamento era el refugio

de Hernán, el lugar donde guardaba sus secretos, y duda mucho de que haya querido compartirlos con su padre. Por eso, a pesar de la tensión, continúa hablando—. Es más, ¿me equivoco si pienso que nunca vino a visitar a su hijo o hablar a solas con él?

Ahora sí, el tiro ha dado en el blanco. La mirada de Raúl pierde su dureza y asoman algunas lágrimas.

—¿Y usted qué sabe lo que yo siento?

—Tiene razón —responde mientras se acomoda en el sillón—. No lo sé. ¿Por qué no me lo cuenta?

—Ya se lo dije, porque usted es un desconocido.

El tono de voz también ha cambiado, como si la rabia hubiera dado paso a la angustia.

—Además soy un analista.

—Sí, pero no el mío.

—Es cierto, no soy su analista, pero tampoco soy su enemigo. Y, aunque usted sea un desconocido, me voy a permitir contarle mis emociones. Estoy confundido y desesperado. Mi amigo se está muriendo por un balazo que, a esta altura no tengo dudas, le disparó la misma persona que está usurpando la identidad de su hijo. —Lo mira—. Ayúdeme, por favor.

Raúl titubea, pero al final se sienta frente a Pablo.

—¿Y qué podría hacer por usted?

—Quien se está haciendo pasar por Hernán tenía algún tipo de relación con él, estoy seguro de eso. ¿Conocía a sus amigos?

Suspira.

—Cuando era chico sí, porque le gustaba pasar los fines de semana con los compañeros del colegio o de *rugby* en nuestra quinta. Corrían, jugaban y se metían a la pileta. Fueron años maravillosos. Pero de un día para el otro todo cambió. Se volvió distante, ya no quiso compartir sus amistades con nosotros y, sinceramente, de lo que vino después es poco o nada lo que puedo decirle. Cambió el grupo del club por sus amigos de la facultad, gente muy rara.

—Rara, ¿por qué?

—Dada su formación supongo que sabe de filosofía.

—Algo.

—Bueno, no sé si a todos los que la estudian les pasará igual, pero las personas con las que empezó a rodearse eran muy oscuras, y él mismo se volvió sombrío e introvertido.

Hernán siempre había sido sombrío e introvertido, lo sabe por la conversación del día anterior con Rocío. Pero, por lo visto, ni siquiera ahora Raúl se da cuenta de lo poco que conocía a su hijo.

—Hasta que llegó el momento en que su mundo fue un misterio para mí.

—Un misterio que nunca pudo resolver.

—Es verdad. Yo tampoco soy un tipo fácil, ¿sabe? Tal vez por eso chocábamos mucho. No podíamos ponernos de acuerdo en nada. Éramos muy distintos y me costaba reconocer en él algo de mí.

—Bueno, no siempre eso es algo malo. Solo hay que tener el coraje de permitirle a un hijo ser diferente y respetar sus elecciones.

Le está abriendo la puerta para que hable del conflicto que él tenía con la vocación de Hernán. Pero el hombre no se deja tentar.

—Puede ser —responde recompuesto y se pone de pie en una clara actitud de dar por concluida la conversación—. Como sea, no creo que podamos hacer mucho más para ayudarlo. Y, ahora que pude hablar con usted, reconozco que quizás lo prejuzgué… un poco. Le juro que entiendo por qué está haciendo todo esto, y lo felicito. Es un buen amigo y créame que le deseo suerte, pero me parece que hasta aquí llegamos nosotros, los Hidalgo.

No necesita más para entender que la charla ha terminado. Se levanta y sigue al hombre hasta la puerta. Salen juntos del departamento y mientras llega el ascensor su mirada se detiene una vez más en la foto de la escultura de Camille Claudel. Bajan sin intercambiar palabras. Una vez en la vereda se estrechan las manos y caminan en dirección opuesta. Al llegar a la esquina, Pablo frena un taxi y sube con la satisfacción de que esa no ha sido una mañana perdida. Por el contrario, se lleva tres cosas importantes de este encuentro: un libro de Kierkegaard, una posible paciente y la certeza de que Raúl está equivocado. Todavía falta mucho para que deje de rondar a los Hidalgo.

– XV –

—Entonces tu viejo era cantante.

—No, era *cantaor*.

—¿Y cuál es la diferencia, gallega?

—La misma que hay entre gallega y andaluza, algo que a ti no parece importarte —bromea Camila.

—Tenés razón, pero seguí contándome.

—Te decía que mi madre murió cuando yo era una niña de cinco años y me quedé al cuidado de mi padre que cantaba en un *tablao* cercano al barrio Santa Cruz. Como no tenía con quién dejarme, me llevaba todas las noches con él. Aún me recuerdo de pequeñita durmiendo sobre dos sillas mientras cuidaban de mí los tíos que trabajaban en la cocina.

—Debió ser muy difícil.

—No, al contrario, fue hermoso. Yo era un poco la mascota de todos, y allí empezaron a llamarme *La Cande*. Me mimaban mucho y era muy feliz en ese mundo flamenco. —Mira a Helena casi con orgullo—. ¿Sabes qué significa la palabra flamenco?

—Supongo que tiene algo que ver con la música. —Se encoge de hombros.

—No. —Ríe—. Hay quienes dicen que proviene de la unión de dos términos árabes: *felah-mengus*, que juntos quieren decir «campesino errante».

—Campesino errante —repite—. Suena lindo.

—Sí, pero según mi padre, flamenco era el nombre que se le daba al cuchillo. Y siempre me decía: *Cande, no olvides nunca que la vida es flamenco, y también tú tienes que ser eso: un cuchillo para cuidar lo que amas o matar a todo el que se interponga en tu camino*.

—Ah, bueno, era bastante pasional tu viejo.

—Sí. —Se emociona—. Era muy especial.

—¿Era? ¿Qué, él también murió?

—Hace tres años. Por suerte, un *monró* de mi padre me llevó a vivir con él y su familia y me dio trabajo en su tapería, como mesera. Y allí estuve hasta que conocí a José y me vine *pa'cá*.

—¿Qué es un *monró*?

—Un amigo: Kavi.

—Kavi, qué nombre dulce.

—¿Sabes qué significa?

—Ni idea.

—Descendiente de poetas.

Silencio.

—¿Qué pasa? —le pregunta Helena.

—Que me he puesto un poquitín triste. Kavi es un buen hombre y me ha tratado como si fuera su hija todo ese tiempo, pero ahora está encabronado conmigo.

—¿Por qué?

—Pues, porque me he largado con José.

—No me digas que te escapaste sin avisarle.

—No, tía, ¿cómo se te ocurre?

—¿Y entonces?

—Es que José es *payo*.

—¿*Payo*? Si es más morocho que Gardel.

—Quise decir que es *gaché*.

—Ah, no, nena. Si querés que sigamos conversando hablame en criollo, porque así no entiendo nada.

—Que no es gitano, joder.

Helena la mira y comprende.

—¡Ah, claro! Para ustedes viene a ser algo así como un *goy*... digo, alguien que no es de su raza.

—Así es.

—¿Y tanto lío por eso?

—Es que nuestros hombres son muy conservadores y no les gusta que les toquen a sus mozas. Y aunque ustedes le llamen gitano, José no tiene nada de *caló* —la interroga con un gesto.

—Tranquila que entendí.

—Bueno, que yo le hablé al Kavi y le dije que José estaba dispuesto a realizar el *pedimiento* para que nuestro compromiso tuviera valor ante mi gente, pero él se negó a aceptarlo y me ordenó que lo dejara, porque mientras viviera en su casa no iba a permitir que desobedeciera la ley.

—¿Y vos qué hiciste?

—Le supliqué que me entendiera, y cuando vi que no iba a hacerlo, agarré mis cosas y me fui al hotel de José.

Helena la mira con ojos fascinados.

—¡Qué emocionante! Otra escena de novela.

—Sí, pero no creas que ha sido una decisión fácil para mí, porque lo que hice tiene un costo muy alto: ya no tengo lugar entre ellos.

—Bueno, tampoco es para tanto. Ya vas a ver que cuando pase un poco de tiempo y conozcan al Gitano se les va a pasar. Es un gran tipo y sabe hacerse querer.

—Eso ya lo sé, pero tú ignoras nuestras costumbres. Ellos nunca me van a perdonar. Así que José es la única familia que tengo en la vida. —Se quiebra.

—Ay, no, chiquita, no me llorés. Confiá que todo va a salir bien. Y además nos tenés al Rubio y a mí. Ahora nosotros también somos tu familia. —La acaricia y la mira con ternura. Candela es muy hermosa, casi una nena, y sin embargo ya ha pasado por tantas situaciones de dolor—. Dale, seguí que me interesa. ¿Qué pasó cuando te le apareciste en el hotel? No debe haber entendido nada.

—Por supuesto, pero cuando le expliqué lo sucedido, me abrazó fuerte, después me tomó de los hombros y me dijo: *No tengas miedo, Candela. Te voy a proteger con mi vida*.

—Mierda, que al final mi amigo resultó ser un romántico.

—Y un hombre.

—¿Por qué lo decís?

—Porque eso no es todo.

—¿Qué, hay más todavía?

—Pues claro. Mira, la virginidad es algo muy importante para los gitanos. Por eso esa noche, al acostarnos juntos yo estaba muy nerviosa. Él me preguntó qué me pasaba y le conté que nunca había estado con nadie, porque una *zingallí* que chinga con alguien siendo soltera queda manchada para siempre.

—¿Y tuviste que esperar a estar en la cama para decírselo? Mmmm... Mucha tradición la tuya, pero aquí a eso lo llamamos histeriquear.

—Que no, tía —reacciona Candela—. Te lo juro por todos mis muertos.

—Está bien, no te alteres. Y dejá a tus muertos en paz que te creo. ¿Y qué hizo José?

—Me prometió que no iba a tocarme hasta que fuera su mujer.

Ahora el asombro es de Helena.

—¿De verdad? ¿Y qué hicieron, se casaron?

—Pues claro.

—Ah, pero entonces no era una joda, de verdad sos la esposa del Gitano.

—¿Es que no te lo ha dicho el Pablo, ya?

—Sí, pero...

La voz del hombre las interrumpe.

—¿Hablaban de mí?

—Ponele. Decime, Rubio, ¿cómo nunca me dijeron que José se había casado?

—No sé, ¿qué sé yo? Preguntáselo a él.

—¿Me estás jodiendo?

—No. De hecho, ahora mismo voy a hablarle.

—¿Qué? ¿Te volviste loco?

El ruido de una puerta que se abre los hace girar, y al instante se escucha a una enfermera pronunciar su nombre.

—Señor Pablo Rouviot.

—Sí —responde enseguida y se dirige hacia ella. Helena lo detiene tomándolo del brazo.

—Pará, explicame porque no entiendo nada.

—Después, ahora no puedo. —Se suelta y camina hasta el cartel que indica «Terapia Intensiva»—. Soy Pablo Rouviot.

—Pase, por favor.

Y una vez que hubo entrado la puerta volvió a cerrarse ante el asombro de Candela y Helena que se miran sin comprender lo que está ocurriendo.

– XVI –

Pablo se siente ridículo al verse protegido con guantes, cofia, barbijo, los zapatos enfundados y envuelto en una capa plástica, pero sabe que es el cuidado indispensable para moverse en un lugar como ese. Se trata de una medida de protección que cuida no solo a los pacientes, sino también a los profesionales y visitantes. El médico que lo recibe está sorprendido y no se esfuerza en disimularlo.

—Acompáñeme, por favor. Soy el doctor Almirón, jefe de Terapia Intensiva.

Mientras caminan, Pablo nota que todos lo observan con recelo. El profesional parece leerle el pensamiento.

—Compréndalos. Es el momento en que realizamos el control de los casos y estamos trabajando al límite de nuestras posibilidades. Hace poco hubo reducción de personal y apenas si damos abasto. Además, no es horario de visita, esta es una zona restringida y no es común que se hagan excepciones y se permita la presencia de extraños.

—Lo imagino. Fue una gentileza del doctor Uzarrizaga.

—Lo sé. Él mismo me llamó hace unos minutos para que le permitiera el acceso. ¿Puedo saber qué es lo que pretende encontrar?

—Nada, solo quiero ver a mi amigo y hablar con él.

Almirón se detiene y lo encara.

—Licenciado, Heredia no tiene ninguna posibilidad de conversar con nadie. Pensé que ya estaba al tanto de su estado.

—Lo estoy, y no pretendo conversar con él. Simplemente deseo hablarle.

—Hágalo si quiere, pero no se ilusione. No va a poder escucharlo.

—Doctor, no soy un hombre que se ilusione con facilidad, pero tómelo como una necesidad personal. Le prometo que no van a ser más que unos pocos minutos.

El médico asiente y retoma el camino hasta detenerse frente a un box. Rouviot gira la cabeza y siente el impacto. El hombre rapado, lleno de cables e intubado que yace en esa cama no se parece en nada a su amigo. Se acerca con el corazón latiendo en sus sienes y se queda unos segundos de pie, al costado de la cabecera. Almirón percibe su angustia e intenta una explicación.

—Tuvimos que afeitarlo porque de un momento a otro va a cirugía.

—Comprendo.

—¿Desea preguntarme algo? —lo interroga.

Pablo niega.

—Entonces sigo con mi recorrida. Cualquier cosa no dude en consultarme.

—Gracias, es usted muy amable.

El médico hace una mueca que intenta ser una sonrisa y se retira. Él se sienta en la silla que se encuentra al lado de la cama, toma la mano de José y se le impone un recuerdo.

Se habían dado un abrazo intenso, interminable, mientras la gente los esquivaba en el andén en busca de la salida. Quiso agarrar la valija, pero José no se lo permitió.

—Dejá que yo te la llevo. No sabés lo importante que es para mí que hayas venido.

—Y ahora que ya estoy acá, ¿puedo saber por qué me pediste que viniera, y en tren?

—No me vas a negar que el viaje en el Ave es maravilloso.

—Es cierto, pero hubiera sido mucho más práctico tomar un vuelo desde Barajas hasta el aeropuerto de Sevilla, ¿no te parece?

—Tenés razón, en avión es más práctico, pero en tren es más romántico. Además, te hubieses perdido uno de los milagros de la vida. ¿O no viste desde lejos cómo La Giganta te daba la bienvenida?

—¿Qué Giganta?

—La Giralda, bestia. Pero bueno, vamos que tengo una sorpresa para darte.

Había recibido el mensaje apenas unos días antes, cuando estaba atendiendo en su consultorio de Buenos Aires. Un texto breve, pero inapelable: *Vení urgente para Sevilla. No me preguntes nada ni le cuentes a nadie. Te espero*.

Y así lo hizo. Por eso ahora está allí, junto a su amigo y sin saber por qué. Luego de unos minutos de viaje, el taxi se detiene frente a una tapería.

—Dale, bajá.

—Pero ¿por qué mejor no vamos primero al hotel a dejar las cosas, me instalo y después salimos a comer algo?

—Porque no. Vos callate y seguime.

El camarero los recibe con una sonrisa.

—¿Mesa para dos? —pregunta con claro acento andaluz.

—Sí —responde Pablo.

—No —corrige José—, para tres.

—¿Cómo para tres?

—Ay, Pablito, qué difícil que estás. —Mira al mozo—. Por favor, tráiganos dos copas de tinto de verano.

—¿Dos copas? ¿No íbamos a ser tres?

—Sí, pero esto es para nosotros, así te cuento todo. Después, cuando ella llegue, nos pedimos una botella del mejor Rioja que tengan.

—¿Ella?

—Sí, ella.

Y en aquel caluroso mediodía sevillano, Pablo se enteró de la existencia de Candela, de cómo se habían dado las cosas y de la inminencia de su casamiento.

—Vos estás loco, Gitano.

—Puede ser. Si lo que siempre dijiste, eso de que el amor es una psicosis pasajera es cierto, entonces sí, estoy loco. Totalmente loco.

—Entiendo que te hayas agarrado un tremendo metejón, pero casarte así, tan pronto, casi sin conocerla ni saber nada de ella, ¿no te parece mucho?

La mirada de José se torna grave.

—Creeme, ya sé todo lo que tengo que saber. Candela es un ángel que vivió una vida de lucha y privaciones. Igual que yo, no tiene a nadie en el mundo y, por sobre todas las cosas, sé que desde la primera vez que la vi ya no me siento solo. Estoy enamorado, hermano, y tengo la necesidad de cuidarla hasta con la última gota de mi sangre. Por eso te pedí que vinieras, porque quiero pedirte dos cosas.

Pablo responde sin salir de su asombro.

—Te escucho.

—La primera es que seas mi testigo de casamiento. ¿Aceptás?

—Por supuesto que acepto. Te acompañé en tantas locuras, no voy a dejarte solo justo en la más grande de todas. —Las copas chocan sellando el acuerdo—. ¿Y el segundo pedido?

—Candela es alguien muy especial, ya vas a ver. Y le llevo muchos años. —Lo mira.

—¿Y qué hay con eso?

—Prometeme que, si algo me pasara, no vas a dejar que nada malo le ocurra y vas a cuidarla siempre, con tu vida.

Pablo lo mira extrañado.

—No digas boludeces, ¿querés? No va a pasarte nada, y además yo soy tan viejo como vos.

La mano de José toma la suya con una fuerza inusitada.

—Prometémelo.

Está a punto de responder cuando siente la presencia de alguien que se para a su lado.

—¿Molesto?

Una sonrisa ilumina la cara de José, que se pone de pie de un salto.

—Aquí la tenés, amigo. Esta es mi Cande.

Pablo se levanta para saludarla, se encuentra con unos hermosos ojos moros de mirada transparente y siente, muy dentro de sí, que la decisión de

José es acertada. Por eso, antes aún de darle un beso a la joven, lo mira y estrecha su mano.

—Te lo prometo, Gitano.

Ella los observa sin entender. Pero no hace falta. El pacto ya ha sido sellado.

Ahora estrecha esa mano con la misma fuerza de aquella vez.

—Hermano, solo quiero decirte que te quedes tranquilo. Estoy cuidando de Candela, y no voy a dejarla sola, pase lo que pase. Pero vos tenés que volver. Ella te necesita, y yo… —Se quiebra—. Yo no me imagino la vida sin vos. No te vayas, por favor. Peleá, compañero. No podés aflojar justo ahora, cuando tenés tanto para ser feliz. Y te juro que voy a encontrar al hijo de puta que te hizo esto. Te lo juro.

La voz de Almirón rompe la intimidad del momento.

—¿Todo bien, licenciado?

Pablo carraspea y disimula un movimiento para secar sus lágrimas.

—Todo bien —responde—. Ya me iba.

Se incorpora, mira una vez más el rostro agonizante, y se dirige hacia la puerta.

—No olvide dejar la ropa de visita antes de salir.

Ni siquiera escucha la última frase del médico, porque algo extraño se apodera de su pensamiento: la impresión de haber percibido un pestañeo del Gitano mientras le hablaba, como si quisiera decirle algo. Quizás no fuera más que un acto reflejo, pero no puede quitarse esa sensación de encima. ¿Y si fuera verdad? ¿Si a pesar de su estado, José hubiera querido ayudarlo en su búsqueda y darle algún dato, alguna pista? Sabe que, aunque así fuese, en las condiciones en las que se encuentra es imposible que pueda hacerlo.

Se siente confundido. Ver a su amigo así fue demasiado fuerte, pero no tiene tiempo que perder. Necesita recuperarse lo antes posible y debe relajar su mente para poder pensar con claridad. Sabe dónde puede lograrlo, y hacia allí se dirige.

– XVII –

El hombre alto, delgado y de nariz aguileña lo increpa con enojo.

—¿Puedo saber por qué me estás jodiendo con todo esto?

—Te juro que esa no es mi intención.

—Dejate de joder y no me tomes por boludo, ¿puede ser?

El gesto del comisario Ganducci no deja lugar a dudas, está furioso, y Bermúdez sabe que debe manejarse con cuidado.

—Mirá, Flaco, el caso puede tener algunas aristas complicadas.

—¿Pero de qué me estás hablando? Si es uno de los casos más sencillos que me tocó en la vida.

—A veces las apariencias engañan.

Del otro lado del escritorio le llega una mirada intimidante.

—Mirá, ya sé que no soy un policía tan bueno como vos, pero tampoco me subestimes.

—No te entiendo.

—Ah, ¿no me entendés? Te explico, entonces. Sos un tipo admirado en la fuerza, casi un mito, y cada pendejo que sale de la academia quiere parecerse a vos. Un cana valiente, intachable y ajeno a toda corrupción. Un idealista que cree que, desde estos escritorios, o poniéndole el pecho a las balas en la calle, se puede hacer algo para cambiar este mundo de mierda. Sos un ejemplo, un ejemplo que después nadie sigue. Pero te reconozco eso: tu coherencia y honestidad. Y acepto que no tengo todas esas virtudes y que ni el peor de nuestros agentes sueña con parecerse a mí. ¿Pero, sabés qué? Tampoco soy tan inepto como para no reconocer lo que tengo adelante.

Quizás envalentonado por los elogios, Bermúdez se planta y pregunta con voz firme.

—¿Y qué es lo que tenés adelante?

—Un suicidio más grande que el departamento de policía.

—Yo no estaría tan convencido de eso.

—¿No estarías o no estás tan convencido?

Debe pensar muy bien su respuesta, porque a Ganducci no puede hablarle de intuiciones ni palabras no dichas que flotan en el aire, pero tampoco puede permitirse el lujo de mostrarse inseguro.

—Sinceramente, no lo estoy. ¿Sabés? Hace tiempo que trabajo con un perito muy particular. Un hombre inteligente, con una formación diferente a la nuestra, que me dio puntos de vista que yo no había considerado y me permitieron resolver muchos casos. —Exagera, pero es necesario que lo haga si espera salir bien parado de este encuentro.

Cuando el comisario lo llamó a la mañana supo que estaría en una situación incómoda, y se dispuso a afrontarla. Es verdad que tiene sus reparos sobre *la teoría Rouviot* que supone un intento de homicidio, pero reconoce que, al menos, el psicólogo se ha ganado el derecho al beneficio de la duda.

—¿Y qué te dijo este perito?

—Que tiene razones para sospechar que no estamos ante un caso de suicidio.

Tres golpes en la puerta los interrumpen. Un subalterno entra trayendo dos cafés en vasos descartables. Los pone sobre la mesa y se retira. El hombre delgado de nariz aguileña vuelve a mirarlo.

—Bermúdez, te voy a decir algo que nunca creí que te diría. Yo también te admiro, y aunque no cambiaría mi vida cómoda por la existencia casi miserable a la que te condenaste, te confieso que me encantaría que se hablara de mí como se lo hace de vos. Pero bueno, todo no se puede en la vida, y yo elegí esto. Y, ¿sabés qué? Aunque no soy un ejemplo, tampoco soy el policía más corrupto de la Argentina. Por el contrario, te juro que intento hacer las cosas lo mejor que puedo, sin perder de vista que no le importamos a nadie. La gente nos odia porque nos asocia a la dictadura y el estado nos paga un sueldo tan miserable que nos obliga a tener algunos arreglos non sanctos para sobrevivir. Y es cierto que yo no pude ser tan honesto como vos y alguna vez he transado, pero jamás con algo que no me dejara dormir en paz. Porque una cosa es aceptar el soborno de un tipo que maneja una quiniela clandestina y otra, muy diferente, es hacer la vista gorda con un hijo de puta que prostituye pendejas o vende falopa. Yo tengo mis límites, y lo sabés. —Bermúdez asiente convencido—. Por eso, en honor al respeto que te tengo, te doy una semana para resolver este asunto a tu manera. Pero si en siete días no me venís con algo concreto, el caso se cierra. ¿Entendiste?

—Entendí.

—Me alegro. Entonces, no hay nada más que hablar. Por una semana tenés pase libre, así que movete con tranquilidad. Pero, terminado ese plazo, le digo al juez que fue un suicidio y no voy a aceptar ni un puto comentario de tu parte. ¿Quedó claro?

Bermúdez asiente y está a punto de levantarse, pero se detiene y encara al comisario con mirada franca.

—Gracias, Flaco. Y dejame decirte algo: no es fácil hacer lo que hacemos. Como bien dijiste, nadie nos quiere. Los fachos porque les parecemos débiles, los progres porque les parecemos fachos. Y en esta soledad en que vivimos, sos uno de esos tipos que no me arrepiento de haber conocido. —Pausa—. Incluso, recuerdo que cuando eras más joven te buscamos para que te sumaras a nosotros, ¿te acordás?

—Sí, a *los intocables*. —Sonríe.

—Bueno, sabé que, aunque nunca fuiste uno de los nuestros, siempre te consideramos alguien en quien podíamos confiar.

El gesto de Ganducci se suaviza y un rasgo de emoción aparece en sus ojos. Pero es un hombre duro y no va a permitirse esas sensiblerías.

—No me sobés el lomo, Negro, que no te voy a regalar ni un día más. —Se pone de pie—. Andá y apurate, que no tenés mucho tiempo. Y ojalá este tipo en el que decidiste confiar, el perito, ¿cómo me dijiste que se llama?

—No te lo dije. Su nombre es Rouviot, Pablo Rouviot.

—Ese mismo. Ojalá esté en lo cierto, porque no me gustaría verte envuelto en un quilombo innecesario.

Bermúdez lo saluda y sale del despacho. En el camino a la calle puede sentir la mirada del personal de la comisaría. Lo admiran, es cierto, pero sabe que ninguno de ellos se jugaría un pelo para salvarle la vida.

– XVIII –

En el taxi se puso a hojear el libro que le regaló Rocío. Al principio no pudo resistir la tentación de leer alguno de sus párrafos, después de todo lo buscó sin encontrarlo durante tanto tiempo que merecía disfrutar del placer de tenerlo por fin en sus manos. Pero de inmediato recordó que no se trataba solo del libro de Kierkegaard, sino de una llave que podría ayudarlo a descubrir la identidad de HH. Le había pedido al taxista que lo llevara hasta Figueroa Alcorta y Pampa. Allí está Selquet, una confitería que visitaba a diario durante su juventud y a la que aún hoy, cada tanto, suele ir a escribir. Por sus ventanales se ve el lago, y el paisaje le produce una sensación de calma que lo ayuda a concentrarse. El nombre del lugar remite a una diosa de la mitología egipcia que se encargaba de velar por el sarcófago del faraón y, además, posibilitaba la respiración de los recién nacidos y los difuntos.

Luego de media hora de viaje desciende del vehículo, cruza la calle e ingresa al lugar. Elige una mesa cercana a la ventana, pide un café negro y se toma unos segundos antes de volver a abrir el libro. Quiere relajarse y estar receptivo.

El mozo deja la taza en la mesa junto con unos bombones de chocolate.

—Hace mucho que no lo veía por acá, doctor.

Sonríe. Al principio, cuando recién se había recibido, se tomaba el trabajo de aclarar que no era doctor sino licenciado. Ahora, ya se ha acostumbrado a convivir con ese error.

—Es cierto —responde con amabilidad—, hace rato que no vengo por estos lados.

—Muchas ocupaciones, me imagino. Y bueno, ¿qué se le va a hacer? El trabajo es el trabajo. Igual me alegro de que se haya hecho un hueco para tomarse un cafecito.

Ojalá se tratara de eso. El hombre está muy lejos de la verdad, y él no puede pretender que sospeche el infierno que está atravesando. Por eso asiente con gentileza y espera a que se aleje antes de beber el primer sorbo. El sabor fuerte lo recorre, dejando una sensación placentera que se permite disfrutar un instante antes de volver a abrir el libro. Sabe que algo le llamó la atención cuando lo observó en el departamento de Hernán, aunque no tiene idea de qué fue. Por eso ahora lo inspecciona con mayor detenimiento. Sin embargo, pasa las hojas una tras otra sin encontrar nada.

Mientras termina el café medita acerca de lo extraña que es la vida. Hace poco más de un año hubiera dado cualquier cosa por tener *Diario de un seductor* en sus manos, y ahora que lo tiene recorre sus páginas sin prestar

atención al contenido, buscando algo que lo ayude a develar el motivo que llevó a HH a tomar la decisión de intentar matar a su amigo. Algo que sin duda hubiera interesado a Kierkegaard, puesto que el filósofo danés fue además teólogo, y ocupó su pensamiento en temas como la libertad, la angustia, la responsabilidad del sujeto ante sus decisiones y el papel que la desesperación puede jugar en ellas. ¿Habrá sido la desesperación, o quizás la angustia lo que llevó a HH a disparar el arma que hirió a José? No lo sabe. De todos modos, nada lo justifica ni le quita responsabilidad sobre esa decisión. Se pregunta por dónde empezar para hallar la respuesta a este problema, y por mera asociación libre le viene a la mente una frase del propio autor: *La vida no es un problema que tiene que ser resuelto, sino una realidad que debe ser experimentada*.

—Volvamos a la experiencia, entonces —se dice, y aunque su mirada parece perderse entre los árboles que rodean el lago, su mente se dedica a analizar cada detalle de la escena en que tuvo la sensación de percibir algo extraño en el texto.

Acababa de salir del cuarto de Hernán y había mirado hacia el *living*. Recuerda haber percibido que Rocío se encontraba sentada en el sillón. Se ve a sí mismo cruzando el pasillo rumbo al cuarto de estudio, intentando que la joven no se diera cuenta de este movimiento. Luego entró, revisó con la mirada el ambiente y reparó en la biblioteca. No le llevó mucho decodificar el orden en el que se encontraban acomodados los textos, hasta que uno le pareció fuera de lugar. Se agachó, leyó el lomo y vio que se trataba de *Diario de un seductor*. Lo tomó, lo abrió, lo miró solo un segundo y la voz de Rocío a su espalda lo sobresaltó de modo tal que el libro cayó al piso. Es decir que no tuvo tiempo de leer absolutamente nada.

Sabe que debe repetir ese movimiento. Es muy simple, solo tiene que abrir la tapa e ir a la primera página. Así lo hace y comprueba que contiene una dedicatoria fechada en agosto de 2017 a la que no había prestado atención: *No desperdicies tu vida siguiendo las órdenes de un tonto* y, en la parte inferior, una etiqueta del lugar en que el libro fue adquirido: *El arcón del tiempo*.

El nombre le resulta conocido, y no necesita esforzarse demasiado para recordar por qué. Es una librería especializada en clásicos y textos difíciles de conseguir. La visitó en una ocasión en busca de un libro de Walter Benjamin: *Calle de mano única*. En ese momento solo había dos ejemplares en todo el país, a pesar de lo cual se encargaron de conseguirle uno con toda premura. Es más, está seguro de que, si hubiera vuelto allí por el de Kierkegaard, lo tendría en su biblioteca desde hace tiempo. Pero en aquel momento no se le ocurrió, como si el nombre de esa librería se le hubiera borrado de la mente. Sin embargo, ahora ha vuelto a él con toda claridad. Cierra los ojos y recuerda

sus estantes, el rostro de quienes lo atendieron e incluso la dirección, no lejos de allí, en el barrio de Palermo.

El teléfono interrumpe sus pensamientos.

—Hola.

—¿Qué dice, licenciado, en qué anda?

—Bermúdez. Aquí estoy, tomando un café, mirando el bosque y a punto de ir a una librería.

Una breve pausa es la antesala de una respuesta entre incrédula y enojada.

—¿Me está hablando en serio?

—Sí, por supuesto.

—¡Ah, bueno! Yo saliendo de la comisaría, poniendo la cara e intentando convencer a Ganducci de que no cierre el caso hoy mismo, mientras usted se toma un café debajo de los árboles antes de ir a comprarse unos libritos. Disculpemé, pero hay algo que no estoy entendiendo, porque hasta donde sé, el tema de Heredia es muy importante para usted. Pero a lo mejor no es así y yo soy un boludo que se está exponiendo sin ningún sentido por algo que no le interesa a nadie.

—No es lo que parece, se lo aseguro. Acabo de salir del hospital y necesitaba pensar.

—¿Pensar?

—Sí, el pensamiento es mi única arma.

Del otro lado de la línea se escucha una risa.

—Tenga cuidado, entonces. Ya sabe lo que dicen.

—¿Qué?

—Que a las armas las carga el diablo y las descargan los boludos. No vaya a ser que se pegue un tiro con una de sus ideas.

A su pesar, Pablo también ríe.

—Pierda cuidado que es un arma que manejo bastante bien. De hecho, es lo que me llevó a tomar la decisión de ir a la librería.

—¿Puedo saber para qué?

—Porque intuyo que la persona que buscamos estuvo allí.

—¿Cómo llegó a esa deducción? Y, por favor, no me venga con palabras que no fueron dichas. Espero que esta vez tenga algo más concreto.

—Lo tengo, pero no puedo asegurarle nada. Si le parece, nos vemos en un rato por la zona de Palermo.

—¿Es una cita? —bromea.

—Algo parecido. Le invito un café.

—¿Otro café? Si sigue así se va a agarrar una úlcera antes de que podamos resolver el caso. Pero bueno, acepto. ¿Dónde?

—La librería a la que voy tiene un barcito. Anote: *El arcón del tiempo*, Thames al 1700. Nos encontramos allí en un rato.

El policía corta y arranca su viejo auto negro en dirección al lugar. No sabe por qué, pero su instinto le dice que allí lo está esperando algo. Quizás la prueba de que Rouviot tiene razón y alguien intentó matar a José Heredia. De ser así, ya ha tomado una decisión: aunque Ganducci cierre el caso, y por más que le cueste el cargo, va a acompañar al psicólogo en su desesperada búsqueda por encontrar la verdad. Hasta el final.

– XIX –

Cuando ingresa a la librería, ve a Bermúdez en una de las mesas ubicadas en el patio interno del local. El hombre le hace un gesto mientras arremete contra un sándwich de salame y queso. Pablo le devuelve el saludo y camina hasta la caja. La joven que atiende lo mira y, de inmediato, esboza una sonrisa nerviosa.

—Buen día. ¿En qué puedo ayudarlo?

Con la mayor naturalidad que puede, saca el libro del bolso de cuero negro que lleva colgado sobre su hombro y se lo muestra.

—En agosto del año pasado me regalaron este libro. Alguien lo dejó en mi consultorio y mi asistente olvidó anotar su nombre. No es un texto fácil de conseguir, estoy seguro de que a la persona que me lo obsequió le debe haber tomado un buen trabajo encontrarlo y me gustaría agradecérselo. Por lo que veo, fue adquirido acá, y pensé que a lo mejor ustedes podrían decirme quién lo compró.

La muchacha toma el libro con cuidado.

—Tiene razón, fue comprado aquí. Déjeme ver.

Con maestría comienza a mover los dedos sobre el teclado de su computadora y las páginas en la pantalla desfilan una tras otras. Pablo se vuelve y camina hacia los estantes intentando disimular su ansiedad.

—Si no le molesta, mientras busca, voy chusmeando un poco.

—Vaya tranquilo. Esto puede llevarme unos minutos.

Desde el otro lado del vidrio, Bermúdez observa con qué habilidad se desplaza entre los pasillos que separan los estantes abarrotados de libros. Minutos después, la voz de la cajera se escucha en el salón.

—Señor Rouviot.

Gira, asombrado, y vuelve hacia el mostrador.

—Perdón, ¿nos conocemos?

—No creo que me conozca, pero yo sé bien quién es usted. —Señala uno de los anaqueles—. Nosotros vendemos sus libros…

—Muchas gracias —contesta con amabilidad.

A pesar de que hace muchos años que publica y que algunos de sus textos han tenido una gran repercusión, no puede evitar sonrojarse cuando alguien lo reconoce. Se siente extraño, expuesto. En lo más íntimo de su ser es solo un analista y, como tal, prefiere la intimidad casi anónima del consultorio.

—Le cuento —continúa la muchacha—. Encontré el detalle de la compra. No fue fácil porque es una operación del año pasado, pero aquí está, mire. —

Gira la pantalla y señala uno de los casilleros del Excel—. Afortunadamente, ese libro no se vende mucho.

—Tuvimos suerte, entonces —acota Pablo entusiasmado.

Pero la voz femenina suena lapidaria.

—No, no la tuvimos.

—¿Por qué lo dice?

—Porque la persona que se llevó el libro pagó al contado.

—¿Y eso qué significa?

—Que no tenemos ningún dato del comprador.

—¿Está segura? ¿No habrá una copia de la factura?

—Sí, claro, acá está. Pero, como puede ver, no figura ningún nombre.

Al escucharla lo invade una profunda desazón. Ya está, se terminó, no hay más dónde buscar. HH logró realizar el crimen perfecto y va a salirse con la suya. A partir de este momento, solo será dos letras sin rostro, una sospecha incomprobable y la sensación atroz de no haber podido cumplir la promesa que le hiciera al Gitano.

Con ese gusto amargo, agradece a la joven, camina hasta el patio donde lo espera el subcomisario, corre una de las sillas metálicas y se desploma en ella.

—¿Me parece a mí o lo que creía tener ya no lo tiene?

—Así es.

—A ver, licenciado. Si algo aprendí en todos estos años es a no soltar una pista hasta no agotar todas las posibilidades. Así que cuénteme.

Con desgano, Pablo saca el libro de su bolso, lo abre en la primera página y se lo muestra al policía.

—No entiendo. ¿Qué es esto?

—Un libro.

—Sí, ya sé que es un libro, no me tome por boludo. Pero ¿qué tiene de particular?

—Lea.

—Sí, una dedicatoria.

—Esa frase es de *La Ilíada*, uno de los textos más importantes de la literatura griega. La pronuncia su protagonista, Aquiles.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Solo alguien que haya leído a Homero, su autor, pudo haber escrito esto.

—¿Y entonces?

—La persona que buscamos tiene mucho conocimiento de mitología. Por eso, sospecho que pudo haber sido quien le regaló el libro a Hernán Hidalgo. Como ve, fue comprado en este lugar, y creí que a lo mejor podrían darnos alguna pista que nos ayudara a descubrir su identidad.

—¿Y cómo está tan seguro de que lo compró él? —El gesto de Pablo hace innecesaria cualquier palabra—. Sí, ya sé, no me diga nada, intuición. —Lo

mira y sonríe—. La puta madre. No sé cuál de los dos está más loco. Si usted que me embarcó en esto, o yo que le seguí la corriente. Pero ¿sabe qué? Ahora me convenció de que alguien quiso matar a Heredia, y no soy un hombre que se dé por vencido tan fácilmente. Así que cambie esa cara de perdedor y pensemos. Algo se nos debe estar escapando.

—¿Por qué cree eso?

—Porque todo criminal comete un error.

—Eso es cierto, incluso Jack, el destripador.

—Conozco la historia. Pero, por lo que sé, nunca pudieron descubrirlo.

—Se equivoca —lo interrumpe Pablo—. Se supo quién era, aunque demasiado tarde.

—No entiendo.

—Le cuento. Un escritor llamado Russell Edwards se obsesionó con averiguar la verdadera identidad de aquel asesino, y en el año 2007, en una subasta, compró un pañuelo que había pertenecido a una de las víctimas: Catherine Eddowes.

—Un *souvenir* un poco morboso.

—No, Bermúdez, no lo quería como *souvenir*.

—¿Y para qué lo quería?

—Para llevárselo a un genetista, quien identificó en la indumentaria dos tipos diferentes de ADN: uno perteneciente a la mujer y el otro a Jack. Ahora, solo había que comparar ese material con los sospechosos de los crímenes para develar el misterio.

—Fácil, si no fuera que ya estaban todos muertos.

—Ellos sí, pero sus descendientes no. Así que, después de un tiempo de búsqueda, dieron con una mujer, Matilda, cuyo ADN coincidió en un 99 % con el de uno de los implicados en los casos. Y así se descubrió que el destripador era en realidad un inmigrante polaco llamado Aaron Kosminski.

—¡Qué lo parió! Pero bueno, caso resuelto. Tenía razón yo, todo criminal comete un error.

—Puede ser, pero no me tranquiliza pensar que dentro de ciento treinta años alguien descubrirá la identidad de nuestro asesino.

—Esperemos que no sea necesario esperar tanto. Algo debe haber. —Intenta relajarlo—. ¿No encontró nada en la computadora de su amigo?

—Solo esto, alusiones a algunos mitos. Tengo que seguir buscando.

—No pierda tiempo, entonces. Vaya y estamos en contacto. Ganducci nos dio siete días, ni uno más, y no pienso desperdiciarlos tomando café y hablando de criminales ingleses en esta librería paqueta.

Pablo asiente. Llaman al mozo, pagan la cuenta y caminan hacia la salida. Cuando están por llegar a la calle, la voz de la empleada los detiene.

—Licenciado.

Bermúdez lo toma del brazo.

—Creo que lo llaman.

—¿A mí? —Se señala Rouviot con el dedo.

—Sí —responde la joven que se acerca entusiasmada—. Tengo algo para usted.

—Dígame.

—Cuando me dijo que era un libro difícil de conseguir, pensé que a lo mejor no estuviera en el local, y hubiéramos tenido que pedirlo. En esos casos, siempre tomamos los datos del cliente, porque algunos pasan, encargan algo y después desaparecen, ¿entiende?

—Entiendo.

—Bueno, fui a verificar en el cuaderno de pedidos y adivine qué.

—¿Qué?

—Ahí estaba. —El pulso de Rouviot se acelera—. No crea que me tomo este trabajo por cualquiera…

—Se lo agradezco.

Los hombres la miran con ansiedad y ella les extiende algo.

—¿Qué es esto? —pregunta Bermúdez.

—*La verdad detrás del silencio* —responde Pablo—. Uno de mis libros.

—Sí, el que más me gustó. ¿Sería mucho pedirle que me lo firmara?

Pablo no atina a responder hasta que Bermúdez le golpea el hombro.

—Dele, firmeseló. ¿No ve que la chica es su admiradora?

—Sí, por supuesto —responde con torpeza.

—Me llamo Denise. —Rouviot la mira sin comprender—. Digo, para que ponga mi nombre en la dedicatoria.

—Ah, sí, claro.

Garabatea algunas palabras y se lo devuelve.

—Mil gracias, licenciado. Es muy importante para mí. —Pablo asiente y se queda observándola. Luego de unos segundos de espera, ella reacciona—. Perdón. Con la emoción casi me olvido de darle lo que vino a buscar. Tome.

Denise le entrega un papel en el que solo hay escrito un nombre y un número telefónico que Pablo cree recordar. Luego de mirarlo con detenimiento se lo pasa al policía.

—Tenía razón, Bermúdez. No iba a hacer falta esperar ciento treinta años.

TERCERA PARTE

EL NOMBRE

– I –

El invierno porteño tiene algo de sublime. En esa estación, Buenos Aires expone su rostro más bello. La gente camina apresurada intentando escapar del frío, y el aire se llena de un intenso olor a café.

Él recuerda otros inviernos, allá lejos, en el campo, cuando la escarcha volvía blancos los antiguos verdes del pasto y la niebla era una mágica cortina que desfiguraba los paisajes más familiares.

De niño, adoraba el ritual de atar cada mañana el caballo al sulqui para ir hasta el pueblo en busca de provisiones. Lo tomaba de las riendas y lo acariciaba, mientras su padre colocaba los arneses que transformaban el carruaje y el animal en una misma cosa. Le gustaba sentir la potencia de esos músculos enormes, y el sudor que dejaba en sus manos un olor primitivo y salvaje. Ya en el camino, el golpe de los cascos contra el suelo generaba un ritmo hipnótico en el que se perdían sus pensamientos en tanto que, con su respiración, el percherón echaba nubes de humo a su trote. En realidad, no era un caballo sino una yegua, *La Baya*, nombre que provenía de su pelaje blanco amarillento. Se trataba de un ejemplar añoso, y había escuchado a uno de los peones decir que, seguramente, pronto la enviarían al matadero. El hombre le contó que la carne de caballo se utilizaba para hacer mortadela. Pablo nunca supo si aquello era cierto o no, porque era bastante común que los paisanos le jugaran bromas debido a su edad.

—Usted es muy ingenuo, Gaucho —solía decirle su abuelo.

Sea como fuere, la sola idea de imaginar a *La Baya* hecha fiambre lo angustiaba tanto que, en más de una oportunidad, había sido parte de alguna de sus pesadillas. No sabía si eso había ocurrido o no, pues su familia abandonó el pueblo antes de que el animal muriera, y ahora el campo no era más que el escenario mítico en donde se jugaban sus recuerdos. Su presente es bien distinto. Es la ciudad, los colectivos, el ruido, ese andar acelerado que define sus días, y ese amigo que agoniza en una cama de la avenida Córdoba.

Bajó del subte en la estación Facultad de Medicina y subió las escaleras hasta la calle. El impacto del aire frío lo reconfortó y le recordó que, a pesar de todo, seguía vivo. Había andado con premura los pocos metros que lo separaban del Hospital de Clínicas y ahora estaba allí, en ese décimo piso que alberga al mismo tiempo la angustia y la esperanza.

—¿Dante Santana? No, no me suena. ¿Y a vos, gallega?

—Tampoco. No conozco a nadie que lleve ese nombre.

—Lo imaginé —añade Pablo con gesto resignado—, pero debía preguntarles.

—¿Y dices tú que ese es el hombre que le disparó a José?

—Estoy convencido de que es así.

—¿Y cómo podés estar tan seguro, Rubio?

—Es largo de contar, pero confiá en mí. ¿Aquí hubo alguna novedad?

—Sí. Hace un rato pasó Uzarrizaga y nos dijo que a la noche van a operar al Gitano.

—¿Ya?

—Sí. Supongo que cuanto antes, mejor, ¿no?

—No sé, pero si él lo decidió, seguramente debe ser así.

Una enfermera que pasa lo mira y sonríe. Helena le guiña un ojo.

—¿Viste? Parece que seguís teniendo levante.

Él se ríe y acaricia con suavidad la cabeza de Candela que lo observa con dulzura.

—¿Sabes? José y yo teníamos preparado un viaje a Andalucía contigo.

—¿De verdad? No sabía nada.

—Porque era una sorpresa. Queríamos festejar tu cumpleaños invitándote unas tapas en el mismo lugar en que nos conocimos.

—¿Y ni siquiera iban a preguntarme si podía ir?

—Lo mismo le dije yo, pero ya sabes cómo es él.

—Claro que lo sé —contesta y su voz se quiebra sin que pueda evitarlo.

—Bueno, che —los interrumpe Helena—, a ver si cambian esa cara que, al menos por ahora, todavía no ha muerto nadie.

En ese momento, la puerta de Terapia se abre y aparece un hombre vestido de celeste arrastrando una camilla. Al ver a Uzarrizaga caminando a su lado, se levantan de un salto. Candela sale corriendo y, al llegar a ellos, se detiene de golpe.

—Es José.

—Sí —responde Pablo al tiempo que encara al médico—. Ramón, ¿a dónde lo llevan?

—Al piso doce, cirugía. —Mira el gesto asustado de su exalumno e intenta calmarlo—. Pablo, sabés que no tenemos margen de espera, y todos los análisis indican que Heredia está en condiciones de ser intervenido.

—¿Eso quiere decir que no hay riesgos? —lo interroga la joven.

La voz del médico adquiere un tono profesional.

—No, señora. Ojalá pudiera decirle eso, pero le estaría mintiendo. Su marido atraviesa un estado crítico.

—Pero acaba de decirnos que…

—Que está en condiciones de afrontar la cirugía, solo eso. Pero es una operación complicada.

—¿Y qué es lo que van a hacerle?

—En principio, intentaremos extraerle el proyectil. Sin embargo, en casos como estos, todo depende de lo que encontremos al abrir. Si quieren, puedo hacerles un dibujo para que entiendan mejor de qué se trata.

Pablo teme que las explicaciones asusten aún más a Candela y lo interrumpe.

—No es necesario. Confiamos en usted.

—Gracias. Les prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para que José supere esto. Pero no quiero ilusionarlos, ya no depende únicamente de mí.

—Tranquilo, profesor. Lo entendemos.

—Hablá por vos, Rubio. Porque lo que es yo, no entiendo nada.

El médico ignora el comentario de Helena y lo palmea.

—¿Querés estar en el quirófano?

Pablo niega con un gesto.

—Me gustaría, pero yo tampoco tengo mucho margen si quiero descubrir lo que pasó.

—Bueno, vayamos cada uno a lo suyo, entonces. —Mira fijo a las mujeres —. Ustedes, mejor vayan a dormir un poco. Es una intervención delicada que puede llevar entre seis y nueve horas.

—¿Tanto?

—Sí. Por eso, si pueden, descansen, que la noche va a ser larga. —Se despide con gesto amable, mientras todos se ponen en marcha. Candela, con los ojos marcados por el llanto, sostiene la mano de su marido hasta que llegan al ascensor. Una vez allí se detienen, y la voz del médico suena terminante.

—Hasta aquí llega usted, señora.

Ella se inclina y sus labios quedan a la altura de José. Lo besa con suavidad y le susurra:

—Sé fuerte, mi amor, que cuando salgas, estaré esperando por ti.

Segundos después, el ascensor se cierra dejándolos mudos y con una fuerte sensación de angustia.

—Tiene razón Uzarrizaga —señala Pablo—. Vayan, que aquí no hay mucho que podamos hacer por ahora.

—¿Y vos?

—Yo voy a mi casa, Helena.

—Hacés bien, también tenés que descansar un poco.

—Eso no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que no puede esperar.

– II –

La mañana es gris, pero apacible. Una brisa agradable mueve las ramas de los árboles, como si danzaran al ritmo de una música que nadie más que ellos pudiera escuchar y, cada tanto, el grito de un pájaro desgarra el silencio. Sin embargo, ni el sol que entra por la ventana, ni la belleza del ambiente pueden atenuar el clima tenso que se ha instalado entre ellos. Él la mira incrédulo, y ella desafiante. Llevan varios minutos discutiendo y, lejos de acercarse a un acuerdo, sus posturas están cada vez más distantes.

—Bueno, decime vos, entonces. ¿Qué debería haber hecho?

La mujer enciende un cigarrillo, arroja el paquete sobre el sillón y pega una larga pitada antes de contestar.

—Al menos, tratarlo con más consideración. Después de todo, lo que está investigando también nos incumbe.

Él finge una sonrisa que no alcanza para disimular su enojo.

—No me digas. ¿Y desde cuándo lo que le pase a un desconocido es asunto nuestro?

—No hay caso, Raúl, pareciera que no escuchaste nada de lo que dijo. ¿No oíste que hay alguien haciéndose pasar por nuestro hijo, alguien que posiblemente haya cometido un crimen? ¿Acaso no te importa?

La reacción es inmediata.

—No, no me importa. ¿Y sabés por qué? Porque, aunque Rouviot tenga razón, eso no cambia nada. Hernán está muerto, ¿me escuchás? Muerto, enterrado, y nadie nos lo va a devolver.

Laura le clava una mirada furiosa.

—Conmigo podés ahorrarte esas crueldades. No hace falta que me digas que mi hijo está muerto. Lo recuerdo todos los días de mi vida. Me duele en el pecho con cada respiración. ¿Y sabés qué? Me gusta que así sea.

—¿Te gusta?

—Sí, porque al menos ese dolor me recuerda que alguna vez lo tuve a mi lado. Y si hay alguien usurpando su identidad, necesito saber quién es y por qué lo hace.

—Pero ¿te volviste loca?

Va a contestar, pero se detiene. Están muy alterados, es cierto, pero sabe que es a causa del vacío que comparten. Ese hombre que le grita está tan desangrado como ella. Por eso, en lugar de seguir con las agresiones, elige acercarse y abrazarlo.

—Por favor, tenemos que ayudarlo. No sé cómo, pero estoy convencida de que es lo correcto. Y no solo por él, sino también por nosotros. Desde el día de

su muerte venimos luchando, sosteniéndonos uno al otro, intentando ponernos de pie como podemos, siempre juntos, y no lo hicimos tan mal, ¿o sí?

El esposo la aprieta y le besa la frente.

—Claro que no, lo hicimos lo mejor que pudimos. Por eso me incomoda que alguien aparezca de la nada y reabra una herida tan honda.

—No te confundas, Raúl. Esa herida siempre va a estar abierta y no va a cerrar nunca. No sé qué te pasa a vos, pero a mí el hecho de saber que alguien juega con la memoria de mi hijo me pone furiosa. Y no voy a quedarme sin hacer nada.

Conoce lo suficiente a su mujer como para saber que ya ha decidido involucrarse en el asunto.

—Mirá, voy a serte franco. A mí, como a vos, me cayó bien este tipo, te lo juro. Pero, aunque quisiéramos ayudarlo, ¿qué podríamos decirle si no sabemos nada?

Ella se desprende con suavidad y se aleja un paso.

—Eso no es cierto.

—No entiendo.

La mirada de Laura atraviesa el espacio que los separa como si fuera una flecha, despejando toda duda.

—Sí que entendés.

El gesto del hombre se endurece, luego desvía la vista, y siente cómo el peso de la historia se abalanza sobre él.

– III –

Luego de examinar las notas que ha tomado, se dispone a seguir escuchando la grabación de las sesiones que el Gitano tuvo con HH o, mejor dicho, con Dante Santana. Repite ese nombre una y otra vez, como si quisiera grabarlo a fuego en su mente. De algún modo se siente orgulloso de haber llegado al menos hasta él. Sabe que lo que no puede nombrarse habita en un mundo desconocido y angustioso, como esos secretos familiares que nos recorren y de un modo silente van marcando destinos de dolor. Es analista y ha comprobado que nombrar algo permite ponerle un coto, un límite al efecto devastador que puede provocar desde el abismo del silencio.

Es muy temprano para una copa de vino, y ya lleva demasiados cafés en el día, de modo que se sienta frente a la notebook sin más compañía que un cuaderno y una lapicera. Ya ha cerrado las cortinas del ventanal, apagado las luces, y seleccionado el archivo que lleva por nombre 20 de marzo. Es momento de seguir con la pesquisa.

Las primeras dos sesiones que escucha pasan sin que nada le parezca importante. Está enojado con él mismo. Le cuesta creer que no haya encontrado al menos algo que lo ayude en su búsqueda. Sabe que siempre, cuando alguien habla, dice mucho más de lo que se quiere decir y, por más psicópata que sea, Santana también tiene un Inconsciente. Sin embargo, su discurso no le ha dejado ningún rastro que pueda guiarlo hasta él. Desanimado, renuncia al cuidado de su salud y se sirve un café más.

Ha perdido una hora y media oyéndolo hablar de cosas que ya sabe. De su hermana Rocío, su casa de Barrio Parque, su madre, su padre y los problemas que tienen por la elección de su carrera. Nada nuevo, solo la constatación de que Dante Santana conocía cada detalle de la vida del hombre al que estaba suplantando y ha compuesto un personaje perfecto. Cualquiera que las escuchara creería que esas sesiones pertenecen realmente a Hernán Hidalgo.

Siente la tentación de apagar la computadora y volver al hospital. Pero sabe que su presencia allí no serviría de nada en este momento, pues la operación aún está lejos de terminar. Así y todo, no puede evitar imaginar a su amigo con el cráneo abierto, rodeado de médicos, anestesistas e instrumentos quirúrgicos. Conoce lo delicado de la situación y sabe que en cualquier momento podría recibir una llamada del doctor Uzarrizaga comunicándole la peor de las noticias. Se angustia de solo pensarlo, razón por la cual, y ante la falta de un plan mejor, decide escuchar una sesión más.

Saborea el gusto amargo del café y, sin saber por qué, piensa en el néctar, el vino sagrado que deleitaba a los dioses del Olimpo.

Los minutos corren sin que pase nada, hasta que de pronto comprende algo: todo este tiempo estuvo demasiado atento al relato. ¿Cómo pudo equivocarse tanto? Ha dejado de confiar en su técnica, el psicoanálisis, y en quien es, un analista. Como tal, conoce que el único modo de atrapar lo que subyace al discurso manifiesto de un paciente es entregándose a la *atención flotante*, esa manera de escuchar que no selecciona ningún contenido, que no prioriza ni anhela más que la sorpresa de un decir inesperado, y no es precisamente lo que hizo hasta ahora. Por el contrario, en su obsesión por buscar, él mismo ha obturado la posibilidad de encontrar.

Es cierto que Ganducci ya dio vuelta el reloj de arena y los granos empezaron a correr. Pero esos son los tiempos de la ley, incluso de los hombres, pero no los del análisis.

Repasa en su mente lo que ha oído y está convencido de no haber dejado pasar nada fundamental. De todos modos, hay algo que lo relaja: sabe por experiencia que el Inconsciente insiste. De modo que, si algo trascendente hubiera aparecido en las sesiones anteriores, está convencido de que retornará en algún momento.

Comprende además que, por una razón elemental, debe separar sus interpretaciones de las de José, pues él creía estar escuchando a Hernán Hidalgo y Pablo, en cambio, sabe que eso no era más que una mascarada. El paciente era Dante Santana y, por más que haya querido ocultarse, en algún momento su Inconsciente lo traicionaría. Rouviot solo debe estar abierto, relajado para cuando esto ocurra, y hay un lugar en el que eso le resulta extremadamente habitual. Entonces, apaga la notebook, la guarda junto a sus cosas y sale rápido del departamento.

– IV –

Desciende del taxi y atraviesa el portal de calle. Sube al ascensor, espera pacientemente que llegue hasta el piso indicado y baja decidido. Pablo ha recorrido ese pasillo miles de veces. Sin embargo, hoy se siente diferente, extraño. Al llegar al departamento número siete inserta la llave, la gira y percibe cómo la puerta cede para darle paso. Con movimientos casi automáticos prende las luces de la sala de espera y sigue el recorrido hasta llegar a su consultorio. Una vez allí, deja el abrigo en el perchero, acomoda el bolso sobre el escritorio y enciende la lámpara de pie. La luz tenue y cálida lo reconforta. Se dirige a la ventana y corre la cortina. El paisaje de una Buenos Aires a pleno ritmo se le impone. La gente que camina apurada, los vehículos que apenas se mueven en medio de la congestión, y algunos bocinazos impacientes generan una cadencia casi *piazzolleana*.

Saca la computadora de José, la deposita sobre el diván, la enciende, echa a correr la grabación y se acomoda. Ahora sí, está listo para hacer lo que sabe: escuchar.

Los primeros momentos de la sesión discurren de un modo diferente a las demás: hay largos silencios y la verborragia habitual de Hernán-Dante aparece ausente. Unos veinte minutos después, esa voz que hasta ahora había sido monótona y controlada se altera de manera apenas perceptible.

—¿Pasa algo?

—Sí. Disculpame si no estoy tan ocurrente como de costumbre, pero me siento un poco raro.

—¿Raro?

—Sí, triste.

—Contame.

Pablo adora esas consignas que no indican nada, solo el interés que el analista tiene por alentar la palabra del paciente.

—Hoy es una fecha especial.

—¿Por qué?

—Porque hubiera cumplido años una persona muy importante para mí.

—¿De quién se trata?

—De un amigo.

—¿Cuál era su nombre?

Duda antes de responder.

—Dante… se llamaba Dante.
—Y, ¿qué fue lo que le pasó?

Tarda en contestar. Una clara muestra de que le cuesta abordar el tema.

—Se mató. La mayoría piensa que se trató de un accidente, que se le fue la mano con las drogas, pero sé que no fue así, fue su voluntad.
—¿Y cómo podés estar tan seguro?
—Porque nadie más que yo sabía el infierno que estaba pasando.
—¿Me querés contar?

Niega, pero José no va a dejarlo escapar de un asunto tan importante.

—¿Fue hace mucho?
—No, solo unos meses.

Silencio.

—Hernán, por lo que veo te cuesta hablar del tema.
—Sí, quizás por eso no lo compartí con nadie hasta ahora. Es la pérdida más grande que tuve en la vida. Él era… —Se detiene.
—¿Cómo era?
—Una persona muy particular.
—¿Por qué?
—Por su personalidad, su bondad, su belleza, su modo de tratarme.
—¿Qué edad tenía?
—Dos años menos que yo.
—Ajá. ¿Y cómo se conocieron?
—Casualmente, en un pub*, y a partir de ese momento fuimos inseparables y compartimos casi todo: nuestro gusto por el cine, la literatura, nuestras intimidades.*
—¿Y a tu padre cómo le caía?

La respuesta demuestra un cierto asombro.

—No entiendo.

La intervención de José tiene un tono didáctico, explicativo.

—Hernán, por lo que me dijiste, tu padre suele estar en contra de tus elecciones. Me pregunto, en este caso, cómo le cayó Dante. Después de todo, si compartían tantas cosas, seguramente pasaban mucho tiempo juntos y es probable que fuera a tu casa y conociera a tu familia.

La respuesta es terminante.

—No, jamás se lo presenté a mi familia.

—¿Por qué?

—Ya te dije. A mi viejo le molesta todo lo que me haga bien, y no quise que contaminara mi relación con Dante.

—Bueno, pero tu madre y tu hermana son distintas.

—Sí, pero no quise mezclar las cosas. Él era mi amigo, y estaba bien así. No necesitaba compartirlo con nadie. Además, soy bastante reservado.

—Ya veo.

—Y era mi derecho. ¿O acaso solo ellos podían tener secretos?

El tono de José es cálido y comprensivo.

—Claro que no. Vos también tenés derecho a tu intimidad, y no estás obligado a compartirla con nadie que no desees. Por eso, valoro mucho que lo estés haciendo conmigo. Es importante que aquí te sientas tranquilo como para hablar de lo que quieras.

—Sí, claro, acá es distinto. Con vos puedo hablar de casi todo, ¿no?

—Por supuesto.

Conoce a su amigo lo suficiente como para percibir un atisbo de satisfacción en el tono de su respuesta, y lo comprende. Para un analista es fundamental ese momento único en que el paciente reconoce ese espacio como algo propio, un lugar en el que puede comunicar lo que desee sin tener la obligación de cuidar lo que dice. Porque es así como, sin saberlo, se entrega a la regla fundamental que permite el avance del tratamiento: la *asociación libre*. Es decir, la posibilidad de hablar sin seleccionar lo que le parece importante, lo que le da vergüenza o le incomoda. Solo de esa manera se

abren las grietas por las cuales se filtra algo de lo reprimido. Y por lo que oye, a pesar de todo, José va logrando que el dispositivo se ponga en marcha.

Deja correr los minutos que faltan sin que nada más llame su atención. No obstante, ha sido una sesión muy rica. Tomó nota de algunos momentos, y tiene la sensación de que va a poder extraer de ellos algunos datos que le sirvan, aunque aún no sabe cuáles.

Con la intención de repasar todo, apaga la computadora y se concentra en sus anotaciones, cuando el sonido del teléfono lo interrumpe. Por un momento, todos los temores pasan por su mente y siente cómo su pulso se acelera. Mira la pantalla y comprueba que no es una llamada de Helena, ni de Candela, ni del doctor Uzarrizaga. Se trata de un número que ni siquiera tiene registrado. Supone que es probable que sea por un asunto laboral y tiene la tentación de desestimarla. Sin embargo, algo lo lleva a atender.

—Hola.

La voz que escucha, suave y sensual, le recuerda el sonido de un oboe.

—¿Licenciado Rouviot?

—Sí. ¿Quién habla?

Percibe la respiración algo agitada que antecede a la respuesta.

—No me conoce todavía. Pero creo que usted y yo tenemos que hablar.

– V –

Elige una mesa en el jardín y se instala. Conoce bien el lugar. Ha tenido allí muchos almuerzos de trabajo y alguna que otra cita. Desde el sitio en que está puede ver el verde del pasto, algunos juncos y, un poco más allá, el río.

Mira el reloj y comprueba que aún le quedan veinte minutos. Como de costumbre, ha arribado antes de lo acordado. Detesta la impuntualidad. Hace mucho comprendió que la vida solo es tiempo, y considera que quien juega con el tiempo de alguien juega con su vida. Por eso, jamás se permite demorarse. La existencia es demasiado breve como para desperdiciarla en esperas inútiles.

El mozo se acerca y le sonríe. Él le devuelve el saludo y duda. Tiene ganas de relajarse y le gustaría pedir una copa de Syrah, pero no sería una buena carta de presentación que la persona que aguarda, y a la que ni siquiera conoce, lo encontrara tomando alcohol a esa hora. Sin embargo, gracias a su manía de ser más que puntual, puede darse el gusto antes de que llegue. Es lo que se llama *beneficio secundario del síntoma*.

Cuando el hombre se retira con el pedido hace el llamado.

—Hola.

—Bermúdez, soy yo, Pablo.

—Sí, ya sé quién es. ¿Alguna novedad de Heredia?

—Supongo que debe seguir en el quirófano. Dejé órdenes precisas de que me avisaran en cuanto termine la cirugía.

—Órdenes precisas —repite en tono de burla—. Debería haber sido cana.

—Le agradezco, ya tengo bastante siendo psicoanalista.

—Como quiera, usted se lo pierde. ¿Y por qué bar anda en este momento?

—¿Cómo lo sabe? —interroga sorprendido.

—No se asuste, que no lo estoy siguiendo. Pasa que es un tipo bastante previsible, y siempre que no está trabajando anda tomando café por algún lado. Y, por el sonido ambiente, me doy cuenta de que no está en su consultorio. Es más, ¿qué es ese ruido extraño que se escucha de fondo?

—Un avión.

—¿Un avión? Imagino que, dadas las circunstancias, no debe haberse ido hasta Ezeiza. Es demasiado lejos como para que llegue al Hospital de Clínicas si surgiera alguna urgencia, por lo que deduzco que anda cerca de Aeroparque.

Con cierta admiración, reconoce la rapidez con que el policía saca conclusiones acertadas.

—Dio en el clavo.

—¿Y qué anda haciendo por esos lados?

—Voy a encontrarme con alguien que a lo mejor puede darme algunos datos que nos ayuden. Veremos. Y usted, ¿pudo averiguar algo?

—Estoy en eso.

—¿Pero no tiene nada concreto todavía?

—Bueno, tenga paciencia, hombre. Después de todo estoy tratando de rastrear a una persona que se llama Santana.

—¿Y qué pasa con eso?

—Pasa que es un apellido bastante común, y hay muchos. Por suerte, mis contactos en Inteligencia me están dando una mano. Al menos sabemos que debe tener entre treinta y treinta y cinco años, y eso acota bastante la búsqueda. Aunque, si tuviera alguna pista más, sería de gran ayuda.

Pablo recuerda lo que leyó en la historia clínica.

—Es fachero.

—¿Qué dijo?

—Que es un tipo fachero.

Pausa.

—¿Me está cargando?

—No. —Se ríe—. Es un dato. ¿No sirve?

—No diga boludeces, Rouviot. Aunque, ¿le confieso algo? Me alegra saber que todavía conserva el sentido del humor.

El mozo vuelve trayendo el pedido y lo deja en la mesa. Él juega con el borde de la copa antes de hablar.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No sabe lo solo que me sentiría en todo esto si no estuviera conmigo.

—Déjese de *mariconadas*. Le debía una, y siempre pago mis deudas.

Es evidente que le cuesta ceder su imagen de hombre duro.

—Bermúdez, no sería mala idea que empezara a permitirse disfrutar de un elogio. Hace bien a la autoestima.

—No me psicoanalice, licenciado. Ya estoy grande para el diván.

—Se equivoca. Estoy seguro de que sería un muy buen paciente. Y créame, el análisis podría hacer mucho por usted.

Del otro lado de la línea se escucha una risotada.

—¡Qué lo parió! Ni en una situación como esta deja de buscar clientes.

—Pacientes —lo corrige.

—¿Qué, no les cobra?

—Por supuesto.

—Entonces, para mí, son clientes.

De una manera extraña, este hombre rudo y tosco ha logrado relajarlo, e incluso, debe reconocer que está empezando a disfrutar de las charlas que

comparten. De cualquier manera, de algo está seguro: en este momento no hay nadie en quien confíe más que en él.

—Bueno, lo dejo. Tengo que hacer unas llamadas a ver si al menos puedo ir descartando algunos Santanas.

—Perfecto. Nos mantenemos en contacto y…

Bermúdez corta sin darle tiempo a que le reitere su gratitud. Pablo suspira mientras mece la copa y observa cómo el vino genera un breve remolino rojo. Cierta vez alguien, no recuerda quién, le dijo que el primer sorbo debe degustarse con los ojos cerrados, de modo que cumple con esa consigna y disfruta del sabor suave y frutal que le impregna el paladar y baja por su garganta generándole una sensación de placer que estaba necesitando.

La voz de oboe lo sorprende en medio del ritual.

—No estaba en mis planes, pero viendo su gesto de placer, me dieron muchas ganas de probar ese vino.

Abre los ojos con un leve sobresalto. La mujer que está parada a su lado le regala una sonrisa enorme y, con un gesto, le pide autorización para sentarse a su mesa. Pablo asiente sin atinar siquiera a ponerse de pie. Ella se acomoda y, con un modo casual, llama al mozo. El hombre se acerca y la observa con atención.

—Por favor, ¿me traería lo mismo que al señor?

Cuando el empleado se retira, la joven lo encara con una mirada profunda que, por un momento, le genera la sensación de estar frente a un abismo.

– VI –

Los ojos que lo miran son de un negro indecible. El rostro, sin ser perfecto, es armonioso, y una amplia sonrisa relaja la fuerza de los pómulos y el mentón. La joven lleva el pelo tirante y atado en una coleta alta, como las que suelen usar las bailarinas clásicas. Es hermosa, sin embargo, esa hermosura excede la belleza de sus rasgos, como si algo la recorriera más allá de lo visible. Pablo conoce muy bien de qué se trata: el eros. Esa energía que no puede verse, pero es imposible dejar de percibir.

—¿Sofía? —balbucea como para recuperarse del estupor. Ella asiente sin emitir palabra—. Un placer conocerte, soy Pablo.

—Lo sé. Le recuerdo que fui yo quien lo llamó.

—Sí, claro.

El mozo regresa trayendo el pedido y, casi como si lo estuviera calcando, la joven mueve con suavidad la copa, cierra los ojos y bebe. Luego de unos segundos, comenta.

—Veo que le gusta el Syrah. —Pablo no puede disimular su asombro—. ¿Qué pasa? ¿Le sorprende que a una mujer le guste el vino?

—No, pero sí que puedas diferenciar las cepas con tanta facilidad. Carezco por completo de ese don. Para mí, todas son muy parecidas.

—¿Y por qué elige esta, entonces?

Su osadía lo incomoda, y siente que de a poco va siendo acorralado. Se sabe preparado para afrontar situaciones complicadas, no obstante, esta vez se ve avasallado por una muchacha que apenas debe pasar los treinta años.

—Bueno, alguna vez escuché que es el vino que Jesús compartió con los apóstoles durante la última cena. Ese del que dijo: he aquí mi sangre. —Levanta la copa para beber y la mira a través del cristal.

—¿Y usted es muy cristiano?

—No. —Ríe—. Soy psicoanalista.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Dios y el Inconsciente no se llevan muy bien —bromea.

—¿Entonces?

—No sé. Puede ser que la idea de compartir el sabor de aquella noche mágica me resulte una aventura épica.

Sofía suelta una carcajada.

—Al final, más que un analista resultó ser un poeta.

—Te parece una tontería.

—No. Es probable que el brindis de la nueva alianza se haya sellado con un vino como este. La Syrah es una de las uvas más viejas del mundo. ¿Sabe de

dónde proviene su nombre? —le pregunta antes de tomar un trago más.

Él la mira, confundido.

—¿Pablo?

Ella vuelve a reír.

—No, Syrah.

—Ah, perdón. Como estábamos hablando de apóstoles —se justifica.

Sofía asiente y continúa.

—Una leyenda antigua cuenta que Syrah es la deformación de *Darou é Shah*.

—¿Y eso qué significa?

—El remedio del rey. Al parecer, era la bebida preferida de un semidiós persa llamado Djememchid. —Sofía bebe un sorbo—. Reconozco que el sabor es agradable, aunque como casi todos los argentinos, prefiero el Malbec.

Sintiéndose en desventaja, Pablo intenta mostrar algo de su pobre conocimiento al respecto.

—Esta sí la sé. —Le sonríe—. Malbec es un nombre que proviene del francés y significa *mal pico*. Según me dijeron, lo bautizaron así por su sabor áspero y amargo. —Ella lo observa y desaprueba—. ¿Qué pasa?

—No quiero desilusionarlo, pero las fuentes más confiables no comparten esa opinión.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y qué dicen?

—Que el nombre alude a un viverista húngaro que esparció esta uva por Francia hasta que, finalmente, la llevó a Burdeos. —Pablo levanta los hombros y abre los brazos a modo de pregunta—. Su apellido era Malbek, pero con k. Y aunque es verdad que es un poco áspero, me parece que tiene un sabor mucho más noble. Ya verá por qué se lo digo. —Lo mira con picardía y vuelve a llamar al mozo—. Por favor, ¿podría traerme la carta de vinos?

El hombre asiente y a los pocos segundos vuelve y se la entrega. Sofía recorre la lista con ojo experto hasta que señala uno.

—Este.

—Muy buena elección —sentencia el empleado.

—Y por favor, deje que se airee unos minutos antes de servirlo.

—Perfecto.

—Gracias. —Le sonríe y observa a Rouviot con gesto travieso.

—Le confieso que estoy sorprendido. No imaginé que en este encuentro íbamos a hablar de vinos.

—Bueno, no fue esa mi intención al llamarlo. Pero ¿tiene algo de malo que antes de abordar un tema tan difícil nos relajemos un poco?

—Por supuesto que no. —Pausa—. ¿Puedo saber quién te dio mi teléfono?

—Laura Hidalgo.

—No me dijo que seguían en contacto.

—No demasiado. De hecho, hace meses que no hablábamos, pero su aparición la movilizó y decidió llamarme para ponerme al tanto de la situación. Imagino que pensó que podría aportar algo que lo ayudara.

—¿Y es así?

El hermoso rostro femenino se ensombrece por primera vez.

—No lo sé. Supongo que usted me lo dirá cuando haya terminado este encuentro.

La llegada del Malbec los interrumpe. El mozo vuelca con destreza apenas un poco en una de las copas y, sin titubear, se la ofrece a Sofía. Ella lo degusta y acepta. Recién entonces, el hombre les sirve a ambos y se retira.

—¿Por qué brindamos, licenciado?

—Por la verdad.

El ruido de los cristales al chocar flota en el aire durante un instante. Pablo bebe y disfruta. Sin embargo, no olvida el rasgo que, por un segundo, ha opacado la sonrisa de Sofía.

—¿Pasa algo?

—Es que la verdad, si hablamos de los Hidalgo, puede ser un tema complicado.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero siempre tuve la sensación de que es una familia plagada de secretos.

—Supongo que tendrás algún motivo para pensar de esa manera.

—Sí, aunque nada concluyente. Miradas, silencios, cambios repentinos de conversación. Quizás no sean más que ideas mías, pero durante todo el tiempo que compartí con ellos sentí que ocultaban algo, y no solo de mí. —Toma un sorbo y su mirada se pierde en la distancia—. Laura es un ser extraordinario. Tiene talento, inteligencia y es muy generosa. Construyó una carrera brillante y, en su ambiente, es reconocida como una de las profesionales más idóneas. Su posición económica es envidiable, vive rodeada de artistas y, sin embargo, jamás la vi disfrutar realmente de las cosas. Como si no se sintiera con derecho a ser feliz.

—Bueno, tené en cuenta que ha perdido un hijo.

—Lo sé. Pero esto de lo que le hablo es anterior a la muerte de Hernán. Es algo que percibí desde el momento mismo en que la conocí.

—¿Y su esposo?

Lo mira.

—Bueno, Raúl es otra cosa. Un empresario exitoso, un hombre de negocios que amasó una fortuna… —Se interrumpe.

Pablo sabe que esos silencios aparecen cuando se tiene el impulso de reprimir algo, y sabe también cómo superarlos.

—Sofía, podés decir lo que quieras, sé guardar un secreto.

—Nosotros compartimos mucho tiempo, y siempre fue muy amable conmigo. —Sigue resistiendo.

—¿Pero?

—Pero algo en él no terminaba de cerrarme. Desde el punto de vista comercial, es un inescrupuloso. Hizo, y hace aún, negocios con gente del gobierno de turno, con la mafia de los gremios, y es claro que la mayoría de sus concesiones las ganó porque supo coimear a la persona correcta. No tiene la bondad de Laura y de sus hijos, y nada parece importarle demasiado, hasta que alguien contradice sus deseos. Entonces sí, se enfurece y aflora un ser que da miedo.

—¿Pudiste presenciar alguna escena en la que se descontrolara?

—Sí, en más de una ocasión. —Hace una pausa que Pablo aprovecha para llenarle nuevamente la copa—. Con Hernán era especialmente intolerante. Es cierto que él solía desafiarlo, cosa que Raúl detestaba. Los motivos de sus peleas eran varios, pero más allá de eso, creo que su resentimiento venía de otro lado. —Bebe—. A lo mejor le parezco demasiado rebuscada.

Pablo sonríe.

—Es posible, pero me encanta. Después de todo, vivo intentando develar las motivaciones que se esconden detrás de las conductas de la gente.

—Entonces, conocerá esa sensación de percibir que hay algo rondando que nadie confiesa.

—¿Confiesa? Es una palabra dura —remarca.

—¿Por qué?

—Porque solo se confiesan los pecados o los delitos.

—Entonces, quizás esté equivocada, porque más allá de los manejos económicos de Raúl, no creo que hayan matado a nadie. —Pausa—. Sé que también habló con Rocío.

—Sí, y quedé muy preocupado. Es evidente que no puede superar la muerte de su hermano y eso la está afectando. Es más, tengo la impresión de que se siente culpable.

—¿Culpable? No veo por qué. Ella siempre se esforzó por entenderlo y ayudarlo en todo lo que pudiera, incluso enfrentando a su padre. Era la persona en quien Hernán confiaba y a la que más quería. Hubiera dado la vida por ella.

—Puede ser, pero aun así tiene la sensación de que podría haber hecho algo diferente para que él fuera más feliz.

Sonríe.

—Bienvenida al club, entonces.

—¿Por qué lo decís?

Suspira y su mirada vuelve a perderse, como si estuviera recordando un tiempo demasiado lejano.

—Yo salí con Hernán un poco más de un año.

—¿Saliste? Laura dijo que eras su novia.

—Creo que es lo que ella hubiera querido.

—¿Y no era así?

Levanta los hombros.

—No lo sé. Quizás al principio sentí que éramos una pareja, pero con el tiempo las cosas fueron cambiando.

Es el momento. Esa actitud fuerte y segura con la que se presentó parece vacilar y la percibe vulnerable. En otra circunstancia hubiera esperado a entrar más en confianza antes de intervenir, para evitar que se pusiera a la defensiva. Pero en esta ocasión no puede darse ese lujo. El tiempo apremia y, por otra parte, no está seguro de que ella vuelva a bajar la guardia. Por eso, deja la copa en la mesa y, en ese tono cálido que le es tan habitual, lanza la pregunta.

—¿Me querés contar?

Los ojos negros se clavan en los suyos como si estuvieran evaluando si abrir o no una parte tan íntima de su vida. Pablo sabe enfrentar esos momentos. Sin inmutarse, la mira con calma y espera. Poco después, Sofía asiente con un movimiento de cabeza.

—Lo conocí en la confitería que está en la esquina de la facultad. Él estudiaba Filosofía y yo doy clases en Letras. Enseguida me di cuenta de que era una persona diferente. No me pregunte por qué, pero lo sentí. Era amable, atractivo y tenía un sentido del humor muy particular.

—¿Particular?

—Provocador. Se divertía llevando las cosas al límite del buen gusto, sin pasarse nunca. Sus compañeros lo querían y buscaban estar con él. Se imagina que Hernán tenía un mundo que fascinaba a los demás.

—¿A qué te referís?

—Por la actividad de su madre, estaba relacionado con gente sensible y reconocida, y estar cerca de él permitía el acceso a un ámbito exclusivo y muy interesante, sobre todo para quienes disfrutan del arte y el pensamiento. Y, por otro lado, ser un Hidalgo le agregaba un costado más mundano, pero no por eso menos seductor. El campo en Punta del Este, las fiestas en su barco, el avión privado, todas cosas que él compartía con generosidad.

—Por lo que contás, pareciera ser que tenía una vida social importante. Sin embargo, tengo entendido que era un joven solitario e introvertido.

Sofía tiene la tentación de preguntar quién le refirió eso, pero puede responderse esa pregunta sola: Rocío. Es la única que lo conocía tan bien

como para traspasar la barrera de la imagen que él mostraba.

—Es cierto. Es que Hernán era como dos personas en un solo cuerpo. Por un lado, ese hombre divertido y terrenal, y por otro, un ser sombrío e impenetrable.

—¿Incluso para vos?

Suspira.

—Especialmente para mí. Y creo que eso es lo que impidió que me entregara totalmente a la relación y me fuera alejando de a poco. No soy tan clásica como para pretender que en una pareja no haya secretos. Por el contrario, disfruto de la privacidad y me atrae vincularme con alguien que, a pesar de estar conmigo, sigue siendo un enigma. Quizás, porque eso me permite sostener mi propio misterio. Pero con Hernán era distinto.

—¿Por qué?

—Porque sus secretos parecían ser una incógnita también para él. Como si tuviera rincones que ni él mismo se atrevía a visitar.

—Y eso, más que invitarte a descubrir esos secretos, te angustiaba. —Sofía se desconcierta al escucharlo, y él entiende que ha dado en el clavo—. Es probable que la distancia que tomaste haya sido una forma de defenderte de esa angustia.

Ella se reclina en su asiento, piensa y, de pronto, esa voz que le recuerda la dulzura del oboe dibuja en el silencio una hermosa melodía.

—*¿Quién eres tú, que así, envuelto en la noche, sorprendes de tal modo mis secretos*?

Ahora es Pablo quien se asombra, y siente la tentación de hurgar en el abismo de esos ojos. Pero recuerda la sentencia de Nietzsche, *si miras fijamente al abismo, el abismo te devuelve la mirada*, y se dispone a huir de la situación, aunque sabe que ya es tarde para hacerlo. El propio loco de Turín advirtió que, a veces, es imposible involucrarse sin ser arrastrado. Ahora, ¿él quiere involucrarse con Sofía? Ella no le da tiempo a responderse esa pregunta.

—Perdón, es un vicio profesional. Suelo usar frases de libros que me gustan para ejemplificar algunas circunstancias.

—O para escapar de ellas.

—Puede ser. —Sonríe e intenta recuperar el control de la charla—. En este caso, la cita es de…

—William Shakespeare.

—La conoce.

—Sí. Me llevo mejor con la literatura que con los vinos. —Ella ríe y lo estremece una vez más—. Siempre me gustó esa imagen de Julieta tan perturbada en el balcón, sintiendo que todo su mundo se desmorona y, aun así, con la certeza de que ya no le es posible torcer ese destino.

—¿Y usted cree en el destino?

Sofía lo ha logrado. Se ha puesto de pie. Lo encara con firmeza y vuelve a arrinconarlo. ¿Habrá percibido la perturbación que le genera? Quizás no, se dice Pablo. Es posible que solo sea un mecanismo de defensa para salir de momentos incómodos. Sea como fuere, lo consiguió, y ahora le toca a él hacer lo mismo.

—Si creyera en el destino no sería psicoanalista.

—¿Por qué no?

—¿De qué valdría esforzarse por ayudar a que alguien se anime a hurgar en su Inconsciente, llevarlo a que enfrente sus miedos más profundos y resista el contacto con sus monstruos más temidos, si pensara que no puede modificar nada, que todas las cartas ya han sido echadas?

—Comprendo. Entonces, piensa que el hombre es libre de ser lo que quiera ser.

—Tampoco.

—No entiendo.

—Ya te dije, soy analista, y eso me distancia tanto de la idea del determinismo como del libre albedrío. Sé que la libertad es un sueño imposible, porque todo no se puede y porque llegamos a este mundo marcados por un deseo que otros, generalmente nuestros padres, han puesto sobre nosotros. Nacemos en un hogar determinado, y al llegar nos están esperando una familia, un nombre y un mundo que no hemos elegido. Y debemos enfrentar la vida con las fichas que nos han tocado. Sin embargo, pienso que, aun así, tenemos un mínimo de decisión para hacer con ellas una buena o una mala partida, ese es el margen de libertad con que contamos. Parece poco, sin embargo, por pequeño que sea, alcanza para darnos la oportunidad de construir una vida que tenga algún sentido.

Ella lo mira y en su rostro se percibe que está disfrutando de la charla.

—Una postura digna de Sartre. Algo así como que somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros.

—Exacto. —El gesto de la joven le confirma que ha salido ileso del incómodo trance en el que estaba, y ahora es su oportunidad—. Y vos, ¿qué pudiste hacer con el dilema que te planteaba Hernán?

Ella siente el impacto, y como si se permitiera mostrar su falencia, le responde con honestidad.

—Lo que pude. Estar cerca, disfrutar de sus buenos momentos y acompañarlo en los malos. Él se fue relajando y, creo, empezó a sentirse a gusto conmigo, y así nos transformamos en dos grandes amigos. —Lo observa —. Obviamente, teníamos sexo, pero no era lo más importante. Hasta que un día comprendí algo.

—¿Qué?

—Que él no sería mi hombre, pero aun así quería caminar un trecho de mi vida a su lado. No imaginaba hasta cuándo duraría lo nuestro, ni cómo iba a terminar, pero sabía que eso iba a pasar algún día.

—Y el día llegó.

—Sí, del modo más cruel.

—Entiendo.

Niega con la cabeza, y el brillo que invade su mirada da cuenta de la tristeza que la recorre. Por fin, piensa Pablo. Allí está ella, Sofía, despojada de todo velo y expuesta.

—No, no entiende. Dos días antes de su muerte me propuso que nos fuéramos a vivir juntos, y le dije que no, que ya no quería estar con él. Hacía mucho que lo venía pensando, y su propuesta terminó de decidirme. Veía la ilusión que su familia ponía en nuestra relación y, sentía que todo era una farsa. Hernán no me amaba. Yo era solo la posibilidad de darle un contexto que le permitía estar relajado con su mundo.

—¿Y vos lo amabas?

—No al menos como anhelo amar. Era una gran persona, y me necesitaba. Pero yo no quiero ser necesitada, quiero ser deseada, y desear. Quizás mi postura le cause gracia. A lo mejor le parezco tan ingenua como Julieta.

—De ninguna manera —acota Pablo—. *Solo se burla de las llagas el que nunca recibió una herida*.

Ella lo mira con ternura y estira la mano sobre la mesa hasta colocarla con suavidad sobre la suya.

—*Chapeau*, Romeo.

Es un momento extraño, inesperado. Sin embargo, algo le indica que no todo ha sido dicho.

—¿Te sentís culpable por haber cortado con él justo antes de su muerte?

Ella lo suelta y toma la copa.

—Un poco. Pero no tanto como para creer que tuve algo que ver con eso. Licenciado, ¿sabe por qué lo cité en este lugar?

—No.

—Porque aquí vengo cuando quiero pensar en él. —Aprieta los ojos intentando retener unas lágrimas, sin conseguirlo.

—¿Y por qué esta confitería en particular?

Por toda respuesta, Sofía eleva la mano y su dedo índice señala la avenida Rafael Obligado que corre a pocos metros de su mesa. En ese momento, un enorme camión que pasa deja un reguero de canto rodado sobre el lugar exacto en el que, hace menos de un año, cayó sin vida el cuerpo de Hernán Hidalgo.

– VII –

Hace una hora que llegaron al hospital y, hasta el momento, no les han informado nada. Aunque el paisaje que tienen adelante es diferente. Ya no están sentadas en la sala de espera de Terapia Intensiva del décimo piso, sino de pie en los pasillos del doce, tras las puertas de los quirófanos.

Quien las observara podría pensar que se trata de una familia. Una madre y una hija abrazadas en busca de una contención que no encuentran, esperando el resultado de la cirugía del padre. Lejos de eso, son apenas dos mujeres que hasta hace pocas horas ni siquiera se conocían y que, sin embargo, ya están unidas por un fuerte lazo emocional. Saben que, allí adentro, José está librando la más dura de las batallas, y anhelan y temen que esas puertas se abran. Ni siquiera se separan al escuchar los pasos que se acercan.

—Hola. ¿Todavía sin novedades?

Helena lo mira con incredulidad.

—Por acá, sí. Pero, por lo que veo, el que tiene novedades sos vos.

Pablo la mira extrañado, hasta que comprende que su amiga se refiere a la joven que lo acompaña.

—Ah, sí. Les presento a Sofía, ellas son Helena y Candela.

—Un gusto —saluda la joven.

—Encantada. —La observa de arriba abajo—. Yo soy la amiga y ella es la esposa del muriente. Y vos, ¿quién sos?

—¡Helena! —la reprende Pablo.

El rostro de Sofía es amable.

—No se preocupe, licenciado.

Pablo, con gesto incrédulo, toma a su amiga del brazo y la aleja unos metros.

—¿Por qué le hablás así, te volviste loca?

—¡Ah, bueno!

—Ah, bueno, ¿qué?

—Que hace días que no duermo cuidando a este pobre angelito que ya ni sabe cómo se llama, la llevo a casa, la acuno y estoy aquí metida descuidando mi hogar y mi familia. ¿Y vos, qué? Te vas, te levantás una minita, la traés al hospital, ¿y resulta que la loca soy yo?

—Helena, no estás entendiendo nada. Sofía no es una minita. Es la exnovia de Hernán Hidalgo.

—¿Y por qué la trajiste acá?

—Intento averiguar quién le disparó a José.

—¿Cómo, no era Dante Santana?

—Sí, pero también se hace llamar Hernán Hidalgo.

—¿Y por qué tiene dos nombres? —Pablo menea la cabeza—. Está bien, pero no entiendo qué hacés vos con la novia del tipo ese.

—Es que, en realidad, no es la novia del delincuente, sino de la persona por la cual él se hacía pasar.

Helena lo mira, su rostro se relaja y lo acaricia.

—Ay, ¡Rubio, vos no estás bien!

—Te juro que sí, pero es muy difícil de explicar. Por ahora, lo único que puedo decirte es que Sofía nos está ayudando.

—Así que nos está ayudando. —Gira y la mira—. Bueno, por lo menos elegiste una ayudante muy atractiva.

La puerta del quirófano se abre dando paso a la imagen exhausta del doctor Uzarrizaga. Pablo suelta a su amiga y va a su encuentro. Las tres mujeres le siguen los pasos.

—¿Y, Ramón?

El médico comienza a hablar, rodeado por ese extraño cortejo.

—Ha sido una cirugía de siete horas, así que te podrás imaginar que no fue sencilla. Lo importante es que pudimos retirar la bala.

—Entonces, ¿la intervención fue un éxito? —La voz de Candela suena esperanzada.

—Podría decirse que sí.

—Pero ¿está fuera de peligro?

El médico responde con una mueca difícil de descifrar.

—No puedo asegurar eso.

Ahora es Helena quien arremete contra él.

—¿Y por qué no? Si acaba de decir que la operación fue un éxito.

—Es cierto, pero que en la cirugía no haya habido complicaciones no garantiza que el paciente supere el proceso posoperatorio. Además… —Se interrumpe.

—Además, ¿qué? —lo interroga Candela.

—Como presentaba un edema importante, tuvimos que quitar el hueso temporal.

El rostro de Rouviot se ensombrece.

—¿Eso quiere decir que lo desplaquetaron?

—No había otra opción.

—Rubio, ¿qué le hicieron al Gitano? —pregunta inquieta.

Por toda respuesta, él la acaricia. Consciente de lo que sus palabras están generando, Uzarrizaga decide darles una breve explicación.

—Verán, el cráneo es algo así como una caja hecha de hueso que protege al cerebro de posibles golpes, y cumple un rol muy importante porque contiene

todo el sistema nervioso central.

—Con excepción de la médula —agrega Pablo.

El hombre lo mira con desaprobación.

—Ya lo sé. Estoy tratando de hacérselas fácil.

—Sí, claro. Perdón.

—En realidad —continúa el médico—, no se trata de un solo hueso, sino de varios que, en su conjunto, forman lo que llamamos cráneo. Los temporales son algunos de esos huesos. Están ubicados acá —toca la cabeza de Helena, que se sobresalta—. Lo que hemos hecho es retirar este —la presiona con el índice— para poder operar tranquilos y decidí no volver a colocarlo hasta que disminuya la presión intracraneana. ¿Se entiende?

—Sí, más o menos. ¿Y qué pusieron en su lugar?

—Nada.

—¿Eso significa que el Gitano tiene el cerebro al aire?

—Podríamos decirlo así.

Candela trastabilla, como si fuera a caer, y Sofía la toma de los hombros. El rostro de Helena ha empalidecido de golpe. Solo Pablo sostiene un fingido control. En ese momento, la puerta del quirófano se abre y asoma una enfermera.

—Doctor, el paciente ya está preparado.

El médico asiente y apoya una mano en el hombro de su antiguo alumno.

—¿Qué van a hacer, Ramón?

—Lo llevamos de nuevo a Terapia Intensiva. Escuchame, sé que es una situación difícil, pero confiá en que vamos a hacer todo lo posible por salvarlo. Las próximas horas son las decisivas. Si responde bien a las drogas, en cuanto podamos, le quitamos el respirador para disminuir cualquier riesgo de infección. La idea es esperar a que baje la inflamación y replaquetarlo.

—Entiendo —balbucea Pablo con temor—. En cuanto a lo otro…

—¿Al *locked in*? Todavía no puedo decirte nada. El proyectil estaba realmente muy cerca del tronco cerebral, también por eso tomé la decisión de desplaquetarlo, para evitar que la edematización de la zona pudiera afectarlo aún más, pero no vamos a saber el grado de compromiso hasta que no se hagan todas las pruebas. Hay que esperar.

—¿Y existe alguna posibilidad de que esté conectado cognitivamente?

—No ahora, por la medicación que ha recibido. Pero, en dos horas, podría ser que sí. Esperemos que no. De todos modos, no nos apresuremos. —Antes de retirarse mira a Candela que se aferra a su rosario—. Señora, por lo que veo es una mujer de fe. —Ella asiente—. Bueno, no deje de rezar, entonces. —Se acerca a Pablo y le susurra—: Eso la va a mantener más calmada y, además, en este momento cualquier ayuda es bienvenida.

El cirujano los saluda y vuelve a entrar al quirófano, dejando atrás al pequeño grupo que, por un momento, queda envuelto en el más absoluto silencio.

– VIII –

Sentado en un banco de la plaza, lee el diario con preocupación. Aunque la nota no abarca un gran espacio, su título alcanza para inquietarlo. Con algo de incredulidad vuelve a leerlo:

AGONIZA EN EL HOSPITAL DE CLÍNICAS EL PSICÓLOGO QUE INTENTÓ QUITARSE LA VIDA EN SU CONSULTORIO DEL BARRIO DE CABALLITO.

¿Cómo que agoniza? No puede ser. Ya debería estar muerto. No entiende cómo pudo fallar de esa manera. De todos modos, que se hable de agonía lo tranquiliza, significa que es solo cuestión de tiempo.

José fue un rival honesto y respetable que estuvo a punto de vencerlo. Por eso tuvo que matarlo, aunque repasando la nota del diario, sabe que todavía no logró su cometido.

Los gritos de un grupo de estudiantes que pasan bromeando a su lado le sacan una sonrisa. Gira con lentitud y queda de espaldas a la facultad de Ciencias Económicas. Frente a él se alza la mole que lo aguarda: el Hospital de Clínicas. El mismo en que su exanalista, como aquellos héroes que pueblan sus pensamientos, libra su agónica batalla. Batalla que, seguramente, perderá en pocas horas. Al menos, eso es lo que espera, de lo contrario deberá tomar una decisión riesgosa y exponerse para terminar lo que empezó. Sin embargo, una certeza lo relaja: si Heracles, Hércules como lo llamaron los romanos, pudo con sus doce trabajos que parecían imposibles, ¿por qué no iba a poder él con los suyos, si eran apenas seis y solo le restan tres?

– IX –

Gira la llave, entreabre la puerta, estira la mano, prende la luz antes de entrar y recién entonces se hace a un lado para darle paso. Ella ingresa y, de una mirada, intenta captar todo el espacio. A su derecha se encuentra la cocina integrada, con un discreto desayunador y dos banquetas altas, luego el comedor, amueblado con una mesa vidriada de unos dos metros de largo y ocho sillas tapizadas en chenille gris claro. A su izquierda, está el *living* en el que se destacan un piano de cuarto de cola, un sillón de tres cuerpos y dos individuales que rodean una mesa baja de madera oscura. Una biblioteca imponente empotrada en la pared, y la fotografía enmarcada de una ola que arremete con furia son los únicos adornos. Más allá, un enorme ventanal hacia el cual se dirige con decisión, como si conociera el lugar de toda la vida. Al llegar, corre las cortinas y el paisaje arbolado se le impone.

Pablo la mira sin entender muy bien qué hace allí. Quizás, llevarla a su casa fue un error. No puede negar que le atrae, lo perturba, y es probable incluso que su presencia resulte una distracción. Pero también es posible que conozca a Santana, que Hernán los hubiera presentado en alguna ocasión, y de ser así, podría aportar algo que lo ayudara a dar con él. Por eso dejó que lo acompañara a su departamento, para ver si es capaz de reconocer la voz y ponerle un rostro a ese enigma.

Desde la puerta, la mira unos segundos y ve cómo la luz del exterior enmarca las formas de su cuerpo. Ingresa, se quita el abrigo, lo deja sobre el sillón y camina hacia ella. Al pararse a su lado, percibe el delicado perfume de su piel y vuelve a pensar que, a lo mejor, haber aceptado su ofrecimiento de acompañarlo no haya sido la decisión más acertada.

Como si pudiera escuchar sus pensamientos, la voz de Sofía suena calma y tranquilizadora.

—Debe ser hermoso amanecer con esta vista.

—Sí, lo es. ¿Te gustaría salir al balcón?

La joven acepta. Pablo abre la puerta corrediza y una brisa fría los envuelve. Sofía avanza unos pasos y se apoya en la baranda. Él hace lo mismo y, por unos minutos, todo es silencio. Pero no se trata de un silencio tenso, por el contrario, el clima se ha vuelto disfrutable.

—Háble me de él —le ordena sin mirarlo.

—¿De quién? —pregunta sorprendido.

—De su amigo: Heredia.

No puede evitar sonreír.

—No es un hombre fácil de definir. Es un tipo extraordinario y raro, que parece sacado de un poema de Lorca. Es psicoanalista, de los mejores, pero esa no es su verdadera esencia.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y cuál es, entonces?

—El Gitano es poeta, y músico. —Se detiene y, sin que se lo hubiera propuesto, viene a su mente la letra de una de las canciones de José, y la susurra:

No tengas miedo si en la madrugada
el viento hace palmas contra el ventanal.
Y de la nada florecen azahares
llenando de asombro la pena otoñal.

No tengas miedo si el río se acerca
y va dividiendo el mundo a la mitad.
Será que anoche, de tanto nombrarla,
la luna gitana nos vino a buscar.

Cuando concluye, Sofía lo mira y calla, como si estuviera terminando de disfrutar lo que acaba de escuchar.

—Es muy hermoso.

—Sí.

Pausa.

—¿Puedo saber en qué está pensando?

—En la voz de José.

—¿Qué pasa con su voz?

—Que tiene un color muy especial, como la tuya.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tiene de especial? Digo, la voz de su amigo.

—Que cuando canta, genera la sensación de que se está escuchando un violoncelo.

—Entiendo. Una voz profunda, casi de cuerda raspada por el arco.

El comentario lo sorprende.

—¿Sabés de música?

Ella lo mira con cierta picardía.

—Algo. De hecho, fue mi sueño de chica. Quería ser directora de orquesta, pero mi padre es un hombre demasiado exitista, y le pareció que una mujer jamás llegaría a ser un Von Karajan.

—Y no te apoyó.

—Él le respondería que sí, pero la verdad es que no. Me permitió estudiar, es cierto, incluso me mandó con los mejores maestros, pero solo para que amenizara sus reuniones sociales tocando el piano. Sin embargo, cuando quise hacer la carrera de directora se enfureció.

—Tal vez pensó que iba a ser muy difícil que pudieras vivir de eso.

—No, eso no le importaba. Después de todo, soy una Ortiz de la Serna, y se suponía que debía casarme con un hombre que estuviera a la altura y se hiciera cargo de mí. Pero la idea de que fuera a ensayar a los teatros, rodeada de músicos, viajando y trabajando por las noches, era demasiado para él. —Se detiene en el relato y nota que Pablo la mira, absorto—. ¿Qué pasa?

—Bueno, no conozco mucho de abolengos, pero me sonó a un apellido patricio.

Se ríe.

—Lo es. Y no imagina los problemas que eso me trajo.

—¿Por qué?

—Porque con mi nombre, Sofía Macarena Ortiz de la Serna, siempre debo dar examen.

—Entiendo. Todos esperan demasiado de vos.

—Al contrario, no esperan nada de mí. Creame que, por lo general, me lleva más o menos una hora demostrarle a la gente que no soy una hueca, una mujer frívola que solo piensa en tomar sol, pasear en lancha, usar ropa cara y viajar por el mundo.

Pablo se ríe.

—¿No estás siendo demasiado prejuiciosa?

—¿Y acaso la gente no lo es, licenciado? —Le clava la mirada y esos ojos negros lo atraviesan—. Míreme —lo desafía—. ¿Qué ve?

Rouviot duda, se siente incómodo y no sabe qué responder. Se toma unos segundos, hasta que por fin se decide, como suele hacerlo, por decir la verdad.

—Veo a una mujer inquietante, segura de su belleza, que sabe lo que genera cuando habla, cuando sonríe o, como ahora, cuando simplemente calla.

El motor de un auto que pasa a toda velocidad por Avenida del Libertador tiene la violencia de una piedra que hiere un cristal, no obstante, no alcanza para romper el clima que se ha generado entre ellos.

De pronto, como si hubiera decidido entregarse al hechizo, la mira y pregunta:

—¿Lo harías por mí?

—¿Qué? —cuestiona asombrada.

—Tocar el piano. No sé cómo serían las veladas en tu casa, pero aquí solo estamos los dos. ¿Sabés? Soy melómano. De hecho, hace poco estuve

escuchando a una de mis pacientes tocar el *concierto en Mi menor de Mendelssohn* en el Colón.

—¿Camila Vanussi?

—¿La conocés? —pregunta asombrado.

—Por supuesto. Todos los que transitamos el mundo de la música sabemos quién es. Siempre fue una niña prodigio, pero algo, no sé qué, le impedía levantar vuelo. Sin embargo, desde hace un tiempo, es como si se hubiera liberado de eso que la oprimía y su arte empezó a volar.

Pablo agradece en silencio las palabras de Sofía que, sin saberlo, reconocen la importancia de su trabajo junto a la pequeña violinista, y como para salir del paso, desliza un comentario.

—Según Oscar Wilde, *el modelo de todas las artes es el arte del músico*, y estoy de acuerdo. No imagino mi vida sin música.

Sofía camina hacia el piano, dando por aceptado el desafío. Se sienta en la banqueta, levanta la tapa, retira la felpa verde que cubre el teclado, y lo mira.

—¿Cuál es su obra preferida, esa que querría llevarse de esta vida?

—¿Qué?

—Usted es analista, y no voy a mentirle, lo he leído y sé que la muerte es uno de los temas que lo obsesiona. Y, siendo un melómano, imagino que querría despedirse de este mundo con alguna melodía en particular. Dígame, ¿cuál le gustaría que lo acompañara en sus últimos instantes?

La pregunta lo inquieta. Sin embargo, no es nada que no se hubiera planteado muchas veces.

—Esa es una idea que me ha rondado, y me ronda aún, en muchos momentos. Y te confieso que no siempre la respuesta fue la misma. Alguna vez pensé que lo último que me gustaría escuchar antes de morir era «Oblivión», de Astor Piazzolla. Otras, en cambio, me pareció que el «Lacrimosa», de Mozart o el «Adagietto», de Mahler.

—¿Y ahora? —lo provoca, redoblando la apuesta—. Si solo le quedara este instante, este minuto de vida, ¿qué querría escuchar?

La mira, y las palabras se le escapan sin que pueda pensarlas.

—La Sinfonía número tres de Brahms. —La oscura mirada de Sofía se ilumina y unas lágrimas parecen conmoverla—. ¿Qué pasa? —la interroga.

—Que, entonces, quizás deberíamos morir juntos.

Él siente el golpe, como si una vieja sensación que creía olvidada le recorriera el cuerpo. Sin apartarle la mirada, con algo de frustración, Sofía le habla y lo estremece.

—No sabe cómo me gustaría cumplirle el sueño, pero hay un detalle: me falta la orquesta. Apenas si tengo este piano, lo cual no es poco, y tengo mucho deseo de complacerlo. Solo tiene que pedirlo, pero esta vez elija bien y no se equivoque, porque no voy a darle otra oportunidad.

Pablo vacila. Comprende lo que está ocurriendo, y no quiere romper la magia. Siente que debe solicitar algo que Sofía conozca, y piensa en las obras que todo pianista ha estudiado: el «Claro de luna», de Beethoven, o el *«Preludio en Mi menor», de Chopin*. Sin embargo, de un modo inesperado, lo invade el anhelo de oír una melodía que hace mucho que no escucha y, casi sin querer, pronuncia el nombre.

—«Octubre».

Sofía lo observa unos segundos sin hablar, luego gira, posa apenas los dedos sobre el instrumento, cierra los ojos, toma aire y, de un modo mágico, la melodía sublime de Tchaikovsky lo invade. Son apenas cuatro minutos de emoción, hasta que ella deja sonando en un calderón eterno el último Fa.

Está conmovido y solo atina a mirarla. No sabe qué hacer, pero ella sí. Se levanta y camina hasta quedar pegada a su cuerpo. Le acaricia el rostro y lo atraviesa con una mirada tierna y desafiante a la vez. Se pone en puntas de pie y, antes de que pueda reaccionar, Pablo siente el gusto de Sofía en su boca. Todo es silencio y, sin embargo, como si se tratara de un milagro, los armónicos finales del piano lo estremecen de un modo fatal, inmenso, largamente añorado.

– X –

Recostado en su cama, en medio de la penumbra, siente cómo Sofía baja hasta su vientre y lo aferra de las caderas. Su cabeza sube y baja en movimientos breves y precisos que lo excitan, al tiempo que demora, adrede, la llegada del placer esperado.

Dueña de la situación, lo observa, disfruta de su desnudez y juega con su cuerpo. Lo acaricia con los pechos, invitándolo a entregarse a un roce desconocido, lo rasguña y lo muerde con suavidad. Al rato, le recorre lentamente el pene con la lengua hasta envolverlo con la humedad de su boca. Las manos de Pablo aprietan el colchón y un gemido escapa de su garganta.

—Te gusta. —No es una pregunta, es una afirmación. Sabe qué le está provocando y disfruta con eso—. Decímelo.

Él se resiste, pero ella lo presiona con la boca mientras su lengua se mueve al ritmo de la música de Brahms. Como respuesta a su silencio, ella le hiere apenas el glande con los dientes, hasta que la frase resuena en el aire.

—Me gusta.

Pablo mira hacia abajo y ve los ojos negros, más negros y encendidos que nunca.

—Me encanta que te guste —le confiesa—. Pero no me importa, porque esto no es para vos, es para mí. —Y al decirlo, sus dedos se hunden en el cuerpo de Pablo. El sonido gutural le advierte que está llevándolo al borde del orgasmo y se detiene—. Esperá —susurra y se incorpora lentamente—, todavía no.

Con delicada precisión toma su miembro con los dedos, se acaricia el clítoris con él y lo acomoda en el borde de la vagina.

—Mirame —le ordena.

Vencida por completa su voluntad, él obedece y Sofía comienza a descender muy lentamente sin dejar de observarlo. Pablo siente cómo cada milímetro que recorre le genera un estímulo distinto, hasta que, al sentir el pene que ha entrado por completo, la joven renuncia al control para entregarse al desenfreno de la pasión.

Al principio, sus movimientos son lentos y rítmicos. Desde esa posición de dominio, desata su coleta y deja que el cabello caiga hasta cubrirle los pechos. Pablo estira las manos y los oprime. La mira, extasiado, como si en el mundo no importara nada más que esa mujer que gime sobre él. De pronto, la respiración de Sofía se acelera y se cubre la cara con las manos, como si se avergonzara de la hembra que está a punto de estallar.

—Voy a acabar —le anuncia buscando provocarlo aún más.

Él la escucha gemir, siente cómo su potencia aumenta y eleva su pelvis intentando llegar lo más profundo que puede. Entonces, ella implora, casi con dolor.

—Quedate ahí.

Él obedece. Son apenas unos segundos de tensión, de quejidos breves, hasta que un grito atávico se impone sobre la melodía del concierto número tres de Brahms y el cuerpo femenino se estremece en espasmos involuntarios. Un suspiro final da cuenta de que Sofía ha llegado al clímax y, en ese momento, él siente cómo un líquido suave y caliente le rodea el pene. Asombrado, lo avasalla la necesidad de moverse en busca de su orgasmo, pero ella lo detiene, al tiempo que se levanta y se acuesta a su lado.

—¿Qué querés?

No puede responder. Teme decir algo que arruine el momento, pero ella insiste.

—Decilo, Pablo. ¿Qué querés?

Sintiendo cómo la excitación le recorre el cuerpo, él se anima a preguntar.

—¿Qué puedo pedirte?

Por toda respuesta, Sofía le muerde los labios y lo inunda con su aliento a sexo.

—Lo que quieras. Por hoy, solo por hoy, soy toda tuya.

Una profunda respiración es toda su réplica. Entonces, decidido a adueñarse de ella, la toma de la nuca y le besa el cuello. Luego baja hasta que su lengua se impregna del olor y el gusto de Sofía, y comprende que no solo su voz sabe a oboe. Toda ella es una armonía única, una partitura que no había tocado jamás. Luego, la gira hasta ponerla boca abajo. Ella, entregada, vuelve natural cada uno de esos movimientos. Pablo recorre con los labios cada rincón de su cuerpo, hasta que se sienta sobre ella y duda, pero la voz de Sofía derriba todas sus barreras.

—No pares, no dejes que aparezcan mis miedos.

Y sin pensarlo la penetra por atrás, con movimientos suaves y lentos hasta que, minutos después, la respiración de Sofía da cuenta de que lo está disfrutando. Es un momento único y eterno al que cede sin oponer ninguna resistencia. Y, como si todo le estuviera permitido, desata la furia de su deseo. La aprieta, le muerde la espalda hasta dañar su piel rosada, intenta controlarse, pero ya es tarde. Al cabo de un tiempo sin tiempo, la voz lo incita una vez más.

—Ahora sí, dámela, quiero escucharte acabar.

Y derribado ya todo límite, se acelera, hasta que siente como si la vida misma escapara de su cuerpo, y el grito que escucha esta vez nace de él y borra todo resto de conciencia.

– XI –

Hace varios minutos que le acaricia el pelo mientras la mira. Ha sido un encuentro mágico, diferente a cualquier otro que hubiera tenido nunca. Todavía tiembla, como si la convulsión dolorosa del orgasmo se negara a abandonarlo.

Sofía, por su parte, lo observa con una emoción que le cuesta contener e, inesperadamente, asoma un llanto que se niega a soltar.

—¿Qué pasa? —le pregunta él.

La joven estira su mano y le recorre la boca.

—Yo sabía que así tenía que ser.

—¿Qué cosa?

—El amor. —Intenta una sonrisa—. No te asustes, no soy una loca que va a hervirte el conejo.

—No me asusto —responde categórico—. Además, ni siquiera tengo un conejo.

Ella está emocionada.

—¿Te acordás que te dije que soñaba con desear y ser deseada? Bueno, me refería a esto. A rendirme a mis sensaciones y entregarme, a pesar del miedo, a la pasión de alguien que se adueñe de mí, aunque sea por un instante. —Pausa—. Gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por el momento más fuerte de mi vida, y por hacerme sentir que puedo abandonarme a la voluntad de un hombre, sabiendo que va a llevarme a la frontera del dolor, pero sin soltarme la mano. ¿Sabés? Yo nunca me entregué de esta manera, y creo que pude hacerlo porque en todo momento me sentí cuidada. —Menea la cabeza—. Igual, no espero que me creas.

—¿Y por qué no iba a creerte?

—No lo sé. Imagino que cualquier mujer que la primera vez se anime a tanto debe estar dispuesta a ser prejuzgada.

Pablo la mira y tiene la sensación de no haber visto jamás un rostro más hermoso.

—Conmigo no corrés ese riesgo. Entiendo que esto ha sido solo un encuentro, y no sé si va a repetirse. Pero sé que algo tan fuerte solo puede nacer de la verdad. Por eso, te pido que te relajes. Creo todo lo que me digas.

—¿En serio? Entonces, dejame decirte algo que quizás no sea cierto, pero que siento verdadero: creo que podría enamorarme de vos.

La frase lo conmueve y su respuesta escapa sin que pueda detenerla.

—Yo también.

Esas palabras derriban el dique que contenía sus emociones. Por eso, ya liberada, Sofía solloza, estrecha su cuerpo al de Pablo y lo aprieta, al tiempo que suplica.

—Cuidame, por favor.

Y, sin pensarlo siquiera, su voz pronuncia la promesa.

—Siempre.

Sus lenguas se buscan, sus manos se recorren y, olvidados del drama que los ha unido, sus cuerpos claman por un nuevo encuentro, aunque esta vez todo es más calmo, más dulce. Se miran, hablan, se mueven en un acompasado adagio que, no por suave, resulta menos placentero.

Sin pensarlo, Pablo la aprisiona con ternura, la huele y la habita, a la vez que sus brazos la protegen. Ella, simplemente, disfruta y llora, y él comprende que en verdad Sofía es un misterio. Un misterio que anhela descifrar.

Media hora después, como si un director invisible los guiara, sus cuerpos se estremecen al unísono y sus gemidos se enlazan en el aire. Fue hermoso, casi de una perfección áurea. Y ahora se relajan abrazados, en silencio hasta que, irresponsablemente, ceden a un sueño calmo y profundo.

– XII –

Sofía abre los ojos y, de inmediato, comprende dónde está. Se incorpora en la opacidad el cuarto, abre el placard, toma al azar una camisa de Pablo para cubrirse y se dirige al *living*. Allí está él, sentado frente a la computadora con los auriculares puestos. Un cuaderno y una lapicera descansan a su lado. Absorto en su escucha, no percibe a la joven que se le acerca, sin embargo, cuando siente su caricia en el pelo, lejos de sobresaltarse, se relaja. Pulsa el botón de pausa, se quita los auriculares y la mira sonriente.

—Me quedé dormida.

—Yo también, al menos un rato.

—¿Qué estás haciendo? —lo interroga.

—Escucho las grabaciones de las sesiones de Hernán… —Se corrige—. Perdón, de Dante Santana.

Ella asiente y lo besa con ternura. Luego camina hacia la cava y repasa los vinos.

—No hay caso, todos Syrah. —Él sonríe—. Esto tiene que cambiar, licenciado, y yo me voy a encargar de que así sea. Mientras tanto, tomemos este —le muestra una botella que Pablo trajo de un viaje que hizo a Mendoza con motivo de un congreso—. No será un Malbec, pero es muy rico.

Con toda naturalidad, abre los cajones de la cocina hasta encontrar el sacacorchos, luego busca en la alacena y saca un decantador. Abre el vino con destreza, lo vuelca en el cuenco, sirve un poco en dos copones y vuelve a la mesa.

—Quiero que brindemos.

—Bueno, pero esta vez elegí vos el motivo.

—Entonces, brindemos porque juntos vamos a encontrar al tipo que le hizo esto al Gitano. —Percibe su gesto extrañado—. Permitime que lo llame así. Sé que es privilegio de sus amigos, pero te juro que me lo voy a ganar.

Tiene el impulso de abrazarla, pero sabe que no hay tiempo para eso. Ya se ha permitido un descanso excesivo, y es hora de continuar. Sofía choca la copa, bebe y se sienta a su lado.

—No lo estiremos más. Saquémonos la duda de una vez. Dejame escuchar la voz de Santana.

Con el corazón acelerado, Pablo retira los auriculares, eleva el volumen de la notebook y reanuda la sesión que venía escuchando. Al instante, se oye la dicción clara y precisa del paciente que narra un hecho cotidiano.

—Yo había ido a buscar leña y algunas piñas para encender el hogar. El bosque está a unos cuatrocientos metros de la casa. Estaba atardeciendo, el aire tenía olor a pino, se oía el ulular de las lechuzas, las vacas mugían a lo lejos y comenzaba a aparecer el frío típico de Punta del Este en esa época. Al rato volví, y después de hacer el fuego, puse música en el equipo que está al lado de la biblioteca de mi padre, encendí las luces del parque y me quedé mirando cómo el sol se reflejaba en el lago.

El rostro de Sofía se ha puesto serio y, sin poder disimular su ansiedad, la interroga.

—¿Y, reconocés la voz? —Ella lo mira y niega—. Entonces, ¿por qué ese gesto? —pregunta con desilusión.

—Porque es claro que este hombre, Dante, estuvo en la casa de campo de los Hidalgo. Todo lo que refiere, la distancia al bosque, el hogar, el equipo de música junto a la biblioteca de Raúl, incluso el modo en que el sol brilla sobre la laguna, es demasiado preciso. Tiene que haber estado allí.

—Es posible que, simplemente, Hernán se lo hubiera contado.

—No. El olor a pino, el ulular de las lechuzas y el mugido de las vacas son cosas que debe haber percibido, de lo contrario no podría referirlas con tanta fidelidad. Y eso implica que tenían una relación muy cercana.

—¿Por qué?

—Porque Hernán solo compartía ese espacio con personas íntimas. Aunque sus padres no estuvieran, siempre lo consideró un ámbito privado y familiar. Así que, si lo invitó a esa casa, tiene que haberlo considerado un amigo.

—Lo cual acota bastante la búsqueda. —Se entusiasma.

—¿Por qué lo decís?

—Tengo entendido que no tenía demasiadas amistades.

—Es verdad, pero tampoco las compartía. Imaginate que ni siquiera yo, que como supondrás tuve mucho acceso a su vida, conocí a Santana.

Sabe que Sofía está en lo cierto, no obstante, se niega a que este nuevo dato no le aporte nada.

—A ver, pensemos. Si construyeron una amistad es obvio que compartieron tiempo juntos y, por supuesto, lo conoció en algún lugar, pero ¿dónde?

Ella piensa.

—La facultad, el club de *rugby* o la gente con la que salía a navegar, no mucho más.

—Bien. Entonces tendremos que ver si en esos lugares aparece su nombre. —Sin dudarlo, toma el teléfono.

—¿A quién vas a llamar?

—A la persona que me está ayudando en esta investigación.

El timbre suena tres veces antes de que la voz le responda.

—Hola, Rouviot.

—¿Qué dice, Bermúdez? Tengo algo que contarle.

—Dígame.

—La persona con la que le dije que iba a encontrarme me aportó un dato que puede servirnos.

—Bien. ¿Y quién es esa persona?

—Una muchacha.

—¿Y de dónde salió?

—Bueno —duda—, tenía una cierta relación con Hidalgo.

—¿Qué tipo de relación? ¿Era una amiga, la novia, la amante?

La pregunta le molesta, como si hablar de Sofía significara exponer una parte de sí mismo.

—Algo así.

—¿Algo así como qué?

—Ahora no importa eso, después le explico.

—Está bien —acepta el policía—. ¿Y qué le dijo esta chica?

—Que seguramente Santana tenía un vínculo de mucha confianza con Hernán, por lo que debe haberlo conocido en la facultad, el club de *rugby*, o en el yacht…

—¿En dónde?

—En el yacht.

—¿Y eso qué es?

—Un club náutico.

—Ajá. Pero suena como si se tratara de un entorno muy exclusivo.

—Sí, lo es.

—Entonces no me parece que se hayan conocido ahí.

—¿Y por qué no? —cuestiona con asombro.

—Porque no creo que en esos lugares dejen entrar a gente que no tiene estatus, dinero y ni siquiera una familia.

—No entiendo.

—Pasa que lo encontré, Rouviot. Encontré a Dante Santana.

Ahora sí, su pulso late descontrolado.

—¿Cómo, dónde, cuándo?

—Son muchas preguntas al mismo tiempo, y no puedo responderlas ahora. Pero sí puedo decirle algo: no hay una posibilidad en un millón de que ese muchacho haya accedido a los círculos en los que se movía Hidalgo.

—¿Y cómo está tan convencido de eso?

Pausa.

—Porque Dante Santana fue abandonado por sus padres a los tres años, criado en un orfanato y, desde que salió de allí, nadie ha sabido más de él.

—¿Y cómo hizo para ubicarlo?

—No fue fácil, pero, aprovechando mis contactos en Inteligencia, envié los datos que teníamos a todas las comisarías del país. Pensé que nadie me iba a dar bola, fue un tiro en la noche. Y, sin embargo, ¿adivine qué?

—No soy adivino, soy analista.

—Bueno, entonces le cuento. Aparecieron cinco personas con ese nombre. Una murió hace más de diez años, otra se fue a Brasil hace siete y nunca regresó, y tres viven acá, pero solo una de ellas tiene la edad de nuestro sospechoso. Se trata de alguien que creció en General Lemos, un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Creo que lo tenemos, Rouviot.

Bermúdez está excitado, Pablo, en cambio, ha aprendido a desconfiar de las buenas noticias, al menos hasta corroborarlas. Se hace un silencio prolongado. El policía no habla, y Sofía lo mira interrogante, pero él no puede emitir palabra, hasta que la voz del subcomisario lo rescata.

—Por eso no puedo responder a sus preguntas. Porque no se me ocurre ni dónde, ni cómo, ni cuándo, Hernán Hidalgo pudo haberse relacionado con un tipo así.

Una llamada entrante lo saca del asombro en el que está sumido. Es Helena.

—Bermúdez, tengo que cortar. Lo llamo en unos minutos.

—Hecho. Lo espero.

—Gracias. —Desplaza la flecha en el teclado y responde.

—Hola.

—Rubio, perdoná que te moleste, pero creo que tenés que venir para acá.

Teme preguntar. Justamente él, que siempre mira la verdad a los ojos, esta vez no quiere saber nada. Tiene miedo. A pocos centímetros, el gesto contenedor de Sofía parece comprender el infierno que lo recorre. Tal vez por eso lo toma de la mano y le susurra.

—Tranquilo. No importa lo que pase, voy a estar con vos. Yo también voy a cuidarte.

Por un momento siente el impulso de echarse en sus brazos y descargar toda su angustia, pero no puede. Hace mucho tiempo que no llora, demasiado, y no va a permitírselo delante de una mujer a la que recién conoce. Además, no debe aflojarse justo ahora, cuando por fin la sombra de Dante Santana comienza a tomar forma humana.

– XIII –

El gesto nervioso de Helena trasluce el nivel de la ansiedad que está viviendo.

—Por fin llegaste, Rubio. La enfermera nos avisó que Uzarrizaga quería hablar con nosotros.

—¿Y no te dijo por qué?

—No.

El rostro de Rouviot refleja una pequeña tensión.

—Relajate, Pablo —dice Sofía—. Todo va a estar bien.

Helena la mira boquiabierta.

—¿Pablo? ¿En serio? Hace un par de horas eras licenciado, y ahora ya sos Pablo. —Suspira—. Me parece, Candela, que hay alguien que la estuvo pasando mejor que nosotras.

Tiene ganas de responderle, pero no lo hace. Después de todo, ella tiene razón. En cambio, la toma de la mano.

—Vení, quiero hablar con vos.

Al quedar a solas, Sofía sonríe con amabilidad.

—¿Así que sos sevillana?

—Podríamos decir que sí.

—No entiendo.

—Es que, en verdad, soy de Triana —responde con un dejo de orgullo—. ¿Conoces?

—Sí, es un barrio muy hermoso.

—Pues mira, tía, para nosotros es mucho más que un barrio, y el puente que nos separa de la ciudad lo consideramos casi una frontera.

El recuerdo parece agradarle, y por eso mismo, Sofía insiste.

—Tengo entendido que es un lugar repleto de leyendas.

—Claro que lo es. Se dice que la diosa Astarté se refugió a las orillas del Guadalquivir intentado huir de Hércules, fundador de la ciudad, quien quería hacerla su amante.

—Si la memoria no me falla, fue una colonia romana fundada por el emperador Trajano, ¿no? Y de allí su nombre: Trajana.

—Mira, yo no quiero contradecirte, pero mi padre me dijo otra cosa. Según él, su nombre proviene de la palabra árabe *athriana*.

—¿Y eso qué significa?

—Más allá del río.

La musicalidad del nombre le resulta agradable.

—Ojalá que tu padre tenga razón, entonces.

—¿Por qué lo dices?

—Porque su versión es mucho más bonita.

Un guiño de Candela parece agradecerle el comentario.

—No sabes cómo desearía en este momento estar allí con José, caminando por la Plaza del Antozano, recorriendo su feria o mirando los restos del Castillo de San Jorge.

—Pensá en eso, entonces. —La acaricia—. Por lo que me contaron, José te adora, y estoy segura de que no va a dejar de cumplirte este sueño.

Por un momento, se miran y el negro profundo de sus ojos parece hermanarlas. La joven no sabe quién es esta extraña que de pronto ha aparecido en sus vidas, pero se siente bien a su lado. Sofía, por el contrario, conoce perfectamente con quién está hablando. Durante el trayecto, Rouviot la puso al tanto de todo, y comprende la difícil situación que esa pequeña andaluza asustada está atravesando.

—¿De verdad piensas lo que le dijiste a Pablo?

—¿Qué cosa?

—Que todo va a estar bien.

En su mirada hay un ruego que no puede desoír.

—Sí.

Unas lágrimas asoman de esos ojos moros que parecen no tener fin, y en un impulso inesperado, Sofía la abraza. Por toda respuesta, Candela se entrega al contacto con ese cuerpo que, de pronto, se le ha vuelto familiar.

A unos metros de allí, Pablo dialoga con su amiga.

—Escuchá bien lo que voy a decirte: tenemos que estar dispuestos a enfrentar cualquier situación. No sabemos qué nos quiere decir Uzarrizaga, pero sea lo que fuere, no olvidemos que somos lo único que Candela tiene, y nos necesita fuertes.

—Pará, Rubio. No hablés así que pareciera que lo estás dando por muerto, y el Gitano todavía está peleando.

—Y ojalá gane la pelea. Pero ya sabés cómo pienso.

—Sí, me lo dijiste mil veces.

—¿Qué te dije?

—Que para las buenas noticias no hace falta prepararse, en cambio, para las malas, sí.

—Exacto. Y eso es lo que debemos hacer, prepararnos para lo peor.

—¿Es necesario que seas tan pesimista?

—Lo que yo sea no tiene importancia, Helena. Después de todo, el optimismo y el pesimismo son dos caras de una misma estupidez.

—¿Qué querés decir?

—Que pensar que todo va a salir siempre bien es tan necio como pensar que siempre va a salir mal. Por eso, lo importante es ser realista y admitir que

las cosas algunas veces salen como queremos y otras no.

Helena va a responderle, pero algo la asombra.

—Che, ¿qué hace la mina esa abrazando a Candela?

Él gira y observa la escena, compartiendo la sorpresa.

—No lo sé, pero me alegra que haya alguien más en el equipo para contenerla.

—Claro —ironiza—. Eso es lo que te alegra, ¿no? Que hayamos incorporado otra persona para consolar a la gallega. Dejate de joder, Rubio. Mirá que te conozco mucho. A mí no me la vendés.

—No quiero venderte nada. Te juro que todo lo que te dije antes sobre Sofía es cierto. Recién la conocí ayer.

—¿Ayer? ¿Y ya te acostaste con ella?

—¿Y vos cómo sabés eso?

—Ya te dije, porque te conozco desde que eras un nene. Y, además, tengo la capacidad de percibir cuando una mujer ya entregó y quedó *metejoneada* con un tipo.

—¿Y vos creés que a ella le pasa algo conmigo?

—¿Qué, no te diste cuenta? —Helena contiene una carcajada—. Me hacés reír sin ganas. ¡Mirá que sos boludo! Raro que un tipo tan perceptivo como vos no se haya dado cuenta. Pero ¿sabés que te impide hacerlo?

—No.

—Que la piba te gusta, y parece ser que no es ella la única que se *metejoneó* en un día.

Pablo desvía la mirada.

—No digas tonterías.

—Vos sabés que no son tonterías. ¿Y querés que te diga algo? En el fondo, me alegra. Digo, si al menos esto sirvió para que conocieras por fin a alguien que te saque de tu ostracismo, a lo mejor esta tragedia tuvo algún sentido, ¿no?

—Helena —protesta.

—No, claro, ahora solo habría que rogar que el Gitano se mejorara y listo, todos felices.

Va a responderle, pero el sonido de la puerta de Terapia al abrirse los interrumpe, dando paso a la figura enorme de Uzarrizaga. Sin mirarse siquiera, como si se tratara de una coreografía largamente ensayada, los cuatro se abalanzan sobre él. Candela es la primera en hablar.

—¿Y, doctor?

—Tengo buenas noticias. José se encuentra estable y responde favorablemente al tratamiento.

—¿Y eso que quiere decir? —lo cuestiona Helena.

—Que voy a ordenar que le quiten el respirador. Como les dije antes, eso va a disminuir el riesgo de infecciones, y además vamos a comprobar cómo reacciona su organismo ante el desafío de respirar por sí mismo. Si, como espero, todo sigue bien, vamos a ir disminuyendo la cantidad de drogas que le estamos suministrando, y veremos si sale del coma. —La mirada de Pablo basta para que el médico comprenda lo que quiere preguntarle—. También podremos hacer los estudios necesarios para descartar que haya un daño en el tronco cerebral que pueda provocar un síndrome de enclaustramiento. Pero vamos de a poco. Por ahora, Heredia está dando una dura pelea. Y no me extraña, siempre fue un cabeza dura.

Con esa broma, el hombre se despide. El cuadro sigue siendo complicado, sin embargo, sus palabras han dejado en el aire una sensación de alivio y, casi por primera vez desde que todo empezó, aparece en el horizonte una sombra de esperanza. La voz de Helena da cuenta de ese pequeño entusiasmo.

—Bueno, creo que por ahora no tenemos mucho más que hacer acá, así que nosotras nos vamos. Fernando y Juliana nos deben haber preparado algo rico de comer, aunque seguro que no es por mí; parece que se han enamorado de esta galleguita. —Sonríen—. Así que nos vamos a descansar un rato. ¿Y ustedes, qué van a hacer? —pregunta socarrona.

—Bueno, yo llevo a Sofía a su casa y luego voy para la mía. Quiero pegarme una ducha y, si puedo, seguir escuchando las sesiones de José. Después iré viendo. En esta situación, no podemos programar demasiado porque todo puede cambiar de un minuto a otro.

Bajan juntos en silencio en el viejo ascensor que amenaza con detenerse en cualquier momento. Pablo acompaña a sus amigas hasta el coche de Helena y se despide de ellas. Hace frío y el viento es intenso. A los pocos minutos detiene un taxi que viene por la avenida Córdoba y suben.

—Buenas noches —saluda al chofer.

—¿Adónde te llevo, Sofía? —le pregunta Rouviot.

Ella lo mira y responde.

—Avenida del Libertador al 5900.

Él duda.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Te dije que debía ser hermoso amanecer con la vista de tu ventanal, ¿no?

—Sí.

—Bueno, hoy voy a sacarme la duda.

Y sin decir más, le apoya la cabeza en el hombro y se acomoda con suavidad entre sus brazos.

En ese mismo instante, un joven ingresa a la guardia, dispuesto a averiguar cuál es el estado de salud de José Heredia.

– XIV –

Sale a la calle, levanta el cuello de su campera y con paso rápido se aleja del hospital. No fue fácil, y era de esperar, después de todo, el personal tiene la orden de no brindar información a nadie que no esté directamente relacionado con el enfermo. Sin embargo, echó mano a su encanto personal, a su educación, y manifestó el sincero interés de un paciente por la salud de su analista, algo que, por otra parte, era absolutamente cierto, y lo consiguió.

Por lo que pudo averiguar, aunque el diagnóstico sigue siendo reservado, Heredia continúa con vida, incluso luego de una operación muy complicada. No obstante, ¿por qué habría de asombrarse, si todo en la vida le ha salido mal? Siempre fue así, y debe admitir que es probable que jamás logre escapar a ese destino.

Su vida no fue más que la suma de momentos angustiosos. Nunca lo acunaron los brazos de una madre, tampoco hubo un padre que jugara con él en la plaza, ni una abuela que lo llevara al colegio. No sabe lo que es ser tratado con amor, ni tener una familia, y siente que no es justo que sea así. Un viejo relato que leyó mientras estaba en el orfanato viene a su memoria. Si no recuerda mal, pertenece a Leopoldo Marechal. Es la historia de un gaucho que ha sufrido todas las penurias que pudieran imaginarse. Fue agraviado, humillado, alejado de su familia y tratado como si fuera un delincuente. Cuando por fin logra huir, se dirige a su rancho en busca de los suyos, pero al llegar encuentra la casa incendiada y a sus hijos muertos, en tanto que su esposa ha sido raptada por los indios. Sin detenerse siquiera a enterrar a sus cachorros, sube al caballo y emprende una alocada carrera, dispuesto a rescatar a su mujer. Pero, en medio de la madrugada, se desata una tormenta inusitada. Los truenos lo ensordecen, la lluvia lo empapa y el brillo de los relámpagos ilumina la soledad del desierto. Toda la ira del mundo parece haberse descargado sobre él, y es entonces cuando toma una decisión. Con un tirón de riendas detiene en seco al caballo y salta al piso. Sus pies se hunden en el barro y resbala, pero ya es tarde para dudar. Entonces, el hombre saca el cuchillo que lleva guardado en la parte posterior de su cintura, se quita el chambergo, eleva su mirada de macho al cielo, y con un grito desgarrador desafía al mismísimo Dios.

—Dale, carajo. Si sos tan guapo, bajá a pelear.

Tendría unos trece años cuando ese cuento llegó a sus manos y, desde el primer instante, se identificó con su protagonista que, como él, no había hecho nada para merecer semejante designio. Esa misma noche, en aquel

salón en el que dormían decenas de chicos, y luego de leerlo en la soledad de su cucheta de metal, decidió que algún día haría lo mismo. Iría tras los responsables de su tragedia para hacer justicia.

A partir de ese momento, se dedicó a pensar cuál sería la mejor manera de llevar adelante su revancha. Es más, ese deseo se convirtió en el motor que lo llevó a soportar la vida miserable que tenía.

Se dijo que, si existía una Némesis, una diosa encargada de castigar a los hijos que ofendían a sus padres, de seguro también debía existir una divinidad que se ocupara de los padres que habían deshonrado a sus hijos, y a ella se encomendó. Sin embargo, sabía que no podía dejar todo en manos de los dioses, por el contrario, él debía hacer su parte: estudiar, prepararse, verse bien y poder fingir ser lo que no era para pasar desapercibido. Iba a necesitar de esas cosas cuando deambulara por un mundo que, por ese entonces, desconocía por completo. Y así lo hizo.

Dante dedicó su vida a desarrollar el arte de la metamorfosis. Estaba convencido de que, para lograr su venganza, tendría que estar dispuesto a encarnar cualquier papel: jardinero, abogado, mecánico dental o plomero. Y, como si esto fuera poco, no tenía demasiado tiempo para lograrlo, a lo sumo cuatro o cinco años. Después debería irse del hogar sin dejar huella. Pero eso no significaba ningún problema. Solo era cuestión de esperar el momento propicio para hacerlo. Sabía que el director haría la vista gorda. ¿A quién podía importarle el destino de un chico que había sido tirado como si se tratara de una bolsa de basura?

Y, aunque no le gustara, ese era su caso. Ninguna persona preguntaría por él, ni extrañaría su ausencia, simplemente porque nadie había reparado nunca en su vida miserable, hasta ahora. Pero eso iba a cambiar. Él mismo se encargaría de que, quienes lo habían olvidado en ese infierno, lo recordaran para siempre. Ya había dictado el veredicto, y ahora solo debía convertirse en un verdugo cuya mano no temblara a la hora de llevar adelante la sentencia.

CUARTA PARTE

EL PASADO

– I –

Sentado en el asiento del acompañante, mira el cartel que indica que están pasando por la entrada a la ciudad de Chivilcoy, y al instante lo inunda una sensación de felicidad casi olvidada. La voz grave del hombre que maneja a su lado lo interroga.

—¿En qué pensó?

—¿Cómo se dio cuenta de que pensé en algo especial?

—Licenciado, no se olvide que, tanto en mi profesión como en la suya, hay que estar capacitado para darse cuenta cuando alguien está ocultando algo. Claro, usted usa ese talento para aliviar el dolor de una persona, y yo para meterlo en cana, pero el arte es el mismo. Así que cuénteme, y no me versee.

Pablo mira el paisaje llano que se extiende ante sus ojos.

—Pensé en mi infancia.

—¿Y por qué pensó en eso justo ahora?

Se toma unos segundos, mientras las imágenes bajan a su mente como si se trataran de las piezas de un tetris.

—Porque yo crecí muy cerca de aquí.

—¿En serio? ¡Qué loco, nunca me lo hubiera imaginado!

—¿Por qué?

—Porque es usted un bicho de ciudad, de esos que uno se imagina caminando por las calles de Buenos Aires o leyendo en los bares. No me lo hacía un chico del campo.

—Pero lo fui, aunque mi madre diga lo contrario.

—¿Ah, sí, y qué dice su madre?

—Que son locuras mías, que apenas iba de vacaciones algunas semanas en el tiempo en que mi padre trabajaba allí, pero se equivoca. ¿Sabe? No es lo mismo el pasado que la historia.

—¿Ah, no?

—No. Porque el pasado es una sucesión de hechos que ocurrieron hace tiempo y están allí, inmodificables. En cambio, la historia es otra cosa. Es la apropiación que cada uno hace de ese pasado. Es algo que late, que vibra, que está viva, y por eso el psicoanálisis cura. Porque, a diferencia del pasado, la historia sí puede cambiarse.

—A ver, explíqueme cómo es eso.

—Mire, Bermúdez, toda persona construye su historia a partir de la apropiación que hace de algunas de las cosas de su pasado, cómo las modifica, cuáles rechaza y con cuáles se queda. Y en mi memoria, yo soy aquel pibe que a los nueve años miraba con ojos asombrados cómo el sol se escondía en el

horizonte, sentado sobre una tranquera y escuchando el grito ancestral del chajá.

—Rouviot, no pretendo meterme en su vida, pero nos quedan todavía unos cuantos kilómetros, así que, si quiere contarme sobre eso, tenemos tiempo.

El auto entra en una rotonda y, según lo indica el cartel, toma la tercera salida en dirección a su destino: General Lemos 130 km. Pablo se recuesta sobre su asiento y, sin dejar de mirar ese paisaje que tanto ama, comienza su relato.

—Vengo de una familia muy humilde. Mi padre era albañil, y hubo épocas en las que escaseaba el trabajo y apenas si conseguía algunas changas para mantenernos. Y fue en uno de esos momentos de crisis, a comienzos de los 70, que tuvo que venir al campo. La cosa se había puesto muy dura, y no le quedó más remedio que aceptar el ofrecimiento de construir el casco de una estancia ubicada en un pueblito a unos treinta quilómetros de Chivilcoy. Se iba de casa todos los lunes a la madrugada y volvía los viernes por la tarde.

—¿Y cómo entra usted en este cuento?

—Yo lo extrañaba mucho, y un día, mi mamá nos agarró a mi hermana y a mí, nos subió al tren que salía de Once, si no me equivoco era el que iba a Villegas, y nos vinimos para acá. Todo ese viaje fue una hermosa aventura, y al llegar mi papá nos estaba esperando en el andén. Todavía recuerdo lo hermosa que era esa humilde estación que ahora no es más que una ruina. El tren dejó de funcionar allá por 1994.

—*Ramal que para, ramal que cierra* —cita como si se tratara de un mantra fatal.

—Exactamente. La cuestión es que yo era muy buen alumno en el colegio.

—Me lo imagino —lo interrumpe—. Tiene cara de traga.

Pablo sonríe y continúa sin molestarse por la interrupción.

—Entonces, como me había enamorado del campo y adoraba estar con mi viejo, mamá habló con las maestras, y ellas accedieron a que yo faltara algunas semanas si me comprometía a estudiar solo. Y así lo hice. Por supuesto, volvía para dar los exámenes. —Una perdiz cruza apurada la ruta y él la mira con ternura—. Fueron los años más hermosos de mi vida. Y, si como dicen algunos, al morir el alma viaja al lugar en el que fue feliz, ya sabe dónde va a encontrar la mía.

Bermúdez lo mira de reojo.

—¿Usted cree en el alma?

—No.

—Entonces no me haga venir hasta acá al pedo, ¿quiere?

Pablo ríe con ganas. Un instante después mira su reloj. Bermúdez lo nota.

—¿Está apurado?

—No, es que son las diez de la mañana.

—¿Y qué hay con eso?

—Nada importante.

Miente. En realidad, se está preguntando si Sofía ya se habrá levantado. La noche anterior, luego de recibir el llamado del policía, le dijo que tenía que partir muy temprano, y ella le pidió que la despertara.

—Quiero ver mi primer amanecer desde tu ventanal con vos.

Así lo hicieron. Se abrazaron en silencio durante unos minutos, mientras el sol asomaba sin apuro, como pidiendo permiso. Después la acompañó a la cama y le pidió que descansara. Ella aceptó. Él le dio un beso suave, la arropó y le dejó un juego de llaves sobre la mesa. Al rato bajó y esperó cinco minutos hasta que el auto negro de Bermúdez se detuvo en su puerta. Subió sin preguntar nada. Confió en que el hombre no lo alejaría de la ciudad si la razón no fuera importante. Sin embargo, ahora, tiene deseos de saber.

—¿Y qué vamos a hacer en General Lemos?

—Vamos a visitar el orfanato donde creció Santana. Sabe que tengo mis contactos, así que lo llamé a Andrade, el comisario de la ciudad, quien se ofreció amablemente a acompañarnos. Se me ocurrió que, en ese lugar, tal vez alguien podía decirnos algo que nos sirviera.

—Bien pensado. Al menos, vale la pena intentarlo.

El viejo motor ruge al intentar ganar velocidad en la recta, y Pablo vuelve a ensimismarse en sus recuerdos, hasta que un cartel lo sobresalta nuevamente: Palemón Huergo 25 km.

Ese era el desvío que tomaba cuando iba a la estancia con su padre, y por un momento tiene la sensación de que el tiempo no ha pasado. Pero sabe que no es así. De seguro el sendero ha sido asfaltado, él ya no es un niño, y su padre es apenas un puñado de cenizas olvidadas en el oscuro nicho de un cementerio que jamás se atrevió a visitar.

– II –

Los tres hombres avanzan por el camino angosto en una camioneta destartalada.

—Qué gusto conocerlo en persona, subcomisario. Es un honor que no esperaba tener.

Pablo se arrima a su acompañante y le susurra al oído.

—No sabía que era una *celebrity* dentro de la fuerza. Después, si acepta, me gustaría sacarme una foto con usted.

Bermúdez lo mira de reojo.

—No me cargue, ¿quiere?

El oficial de General Lemos no puede disimular su entusiasmo.

—El comisario Gutiérrez fue el que me habló por primera vez de usted. Era un gran hombre, y yo lo admiraba mucho.

Los ojos de Bermúdez se conmueven, apenas.

—Gutiérrez era un amigo. Más de una vez nos cuidamos las espaldas en alguna balacera, y siempre me sentí muy seguro con él.

—Por lo que me contó, hubiera dado su vida por usted.

—Lo sé. Y yo también hubiese dado la mía por él. —Se hace un silencio, y después de un rato, como si su alma estuviera preparada para escuchar la respuesta, pregunta—: ¿Cómo murió?

El policía que está al volante gira apenas para observarlo antes de responder.

—Con dignidad. —Hace una pequeña pausa—. Llevaba un par de semanas internado por un cáncer de páncreas que lo tenía a mal traer, cuando una noche se presentó en la comisaría. Yo estaba de guardia. Le pregunté qué hacía ahí, y me dijo que no preguntara boludeces, que El Ñato, un pesado que manejaba la prostitución del pueblo, había metido la pata y podíamos agarrarlo. Me ordenó que juntara a los hombres que había a esa hora, éramos cinco, y saliéramos para lo de Memé, la dueña del *cabaret* del pueblo. ¿Sabe? Aquí nadie se animaba a desafiarlo, así que obedecimos sin chistar. Nos subimos al *jeep* y fuimos para allá, pero a mitad de camino, no lejos de acá, nos interceptaron. Se nos cruzó un auto adelante, y en unos segundos aparecieron unos hombres de todos lados.

—Fue una batida.

—Seguro. Nos dispusimos a defendernos, pero él nos ordenó que no hiciéramos nada, y se bajó del *jeep*. Se acercó a ellos, habló un rato con el tipo del auto y nos dijo que volviéramos a la comisaría. Imagínese que yo no

entendía nada. Le pedí que se subiera y viniera con nosotros, pero se negó. —Piensa.

—¿Qué pasa? —lo interroga Bermúdez.

—Que al otro día encontramos su cuerpo al costado de la ruta con un balazo en el pecho. Nos dijeron que, de seguro, había muerto durante un enfrentamiento, pero yo sé que no fue así. Gutiérrez sabía que esos tipos habían ido por él, y estoy convencido de que hizo un arreglo y se entregó sin chistar para que nos dejaran ir a nosotros. ¡Carajo! —insulta al destino—. Y algunos dicen que los canas somos todos una mierda. La cuestión es que ahora Gutiérrez está en el cementerio, y El Ñato sigue explotando pendejas y ganando guita. Pero le juro que, aunque sea lo último que haga, a ese hijo de puta le voy a meter una bala en la cabeza.

Durante un instante nadie dice nada, hasta que Bermúdez se estira y le pone la mano en el hombro.

—No se regale, Andrade, necesitamos gente como usted. Y piense que, en definitiva, no hubiera sido digno que Gutiérrez terminara sus días en una sala de hospital rodeado de enfermeras vestidas de blanco que le acercaran el papagayo cada tanto. No, eso no era para él. Así que estuvo bien. Se fue a lo macho, como se lo merecía.

El vehículo se sacude al doblar a la derecha y entrar en un camino de tierra. Pablo revisa su celular y comprueba que no tiene ningún mensaje. Continúan andando unos cinco minutos más hasta que por fin la camioneta se detiene. El comisario baja, y ellos lo imitan. El hombre camina unos metros.

—No entiendo —comenta Pablo—. ¿Qué es esto?

—El orfanato en el que se crio Dante Santana.

Rouviot mira lo que tiene delante sin dar crédito a lo que ve.

—Pero esto no es más que una tapera.

—Así es. El hogar dejó de funcionar hace unos diez años, y está abandonado desde entonces.

—Más que abandonado, parece demolido.

Andrade se encoge de hombros.

—No exagere. Pasa que esta es una ciudad muy pobre, y bueno... algunos vecinos se han ido llevando cosas que les pudieran servir, y yo no voy a meter preso a un pobre porque toma algo que necesita. Pero venga, que todavía quedan cosas por ver.

El policía empuja una puerta de chapa oxidada e ingresan. El lugar, efectivamente, está derruido. Las paredes descascaradas, un patio a la intemperie y una galería que rodea ese espacio central son toda la arquitectura. Con lentitud, caminan en silencio, hasta que llegan a un salón en el que hay unas veinte cuchetas de hierro, de tres pisos cada una.

—No entiendo qué estamos haciendo, Bermúdez. Aquí no hay nada.

—No crea —le palmea la espalda—. Piense que, en alguna de estas camas, Santana pasó más de quince años de su vida.

—¿Y con eso qué?

—Qué sé yo, el psicólogo es usted, pero me imagino que el sitio donde uno creció debe ser importante, ¿no? A lo mejor, conocerlo lo ayude a comprender un poco más de la psicología de este tipo.

Bermúdez tiene razón. En su frustración, no pudo pensar en algo tan obvio como eso. Se ha olvidado de quién es y de lo que sabe hacer, pero ahora lo recuerda. Cierra los ojos y respira profundo. Luego, con una actitud muy distinta, comienza a transitar el lugar, toca el frío de las camas derruidas, ve las rejas de las ventanas, e intenta imaginar lo que debe haber sido vivir en un hogar como ese. Olvidándose de los demás, sale al patio con piso de baldosas y lo recorre.

—Este ha sido todo el mundo de Santana durante mucho tiempo —se dice, y por un momento siente compasión por él.

De pronto algo llama su atención. Se acerca un poco y comprueba que se trata de una placa amurada a la pared. Tiene dibujada una pluma y una inscripción en letras góticas: *Nunca he salido de este sitio y, sin embargo, e recorrido el universo.*

La voz que suena a sus espaldas lo sobresalta.

—Esta era la entrada a la biblioteca. Por eso se colocó esa frase, para invitar a los chicos a descubrir el mundo a partir de la lectura.

El hombre que tiene enfrente debe tener unos ochenta años, y unos bigotes blancos le dividen el rostro curtido. Es alto, canoso y, a pesar de la edad, su porte resulta imponente.

—Si no me equivoco, es una traducción un poco modificada de una frase del *I Ching* —comenta Pablo a modo de presentación.

El viejo abre sus brazos, como justificándose.

—Es lo mejor que se me ocurrió en aquel momento.

—Perdón —se excusa—. ¿Usted mandó poner esa placa?

—Sí. —Le estira la mano—. Francisco Mansilla, un gusto.

—Tiene una falta de ortografía —dice mientras le devuelve el saludo—. Le falta una «h».

—Tiene razón. Es que le pedí a uno de los chicos que lo dibujara. El pobre se esforzó tanto, y le quedó tan lindo que no me animé a decirle nada —le responde al tiempo que los policías se les unen.

—Como no había mucho para ver, pensé que, a lo mejor, don Pancho podría aportarles algún dato que les sirviera. Después de todo, fue el director de este hogar durante más de treinta y cinco años —señala Andrade.

—Veintisiete, exactamente —lo corrige.

La mirada de Rouviot es un puñal.

—Entonces, usted conoció a Dante Santana.

Tomándose todo el tiempo, Mansilla saca un atado de cigarrillos y le ofrece uno. Él lo rechaza.

—Yo sí le acepto el convite —irrumpe Bermúdez con amabilidad.

Don Pancho le da uno, luego saca un encendedor plateado, lo abre, gira la piedra con el pulgar y le acerca la llama. Una vez que el policía lo enciende, él hace lo propio. Pega una pitada eterna, retiene el aire, y a los segundos exhala lentamente el humo.

—Por supuesto que lo conocí —responde con calma—. Es más, casi podría decirse que lo crie.

Pablo siente que el piso se mueve debajo de él y hace un esfuerzo para disimularlo. No puede mostrarse débil justo ahora, cuando por fin ha encontrado una grieta que puede conducirlo hasta la persona que intentó matar a su amigo.

—Háble me de él.

El hombre mira la puerta que tienen enfrente.

—Con mucho gusto. Además, en todo el mundo, no habría un lugar mejor que este para hablar de Dantecito.

—¿Por qué dice eso? —pregunta el psicólogo, algo molesto por el uso del diminutivo.

—Porque, como le dije, este era el sector de la biblioteca.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que él pasaba aquí la mayor parte de su tiempo. —Hace una pausa, como si estuviera buscando en su memoria—. Era un chico diferente al resto, y a pesar de todo, siempre tenía una mirada tierna.

—¿Qué quiere decir con eso de *a pesar de todo*?

—Que tuvo que soportar una carga muy dura.

—Cuénteme.

Y casi sin darse cuenta, como si lo impulsara una fuerza que no pudiera dominar, Mansilla ingresa al lugar que ahora no es más que un recinto habitado de estantes vacíos.

—Nuestro orfanato alojaba a chicos muy pobres, pero que, por lo general, tenían padres, tíos o abuelos que, al menos una o dos veces por mes venían a visitarlos. También era bastante común que fueran a lo de sus familiares los fines de semana, o a pasar las fiestas. —Pausa—. Eso nunca pasó con Dante. Jamás, en los casi quince años que estuvo acá, vino nadie a visitarlo.

—Pero imagino que, como el resto de sus compañeros, saldría de vez en cuando.

—Imagina mal. Solo yo venía a verlo los sábados o domingos, cuando sabía que estaba solo, y excepto dos o tres veces, en las que lo saqué a pasear, nunca salió de este lugar.

Pablo está acostumbrado a escuchar historias duras, y sabe que un analista debe conectarse con sus pacientes de un modo tal que pueda latir con sus emociones, y eso lo lleva a sentir una oleada de angustia al imaginar la situación que atravesó aquel chico. Pero esta vez no puede permitirse esa empatía. No se trata del pasado de un pobre chico que ha sufrido mucho. No, no es Dantecito, es Santana, o mejor aún, es HH, un delincuente que usurpó el lugar de un muerto y le pegó un tiro a José. Sin embargo, la voz tierna del exdirector del hogar lo invita a entenderlo.

—Le gustaba mucho el fútbol, ¿sabe? Y alguna vez lo llevé a ver un partido de la liga local. Incluso, allá por sus diez años, le regalé una camiseta del Deportivo Lemos para Navidad. Estaba tan feliz. Pero esa no era su vida habitual. Por lo general, era un chico solitario que, cuando todos los demás se iban con su familia, pasaba encerrado y solo todos los fines de semana de su vida, sin más compañía que los libros.

Otra vez siente la tentación de comprenderlo, pero sabe que no debe hacerlo y, como si leyera sus pensamientos, Bermúdez le susurra:

—Escúcheme, Rouviot. Atrás de todo delincuente suele haber una historia triste. Sin embargo, no todas las personas tristes se transforman en delincuentes.

Pablo lo mira agradecido, y el recuerdo de su padre lo rescata. También él había tenido una infancia dolorosa y, aun así, luchó para convertirse en un hombre de bien. Es cierto que no se había ido de esta vida como hubiera merecido, pero construyó una familia y, más allá de sus defectos, marcó en él una impronta de sacrificio y dignidad.

—Y este era su hogar —continúa Mansilla, ajeno a sus pensamientos. Mira el sitio con nostalgia y, con un movimiento de su brazo derecho, pretende abarcar todo el espacio—. Lo que ve aquí, en una época, estaba lleno de libros. Siempre creí que la educación era lo único que iba a permitirle a mis chicos enfrentar el mundo con alguna posibilidad de éxito. Por eso dediqué parte de mi sueldo a comprar algunos textos que no podían dejar de leer. Imagine usted que un sitio como este, nunca fue de interés de los políticos de turno. Después de todo, para ellos no eran más que unos despojos humanos a los que mantenían por obligación.

—Pero veo que, para usted, no.

—Claro que no —contesta con orgullo—. Esos chicos eran mi vida y me daban muchas satisfacciones. Más de una vez, alguno volvió a saludarme, muchos años después, trayendo un título, o mejor aún, a sus hijos para presentármelos. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿Sabe? En esas ocasiones, me recorrió la sensación de que mi vida tuvo algún sentido.

Bermúdez observa la escena, y Andrade escucha atento. Rouviot parece conmovido, y siente que es el momento de romper la magia y volver al motivo

que los ha llevado hasta allí.

—Lo felicito. Sin dudas ha hecho usted un gran trabajo. Pero me gustaría que volviéramos a Santana.

El hombre asiente con desgano, como si le doliera tener que alejarse de sus recuerdos.

—¿Qué es lo que quieren saber?

—¿Lo puso al tanto de algo? —le pregunta Bermúdez a su compañero de armas.

—No —responde Andrade.

—Bien, me presento, entonces. Soy el subcomisario Bermúdez, y estoy acá porque Dante Santana es sospechoso del intento de homicidio de José Heredia.

—¿Qué? —Mansilla reacciona con asombro—. No es posible. Dante era un buen chico, incapaz de lastimar a alguien.

—Eso está por verse —le contesta con dureza.

El exdirector del hogar desanda sus pasos y vuelve al patio, como si necesitara tomar aire.

—¿Y qué les hace creer eso?

—Entienda que no puedo darle datos, por esto del secreto de sumario, pero créame que tengo sobrados motivos para sospechar de él. Lo que necesito de usted es que me dé algún dato que me pueda ayudar a encontrarlo.

Don Pancho niega con la cabeza.

—Entonces, lo lamento, pero vinieron en vano, porque desde el día en que se fue de aquí, no volví a saber nada de él.

—Al menos podrá darnos una descripción física.

—Sí, claro. —Bermúdez saca una libreta pequeña y toma nota—. Dante es alto, tiene ojos color café, frente ancha, labios finos, pelo lacio y suave y, siempre fue muy serio, aunque cuando sonreía era capaz de convencer a todo el mundo. Estoy seguro de que están equivocados. Él no es un asesino, es un luchador, un hombre fuerte, culto y… no sé qué más podría decirles.

De pronto, Rouviot sale de su letargo.

—¿No tendrá una foto de él? —Bermúdez lo mira—. Y sí, sería mucho más práctico que intentar realizar un identikit, ¿no le parece?

El subcomisario asiente, como avergonzado de su torpeza, y guarda la libreta. Mansilla los mira.

—Es probable. Como ve, aquí no queda nada, pero cuando decidieron cerrar el lugar me llevé algunos recuerdos para que me acompañaran en mi vejez. Después de todo, esos chicos fueron mi vida. No sé, tendría que buscar entre mis cosas.

—Hágalo, entonces —ordena Bermúdez—. Vaya y, si le parece, en una hora pasamos por su casa a ver si pudo conseguirnos algo.

El hombre asiente y, sin hablar, caminan todos hasta la puerta. Don Pancho monta una vieja bicicleta y da vuelta en la esquina. Andrade observa el gesto asombrado de sus compañeros y ríe.

—En este pueblo casi todo el mundo anda en bici —acota—. El día que la dejan, hay que prepararse para velarlos.

Los tres vuelven a subir al *jeep* y, dejando tras ellos una intensa polvareda, se retiran del lugar.

Pablo se da vuelta, mira una vez más los restos de lo que fuera en otro tiempo un hogar de niños, y siente algo raro. No sabe de qué se trata, pero está seguro de que hay un detalle importante que se le está escapando.

– III –

En una humilde parrilla de General Lemos, los dos forasteros están sentados a la mesa. Bermúdez levanta uno de los panes de su sándwich, riega una cantidad exagerada de chimichurri, vuelve a colocar la tapa y, con cara de satisfacción, arremete contra el choripán. Percibe la mirada de su compañero de viaje y lo interroga.

—¿Qué pasa?

—No, nada. Solo que no sé cómo puede comer en una situación como esta.

—¿Una situación como esta? Déjese de joder, Rouviot. Yo he tenido que comer con un cadáver al lado, es parte de mi trabajo. ¿Y sabe qué? A usted no le vendría nada mal picar algo. Se lo ve demacrado y, no se ofenda, pero uno no puede alimentarse a café. —Pablo asiente y mira el reloj—. Tranquilo, todavía tenemos tiempo.

—¿Está seguro de que va a saber llegar hasta la casa de Mansilla? A lo mejor, le tendríamos que haber pedido a Andrade que se quedara con nosotros.

—Relájese. Andrade tenía que hacerse cargo de la comisaría. Además, en este papel, me dejó anotada la dirección. Esta ciudad no es más que un pueblo grande y, aparte, el tipo vive a una cuadra de la plaza principal. No hay manera de que nos perdamos. Basta mirar hacia arriba, divisar la punta de la iglesia y listo. Al lado debe estar la municipalidad, el teatro, el hotel, y a cien metros la casa de Mansilla.

El teléfono de Pablo se ilumina. Es una llamada de un número que no tiene agendado, pero que sin embargo reconoce.

—Disculpe. —Se pone de pie y se aleja unos metros—. Hola.

—Hola. ¿Y, cómo va eso?

—Creo que bien. El viaje valió la pena, averiguamos algunas cosas importantes.

—Me alegro, entonces. Hubiera sido una pena que te fueras tan temprano por nada.

—¿Y vos?

—Aquí estoy, tomando el desayuno y mirando el bosque mientras curioseo en tu biblioteca.

—Qué bien. Se te escucha cómoda.

—¿Cómoda? Sería más acertado decir que estoy conmovida, y por eso te llamo.

—No entiendo.

De pronto la voz adquiere un tono serio.

—Lo que pasó ayer fue hermoso, y si por mí fuera, me quedaría esperándote acá, envuelta en la camisa blanca que me prestaste. Pero no soy una nena, y sé que estas cosas pueden pasar sin significar nada más que un hermoso encuentro sexual. Si es así, me ducho, me visto, te dejo la llave abajo con el empleado de seguridad y nunca vas a saber nada más de mí. Eso sí, la camisa me la llevo.

—Una especie de trofeo de guerra —bromea.

—Podría decirse, aunque de esta batalla me iría muy herida.

Y, así como no entiende que Bermúdez pueda tener hambre en esta circunstancia, tampoco comprende la felicidad que experimenta al escucharla.

—Sofía, esperame.

Pausa.

—Es todo lo que quería saber. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por llamarme Sofía. Tal vez te suene un poco narcisista, pero me encanta mi nombre.

—Es muy lindo, y alude a la sabiduría.

—Por eso mismo, detesto que me digan Sofi. —Sonríe.

—¿Qué pensaste?

—Que cuando hicimos el amor, todo el tiempo me llamaste así: Sofía. ¿Puedo pedirte un favor?

—Sí, por supuesto.

—No dejes de hacerlo nunca, me encanta cómo suena en tu voz.

Tiene la tentación de seguir hablando, pero ve que el policía ya está pagando la cuenta y comprende que es hora de partir.

—Me gustaría conversar un poco más, pero…

—No te preocupes —lo interrumpe—. Tenemos tiempo, Pablo, y vamos a aprovecharlo. Entonces, en un rato me visto y me voy a dar clases a la facultad. Eso sí, con tu permiso, me llevo las llaves.

—Me parece bien.

—Y vos andá, hacé lo que tengas que hacer, y hacelo bien.

La frase suena a estímulo, pero también a mandato. Corta sin decir nada y la mano curtida de Bermúdez lo palmea.

—¿Me parece a mí, o era un llamado importante?

Él lo mira y enfrenta la hondura de esos ojos azules.

– IV –

La propiedad es agradable. Ingresan por una galería exterior donde, seguramente, Mansilla toma mate por las tardes mientras mira pasar la vida. Luego atraviesan una puerta que da a un *hall* en cuyo piso hay un damero antiguo, y más allá el *living* con unos sillones en cuero negro. Sobre la mesa baja hay varias fotografías desordenadas. El dueño de casa los invita a sentarse.

—Estuve buscando y encontré algunas fotos en las que está Dante —les señala—. Pueden mirarlas. —Pablo toma una y la observa, sorprendido—. Este es él —indica Don Pancho.

La imagen muestra a unos veinte niños en una típica foto escolar.

—Pero aquí no debe tener más de…

—Seis años. Mírelo bien. ¿Le parece que este chico puede haber matado a alguien?

—Bueno —interviene Bermúdez—, seguramente, también debe haber algún retrato infantil de Hitler o Videla. ¿No tiene alguno un poco más actual?

El hombre toma otra de las imágenes que están sobre la mesa en la que se ve a unos muchachos de unos catorce o quince años, vestidos con ropa deportiva y se la ofrece.

—El instituto tenía un equipo de fútbol, y yo lo llevaba para que compitieran en la liga infantil de la zona —comenta con nostalgia—. Ese año salimos subcampeones. Estaban tan felices. Como premio, le pedí a cada uno de ellos que eligiera un regalo.

—Muy amable de su parte —acota Bermúdez.

—¿Se acuerda qué quiso Dante? —interroga Rouviot.

Mansilla sonríe.

—Como para olvidarlo. Fue la única vez en todos mis años como director que un chico me pidió que le regalara un libro.

—¿Cuál?

—Su preferido. Creo que era una novela de Mark Twain.

—Una elección inteligente. Se ve que era un buen lector.

—Muy bueno —responde el hombre con orgullo—. Aunque nunca logré que leyera mi libro predilecto: *Los miserables*.

Pablo se sorprende al ver que tiene con ese desconocido algunas coincidencias. *Los miserables* es también la obra que más le gusta. Recuerda cuando la comenzó a leer por primera vez. Fue por el año 1977. La dictadura se había instalado y nadie parecía darse cuenta del horror que los envolvía. El joven Rouviot miraba asombrado cómo la sociedad seguía con su vida como si

no estuviera ocurriendo nada, entre uniformes verdes y armas largas que, en cualquier momento y sin motivo irrumpían en sus vidas.

Como a todo adolescente, lo consideraban un riesgo potencial. Por eso, era habitual que lo bajaran del colectivo, lo tiraran boca abajo en medio de la calle, y dieran vuelta su morral hasta desparramar todo lo que contenía. Luego, al no encontrar nada ilegal, lo empujaban con el caño del arma y le ordenaban que juntara todo y se fuera. Aún recuerda el latiguillo con el que lo hacían.

—Andate, perejil.

Porque eso era para ellos, un perejil. Como no llevaba drogas ni armas, y los libros que leía no estaban en la lista de los textos prohibidos, les parecía inofensivo. Jamás notaron el poder que late en las páginas de Sigmund Freud, José Hernández, Julio Cortázar o Victor Hugo. No entendían que el pensamiento era su verdadero enemigo.

Pablo recuerda el domingo que inició la lectura de aquella historia que lo marcaría para siempre, y también la tipografía enorme del título del primer capítulo: «Fantine». La voz de Mansilla lo vuelve al presente.

—Acá lo tiene mucho más grande. Es este, el que está aquí. Y también hay tres fotos más. Son las únicas que tengo.

Bermúdez toma una de ellas y la observa.

—¿Cuál es Santana?

—Este —le responde el hombre—. Es de unos meses antes de que egresara de nuestro instituto.

—Bueno, gracias. —Se pone de pie el policía—. ¿Le molestaría que nos las lleváramos? Podrían sernos de mucha utilidad.

El rostro del anciano se pone grave.

—¿Es necesario? Le dije que es todo lo que me queda de lo que fue mi vida. Son importantes para mí.

—Bueno, pero comprenderá que…

—Está bien, no hace falta —interfiere Pablo. Bermúdez lo mira sorprendido, y por toda respuesta, el psicólogo saca el celular de su bolsillo y lo mira—. De verdad, no es necesario.

Con cuidado pone cada una de las imágenes sobre la mesa, y las captura con la cámara de su teléfono.

—Ahora tenemos la tecnología, no lo olvide. Así que, Don Francisco, ya puede guardar sus recuerdos.

El aludido agradece con un gesto y, con movimientos torpes, vuelve a guardar las fotos en una caja de zapatos que había dejado en el piso.

—Supongo que habrá registros de los chicos que estuvieron en el hogar —interviene Bermúdez—. Cuándo entraron, quién los derivó, en qué fecha salieron… no sé, evaluaciones médicas y esas cosas.

Mansilla lo mira y sonríe.

—Casi nada. Nos hubiera venido muy bien tener la tecnología a la que alude el señor Rouviot, pero desgraciadamente, en aquellos tiempos eso no existía. Todo se anotaba en papeles que después se elevaban a algún organismo oficial. Quizás allí encuentren algo. Además, hace más de quince años que el hogar ya no funciona, y yo había dejado de ser el director en los últimos dos. Así que no sé a dónde puede haber ido a parar toda esa información, aunque supongo que deben estar en algún despacho en La Plata. Igual, no creo que encuentren muchos datos. Les repito que, por aquel entonces, todo era muy precario. Lo siento.

—Entiendo, veré qué puedo averiguar por mi cuenta, no se preocupe. Y muchas gracias, ha sido de gran ayuda.

Con gesto amable, el hombre los saluda, los acompaña hasta la vereda y cierra la puerta. Los viajeros se suben al Peugeot negro y emprenden el regreso. Recién cuando vuelven a tomar la ruta 5, rompen el silencio.

—Me hizo quedar como un boludo.

—¿Yo?

—Sí, pero está bien, me lo merezco. Si sigo laburando de cana, voy a tener que modernizar mis técnicas.

—Le vendría bien. —Hace una pausa—. Bermúdez, usted tiene un olfato que a mí me falta. Dígame, ¿algo le llamó la atención?

Piensa un instante.

—No. Creo que fue un viaje provechoso. Al menos ahora, Dante Santana tiene un rostro.

—Y una historia —agrega Pablo.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted tenía razón. El lugar en el que alguien crece dice mucho de él, y estoy seguro de que hemos obtenido más información de la que creemos.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé. Es una sensación.

El suspiro de Bermúdez retumba en el ambiente.

—La puta madre. Usted y sus sensaciones ya me tienen cansado.

—No se queje. Después de todo, si no fuera por mí, estaría aburrido en su despacho de General Rodríguez.

El policía asiente con una sonrisa.

—En eso tiene razón. ¿Y ahora?

—Ahora vamos a ver qué podemos hacer con las fotos que tenemos. Yo voy a mostrárselas a algunas personas. En cuanto a usted, supongo que la policía tendrá un banco de imágenes con las que compararlas, ¿o no?

—Pongalé. Haré todo lo posible, al menos. Ya veremos. —Lo mira, y en torno de broma, le pregunta—. ¿En qué bar prefiere que lo deje?

Pablo responde casi con dulzura.
—No, si puede, lléveme el hospital. Hay alguien que me está esperando.
—¿Helena?
—No, el Gitano.

– V –

—¿Y dónde está Candela?

—Adentro. El médico de guardia le permitió pasar.

—¿Pero, qué les dijeron cuando les dieron el parte?

—La buena noticia es que está teniendo un posoperatorio sin complicaciones, le quitaron el respirador y José respondió muy bien.

—Entonces, ya está respirando por sus propios medios.

—Al menos, eso es lo que entendí.

—¡Vamos, Gitano, carajo! —exclama.

—La mala es que, a pesar de eso, todavía no sale del estado de coma.

Si algo aprendió después de tantos años como analista, es a tener paciencia y, aunque está nervioso y angustiado, intenta echar mano a esa experiencia para sobrellevar este momento.

—Démosle tiempo. —Hace una pausa—. ¿Cuánto hace que entró Candela?

—No sé. Cinco o diez minutos, no más.

Pablo sabe que las visitas en Terapia Intensiva son breves, por eso se encamina hacia la puerta y golpea.

—¿Qué hacés? —lo interroga su amiga.

—Quiero verlo.

—Pero solo se puede pasar de a uno.

—Lo sé.

—Entonces, dejá que se quede la nena. Por lo que vi, vos ya tenés quién te consuele.

—No me jodas, Helena. Si fuera por mí, le cedería todo el tiempo, pero necesito ver a José.

Su amiga percibe un dejo de preocupación en su voz.

—¿Seguís con el miedo al *locked in*?

—Sí.

—¿Y pensás que así, solo mirándolo, vas a poder diagnosticar lo que los médicos no pueden con toda su maquinaria?

—No lo sé.

La puerta se abre y una muchacha sale al pasillo.

—¿Señor?

—Buen día, vengo por el paciente Heredia, me gustaría pasar un minuto.

La joven chequea una lista que lleva en la mano.

—Ah, sí. Usted debe ser el señor Rouviot.

—¿Y cómo lo sabe? —pregunta con asombro.

—Porque el jefe de cirugía me avisó que era probable que viniera, y me pidió expresamente que lo dejara pasar. Tengo entendido de que es el psicólogo de Heredia.

Pablo y Helena intercambian una mirada rápida. Es claro que Uzarrizaga urdió esa pequeña mentira para habilitarle la entrada a la sala y el acceso a los informes. El Hospital de Clínicas es un lugar muy serio, y ni siquiera las eminencias como él pueden tomar decisiones que vayan en contra de lo estipulado.

—Le advierto que el paciente continúa comatoso.

—Lo sé, pero parte de mi trabajo en este momento es contener a la familia. Aunque no lo crea, mi presencia los ayuda.

Lo que dijo es estrictamente cierto. En circunstancias extremas, tanto el paciente como su entorno requieren de alguien que los escuche y pueda alojar su angustia para que la situación pueda afrontarse con menos sufrimiento. Por eso, ha intentado muchas veces impulsar una ley que prevea la presencia de psicólogos de guardia en las salas de Terapia Intensiva o unidad coronaria. Solo dos informes diarios implican demasiadas horas de incertidumbre cuando se enfrenta la posibilidad de perder la propia vida, o la de un ser amado. Sin embargo, todos sus intentos fueron sistemáticamente rechazados, y el argumento ha sido siempre el mismo: el dinero. Al parecer, las autoridades valoran mucho más el costo económico que el emocional.

La mujer se corre para darle paso.

—En este momento hay alguien con él —le comenta—. Pensé que se trataba de la hija, pero no, me dijeron que es la esposa. ¿Quiere que le pida que se retire?

—No hace falta, gracias. Es más, creo que le va a hacer bien verme.

—Como prefiera.

Lo acompaña hasta un box diferente al que Pablo había visitado antes. Al verlo, Candela se pone de pie de un salto y lo abraza. La médica los observa en silencio.

—Ya le dije que, en momentos como este, intento estar cerca de la familia.

Ella asiente y se retira, dejándolos solos. Rouviot se separa con suavidad, observa el entorno, y la escena que tiene enfrente le resulta desgarradora. Candela tiene los ojos hinchados de tanto llorar, está pálida y es evidente que en estos días ha perdido varios kilos. En la cama, lo que queda del Gitano; tiene la cabeza envuelta como si llevara un enorme turbante, de un trípode cuelgan dos bolsas de suero, otra conteniendo sangre, y al costado de la cama, un aparato muestra sus signos vitales.

—Ay, Pablo, tengo tanto miedo. No puedo siquiera imaginarme sin él. Esto es una puta mierda, José no lo merece. —Un chistido le indica que ha

levantado demasiado la voz—. Joder —maldice—. ¿Que ni siquiera tengo derecho a enojarme?

—Claro que sí, Candela. —La acaricia—. Pero aquí todos están luchando por su vida, no solo el Gitano que, por lo que veo, lo está haciendo muy bien.

—¿Y por qué no despierta, entonces?

—No lo sé. Tenemos que tener paciencia y esperar. Mientras tanto, nosotros lo vamos a acompañar. Dale la mano, hablale, que sienta que estás aquí, a su lado.

Los ojos moros lo miran interrogantes.

—¿Tú crees que nos está escuchando y que tiene ese síndrome raro…?

—No lo sé —la interrumpe. No quiere ni pensarlo y, además, si fuera así, no puede permitir que José lo sepa. Podría dejar de pelear, al menos es lo que él haría si le pasara eso. Pablo se abre paso hasta la cabecera y se inclina sobre el rostro de su amigo. Siente su respiración lenta y suave, y miles de momentos compartidos se le vienen a la mente. ¡Cuánto lo quiere! Es alguien tan importante para él, que al igual que Candela, no puede imaginarse la vida sin José. Se arrima un poco más, e intenta que su voz no suene quebrada—. Estoy cerca, Gitano, ya casi lo tengo. Así que, descansá tranquilo… y despertá, carajo. Te extraño mucho, amigo, y tengo algo muy importante que contarte. Te vas a reír cuando te lo diga. Conocí a alguien.

—Pablo. —La urgencia en la voz de Candela lo sobresalta.

—¿Qué pasa?

—Que está llorando.

—¿Qué?

—Pues míralo. —Tiembla—. Está llorando.

Rouviot gira la cabeza y observa cómo una lágrima asoma del ojo izquierdo de José. ¿Lo habrá escuchado? ¿Estará consciente? Y si es así, ¿por qué no reacciona? De pronto la certeza de la tragedia lo inunda y un quejido escapa de su garganta.

—¿Qué está ocurriendo, ostia? —exclama Candela.

El grito llama la atención del personal.

—¿Qué pasa? —pregunta el médico de guardia.

Pablo intenta controlar la situación.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Pasa que José ha escuchado lo que decíamos y se ha puesto a llorar. —Y sin pensarlo se arroja sobre la cama haciendo tambalear el trípode con las bolsas de suero y sangre—. ¿Me escuchas, mi vida… me escuchas?

Con un movimiento rápido, la enfermera evita que todo caiga al piso, y le habla con dulzura.

—Cálmese, señora. Puede que solo sea un acto reflejo.

La voz del doctor es mucho más dura y menos amable.

—Retírense de inmediato, por favor.

—¿Cómo que me retire? —protesta la joven.

Y al instante siente la mano protectora y la voz relajada que intenta tranquilizarla.

—Vamos, Candela. Es mejor así. Dejemos que hagan lo que tengan que hacer. Aquí solo estamos molestando.

Ella lo obedece sin pensarlo, y a los pocos segundos, salen nuevamente a ese pasillo que nunca habían pisado hasta hace poco, y ahora, en cambio, les parece familiar. Cuando Helena los ve venir desencajados, se pone de pie y siente que su corazón se acelera.

—Ay, Rubio, ¿qué pasó? —pregunta al tiempo que abre los brazos para que Candela se arroje sobre ella.

—No lo sé, tal vez nada.

—¿Cómo que nada? No me jodas, ¿querés?

—No te jodo. No sé. En un instante nos pareció que el Gitano nos escuchaba, se le cayó una lágrima y nos pusimos muy ansiosos.

—Entonces, ¿los escuchó?

—Puede que no.

—¿Cómo que no? ¿Y por qué lloró, entonces?

—Es que a lo mejor no lloró. —El gesto de la mujer es poco menos que un reclamo—. Calmate vos también, por favor —le ordena—. Es seguro que en breve le van a hacer unos estudios, y después nos darán los resultados. En este momento, lo único que sabemos en concreto es que está respirando sin ayuda, y que todavía no despertó.

—Pero eso te lo dije yo antes de que entraras —protesta su amiga.

—Bueno, y lo mismo te digo yo ahora que salí. Por ahora no hay cambios, y esa lágrima puede no significar nada. ¿De acuerdo?

—Si lo decís de ese modo…

—Bien. —Con un movimiento de cabeza señala a Candela—. Llevala a dar una vuelta. Tiene que despejarse, e intentá que coma algo.

—Sí, un puñado de tranquilizantes.

—No te hagas la graciosa. Andá, haceme caso.

—¿Qué, vos no venís con nosotras?

—No, tengo algo más importante que hacer.

Helena le clava una mirada de desaprobación.

—No se me ocurre qué, pero vos sabrás.

—Confiá en mí.

—Está bien. Vení, nena, vamos a tomar un poco de aire, que nos hace falta.

Los tres caminan por el pasillo rumbo a los ascensores en un mutismo absoluto. Entretanto, a pocos metros de allí, los médicos se preparan para

realizar un examen cuyo resultado podría ser la certeza de que enfrentan un infierno.

– VI –

Mientras el taxi avanza rumbo a su consultorio, mira el cielo encapotado. Es de mañana y, sin embargo, la ciudad tiene un aspecto casi nocturno. Sigue lloviendo en Buenos Aires y, sin buscarlo, un recuerdo le dibuja una sonrisa.

José se había ido de vacaciones a Cabo Polonio, en el Uruguay. Un lugar maravilloso, con pocos habitantes, cuyo máximo disfrute es el gusto por lo natural.

Pablo llegó a la tarde sin avisarle, y lo buscó hasta que lo identificó desde lejos. Vestía totalmente de blanco, llevaba puesto un sombrero, y su larga figura yacía acostada sobre una hamaca paraguaya ubicada en el *deck* de una de las pocas cabañas que se abren durante la temporada veraniega. Se le acercó sigilosamente y se sentó a su lado a mirar el mar, en silencio. Al cabo de unos minutos, escuchó la voz asustada de su amigo.

—¿Qué hacés acá? ¿Qué pasó?

Le respondió con calma, sin desviar la vista del horizonte:

—Te extrañaba.

Él no dijo nada. Al rato, se bajó de la hamaca y desapareció en su cuarto. Volvió unos minutos después trayendo un mate. Tomó el primero y le ofreció el siguiente. Pablo lo aceptó, y disfrutó de ese ritual que solían compartir.

—Yo también te extrañé.

—Sos un mentiroso. No me llamaste ni una sola vez.

—¿Y de dónde querías que te llamara? Mirá lo que es esto. —Abarca con un movimiento de su mano la inmensa extensión del paisaje que los rodea—. Es un paraíso, y para serlo, es necesaria la ausencia de teléfonos.

—Al menos podrías haberme dicho dónde te alojabas. —Le devuelve el mate.

José lo llena y disfruta al ver la espuma que lo corona, antes de darle el primer sorbo.

—¿Y para qué, si no hacía falta? Estás acá, ¿no? Se ve que no era tan difícil localizarme. Igual, gracias por venir. Tratándose de vos, es todo un gesto de amor.

—¿Por qué lo decís?

—Porque lo único que odiás más que a la cebolla, es un día de calor en la playa. —Se ríe—. A vos te gusta el viento, el sonido de los truenos, y la lluvia. En cambio, yo disfruto de andar descalzo, y conversar con los pescadores y artesanos de este lugar. ¿Sabés? Aquí nos moriríamos de hambre.

—¿Por qué?

—¿Quién necesita un psicólogo que lo escuche si pueden hablarle al mar?

Pablo estira el brazo reclamando un mate más.

—Gitano, el mar es muy hermoso, pero no puede interpretar los sueños.

—Es cierto, pero te ayuda a generarlos.

—No hay caso —responde—. Cuando venís acá, te transformás en un poeta.

—Por eso mismo vengo. A leer, a componer canciones y a recordar quién soy. —Lo palmea y se pone de pie—. Vení, vamos a caminar.

Él lo mira con gesto de protesta.

—Sabés que detesto pisar la arena caliente.

—Sí, pero hoy lo vas a hacer por mí. Así que sacate los zapatos, dale.

—¿Y dónde los dejo?

—Aquí mismo. En este lugar, la gente aprendió a dar, no a robar.

Rouviot lo obedece, resignado. Apoya un pie y, al instante, pega un salto.

—¡Ay, la puta madre! Está caliente.

—No seas flojo, que no es para tanto. —Y haciendo caso omiso a su incomodidad, inicia la marcha. Luego de un rato continúa—. Es más, esta noche, vos también te vestís de blanco y si Lemanja, la diosa del mar te acepta, vas a ver el cielo más bello de tu vida mientras el agua nos besa los pies y, de paso, te pedís algún deseo.

—¿Y vos no vas a pedir nada?

—Yo ya lo pedí el 2 de febrero, que es el día en que se la homenajea. Es una ceremonia increíble. Una multitud trae sus ofrendas, y el mar se ilumina con las velas que flotan hasta consumirse. Algún día tendrías que acompañarme, te juro que es emocionante.

—Me hubiera encantado, pero fue el 2 de febrero. Eso significa que llegué tarde para pedir algo.

—¿Quién te dice? —Lo abraza—. A lo mejor, por ser mi amigo, igual te concede algún milagro chiquito. Mirá —le señala adelante—: el faro.

—Sí, ya me di cuenta.

—Cada noche vengo hasta acá y me siento un rato a pensar. ¿Sabés? Conté y, si mis cálculos no me fallan, la luz tarda veinticuatro segundos en dar toda una vuelta.

—¿Y qué hay con eso?

—Que los días nublados, durante los doce segundos de oscuridad, no se ve nada y parece que estuvieras solo en medio del universo.

—Gitano, a mí no me hacen falta esos doce segundos para sentir que estoy solo en medio del universo.

José menea la cabeza en claro gesto de desaprobación.

—No hay caso, sos un tango, y no tenés cura. Por eso te gustan tanto los días nublados y lluviosos. Porque es como si, por un momento, Dios te

estuviera dando la razón. En el fondo no sos un hombre triste, sos un narcisista.

Disfrutó mucho de aquella visita. A la noche cenaron junto al mar, se emocionó al recordar las caminatas nocturnas por el campo, junto a su padre, e incluso, más tarde, cuando anduvieron descalzos por la orilla, pidió un deseo. En el preciso momento en que estaba por hacerlo, su amigo le susurró:

—Pedí un amor, Pablito.

Y así lo había hecho. Pablo no creía en supersticiones, y sin embargo... Pero no, no es momento de pensar en esas cosas. Ahora debe volver a su casa, encender la computadora, y encontrar en las sesiones la llave que abra la puerta del misterio. El tiempo pasa, no sabe cuándo Bermúdez se cansará de secundarlo, pero sí está seguro de que Ganducci no les va a regalar un segundo más de lo que les ha prometido.

– VII –

Vuelve a su casa con una sensación confusa. Ingresa al *living*, prende la luz, se sienta, silencia el celular y lo da vuelta para que la pantalla quede hacia abajo. No quiere que nada lo distraiga. Apoya la cabeza en el respaldo y echa a andar la grabación.

Al cabo de dos horas, se pregunta si esto tiene algún sentido, pues ha escuchado casi tres sesiones sin que nada le pareciera importante, excepto la mención de Sofía que apareció sin demasiado protagonismo en un momento del relato. Pero no está dispuesto a que eso lo distraiga, y sigue hasta que la voz de Santana cambia de modo casi imperceptible, pero no tanto como para que no lo advierta. Dante refiere un día en que salió a pasear en lancha con un amigo, Juan. Suena entusiasmado y, por la justeza de los detalles que brinda, Pablo comprende que no está inventando, que efectivamente debe haber vivido ese momento y asume, con toda convicción que, fiel a su estilo, solo se limitó a intercambiar los roles; en verdad él es Juan, y Juan es él, pero da por sentado que el relato es verdadero.

> *—Fue una experiencia maravillosa, te lo juro. Juan estaba relajado y se reía como nunca lo había visto. Fui hasta la heladera, saqué dos cervezas y brindamos por nuestras vidas. Después, subimos a la proa, nos tiramos a tomar sol y nos quedamos en silencio. Solo se escuchaba el ruido del agua y el grito de algún pájaro. En un momento, giré para mirarlo. Él tenía los ojos cerrados y una sonrisa dibujada en la boca. El viento le movía el pelo y…*
>
> *—¿Y qué?*
>
> *—Y pensé que era la única persona en el mundo con la que podía ser yo mismo, la que podría entenderme y aceptarme como soy.*
>
> *—¿Y cómo sos?*

Pausa.

> *—Solitario, me cuesta hablar con la gente… a veces siento que soy invisible para los demás.*
>
> *—Eso no es cierto. Tu novia no solo pudo verte sino también elegirte.*

Por el tono de su respuesta, la intervención parece haberlo molestado.

—Sofía no es muy importante para mí. Ella tampoco me conoce.

—Sin embargo, salen, comparten tiempo con tu familia y tienen sexo.

—Sí, pero no el sexo que yo querría tener.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es así.

—Contame, ¿cómo es el sexo con ella?

Pablo detiene la grabación. No sabe si tiene ganas de escuchar lo que sigue. Sofía le gusta mucho y, además, considera deshonesto husmear en ese tema sin su autorización. Sabe que Santana jamás se ha acostado con ella, pero es posible que Hidalgo le hubiera contado algunas cosas. Y la idea de imaginar a Sofía haciendo el amor con Hernán le molesta, pero no tiene más alternativa que seguir. Si el riesgo es la desilusión o la angustia, debe enfrentarlo para llegar hasta el hombre que puso en peligro la vida de su amigo. Entonces, sin dudar, echa a andar nuevamente la grabación.

—Sofía es hermosa, pero fría. Igual, me gusta mirarla.

—¿Por qué?

—Porque tiene una boca que parece dibujada, y una mirada oscura y profunda. Sin embargo, es demasiado chiquita, bella sí, pero sin formas, y a mí me gusta un cuerpo diferente. Tal vez por eso, cuando estamos juntos, no disfruto demasiado. Además, en el fondo, es la hija malcriada de una familia tradicional. Vos sabés que esas cosas te marcan, y en ella, los condicionamientos se notan mucho. Todo le da vergüenza, cuando no asco, y solo se permite un sexo rutinario y previsible, y me gustaría poder concretar algunos deseos más jugados.

Pablo no puede evitar sonreír, y una frase de Sofía vuelve a su mente: *por lo general, me lleva más o menos una hora demostrarle a la gente que no soy una mujer hueca y frívola.* Es evidente que Dante también se dejó llevar por ese prejuicio porque no llegó a tratarla. Todo lo que dice de ella demuestra dos cosas. La primera, que alguna vez debe haberla visto. La descripción que hace es exacta solo en lo aparente. Pablo mismo recuerda que al conocerla le llamó la atención su extrema delgadez. Por eso se sorprendió tanto al verla desnuda, porque jamás hubiera imaginado que esos pechos a los que había acariciado fueran tan grandes, ni sus caderas tan marcadas. El cuerpo de Sofía era casi prepotente, y distaba mucho de carecer de formas. Sin embargo, ese era un secreto deliciosamente guardado. La segunda

cuestión, es que por el relato que hace de su comportamiento en la cama, es obvio que Hernán habló con Dante de la sexualidad que tenían. Y, si eran tan amigos, ¿por qué evitó hacerlo?

Sea como fuere, no es momento de distraerse, sino de seguir escuchando.

—Bueno, está bien. Digamos que las relaciones con tu novia no son tan intensas como te gustaría, pero igual está a tu lado, te acompaña, y además también tenés a tu mamá que, por lo que me contaste, te quiere mucho y a tu hermana con quien podés contar siempre.

El grito rompe el clima del ambiente.

—¡No estás entendiendo nada de lo que digo!

La voz suena enojada y, por los ruidos que escucha, Pablo intuye que en ese momento se ha levantado del diván de modo compulsivo. Los pasos le indican, incluso, que camina hacia algún lugar. La pregunta de José no se hace esperar.

—¿Qué pasa, Hernán?
—Me voy.
—Pero todavía no di por terminada la sesión.
—Pero yo sí. ¿O, aquí también tengo que esperar la autorización de alguien para irme?

La voz del analista intenta impostar una calma que en realidad no siente, no obstante, su tono resulta convincente.

—No sé bien qué te enojó tanto, pero podemos conversarlo. Así que te invito a que vuelvas al diván y me lo digas. Quizás, esto que pasó nos sirva para avanzar, porque estoy seguro de que, en el fondo, ese enojo no es conmigo. Sin embargo, aunque yo decido cuándo termina la sesión, no acostumbro a retener a mis pacientes por la fuerza, de modo que si querés irte, ya sabés dónde queda la salida.

Durante unos segundos todo es silencio, hasta que el sonido de los pasos que se acercan le hace suponer que el paciente está volviendo al diván. El ruido característico del cuerpo al entrar en contacto con el cuero de la *chaise longe* confirma su sospecha. Cuando Dante retoma la palabra, otra vez suena calmo y ameno.

—Perdoname. No suelo descontrolarme, pero se ve que hay una parte de mí que todavía no puedo manejar. A lo mejor, por eso estoy acá.

—Puede ser. De todos modos, me gustaría saber qué fue lo que te irritó tanto. Veamos. Vos me hablabas de tu sensación de desamparo y yo te confronté con el hecho de que tenés a tu madre, a tu hermana, y nombré también a tu novia. A ver, pensá qué de todo eso puede haber despertado tu violencia.

—¿Violencia? —pregunta risueño—. ¿No será mucho?

—No. Hernán, hay distintos grados de violencia y, lo aceptes o no, tu actitud fue agresiva.

Hace una pausa, como si estuviera buscando la respuesta adecuada.

—A lo mejor no tuvo que ver con las personas que nombraste, sino con la que dejaste afuera: mi padre. Y tenés razón, el tema no era con vos. Es que el solo hecho de pensar en él, me saca de las casillas.

—¿Querés hablar de lo que te pasa con tu padre?

—Mirá, a lo mejor soy injusto, pero no lo puedo evitar. Él cree que tiene potestad sobre mí, como si todavía fuera un chico, pero ya no lo soy. Ahora puedo decidir lo que quiero para mi vida sin tener que pedirle permiso a nadie.

Quizás no quiso ahondar más en el tema para no arriesgar el vínculo luego de un momento tan tenso, pero la cuestión es que José dejó que el paciente retomara el control de su discurso.

Conoce demasiado bien a su amigo como para respetar esta decisión, aunque lamenta que no haya profundizado más sobre el asunto. Sin embargo, tiene la certeza de que hay algo en lo que escuchó que es importante para la pesquisa que está llevando a cabo.

Es evidente que, movido por los efectos transferenciales que produce el análisis, Santana no pudo evitar mostrar aquello que lo angustia, y Pablo decide llevar adelante un trabajo minucioso: tomar todo lo que ha resaltado durante las sesiones que escuchó e intentar diferenciar cuándo lo dicho proviene de Hernán, o al menos del Hernán que habita en la realidad psíquica de Santana, y cuándo los pensamientos y emociones que aparecen pertenecen a Dante.

Sabe que no será una labor fácil, pero algo en su interior le dice que está cada vez más cerca de conocer el alma de ese hombre que, por algún motivo, usurpó la identidad de Hernán Hidalgo e intentó asesinar al Gitano. Mientras tanto, hay una cosa que, aunque le cueste, no puede dejar de hacer.

– VIII –

El timbre interrumpe su lectura, y su pulso se acelera al observar por la ventana la figura que aguarda en la vereda. Tiene la tentación de no responder, después de todo, esa persona ni siquiera tuvo la delicadeza de llamarla para avisarle de su visita, pero de inmediato cambia de parecer y baja la escalera con paso acelerado. Inspira profundo y abre la puerta. El hombre que tiene adelante tampoco puede ocultar su tensión, aunque su voz suena segura.

—No me diga que le sorprende verme, porque no se lo voy a creer.

—No voy a hacerlo, entonces. Pase.

—Gracias.

—Imagino que, si vino hasta acá, es porque tiene alguna novedad.

En realidad, había ido solo para mostrarle las fotos de Santana y averiguar si lo conocía, pero la nota demasiado a la defensiva y elige esperar el momento indicado para hacerlo.

—Recuerdo que prepara usted un muy buen café, y esa es una de mis debilidades. ¿Sería un atrevimiento pedirle que me invitara uno?

—No, para nada, ya se lo traigo.

La mujer se aleja un instante y Pablo vuelve a echar una rápida mirada por los cuadros y retratos que adornan el ambiente. Tiene la certeza de que allí hay algo importante, sin embargo, su mente se niega a entender lo que su inconsciente está captando.

—Negro y amargo, ¿verdad?

Él asiente con una sonrisa, y registra que no se ha servido nada para ella, lo cual denota su intención de que, esta vez, la conversación no sea extensa.

—Veo que tiene muy buena memoria.

—Demasiada, y a veces lamento que sea así. Le juro que hay cosas que preferiría olvidar.

—¿Se refiere a Hernán?

—Más bien a su muerte. —Lo mira con ojos conmovidos—. Licenciado, ¿ha sufrido alguna pérdida importante en su vida?

Él duda sobre si debe ampliar esa respuesta, pero siente que, si va a empujarla a un abismo tan doloroso, ella tiene derecho a obtener algo a cambio.

—Por supuesto, es muy difícil llegar a mi edad sin que eso haya ocurrido. —La mirada de la mujer lo interroga—. Mi padre.

—¿Hace mucho?

—Veinte años —responde sin poder creer que hiciera tanto tiempo que no lo abraza.

—¿Y cómo era él?

Pablo se sienta en uno de los sillones y bebe un sorbo de café.

—Era un hombre humilde y muy sacrificado. De esas personas que tienen una nostalgia en la mirada que no los abandona nunca. Mi madre lo amó hasta el último de sus días, y lo ama aún. Y yo también, pero tengo la sensación de no haber hecho por él todo lo que se merecía.

—Piensa que no fue un buen hijo.

—Pienso que sí, pero siento que no. Usted sabe cómo funcionan estas cosas.

—Por supuesto —acota Laura mientras toma asiento—. *El corazón tiene razones que la razón no entiende*.

Él reconoce la cita de Blaise Pascal.

—Es una frase mucho más bella que la formulación de su teorema, ¿no le parece?

—Es cierto, e inevitable. —Le sonríe—. La poesía es mucho más bella que la geometría.

—No estoy tan seguro de eso. De todos modos, para haber sido formulado por un chico de dieciséis años, no está nada mal.

Ella se ríe.

—Es usted un hombre peligroso.

—¿Por qué?

—Porque, como le dije en nuestra charla anterior, su manera de jugar con las palabras y la cadencia de su voz producen un efecto hipnótico. Por suerte, no soy una mujer fácil de hipnotizar.

Pablo le agradece el comentario con un gesto y termina el café. Ahora sí, siente que ha llegado el momento, por eso mete la mano en el bolsillo de su saco, toma el teléfono, busca la imagen y se lo ofrece.

—¿Conoce a este hombre?

Laura la observa por unos segundos. Parece dudar.

—No estoy segura.

—Hay algunas fotografías más. Me gustaría que las viera.

Ella asiente y las va pasando de a una. Al cabo de un rato, le devuelve el celular.

—Tengo la sensación de haberlo visto en algún lado, pero no puedo asegurárselo. ¿Quién es?

—Dante Santana, el hombre que se estuvo haciendo pasar por Hernán todo este tiempo.

La respuesta la conmueve, pero se repone pronto.

—¿Y cómo llegó hasta él?

—Es largo de contar. La cuestión es que, a pesar de tener su nombre y su imagen, tanto a la policía como a mí nos resulta imposible localizarlo. Es como si se tratara de un fantasma.

Comprende al instante lo inapropiada de su metáfora, y está a punto de disculparse cuando el sonido de la llave lo sobresalta y la imagen de Raúl se impone en la puerta. Detrás de él, Rocío sonríe al verlo. El hombre lo observa con gesto adusto.

—Mentiría si le dijera que me da gusto verlo nuevamente, Rouviot.

—Lo sé.

Por suerte, la joven se le acerca y lo saluda con un beso, aliviando en algo la tirantez del momento.

—Hola, Pablo. ¿Cómo estás? —Lo tutea por primera vez.

—Bien, gracias.

—Si no recuerdo mal —interrumpe Raúl—, cuando nos despedimos, le pedí del modo más educado que pude que no nos molestara más. Quizás debí ser más claro.

—No hace falta, le aseguro que fue clarísimo, pero surgió algo que me obligó a volver a su casa.

—¿Puedo saber qué?

Por toda respuesta, Pablo le muestra la imagen de Santana.

—¿Lo conoce?

A diferencia de su esposa, su reacción es inmediata.

—No, no tengo la menor idea de quién es.

—Es la persona que usurpó la identidad de su hijo.

—¿Puedo verlo? —pregunta Rocío, tomando el celular—. Yo tampoco lo conozco, aunque es cierto que no conocíamos a todos los amigos de Hernán. Él era extraño con esas cosas.

—Basta —la corta su padre—. Creo que hasta acá fue suficiente. —Lo encara—. Mire, licenciado, por lo que veo usted ejerce un cierto encanto en las personas que hace que se abran y le cuenten su intimidad, pero ¿sabe qué? Su don no funciona conmigo, así que me haría un gran favor si se fuera ahora mismo de mi casa y no volviera nunca más, porque la próxima vez no voy a ser tan amable.

Raúl le quita el pocillo y lo deja sobre la mesa baja. Va hacia la puerta y se queda allí, parado. Pablo se despide de las mujeres, toma el bolso que había dejado sobre el sillón y se dirige a la salida con la certeza de que algo ha ocurrido. Sale a la vereda y su mirada se encuentra con la de Raúl. Le estira la mano para saludarlo, pero él se niega a tomarla, y entra a su casa. Rouviot comienza a caminar lentamente por Miguel Cané rumbo a la avenida Figueroa Alcorta con una sensación muy clara. Más allá del tono imperativo y

prepotente de su voz, en los ojos de Raúl Hidalgo había una emoción que conoce muy bien: miedo.

– IX –

El hombre se mueve con libertad por todo el departamento, e inspecciona cada una de las cosas. Al llegar al ventanal se queda mirando el paisaje que se le presenta imponente. Pablo lo observa, mientras deja en la mesa un plato con queso y salame, y dos copas de vino.

—El almuerzo está listo —lo llama—. Apúrese, así no se enfría.

Bermúdez ve el fiambre cortado en cubos casi idénticos, toma uno, luego otro, y los examina con exagerado detenimiento.

—No me diga que los mide.

—No, ¿cómo se le ocurre? Pero bueno, no puedo con mis obsesiones.

El policía agarra la copa de vino, toma un largo trago y aprueba.

—Es de los buenos.

Vacía lo poco que queda y se la entrega para que vuelva a llenarla. Pablo lo hace, sin percatarse de que los ojos claros se detienen ante el cuadro de la ola, para pasar luego a la biblioteca y al piano.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —lo interroga.

—Sí, claro.

—¿Usted se da cuenta de la vida que tiene?

—No entiendo.

—Este departamento, por ejemplo. Es hermoso. Yo nunca imaginé que Buenos Aires tuviera una vista tan imponente. Supongo que debe ser carísimo, ¿no? —Hace una pausa antes de continuar—. Lo mismo que este cuadro, que el piano, y…

—¿A dónde quiere llegar? —lo interrumpe.

Bermúdez toma un pedazo de salame con la mano y lo come, al tiempo que se sienta.

—Usted es un privilegiado, Rouviot. La mayoría de los argentinos no van a tener en la puta vida lo que usted disfruta cada día. Y ojo, no digo que no se lo haya ganado en buena ley. Sé que viene de cuna humilde, y eso me alegra.

—¿Por qué?

—Porque en medio de tanto turro, reconforta saber que, de vez en cuando, gana alguno de los buenos. Sin embargo, soy un tipo perceptivo, ¿sabe? Qué sé yo, debe ser un vicio profesional.

—¿Qué cosa?

—Esto de captar las emociones de la gente.

—¿Y qué me quiere decir con eso?

—Que me doy cuenta de que no es feliz, y no entiendo por qué.

Pablo recuerda la respuesta que dio Jorge Luis Borges ante la misma pregunta, y la repite:

—*Soy un hombre. ¿Cómo puedo serlo?*

Pero su interlocutor no se deja impresionar por su lirismo.

—Déjese de joder con la poesía. Se lo pregunto de verdad. Tiene todo, o al menos, todo lo que un tipo honesto puede llegar a tener en este país. ¿Por qué vive tan atormentado?

Ahora el que bebe es Pablo.

—No es algo tan fácil de responder. Mire de nuevo este lugar. —Lo invita —. ¿Encontró la foto de un chico, de una mujer, o de algún viaje con amigos? Como dijo, es un hombre perceptivo y está acostumbrado a hacer deducciones. Observe bien y dígame qué ve.

Antes de contestar, el policía recorre nuevamente el lugar con paso lento.

—Veo a un hombre que no se permite disfrutar de lo que tiene. A un reconocido profesional que vive en un lugar privilegiado, un escritor exitoso que podría tener una fila de minas esperándolo en la puerta y, sin embargo, se recluye acá en medio de sus libros y su música. Ah, y también veo que no tiene pan.

—¿Qué? —lo interroga sorprendido.

—Sí. No sé en su barrio, pero en el mío, el salame y el queso se comen con pan.

La broma logra su efecto.

—Tiene razón. —Se dirige a la alacena y saca un paquete de galletitas de agua—. A falta de pan…

—Y bueno, algo es algo.

Los dos comen sin hablar durante unos segundos, hasta que Pablo rompe el silencio.

—¿Puedo hacerle una confesión?

—La que quiera.

—Usted tiene razón. Hay muy pocas cosas de las que puedo disfrutar, y una de ellas son las charlas con José. Con su amistad, él iluminó momentos muy oscuros de mi vida, y le debo esto que estoy haciendo. Por eso, le juro que voy a encontrar a Santana.

—Me parece bien. Me gusta la gente agradecida. Pero, si va a encontrarlo, hágalo pronto, mire que los días pasan y Ganducci ya debe estar preparando la lapicera para firmar el informe diciendo que se trató de un intento de suicidio.

—Pero, usted sabe que eso no es cierto —protesta enojado.

—No se engañe, licenciado. Ni usted ni yo sabemos con certeza qué fue lo que pasó esa noche en el consultorio de su amigo, solo lo sospechamos.

Aunque, le confieso que cada vez estoy más convencido de que Heredia no presionó el gatillo.

—¿Entonces?

—Entonces, tenemos que probarlo. —Hace una pausa—. Llamé a la gente de La Plata, y me dijeron que van a buscar toda la documentación que tengan referente al instituto de Lemos.

—¡Bien! —reacciona con entusiasmo.

—Bien, un carajo. Como le dije, nada de eso está digitalizado, así que pueden tardar un año en hallar algo, si es que todavía queda algo que encontrar, y no tenemos ese tiempo. Por eso intenté acotar la búsqueda.

—Cuénteme.

—Por lo que pudimos averiguar, Santana debe tener entre treinta y tres y treinta y seis años. Así que les pedí que se focalizaran en los archivos que van del 82 al 88, y del 98 al 2003.

—¿Por qué?

—Porque, si los cálculos no me fallan, Santana debe haber ingresado al hogar no antes de 1982 y no después de 1988, y salido entre el 98 y el 2003. Estoy seguro de que el instituto tendría la obligación de anotar esos datos. ¿No le parece?

Pablo asiente, complacido.

—Muy buena deducción, no se me hubiera ocurrido.

—Porque es un boludo… digo, con respecto a estas cosas. No piensa como policía, pero tiene otras virtudes.

—¿Como cuáles?

—Como escuchar cosas que flotan en el aire.

La carcajada de Pablo es sonora, y lo contagia. Cuando dejan de reír, lo mira y levanta la copa.

—Brindemos, Bermúdez. Brindemos porque vamos a encontrar a este tipo, donde quiera que se esconda.

Y mientras los hombres sellan con un brindis su compromiso, Sofía entra a la facultad para dar una clase sin advertir que alguien la estaba siguiendo. Alguien que, durante catorce años de su vida, durmió en una cucheta de metal de un orfanato ya demolido, en una oscura ciudad de la provincia de Buenos Aires.

– X –

Enciende la computadora. Es cierto que trabaja mejor en su consultorio, pero esta vez lo hace desde su casa. Ya casi no les queda tiempo. Bermúdez se fue hace unos minutos, acaba de hablar con Helena, quien le informó que no hay novedades, y Sofía le confirmó que pasará a verlo cuando salga de la facultad. Por lo tanto, lo mejor que puede hacer es avanzar con las sesiones.

Como es habitual, baja las luces, cierra los ojos y se entrega a la escucha de un relato que sabe falso, pero no tanto. Su experiencia le indica que, en análisis, aunque se mienta, siempre se dice algo de verdad.

Al igual que la vez anterior, los primeros encuentros pasan sin que aparezca nada importante. Dante habla de su carrera, de su supuesta infancia, e incluso comenta una charla con Rocío. Pablo se pregunta si Hernán le habrá contado algo de eso o si todo es producto de la mente enferma de Santana. Por suerte, José es lacaniano y las sesiones casi nunca se extienden más allá de los treinta minutos, lo cual permite que Pablo adelante con rapidez, hasta que en un momento percibe entusiasmo en el paciente.

—Creo que estoy enamorado.

—Nunca me comentaste que estabas viendo a alguien.

—Es que no quería decir nada hasta estar seguro de lo que me pasaba.

—Entiendo.

La voz se entrecorta, producto del nerviosismo.

—Es una persona muy especial, diferente a todas las que conocí.

—Pero ¿ya pasó algo entre ustedes o es un sentimiento solo tuyo?

—Si tener sexo es que haya pasado algo, entonces sí, pasó. —Pausa—. El otro día hicimos el amor.

—¿Y?

—Fue maravilloso, como si hubiera sido mi primera vez. ¿Te acordás que hace un tiempo, hablando de Sofía, te dije que con ella no me sentía pleno?

—Sí.

—Bueno, ahora fue muy distinto.

—¿En qué sentido?

—No podía dejar de tocar su cuerpo, acariciarlo y besarlo. Fue una experiencia rara.

—¿Rara?

—Sí, porque era como estar solo. Sentí esa libertad que solamente se alcanza en las fantasías.

—¿Cuando te masturbás, querés decir?

—Tal cual. Nada me daba vergüenza, todo estaba permitido y tuve la sensación de que por fin había encontrado alguien con quien podía ser yo mismo.

El relato se detiene, y José debe intervenir para invitar a su paciente a continuar.

—¿Y cómo se llama?

—Prefiero no decir su nombre.

—¿Por qué?

—Porque, por ahora, quiero que sea solo mío. ¿Sabías que los faraones egipcios tenían un nombre secreto que no conocía nadie?

—No. ¿Y por qué hacían eso?

—Porque pensaban que quien sabía el nombre verdadero de alguien adquiría potestad sobre él.

—Claro, y querés ser el único que tenga poder sobre esta persona.

Ríe.

—Puede ser. ¿Está mal?

—Hernán, no soy quién para decir qué está bien y qué está mal. Yo no soy tu padre.

Pablo cierra el puño en un secreto festejo al escucharlo pues, con esa intervención, José lo invitó a pensar en algo sustancial: ¿cómo cree que su familia tomará esta relación?

—Mi padre tampoco tiene la autoridad moral para decir qué es lo correcto y que no lo es. Si fuera por él, yo seguiría sentado en su falda escuchando sus cuentos. Pero ya no soy un chico, soy un hombre y no tengo por qué continuar soportándolo. Por algo me fui de esa casa, para construir mi propia vida. Y si no le gusta, que se joda. No va a volver a manejarme con su tonito suave y sus modos cariñosos.

—Te escucho muy enojado con él.

—Por supuesto. Me hirió mucho, y algún día va a arrepentirse de todo lo que me hizo sufrir.

José interviene de manera contenedora.

—Hernán, es posible que estés exagerando. En definitiva, tu padre siempre se ocupó de vos e intentó darte lo mejor y, ¿quién sabe? Quizás, si te ve feliz, pueda comprenderte. ¿Qué pensás?

La respuesta es terminante:

—Pienso que sos uno más de los que no entienden nada de lo que me pasa.

De pronto, como si tomara conciencia de la situación, su tono se suaviza.

—No me hagas caso. A veces, cuando hablo de mi viejo me saco y pierdo el control, tal vez tengas razón. A lo mejor, llegado el momento, mi familia me acepte.

—¿Y qué vas a hacer con tu novia?

—José, hay momentos en la vida en los que uno elige a quién cuidar. Y este no es el momento de cuidar a Sofía. Sé que es posible que la lastime, pero no puedo evitarlo.

El Gitano da por terminada la sesión y Pablo mira el cuaderno lleno de notas que tiene delante. Toda psiquis, por desquiciada que sea, tiene una lógica, y Santana no es la excepción. Pero está agotado y sabe que en breve llegará Sofía. Por eso, decide darse una ducha y relajarse para esperarla. Se siente egoísta por la sensación de alegría que le da pensar en eso, pero como dijo Dante, hay momentos en la vida en los que uno elige a quién cuidar. Y hoy, aunque sea por unos minutos, va cuidar de él mismo.

Se desviste en el cuarto, camina hasta el baño, se mete bajo la lluvia tibia y deja que el agua lo recorra. Es un instante placentero. De pronto, los recuerdos de su encuentro con Sofía se le imponen sin que pueda evitarlo, y a los pocos segundos advierte que está excitado. Recuerda los pechos recorriéndole el cuerpo, el olor a hembra y la omnipotencia de su desnudez. Le parece sentir, incluso, sus dedos acariciándolo, hasta que la voz de oboe le confirma que no lo está imaginando.

—¿Me esperabas? —susurra a sus espaldas, mientras la mano pequeña le aferra el pene. Con el ruido de la ducha no la había escuchado entrar—.

¿Puedo? —le pregunta sensual.

Él no responde. Se deja caer suavemente hacia atrás hasta apoyarse contra la pared. El agua sigue cayendo, pero ya no la siente. La humedad de la boca de Sofía alojando su falo borra toda otra percepción. Disfruta unos minutos de ese placer, hasta que una necesidad imperiosa se le impone. Entonces, la toma de los hombros y la levanta suavemente. Le besa la boca y la muerde con ferocidad. Ella gime, y una gota de sangre brota de su labio inferior. Pablo le pasa la lengua y mezcla la sangre con su saliva. Luego la gira, la inclina para que sus manos se afirmen contra los azulejos, y la penetra lentamente. Se mueve despacio durante un largo rato, hasta que ella le exige más. No quiere acabar, querría vivir eternamente ese momento, pero ella no acepta dilaciones.

—Dámela, Pablo... dámela.

Y entre el agua y el vapor, entre la angustia y el placer, Rouviot le aprieta las caderas y arremete contra el cuerpo frágil de Sofía. Ella grita, él también, y sus movimientos se aceleran, hasta que unos espasmos incontrolables marcan la llegada del orgasmo. Luego de unos segundos, se deslizan hasta quedar abrazados en el piso de la bañera.

En ese mismo instante, en la sala de Terapia Intensiva del Hospital de Clínicas, el doctor Antúnez pone al tanto a Uzarrizaga de las novedades acerca del paciente José Heredia. A pocos metros, en un frío pasillo, Helena y Candela se entretienen intercambiando anécdotas.

No lejos de allí, en el desolado departamento que habitaba Hernán Hidalgo, Rocío llora en soledad y toma una decisión: va a llamar a Rouviot para pedirle una entrevista. Entretanto, en el despacho desordenado de una comisaría de General Rodríguez, Bermúdez recibe una llamada de su contacto en La Plata.

Y, mientras Mansilla mira fotos viejas, y Dante elige uno de los libros de su biblioteca, la lluvia de la ducha sigue cayendo sobre sus cuerpos desnudos.

– XI –

—No puede ser.

—Pero es.

—Entonces, no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Por qué no aparece nada en los registros su salida del hogar. ¿Está seguro de que le enviaron los correspondientes a las fechas que pidió?

—A ver. En primer lugar, no me enviaron nada, me los leyeron por teléfono. Pobre Olga, la tuve un montón de tiempo en la línea. Como le dije, nada de eso está digitalizado y se imagina que no le iba a pedir que se pusiera a tipear cada hoja para mandármelo por *mail*.

Pablo se siente frustrado y ansioso.

—Por favor, Bermúdez, ¿podría contarme todo de nuevo?

—¡Mire que es duro, usted! No es tan difícil de comprender. Olga es una amiga que trabaja en el ministerio que coordina los institutos de menores de la provincia. La contacté y le pedí que me hiciera el favor de buscar las carpetas del hogar en el que estuvo Santana, y la verdad es que se portó muy bien, porque me llamó enseguida.

—Se ve que lo quiere mucho, que son muy amigos.

—Pongalé —responde y calla.

—A no ser que, en algún momento, hayan tenido alguna historia —lo provoca interpretando el silencio.

—Y si fuera así, ¿cuál es el problema? ¿O se piensa que es el único que puede levantarse una mina?

—No, para nada. Usted es un tipo interesante, tiene unos ojos muy atractivos y…

—Y si me sigue cargando lo llamo a Ganducci y le digo que cierre el caso.

—No se enoje —bromea Pablo.

—Bueno, déjese de boludeces, entonces, y vayamos a lo nuestro. La cuestión es que, de los legajos de la década del 80 casi no quedaba nada. Parece ser que los milicos, antes de irse, destruyeron todo. Lo poco que quedó lo destruyeron después sus colaboradores.

—¿Y por qué harían eso?

—Porque no querían dejar huellas. Se ve que usaban esos lugares para blanquear algunos hijos de desaparecidos, ¿entiende? Los internaban unos meses ahí, y después los daban en adopción, o los vendían. Así que olvídese de encontrar algo de esos años. Pero los archivos que van del 1998 al 2003 sí estaban, y no hay ningún registro de salida a nombre de Dante Santana.

—A lo mejor nos confundimos con los años.

—También lo pensé, por eso le pedí que me leyera desde el 96 hasta 2005, para ampliar la búsqueda.

—¿Y?

—Y nada. Este tipo no figura en ningún lado.

—Pero, la puta madre.

—Epa. —Ríe.

—¿Qué?

—No, nada. Me alegra saber que es humano, que se enoja y se permite una puteada cada tanto. Siempre se lo ve tan compuesto.

—No me joda, por favor. Lo que me está contando es una muy mala noticia.

—No sé si es tan mala. —Se toma un respiro antes de continuar—. Mire, que Santana estuvo allí es un hecho. Tenemos testigos y también algunas fotos que lo prueban. Y, en definitiva, saber la fecha exacta en que se fue, excepto que lo hubiera retirado algún responsable, cosa que dudo, o tuviéramos una dirección, tampoco nos servía de mucho.

—¿Entonces?

—Creo que, al contrario de lo que piensa, que no aparezca en ningún lado es una buena noticia.

—¿Me explica eso? —pregunta asombrado.

—Mire, si todo estaba en regla, solo obteníamos la fecha de egreso del hogar y nada más. En cambio, que ese dato no figure nos abre algunos interrogantes, y me parece un horizonte mucho más prometedor, ¿no le parece?

Rouviot repasa lo que acaba de escuchar.

—Creo que tiene razón.

—Y eso nos marca un rumbo bastante claro.

—Francisco Mansilla.

—Exacto. El viejo es el único que puede darnos esa información.

—¿Y la tendrá?

—Debería, después de todo, en esa época era el director del hogar, y por lo que vi, tiene muy buena memoria. ¿Qué le parece?

Bermúdez se queda callado, para dejar que el psicólogo complete la idea en su cabeza.

—Nos mintió.

—Yo no diría tanto, vio cómo es esto. Uno puede decir la verdad, pero no toda.

—Usted piensa que lo que nos dijo es cierto, pero se guardó algunos datos. Ahora, la pregunta es: ¿por qué?

La voz del hombre denota satisfacción.

—Veo que ha llegado al quid de la cuestión. Y no sé usted, pero yo estoy convencido de que ese anciano bueno y simpático esconde algo.

—Tiene razón, deberíamos llamarlo.

—¿Qué? —Estalla en una carcajada—. Ah, bueno, usted es más boludo de lo que yo creía.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque lo mando a espiar y toca el timbre. No, Rouviot, no hay que llamarlo, tenemos que caerle de sorpresa. Seguro que el viejo sabía que, más tarde o más temprano, nos íbamos a avivar de que escondió información.

—¿Y qué puede hacer?

—No sé, pero no le vamos a dar tiempo para que lo haga.

Medita un instante.

—Tiene razón. Salgamos ya mismo para allá.

—Pasa que esta vez no lo puedo acompañar. Tengo una piba en el hospital que está agonizando por la paliza que le dio el esposo. El tipo está fugado y, encima, la chica es pariente de un concejal de la zona, así que no me puedo mover de acá hasta dar con él. Igual, no creo que demore demasiado.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no es un profesional, sino un enfermo. Es cuestión de horas, pero si me ausento de la comisaría antes de encontrarlo, me linchan. Así que va a tener que buscarse otro chofer.

En ese momento, Sofía camina hasta él y se sienta a su lado. Se acaba de bañar, su pelo ya está seco y atado en esa coleta que a él tanto le gusta y, a excepción de su vestimenta, que se limita a la camisa blanca de Pablo, parece estar lista.

—Bueno, suerte con lo suyo, y relájese. Creo que puedo solucionar ese tema.

—Me alegro. Eso sí, no pierda ni un minuto, y manténgame informado.

—Así será.

Como de costumbre, el subcomisario corta antes de recibir el agradecimiento. La joven lo mira y lo acaricia.

—¿Pasó algo? Te noto preocupado.

Él le toma la mano y la besa. Se detiene un instante y evalúa si hace bien en involucrarla en un tema tan turbio, pero no le queda otra alternativa.

—¿Tenés algo que hacer ahora?

—Nada muy urgente. Iba a pasar por la facultad a entregar unos apuntes y devolver algo que agarré equivocado del escritorio, pero puedo hacerlo mañana.

—Bien. ¿Sabés manejar?

—Obvio —responde sorprendida.

—¿Y tenés auto?

—Sí, tengo.

—Bueno. —Suspira—. Entonces, vestite que me tenés que llevar a un lugar.

Ella se ríe.

—Hecho, me encantan las sorpresas.

—No creo que este sea el caso.

—¿Por qué? ¿A dónde vamos?

—A General Lemos —le responde.

—¿Y dónde queda eso?

—A unos cuatrocientos kilómetros.

Lo mira extrañada.

—¿Puedo saber qué vamos a hacer allá?

—Vamos a develar una verdad. Una verdad que, si no me equivoco, lleva oculta demasiado tiempo.

– XII –

Sofía resultó ser una gran conductora. Su auto, un Audi último modelo, los llevó hasta General Lemos en solo tres horas, y durante el trayecto, la puso al tanto de cada detalle. En un momento, sintió la incomodidad de participarla de un tema que tenía que ver con su exnovio, pero ella se encargó de relajarlo.

—Hernán era una persona noble, pero enigmática. Me atrajeron su inteligencia, su sensibilidad, y es cierto que lo quise mucho, sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—No sé cómo vas a tomar lo que voy a decirte, pero la verdad es que no fue un hombre importante en mi vida, porque enseguida me di cuenta de que no íbamos a llegar a nada. Es más, si no fuera por su trágica muerte, creo que nada más lo recordaría con cariño cada tanto. Podés hablar tranquilo.

Así lo hizo, y la conversación fue provechosa. Las preguntas y acotaciones de Sofía lo llevaron a plantearse cosas que hasta el momento no había tenido en cuenta. Y, además, disfrutaba de tenerla cerca. Estaba extrañamente conmovido por ese encuentro, pero no dejaba de pensar que la historia podría terminar ni bien concluyera el caso.

Con todas estas cosas en la cabeza llega por fin a la casa de Francisco Mansilla. Ambos descienden del auto y recorren la distancia que separa la galería de la puerta de entrada.

—¿Dónde está el timbre? —pregunta ella.

Pablo sonríe.

—En algunos pueblos, todavía se golpea la puerta.

Ella lo mira, y al instante, se oye la voz del anciano.

—¿Quién es?

Él intenta disimular su nerviosismo.

—Don Pancho, soy yo, Pablo Rouviot, no sé si se acuerda de mí.

Después de unos segundos, la puerta se abre y la figura que aparece dista mucho de tener la firmeza del hombre que conoció hace tan poco tiempo. La sonrisa amable ya no está.

—Ella es Sofía —dice Rouviot.

Y, ante el gesto inquisidor del hombre, ella agrega con una sonrisa.

—Encantada, soy la novia de Pablo. ¿Podríamos hablar con usted unos minutos?

Él, asombrado por esa respuesta, ve cómo el dueño de casa se hace a un lado para darles paso. Atraviesa el damero y camina directo hasta el sillón. Sofía y Francisco hacen lo propio. Pablo lo observa, dispuesto a abordar el tema que lo ha llevado hasta allá.

—Imagino que le sorprende mi visita.

La respuesta lo descoloca.

—No, no me sorprende para nada. Cuando estuvo aquí, me di cuenta de su determinación de encontrar a Dante y, sabiendo que además tenía la ayuda de la policía, imaginé que no iba a tardar mucho en advertir que había algo que no le había dicho.

La mirada del psicólogo percibe entre las sombras del cuarto una valija a medio hacer.

—¿Por eso decidió escaparse?

El hombre le devuelve una sonrisa amarilla y cansada.

—No. Créame que, a mi edad, ya no vale la pena escapar de nada. A esta altura, mi única amenaza real es algo de lo que nadie puede huir.

—La muerte —susurra Sofía.

—Exactamente.

—Sin embargo, veo que estaba preparando un viaje —cuestiona Rouviot.

—Sí, uno muy breve. Unos pocos días a lo de mi hermana. ¿Sabe? Yo no me casé, no tengo hijos, ella y mis sobrinos son la única familia que me queda, y su visita me hizo recordar un tiempo en el que me sentí útil y acompañado. Aunque no lo crea, llega un momento en que la soledad se vuelve demasiado difícil de soportar.

Pablo no solo lo cree, lo sabe, porque ha experimentado esa sensación muchas veces en su vida. Vuelve a observarlo. Esos ojos cansados le dan lástima, y se pregunta qué hace molestando a un hombre que se está despidiendo de su triste existencia como puede. Pero, de inmediato, recuerda que es el mismo que le mintió, y no puede darse el lujo de dejarlo pasar. Así y todo, lo interpela de modo amable.

—¿Sabe para qué vine?

—Sí. Quiere saber por qué no consta en ningún lado la salida de Dante.

—Así es. —En ese momento, una frase vuelve a su mente—. Recuerdo que, al mostrarme una foto de él, me dijo que era de unos meses antes de que egresara del hogar. —El hombre asiente—. Usted me engañó y por eso su nombre no figura en ninguno de los informes. Dante nunca egresó del instituto… Dante se fugó, ¿no es cierto? —Mansilla agacha la cabeza, avergonzado—. ¿Puedo saber por qué no lo informó, por qué lo mantuvo en secreto?

Sofía observa todo como si se tratara de la escena de una de esas películas de suspenso que mira de vez en cuando. Sin embargo, en esta ocasión, el protagonista no es un actor, sino un hombre que le genera cosas que todavía no puede entender y se parecen mucho a lo que siempre soñó encontrar.

Mansilla responde con voz cansada, como si le costara hablar.

—Porque si lo hacía iba a tener que denunciarlo y no se lo merecía. Había sufrido toda su vida y tenía derecho a conocer el mundo. Además, le faltaban apenas unos meses para salir. ¿Cuál era la diferencia? Si, después de todo, eran chicos que no le importaban a nadie, que fueron tirados acá como si se tratara de una bolsa de basura. —Le clava la vista—. ¿Usted qué hubiera hecho en mi lugar? ¿Lo hubiera judicializado para que encima saliera de acá con un prontuario? No pude. Quise darle una oportunidad, comprarle una vida nueva, demostrarle que no todos iban a tratarlo mal, y que tenía la posibilidad de cambiar su destino. Y, hasta ahora, pensé que lo habría logrado. Pero un día llega usted y me dice que no es así, que en realidad Dante se convirtió en un asesino, y le juro que, desde entonces, he pasado las peores horas de mi vida. Así que, si quiere denunciarme, hágalo, ya no tengo mucho que perder.

Pablo lo mira. Mansilla está abatido y angustiado. ¿Denunciarlo, para qué? No sabe mucho de leyes, pero imagina que el caso está prescripto, y si así no fuera, no va a ser él quien condene a un hombre por intentar darle a un chico la oportunidad de ser feliz. Sin embargo, hay algo que puede pedirle a cambio de su silencio.

—Don Pancho, por lo que veo, Dante era especial para usted, y me doy cuenta de que tiene una muy buena memoria.

—¿Y qué quiere decirme con eso?

La voz de Pablo suena inapelable.

—Que no voy a denunciarlo, pero sí a hacerle una pregunta. Y, por favor, no se haga el desentendido con el tema ni vuelva a mentirme.

El pecho del anciano se hincha en una profunda inhalación.

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—El nombre de la persona que trajo a Dante al hogar.

Francisco Mansilla siente que su corazón se acelera, un secreto eterno vuelve a su memoria, y tiene la tentación de responder que lo ha olvidado, después de todo, han pasado muchos años. Pero la persona que tiene enfrente no va a creerle, lo ve en sus ojos, lo siente en su piel. Por eso, después de un instante, le confiesa la verdad acerca del origen de Dante Santana.

– XIII –

El Audi pega un salto al tomar el poceado sendero de tierra, y él la mira con un dejo de culpa.

—Se va a destruir, no está preparado para este tipo de caminos.

—Relajate, romper el auto es un gusto que puedo darme. Además, esto está resultando mucho más divertido de lo que pensé.

—¿Divertido?

—Claro. Si pudieras olvidarte por un momento de que en el comienzo de esta historia está el balazo del Gitano, te darías cuenta de que somos algo así como un detective y su compañera yendo detrás de una nueva aventura.

Él menea la cabeza.

—Estás loca. Al menos, el lugar no quedaba tan lejos. Apenas treinta kilómetros.

—Sí, pero de tierra —acota en tono de burla.

Le gusta su humor, y comprueba que fue una buena idea llevarla. No solo hizo las veces de remise, sino que volvió el viaje disfrutable y lo ayudó a pensar.

Mansilla les contó que Dante era hijo de un hombre llamado Cipriano, un peón de campo que, por aquel entonces, trabajaba en La Tranquera, la estancia de los Martínez Bosch, los hacendados más importantes de toda la zona, propietarios de más de seis mil hectáreas que destinaban, parte a la cría de ganado, y parte a la siembra de trigo, maíz y soja.

Al parecer, el padre había llegado una tarde aduciendo que no podía hacerse cargo del chico, y le pidió a Francisco que, por favor, lo recibiera en el hogar. Y él, según les dijo, no pudo negarse. Le hizo firmar unos papeles que un juez amigo legalizó sin hacer preguntas. El magistrado lo conocía desde siempre y, además, en aquella época todo era mucho más sencillo. Y, así de fácil, Dante pasó a ser un número más entre otros tantos niños olvidados.

—¿Por qué intercambiaste los números telefónicos con Mansilla?

—Porque no estoy seguro de no necesitar hablar con él nuevamente, y no siempre vas a estar disponible para traerme hasta acá.

La pareja atraviesa el cartel de entrada a la propiedad sin que nadie les salga al encuentro. Él parece notar la pregunta implícita en la mirada de Sofía.

Es que la gente de campo es muy confiada.

—No te engañes, Pablo. La verdad es que la gente con plata se siente siempre impune y a salvo.

—Si vos lo decís.

Andan algo más de un kilómetro e ingresan a un camino arbolado que culmina al frente de una casa imponente. Ella para el motor del auto y lo invita a bajar.

—No hay dudas de que este es el casco de los dueños. Veamos si hay alguien.

Pablo obedece y, al instante, se encuentran rodeados por unos cinco o seis perros que se acercan amenazantes.

—No tengas miedo —le dice Rouviot—, no van a hacernos nada.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque viví en el campo, y sé cómo los crían. Son distintos a los de la ciudad. Aquí no son ni feroces ni juguetones, porque ni los entrenan ni los tratan como a una mascota, sino como a un animal más. Sos licenciada en Letras, así que te habrás dado cuenta de que, en el *Martín Fierro*, no hay alusiones a perros, salvo el hecho de que nunca olvidan dónde comieron. El verdadero amigo del gaucho es el caballo.

—La verdad es que nunca le había prestado atención a ese detalle —responde nerviosa—. Así que gracias por la clase, pero, de todos modos, ese dato no me quita el miedo.

—Caminá tranquila. —Ríe—. Ni los corras, ni los mimes, tratalos con indiferencia.

Avanzan unos metros entre la jauría hasta llegar a la puerta. Una vez allí, Pablo golpea las manos. Poco después, un hombre sale, los observa y saluda con cierto recelo.

—Buenas tardes. Ustedes no son de por acá.

Rouviot toma la palabra.

—No, venimos desde la Capital.

—Ajá, ¿y qué andan haciendo por estos lados?

—Queríamos hablar con Cipriano Santana.

—¿Quién lo busca?

A pesar de que el tono continúa siendo el mismo, Pablo percibe un leve gesto de tensión en la cara del desconocido al escuchar el nombre.

—Perdón, aún no me he presentado. Soy el licenciado Rouviot.

—Un gusto. Ignacio.

Lo saluda con un movimiento de cabeza.

—No es nuestra intención molestarlo, solo queremos hablar un momento con él.

El hombre hace un gesto contrariado.

—Eso no va a ser posible. Don Cipriano murió hace poco más de un mes.

El psicólogo mira a su compañera con cierto desconsuelo e intenta una última jugada.

—Qué pena, no lo sabíamos. Pero, a lo mejor, usted puede aclararnos algunas dudas.

—No lo creo, apenas lo conocí —responde cortante.

Debe tener unos cuarenta años. Alto y de ojos claros, viste con ropa a la moda y por la tersura de sus manos, se advierte que no ha tocado un arado en su vida. De seguro, es el afortunado heredero de una familia millonaria.

El hacendado gira y amaga a retirarse sin siquiera despedirse cuando la voz de Sofía lo detiene.

—Perdón. ¿Vos no te acordás de mí?

Ignacio gira y la mira.

—No.

La joven le sonríe y habla con gesto descontracturado.

—¿En serio? Soy Sofía Ortiz de la Serna, fui al colegio con tu sobrina.

—¿Con Pía, la hija de mi hermano?

—Exacto —estalla con fingida alegría—. ¡Qué loco encontrarte acá! No lo puedo creer. —Y sin más se le acerca y le da un beso.

—Te pido perdón por no haberte reconocido. —Cambia de actitud al instante.

—Es que en ese entonces éramos muy chicas, no tendríamos más de catorce años. Por eso no te acordás, porque vos ni nos mirabas, pero para nosotras, eras el tío potro de Pía.

Ignacio estalla en una carcajada.

—¿De verdad ni te miraba? Es un pecado que jamás voy a perdonarme.

Pablo siente la ofensa de que ni siquiera repare en su presencia al hablar, y la frase de Sofía vuelve a su mente: los ricos se sienten impunes. Sea como fuere, la situación se ha revertido y tiene que aprovecharlo.

—Como le dije, no quisiera molestarlo, pero…

—¿Molestarlo? —Lo interrumpe—. Tuteame, Pablo, y decime qué puedo hacer por ustedes.

Todavía sorprendido por el viraje que tomó la situación, balbucea.

—Bueno, necesitábamos saber algunas cosas sobre Cipriano Santana y quizás podrías darnos una mano.

—Mirá, como te dije, no lo conocí bien. Solo lo veía de lejos cuando venía de visita al campo, pero, a lo mejor, Natalio te puede ayudar. Es puestero de la estancia desde antes de que yo naciera y conoció muy bien a todos los peones que pasaron por La Tranquera.

—¿Y podré hablar con él?

—Por supuesto —responde y pega un grito—. ¡Chicho!

A los pocos segundos, como salido de la nada, un muchacho de unos trece años llega corriendo.

—Diga, Don Ignacio.

—Acompañalo al señor hasta lo de tu abuelo, y decile que digo yo que lo atienda bien.

—Claro. —Obedece de inmediato e invita a Pablo a que lo siga.

—Andá tranquilo, mientras tanto, Sofía y yo nos quedamos recordando viejas épocas.

Es evidente que quiere sacárselo de encima, y siente la tentación de decir algo, pero no puede desperdiciar la oportunidad. Por eso, acepta la sugerencia y camina detrás del chico.

Toman por un camino lateral, atraviesan una pequeña loma, y llegan a una casa, mucho más humilde que la anterior, pero igualmente hermosa. Chicho le pide que espere debajo del alero y corre hasta perderse entre unos árboles. Al rato, lo ve llegar en ancas de un caballo zaino. El jinete es un hombre de unos setenta años, de rostro curtido y mirada seria, vestido con la típica indumentaria del gaucho: bombacha, botas, camisa, pañuelo al cuello y un chambergo que usa algo ladeado.

Con una agilidad sorprendente para alguien de su edad, desmonta, ayuda a descender a su nieto y acaricia al animal que, entendiendo que ha llegado su momento de descanso, empieza a comer del pasto que crece debajo de un árbol.

El paisano le hace una reverencia casi imperceptible.

—Natalio Reyes, a sus órdenes.

—Pablo Rouviot.

El hombre lo encara sin vueltas.

—Me dijeron que el patrón quiere que hable con usted. Cuénteme, en qué puedo servirle.

—Se trata de Cipriano Santana. Tengo entendido que lo conoció.

Natalio se saca el sombrero y una sombra de tristeza se instala en esa cara curtida por el sol.

—Pucha, si lo conocí, desde que era un *gurí*. —Con un movimiento impensado, arranca una rama pequeña, la muerde apenas, como si jugara con ella y comienza a andar. Pablo lo sigue en silencio—. Llegó a la estancia de un modo raro. En aquella época, existían los circos ambulantes, de esos que iban de pueblo en pueblo, se quedaban una semana en cada pago y después seguían viaje. Gitaneaban, ¿entiende?

Pablo asiente. Pasó su infancia en el campo y conoce el hablar pausado de su gente, hijo quizás de esa inmensidad sin prisa de la pampa. Recuerda las charlas interminables alrededor del fogón, en aquellas noches frías, cuando el mate pasaba de mano en mano y los puchos se encendían en las brasas.

—El asunto es que un lunes, un día después de que levantaran la carpa y se fueran, encontré un chango escondido en la caballeriza, durmiendo sobre unos fardos. Cuando me vio se pegó un susto y me rogó que no lo llevara a la

comisería. Parece ser que en el circo lo tenían de sirviente y lo cascaban más de la cuenta, y el muchacho decidió escaparse. Y bueno, me dio pena y lo escondí un par de semanas en el galpón, hasta que el patrón se dio cuenta. —Hace una pausa, y sonríe—. Pero eran otros tiempos, ¿sabe?

—Y otros patrones —interviene Pablo que ha captado la nostalgia en la voz acre de Reyes.

—Y sí. Don Enrique era un gran hombre, de esos que se sentaban a *currasquear* con la *pionada*, y domaba un potro como el que más.

—No como su hijo.

Es evidente que está enojado con ese hombre que, en este momento, seguramente está intentando seducir a Sofía. Ajeno a esto, Natalio lo mira y entiende que puede hablar tranquilo.

—Y... Don Ignacio es distinto. De chicos éramos inseparables. Lo llevaba a pasear a caballo por la estancia, le enseñé a montar y a tirar con la escopeta. Sé que ahora, en la ciudad, ustedes están en contra de esas cosas. Pero acá, muchas veces hay que llenar la panza con alguna liebre y un poco de *maiz*. —Hace una pausa y piensa—. Pero el tiempo pasa también pa' los patrones. Don Enrique se puso grande, entonces su hijo se hizo cargo de la estancia y se volvió bravo. Se distanció de nosotros, y ahora lo veo apenitas cuando viene a pasear por estos lados. Siempre acompañado de muchachas pintarrajeadas o amigos que escuchan música fuerte y van a pescar a la laguna. Por suerte pa' él, diosito es generoso con el campo. Y mientras sea *ansí*, él va a seguir mandando, y nosotros trabajando.

En pocos minutos se siente más cerca de aquel hombre que de la mayoría de las personas con las que interactúa cada uno de sus días. Pero no puede entregarse a la emoción que le genera el relato de Natalio, debe volver al motivo que lo llevó hasta allí.

—¿Y qué hizo Don Enrique cuando descubrió a Cipriano?

—Le *espliqué* de qué se trataba y me dijo que si le encontraba un trabajo podía quedarse en la estancia. Y *ansí* le fui enseñando el oficio. Aprendió a sembrar, cosechar, colocar un *alambrao*, capar un toro, marcar terneros y ayudar a una vaca en la parición. Se armó un rancho acá, cerca del ombú grande. —Le señala una choza desvencijada—. Y aquí vivió, hasta que se puso a *noviar* con la Norma, la hija de uno de los piones del campo de los Almeida. Al año se fueron a vivir juntos a un pueblo lejano. Armó su familia, consiguió trabajo en un almacén de ramos generales, este rancho quedó vacío, y no supe más de él. Hasta que, unos años después, volvió.

—¿Solo?

—Sí. La Norma había muerto al dar a luz, y él no quiso saber más nada de la vida. Me pidió trabajo, hablé con el patrón y lo volvió a tomar. Pero el

Cipriano que volvió no era el mismo que se había ido. Estaba raro, como *engualichao*.

—¿Y nunca le preguntó qué le había pasado? ¿Qué fue de ese hijo?

Lo mira y dibuja una mueca.

—Mire, compadre, aquí uno aprende a que hay que dejar que cada uno se las arregle con sus cosas. Bastante tiene cada gaucho con su propio infierno —dice al tiempo que empuja la puerta del rancho e ingresa—. El asunto es que se instaló otra vez acá, y se quedó nomás, hasta el último de sus días. Una mañana, hace un mes *masomenos*, no se presentó a trabajar, y me vine a ver si le pasaba algo. Él nunca hacía esas cosas, jamás le esquivaba el cuero al trabajo.

—¿Y? —le pregunta.

Por toda respuesta, el hombre señala con un dedo un tirante que atraviesa el techo.

—Me lo encontré colgado de una soga que había atado a esa madera.

Una profunda opresión lo recorre al imaginar el cuerpo de Cipriano Santana bamboleando en medio de ese cuarto, y siente el impulso de salir corriendo, pero se detiene. No va a tener otra oportunidad de estar allí. Por eso, intenta dominarse y pregunta.

—¿Y qué pasó con el cuerpo?

El hombre lo mira como si hubiera pronunciado una herejía.

—Yo mismo lo bajé. Después nos reunimos con los demás, le rezamos un rosario y lo llevamos en un carro hasta el cementerio del pueblo.

—Pero ¿no dieron parte a la policía?

—Y sí, le avisamos al comisario Garmendia que el Cipriano había muerto.

—¿Y no le pidieron que iniciara una investigación?

Por primera vez, Natalio se ríe.

—¿Investigación? Mire, amigo, se nota que *usté* es de afuera. El Cipriano era nada más que un gaucho, y por aquí solo se investigan las cosas que les pasan a los patrones. Los peones nos arreglamos solos, como podemos, y está bien que así sea. ¿Pa' qué exponer nuestras miserias, si después de todo, es lo único que tenemos?

Debe pensar rápido. Está confundido por todo lo que ha escuchado, pero no puede perder de vista su misión.

—Eso quiere decir que nadie revisó esta casa.

—¿Y por qué alguien querría revisar el rancho de un pobre gaucho muerto?

—Para ver si hallaban algo importante.

—Creamé, Cipriano Santana nunca tuvo nada importante en la vida.

Hace un esfuerzo por comprender la lógica de ese hombre bueno y sacrificado que, a su manera, está tratando de ayudarlo.

—¿Le molesta si miro un poco?

El paisano duda.

—No me parece, digo, esto de andar metiendo las narices en las cosas del finado. Pero si quiere…

Deja la frase inconclusa y se retira. Pablo observa el piso de tierra, las paredes de barro y el techo de paja. En el único ambiente hay un catre, un tronco cortado que hace las veces de mesa de luz, una vela, una caja de fósforos, un calentador a kerosene, una pava, un mate, una bombilla, un cuchillo y un tenedor. Sobre una soga tendida divisa dos calzoncillos, tres pares de medias, una camisa y un poncho. Al costado, un par de botas de goma, un sombrero, una fusta, un par de espuelas oxidadas y una rastra. Parecen ser todas sus pertenencias. Hasta que se acerca al catre y, debajo de la colcha vieja y gastada, un bulto llama su atención. Levanta la cobija, y lo que ve lo deja perplejo. Lo toma con cuidado y se dispone a observarlo cuando la voz de Natalio lo interrumpe.

—¿Tiene pa' mucho?

—No, no. Ya terminé —responde y pone el objeto debajo de su brazo con naturalidad.

La tarde está agradable, aunque advierte que la noche será muy fría. Caminan en silencio hasta la casa principal y disfruta de la sensación de sentir la tierra debajo de sus pies, como cuando era niño. Al llegar, el puestero se despide, pero Rouviot lo detiene.

—La última, y no lo molesto más. ¿Sabe usted si Cipriano era un hombre religioso?

El hombre piensa un segundo.

—No creo. ¿Quién que haya sufrido tanto puede creer que *esista* un Dios?

Después de responder, Natalio gira y comienza a andar rumbo a su casa. Él se queda mirándolo hasta que su triste figura se pierde entre los árboles. Recién entonces golpea las manos. Al rato, riendo a carcajadas, Sofía e Ignacio salen a su encuentro.

– XIV –

Durante el regreso, Pablo llama a Bermúdez y le cuenta lo sucedido, tanto en casa de Mansilla como en la estancia.

—¿Y ahora, Rouviot, qué hacemos?

—Pensar.

—Y dale con eso. ¿Nunca deja de pensar usted?

—Jamás. Es mi karma, sufro de pensamientos, pero créame que en este momento es necesario.

—Será necesario para usted, pero yo soy un hombre de acción y necesito hacer algo.

—Entonces, vaya y atrape al violento que golpeó a la esposa.

La risita socarrona de Bermúdez es ya toda una respuesta.

—No me ofenda, licenciado, eso ya está hecho.

—¿En serio? ¿Tan rápido?

—Le dije que el tipo no era un profesional. ¿Adivine dónde se estaba escondiendo?

—No lo sé.

—En la casa de la madre. Hay que ser pelotudo… y pollerudo. ¿Sabe? Detesto a los hombres que se hacen los machos con las mujeres, pero cuando tienen un problema van y se esconden en la falda de la mamá. Por suerte, ese caso está resuelto. La víctima se está reponiendo, el agresor está en cana, y el concejal feliz. Así que ya estoy libre para seguir buscando a Santana y, además, no olvide que se nos está acabando el tiempo.

—¿Qué, tuvo novedades de Ganducci?

—No todavía, pero en cuanto venza el plazo las voy a tener. Por eso, debemos hacer algo concreto, no solo pensar.

—Es que no hemos conseguido ningún hilo nuevo del que tirar, y tengo la certeza de que, en todo lo que averiguamos, hay algo que no estamos viendo.

—Si usted lo dice.

—Créame, tengo razón. Así que piense en todo lo que le conté, que yo voy a hacer lo mismo. Algo se nos tiene que ocurrir.

—Ojalá —se despide sin mucho entusiasmo.

Guarda el celular y le sonríe a Sofía, que no ha perdido detalle de la conversación.

—Qué complicado, Pablo. Cada vez que encontrás un dato nuevo, termina sin conducirte a ningún lado.

—Puede que tengas razón, no lo sé. Lo único de lo que estoy seguro es de que sin vos no hubiera podido hablar con nadie, así que te agradezco mucho.

Fue un milagro que conocieras a Ignacio.

Ella lo mira de reojo.

—No lo conocía.

—Bueno, a su sobrina, al menos.

Sofía responde sin apartar la mirada del camino.

—Tampoco.

Él se inclina hacia adelante y se le acerca.

—¿Cómo?

—Como lo escuchás.

—No entiendo.

—Pablo, era claro que ese tipo nos iba a echar sin decirnos nada. Entonces, se me ocurrió recurrir a mi apellido. Algún beneficio tiene que tener después de todo lo que tuve que soportar por llevarlo, ¿no te parece? —Nota su asombro—. Mirá, las familias patricias no son muchas, siempre tenés un allegado que se relaciona con alguien, y pensé que él no podía conocer a todos los amigos de su familia.

—Pero dio la impresión de que al final te recordaba.

—Es otra de las características de la gente bien. Ante la duda, siempre somos correctos. —Le guiña un ojo.

—¿Y qué te quedaste hablando durante todo ese tiempo?

—De cosas comunes: las fiestas en el Palacio Sans Souci, los almuerzos en el Jockey Club y las tardes inolvidables viendo el abierto de polo en Palermo. Y, obviamente, le pedí el *mail* de Pía para que retomáramos el contacto.

Rouviot la mira unos segundos y estalla en una sonora carcajada.

—¿Cómo te atreviste a hacer algo así?

—Porque, dado el ambiente en que siempre me moví, tuve que desarrollar mis propios mecanismos de defensa. Y hacerle creer a los amigos de mis padres que los recuerdo es uno de ellos.

Al rato, Sofía posa la mano sobre la pierna de Pablo, él la acaricia, y durante unos minutos viajan sin hablar, disfrutando del placer de estar juntos, hasta que ella quiebra el silencio.

—Qué loco, ¿no?

—¿Qué cosa?

—Lo que nos contó el viejito.

—¿Mansilla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque, después de todo, lo suyo con Dante fue un acto de amor, una historia digna de un libro. Te juro que cuando contaba cómo le llegó ese chico, con el cariño con que lo recibió y lo crio, se me hizo un nudo en la garganta y casi me pongo a llorar.

—Sí, tenés razón. Pobre Francisco, hizo lo que pudo. Desgraciadamente no alcanzó para que Dante se convirtiera en una buena persona, y eso debe torturarlo. —Hace una pausa.

—¿En qué pensás?

—En lo injusta que es la vida con algunos. Porque su padre, Cipriano, tampoco era un mal tipo, pero tuvo la desgracia de que, justo cuando arma una familia, la mujer muere en el parto, él no sabe ni puede hacerse cargo del hijo, así que tiene que entregarlo, y a partir de allí tuvo una existencia solitaria, y seguramente culposa, porque era una buena persona y abandonarlo debe haber sido una decisión tremenda. Estoy seguro de que eso lo torturó toda la vida, hasta que no aguantó.

—Una tragedia digna de Shakespeare. Y terminó como una de ellas, con el protagonista quitándose la vida.

El tiempo corre y su plazo se acaba, no ha recibido noticias del hospital y sigue sin dar con algo que lo conduzca a Santana, sin embargo, se siente extrañamente bien, e intuye el motivo.

—¿Sofía, venís para casa?

—No, me encantaría, pero tengo que corregir algunos parciales y preparar mi clase de mañana. No todo es placer en la vida. Así que, si te parece, te dejo en tu departamento y me voy al mío, a no ser que me necesites para algo más. —Lee en su mirada el deseo, y le sonríe—. Hablaba de otro tipo de necesidades, licenciado.

Una llamada los interrumpe. Él identifica el número y atiende.

—Helena.

—Hola, Rubio, ¿por dónde andás?

—Volviendo a Capital. Tuve que investigar algunas cosas.

—¡Investigar! Pensar que cuando te conocí tuve que acostumbrarme a que siempre estuvieras interviniendo, interpretando, conteniendo, pero por lo que veo, a todos esos gerundios, ahora tengo que sumarle investigando.

—Espero que no por mucho tiempo.

—Tus pacientes esperan lo mismo. Ya no sé qué más decirles para que se calmen.

—Entendelos.

—No, si yo los entiendo. Son ellos los que no entienden tu ausencia, y la verdad es que no me dio para contarles que te habías convertido en el nuevo Sherlock Holmes.

—No digas tonterías. ¿Alguna novedad?

—Por ahora, todo se sostiene en una tensa calma, como dicen los periodistas. Pero calculo que, de un momento a otro, tendremos noticias, y espero que sean buenas.

—¿Candela?

—Aquí está, lo mejor que puede. Te juro que intento distraerla, con decirte que ya me aprendí el nombre de todas las calles de Sevilla. Es más, cuando todo esto termine, me vas a tener que dar unas vacaciones para que vaya a conocer el parque de María Luisa.

Pablo piensa en su amiga y se emociona.

—No sé si te lo dije alguna vez, pero sos de lo más lindo que me pasó en la vida.

Ella se enternece.

—Andá, salamero.

—De verdad te lo digo. No me faltes nunca.

—Eso no te lo puedo asegurar, pero te juro que voy a intentarlo. ¿Estás con la cheta?

—¿Con quién?

—Con la minita esa que trajiste al hospital.

—Sí, estoy con ella. Lo que pasa es que…

—¡Pará! Tranquilo, que no te estoy pidiendo explicaciones. Sé que estás atrás de algo importante, y por ahora, yo puedo hacerme cargo de lo que pasa acá.

—Gracias, sos lo más.

—Ya lo sé. Un beso, te quiero.

—Yo también te quiero.

Corta en el momento justo en que el vehículo desciende de la autopista y toma por 9 de julio rumbo a Avenida del Libertador. En unos minutos va a despedirse de Sofía, y siente que va a extrañarla.

– XV –

Necesita descansar, pero no puede permitirse ese lujo. Bermúdez tiene razón, en cualquier momento Ganducci va a cerrar el caso y eso le genera una ansiedad que le cuesta manejar, sin embargo, debe continuar buscando hasta que aparezca algo. Sabe que, todavía, no puede armar el rompecabezas, y eso lo enoja. Está convencido de que hay cosas que se le están escapando, pero ¿cuáles?

En busca de calma, conecta el bluetooth de su celular al parlante y elige una carpeta que lleva por nombre: «Conciertos». La música siempre lo ha ayudado a pensar, quizás porque su anhelo de ser pianista y director de orquesta sigue vivo en algún lugar de su Inconsciente. Sea como fuere, escoge el concierto para piano número veinte, se sirve una copa de vino, y se sumerge en el clima oscuro y potente de Mozart, hasta que, al rato, se le impone una idea.

Desde chico amó la matemática y, por eso, dedicó mucho tiempo a su estudio. Siempre le asombró ver cómo, a partir de una lógica tan abstracta, se podían abordar las cosas más cotidianas, y aprendió de ella que, para resolver un enigma, es fundamental tener en cuenta dos cosas. La primera, la obligación de plantear el problema de modo adecuado: no es posible encontrar la solución correcta a un dilema mal formulado. La segunda, que resulta indispensable obtener los datos mínimos necesarios antes de encarar esa resolución. Es imposible lograrla si falta, al menos, un dato, y entiende que es probable que aún no tenga los suficientes para dilucidar el misterio que enfrenta. Es más: ¿lo habrá formulado del modo correcto?

Imbuido de estos pensamientos, se sienta frente al cuaderno y garabatea un esquema rudimentario. Aunque muchos que lo conocen se burlan de él cuando encara este tipo de ejercicios, en más de una ocasión, al enfrentar cuestiones difíciles de discernir, darles una forma algebraica, y por ende desafectivizada, le permitió encontrarles un sentido. ¿Por qué no va a servirle esta vez?

—Veamos —se dice y comienza a armar una ecuación simple.

Ha partido de una premisa: José no es un suicida, ergo, no es posible que haya intentado quitarse la vida, y como consecuencia de eso, resulta indispensable que en el acto haya participado otra persona. A partir de esa proposición, planteó la pregunta: ¿quién pudo haberle disparado al Gitano? Esa fue su incógnita inicial, a la que intuitivamente bautizó HH, aunque ahora, como corresponde, designa con una «X».

Siguiendo esa hipótesis, comenzó con la obtención de datos: contactó a Bermúdez, fue al consultorio de su amigo, visitó la casa de los Hidalgo y el departamento de Hernán. Después de este proceso, obtuvo las pistas que lo condujeron hasta la librería en la que dio por fin con el nombre del sospechoso, con lo cual, el problema inicial fue resuelto: «X» era, en realidad, Dante Santana.

Una vez despejada esa incógnita, empezó a trabajar con otra, que ahora, en su cuaderno, designa con una «Y»: ¿dónde encontrarlo?

A partir de ese momento, como lo hiciera al principio, reanudó la búsqueda de nuevos datos: conoció a la novia de Hernán, fue hasta el orfanato, consiguió fotos de Santana, descubrió que no existía fecha de su egreso del instituto, volvió a hablar con Mansilla, logró sacarle el nombre del padre biológico de Dante, fue hasta la estancia y se entrevistó con Natalio. Diría que pudo recabar muchos más datos que los que tenía cuando resolvió la primera incógnita. Y, sin embargo, como le señalara Sofía, esta vez no lograba hallar la solución y todo lo llevaba siempre a un callejón sin salida.

El concierto de Mozart ha concluido, y ahora es la melodía imponente número dos de Rachmaninoff la que inunda su departamento. De todos modos, Pablo continúa sumergido en sus reflexiones hasta que, de pronto, algo se abre paso en su mente y comprende cuál ha sido su error. Todo este tiempo se estuvo planteando el problema de encontrar a Dante sin haber resuelto antes un enigma indispensable. Cegado por el cómo, no reparó en el porqué. ¿Por qué ese hombre atentó contra la vida de José? ¿Cuál fue el motivo que lo llevó a realizar semejante acto? Y, en ese instante, tiene la convicción de que, si puede responder a esa pregunta, el camino hacia él va a allanarse de inmediato.

Con el entusiasmo de haber encontrado una idea directriz, enciende la computadora y se dispone a seguir escuchando, pero ya no la música de sus autores preferidos, sino las palabras que pueden permitirle adentrarse en el oscuro Inconsciente de Dante Santana.

– XVI –

Ha pasado una hora y media sin que obtuviera nada significativo. No obstante, debe ser paciente. Es solo cuestión de tiempo para que algo aparezca, pues tarde o temprano, en análisis, toda persona termina confesando lo que conscientemente se esfuerza en ocultar y, después de escuchar tantas sesiones, está convencido de que, más allá de su impostura, José logró que Dante entrara en análisis. Lo sabe porque ha escuchado su voz quebrada, su llanto, su enojo y percibió cómo, de a poco, los disfraces fueron cayendo a pesar de su esfuerzo por sostenerlos.

Está agotado, pero no puede ceder, no ahora.

—Se te ve muy feliz, Hernán. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocás.

—¿Y a qué se debe?

Pausa.

—¿Te acordás que hace un tiempo te conté que estaba conociendo a una persona?

—Sí, aunque nunca más me hablaste de ella.

—Porque todavía no quería exponer algo tan íntimo.

—¿Y qué cambió para que ahora decidas hacerlo?

—Que tomé una decisión muy importante. Hoy voy a confesarle mis sentimientos y le voy a pedir que se anime, que se la juegue y deje todo por mí.

Después de unos segundos, José hace la pregunta:

—¿Y qué es todo?

—Bueno, esta persona está con alguien. Alguien que no le importa.

—¿Te lo dijo?

—No, no hace falta. Sé que ya no desea seguir con esa relación. Estoy convencido de que me quiere a mí, pero no se atreve.

—¿A qué no se atreve?

—A enfrentar a su familia. Ellos quieren mucho a su pareja y sabe que la ruptura va a dolerles. Pero no va a poder evitarlo, no tiene alternativa.

—Siempre y cuando sienta lo mismo que vos.

Pablo percibe la tensión que se ha generado. Convive con esa sensación, y no le cuesta nada reconocerla e imaginar lo difícil del momento. José ha puesto el acento en algo importante. Está contrastándolo con la posibilidad de que su amor no sea correspondido, y Dante reacciona con furia.

—Veo que vos también pensás que soy un boludo.
—¿Yo también? ¿Quién más creés que piensa así?
—Flavio.
—¿Y quién es Flavio?
—Un compañero del trabajo.
—Nunca me hablaste de él.
—Porque hace poco tiempo que empezó.
—Sin embargo, parece que le tenés confianza.
—Es que compartimos muchas cosas, y además tuvo que pasar una selección muy difícil. En Ganímedes, el instituto en el que trabajo, son muy exigentes. Él me cayó bien, así que le di una mano para aumentar sus chances de entrar, y eso nos unió todavía más.
—¿Y qué es lo que te dice Flavio?
—Lo mismo que vos, que soy un boludo.
—Yo nunca dije eso.
—Hay cosas que se dicen sin decir, ¿no te parece?

José parece ignorar el comentario sobre su persona y continúa. Es una sesión muy intensa, y comprende que el Gitano no está dispuesto a soltarlo con facilidad.

—¿Y por qué tu amigo dice que sos un boludo?
—Porque piensa que él nunca se la va a jugar por mí.
—¿Él?
—Sí. ¿Qué tiene de malo?
—Nada. Solo que no sabía que también te gustaban los hombres.
—Bueno, tuve algunas experiencias, sí, pero no sé si me gustan los hombres. Me gusta él.
—¿Y por qué te gusta?
—Porque es especial. Porque nunca habrá nadie en el mundo tan importante para mí.
—A ver, Hernán. Sé que en este momento estás deslumbrado y es esperable que pienses así, pero…

El paciente lo interrumpe con un grito.

—¡Otra vez no me estás escuchando! Si te digo que es diferente es por algo.

La voz del analista suena calma. A diferencia de la vez anterior en que no se opuso a que se retirara, es evidente que ahora está intentando diluir la carga emocional para continuar trabajando. Y si es así, es porque escuchó algo importante, algo que no quiere dejar escapar.

—Hernán, siempre que alguien se enamora le parece que el otro es diferente. De eso se trata el amor, de pensar que se ha encontrado a una persona distinta a todas los demás. Y está bien que lo sientas, porque eso da cuenta de la autenticidad de lo que te pasa.

La intervención parece surtir efecto, porque al retomar su relato, Dante se muestra menos agresivo. Habla con detenimiento de los encuentros sexuales que tuvieron, de lo intensa de la relación y reafirma su decisión de hablar con él. Al terminar, suena esperanzado.

—Deseame suerte, porque hoy se decide mi vida.

La pausa de José da cuenta de que dudó en agregar algo. Probablemente alguna intervención que apuntara a quitarle dramatismo a esa última frase y prepararlo para una posible negativa, al menos es lo que Pablo hubiera hecho, pero es obvio que, luego de pensarlo, el Gitano no lo consideró pertinente y se despidió con amabilidad.

—Mucha suerte, entonces. Y espero que la próxima me cuentes cómo te fue.

—Por supuesto. Después de todo, como dijeron los griegos, todo lo que un hombre hace en su vida, lo hace nada más que para que algún día alguien pueda contarlo.

Ha sido una sesión muy interesante, en la que por fin Dante desplazó del diván a Hernán, y estimulado por esto, Pablo resuelve continuar. Pone una nueva pista y comprueba que Santana no fue a la semana siguiente, como hace constar José en un breve audio. De inmediato intenta una hipótesis acerca del porqué, pero comprende que es innecesario hacerlo, basta con seguir escuchando.

—Estás muy callado hoy. ¿Pasa algo?

Santana continúa sin emitir sonido. Esas instancias son muy difíciles, y requieren de un gran temple por parte del profesional. Cuando el paciente enmudece, es porque lo invade una angustia tan grande que impide la aparición de la palabra, un sufrimiento que le inunda el cuerpo y no lo deja respirar. Sin embargo, lo único que un analista puede hacer, además de alojar el padecimiento, es ayudarlo a simbolizar esa emoción sin nombre y, para ello, debe lograr que surja esa voz que se mantiene ausente.

—Hernán, más allá de lo que haya pasado, aquí podés hablar, y no importa lo que digas, voy a escucharlo sin juzgarte y con el respeto que te merecés. No olvides que estoy para ayudarte.

Segundos más tarde, como si brotara de un pozo oscuro, emerge la voz desgarrada de Dante.

—La última vez que vine te dije que había tomado una decisión muy importante, ¿te acordás?

—Por supuesto.

—Bueno, salí de acá y fui a buscarlo a la salida de la facultad. Estaba ansioso, pero feliz.

—¿Por qué?

—Porque iba a verlo, porque por fin le diría todo lo que siento por él y le confesaría mi más profundo deseo: estar juntos para siempre, porque ese era nuestro destino, construir un vínculo de amor y ser una familia.

—Seguí, por favor.

—Sabía que él terminaba de cursar a las ocho, así que llegué un rato antes y me quedé esperándolo en la vereda para darle una sorpresa. Lo había imaginado todo: la sonrisa que pondría al verme y el abrazo que nos íbamos a dar. Después, lo invitaría a tomar algo en la confitería de la esquina y allí le pediría que fuéramos pareja. Estaba seguro de que iba a ponerse tan feliz como yo.

—Y no fue así.

—No.

Se escucha un sollozo largo y dolorido.

—Contame.

—Lo vi salir junto a unos compañeros, lo saludé de lejos, y se puso serio de inmediato. Fingió no haberme visto y caminó

hacia la esquina. Desconcertado, lo seguí hasta alcanzarlo y le pregunté qué le pasaba. Me cuestionó que cómo se me ocurría aparecerme y exponerlo así, sin avisarle, y me dijo que nunca me había dado el derecho de invadir su mundo. Te juro que era otro, estaba como loco. Yo me disculpé, traté de calmarlo, y después de un rato lo convencí de que fuéramos a tomar un café a Jhonatan, un bar cercano. Charlamos bastante y logré que se tranquilizara. Me preguntó por qué había hecho eso, y le dije la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que lo amaba y no quería separarme de él nunca más.

—¿Y qué te respondió?

—Que yo le gustaba mucho y sentía un gran cariño por mí, pero que de ninguna manera iba a tirar a la basura su vida, su novia, su familia y su futuro para estar conmigo. Me dijo que lo nuestro había sido lindo y que la habíamos pasado muy bien juntos, pero que no quería que nos viéramos más.

—¿Y vos?

—Cuando lo escuché, me quise morir, no lo podía creer.

—¿Y qué hiciste?

—Me puse a llorar como un chico. Él me vio tan mal que me invitó a caminar. Anduvimos un rato largo hasta que llegamos al Parque Centenario. Nos sentamos, contra el monumento que da al lago. Nos fuimos relajando, lo tomé de la mano, nos besamos... fue un momento maravilloso, tan apasionado. Yo sentía su aliento, su lengua recorriéndome el paladar. Me apreté contra su cuerpo y comencé a acariciarlo. Primero los brazos, luego el pecho, hasta que le bajé el cierre del pantalón y le agarré el pene. Estaba más duro que nunca. Era de noche y no había nadie, entonces me animé.

—¿Qué hiciste?

—Me incliné y me lo metí en la boca. Él gimió, se recostó un poco más, y yo seguí, hasta que sentí su tensión y sus movimientos compulsivos. Me di cuenta de que estaba por acabar, sin embargo, en vez de hacerlo, me retiró con suavidad y me sonrió. Me dijo que sentía muchas cosas por mí, pero que, aun así, quería dejar de verme. Entonces, le pedí que, al menos, estuviéramos juntos una última vez.

—¿Y qué respondió?

—Aceptó. Fuimos a un hotel y nos matamos. Mirá que habíamos hecho el amor muchas veces, pero jamás de esa

manera. Cogimos más de tres horas sin parar. Nos besamos, nos mordimos, nos penetramos con desesperación, y ahí pude comprender la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que él también me ama.

—Pero, aun así, decide no verte más.

El tono de voz cambia, y la angustia da paso a esa furia que, a esta altura, Pablo ya conoce.

—Es por los demás. Porque sabe que su puta familia jamás me aceptaría. Hipócritas, mentirosos. Son una mierda. Al fin y al cabo, no tuvo un hogar tan diferente al mío. También su padre es una porquería al que no puede enfrentarse. Y su mamá, detrás de esa máscara de santa, no deja de apoyar sus decisiones. Pero ya no somos nenes, y ahora no nos van a separar.

El clima es pesado, a pesar de lo cual, José continúa.

—Hernán, dijiste que su familia jamás te aceptaría. ¿Por qué?

Silencio.

—También comparaste a sus padres con los tuyos, es más, por un momento, en tu discurso parecieron confundirse unos con otros, y es probable que eso tenga mucho que ver con tu enojo.

—No entiendo.

—Quiero decir que, a lo mejor, inconscientemente, estás proyectando en ellos el encono que llevás contra tu familia. Por eso, me gustaría que hicieras alguna relación entre tu papá y el suyo, cualquiera, decime lo primero que se te venga a la mente.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque ya te dije todo lo que pienso de mi viejo.

—Bueno, hablame de tu mamá, entonces.

—¡Basta!

Su estructura parece desmoronarse.

—¿Qué querés que te diga? Es una desconocida para mí.
—¿Tu madre? No entiendo, siempre me dijiste que…

Se escucha un ruido inesperado y, de pronto, concluye la grabación. Pablo aguarda unos segundos y pasa al track siguiente. Se escucha la voz de José.

Hernán se descontroló y tiró el grabador contra la pared. Me costó calmarlo, estaba desconocido, como si estuviera atravesando un momento delirante. Intenté contenerlo y le hablé durante unos minutos. Después de un rato se calmó y me pidió disculpas. Me contó que, mañana a la noche, va a encontrarse con el muchacho del que está enamorado y cuyo nombre se niega a darme, aunque a esta altura no tengo dudas de que se trata de Juan. Está seguro de que logrará convencerlo para que revea su decisión. Temo que una respuesta negativa vuelva a desestabilizarlo y lo lleve a tomar alguna decisión límite, por eso le pedí que nos viéramos luego de ese encuentro y pacté con él un turno para pasado mañana a las seis menos cuarto de la tarde.

Al escuchar la hora, el corazón de Pablo se acelera, porque sabe algo que José ignoraba en ese momento: que, con ese pedido, el Gitano estaba firmando su sentencia, pues dos días más tarde, a las 17.45, Dante Santana entraría en su consultorio y le pegaría un tiro en la cabeza. La voz de su amigo continúa, ajena por completo al drama que se avecinaba.

Espero poder hacer algo para ayudarlo. Creo que, dada la situación, lo más conveniente será pedir una interconsulta con psiquiatría para evaluar la posibilidad de medicarlo.

Fin de la grabación. Pablo mira la carpeta que lleva el nombre de «Hernán Hidalgo» y comprueba algo que ya intuye: ha sido el último audio de este insólito tratamiento. Aquí se termina la posibilidad de obtener algo más de esta historia clínica, y una certeza lo recorre: ahora todo depende de su capacidad para encontrar en las notas que tomó el hilo de Ariadna que lo conduzca hacia la salida de este laberinto. Y al instante, una idea irrumpe en su conciencia.

—El hilo de Ariadna.

Quizás sea una locura, pero por mucho que le moleste a Bermúdez, ha llegado la hora de confiar en su intuición.

QUINTA PARTE

LA TRAGEDIA

– I –

No todo puede decirse con claridad porque, más allá del sentido de las palabras, como sombra entre las sombras, se esconde un significado latente que escapa a la voluntad de quien habla. Hace tiempo que el psicoanálisis descubrió la existencia de un discurso que, casi como una ajenidad, habita en cada ser humano y cuya aparición deja una sensación de extrañeza: el discurso del Inconsciente. Un universo fuera del dominio de la razón que, en su deseo de hacerse oír, encuentra disfraces para eludir la represión.

Estos velos se denominan *formaciones del Inconsciente*: lapsus, sueños, síntomas, actos fallidos y chistes. Fenómenos que ponen al sujeto en estado de asombro frente a aquello que él mismo ha dicho, soñado o de lo cual padece y, sin embargo, pueden abrir el camino a la verdad que se esconde dentro de cada persona. Pero, para que esto sea posible, es necesaria una presencia que escuche lo no dicho, y ese es el rol que cumple el analista. Sin embargo, lejos de todo efecto mágico, el develamiento de esa verdad oculta es el resultado de un arduo trabajo. Pablo sabe que, muchas veces, el olvido es producto del esfuerzo inconsciente que alguien realiza para ocultar algunas situaciones traumáticas. En esos casos, la defensa condena a los recuerdos a una vida silenciosa. Pero, más allá de ese olvido está el otro, el que impone el paso del tiempo y la limitación de la memoria. El Funes de Borges ha sido el intento de concretar un deseo imposible. Nadie puede recordarlo todo, y por eso, fue necesario encontrar mecanismos para resguardar el conocimiento, la tradición o el arte. Y, siendo el hombre un sujeto de la palabra, estos dispositivos tenían que contemplarla. Los libros aparecieron, entonces, como un medio de transmisión y preservación de la ciencia, la historia y la poesía.

Quien posee el conocimiento es el verdadero dueño del poder y, a sabiendas de esto, los primeros ejemplares fueron considerados objetos preciosos y se mantuvieron lejos del vulgo, siendo derecho exclusivo de las clases dominantes.

Hijo de una familia humilde, Pablo pudo comprobar que la educación es lo único que, de algún modo, puede equilibrar las oportunidades, y que el acceso al conocimiento es el arma principal para enfrentar las injusticias sociales. Los tiranos lo entendieron también. Por eso los prohibieron, o los quemaron, porque sabían que era mucho más riesgosa una idea que una bala.

Las bibliotecas son esos lugares donde, tanto la humanidad como cada sujeto, guarda aquello que lo constituye, le interesa o lo apasiona. Pararse frente a una biblioteca es pararse frente al tiempo. Ya sea el tiempo que fue, el que es, o el que jamás podrá ser, pues cada libro que leemos es uno que no

podremos leer. Un modo simple de ejemplificar lo que Don Miguel de Unamuno llamó *el sentimiento trágico de la vida* podría ser la idea de que nadie podrá jamás leer todos los libros del mundo.

Convencido de la verdad de las palabras de Quevedo, *leer es escuchar a los muertos con los ojos*, Pablo siente que las bibliotecas son el intento más noble que la humanidad ha encontrado para tener alguna chance de vencer en la desigual batalla que libra cada día contra la muerte. De hecho, para Dante Santana, esa habitación hoy derruida y entonces llena de libros, fue su trinchera y, de seguro, el lugar en que formó lo más hondo de su ser. Mansilla se lo ha dicho, y la escucha de sus sesiones con José se lo confirmaron. Su hablar culto, delicado e inteligente no pudo construirse en ningún otro sitio.

Cierra los ojos y lo imagina en aquellos fines de semana solitarios, recorriendo los estantes en busca del próximo ejemplar que leería y, si de algo está seguro, es de que muchas veces habrá elegido alguno dedicado a la mitología clásica. Lo sabe porque, al recorrer sus notas, se ha topado con varias menciones a personajes míticos. Las dos primeras corresponden a la sesión inicial. En ella, se definió como *el Hefesto de la familia* y le advirtió al analista que, si quería conocer su infierno, primero debería *dormir a Cerbero*.

Hefesto, esposo de Afrodita, era quien forjaba las armas de los habitantes del Olimpo, el dios herrero, y el famoso Can Cerbero, el monstruoso perro de tres cabezas cuya cola era una serpiente, que custodiaba una de las puertas del Hado, el imperio de los muertos, para evitar que los vivos pudieran entrar y, sobre todo, impedir que algún condenado escapara de la región tenebrosa.

Sin embargo, la asociación que hizo con el hilo de Ariadna debe significar algo más. Como analista, está acostumbrado a tomar muy en serio esas apariciones repentinas de ideas que suelen comunicarle algo que, conscientemente, aún no ha comprendido. Por eso, repasa esa historia que conoce a la perfección.

Según el relato clásico, Minos y Pasifae, reyes de Creta, llevaron adelante una exitosa guerra contra Atenas que estuvo a punto de destruir la ciudad. Vencidos, los atenienses rogaron la paz, la cual les fue concedida a cambio de un siniestro pedido: cada año, debían enviar siete muchachos y siete doncellas para alimentar al Minotauro, un engendro con cabeza de hombre y cuerpo de toro que vivía encerrado en un laberinto. Pero un año, Teseo, príncipe de Atenas, se ofreció a ir como voluntario junto con los demás jóvenes, con la firme decisión de matar a la bestia y liberar a su pueblo de semejante castigo. Y ocurrió que Ariadna, hija de Minos y Pasifae, se enamoró de él a primera vista y se ofreció a ayudarlo, entregándole un ovillo que ella misma iría devanando, para que así, luego de alcanzar su cometido, pudiera encontrar la salida del laberinto. De ese modo, el héroe logró cumplir con su

misión y escapó de Creta. Ariadna lo acompañó, pero al parecer, él la abandonó en la isla de Naxos, mientras ella dormía.

El hilo de Ariadna le permitió a Teseo escapar del laberinto, y así, de pronto, una idea se le impone y siente que, por fin, ha encontrado la llave que necesita para salir del suyo.

Marca el número y aguarda. La voz ronca suena amable.

—¿Qué dice, licenciado?

—Hola, Bermúdez, quiero pedirle un favor. Necesito que averigüe algo con urgencia.

– II –

Mientras el subcomisario Bermúdez se aboca al trabajo que le encargó, Pablo le abre la puerta de su departamento a Sofía. La joven lo besa, luego entra, se quita el abrigo y se sienta en uno de los sillones del *living*.

—¿Querés algo de tomar?

—Ahora no, gracias, en un rato. Te juro que moría de ganas de que me llamaras. —Él sonríe—. Y sí, no soy una mujer que anda con vueltas.

—Ya me di cuenta de eso.

—Sin embargo, algo en tu voz me hizo pensar que no me pediste que viniera solo porque me extrañabas. ¿Me equivoco?

—No del todo.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que yo también tenía muchos deseos de verte, pero a la vez necesitaba conversar con vos.

—Y supongo que tiene que ver con este tema del Gitano —acota ella.

—Sí. Es que siento mucha impotencia. Sé que ya tengo todos los datos que preciso para resolver el problema, y aun así no puedo develar las incógnitas.

Sofía lo mira extrañada.

—Sos raro vos. Tu amigo está agonizando, sospechás que alguien le pegó un balazo y lo planteás con una frialdad que me asombra.

Él le toma la mano y le clava la mirada. No va a explicarle el porqué de su modo matemático de acercarse a los enigmas, no obstante, siente el impulso de decir algo al respecto.

—José es mi hermano, y si algo le pasara no sé cómo haría para superarlo. Pero si me dejo llevar por la emoción voy a perder la claridad, y en este momento, no puedo permitírmelo si quiero atrapar a ese hijo de puta.

—Entiendo. Y yo, ¿qué puedo hacer?

—Ayudame a pensar. Vos me acompañaste a la casa de Mansilla, y a la estancia, quizás recuerdes cosas que yo no, y puede que sea algo importante.

—Lo dudo. —Menea la cabeza—. Si algo comprobé en el poco tiempo que te conozco, es que la memoria y la capacidad de deducción son tus mejores virtudes. —Lo mira insinuante—. Bueno, tus segundas mejores virtudes.

Pablo ríe. Qué bien se siente a su lado. Si se dejara llevar por sus impulsos, le haría el amor en este mismo instante. Pero no puede hacer eso. Sofía parece inferir sus pensamientos y un rubor imperceptible le enrojece la cara.

—Además, fuiste la novia de Hernán y conocés a su familia.

—¿Y ellos qué tienen que ver con todo esto?

—Aún no lo sé. —Se pone de pie y camina.

Es otra de las prácticas que suele realizar cuando bucea en su interior. Deambular, ya sea por la calle, por el interior de su casa o del consultorio, le calma la ansiedad. Es un viejo ejercicio que practicaban hace muchos siglos algunos filósofos en la antigua Grecia.

—Veamos. En su momento, le dije a Bermúdez que habíamos obtenido mucha más información de la que creíamos, y estoy convencido de que es así, de que tengo todo lo que necesito para entender lo que ocurrió. Ahora, solo debo sacar a la luz cosas que sé que escuché y todavía están a oscuras. —Pausa —. ¿Se te ocurre algo más que puedas decirme acerca de los Hidalgo?

—No. Te juro que me encantaría, pero no se me ocurre nada. Como te conté, la madre es un encanto, igual que Rocío. Raúl, en cambio, no es un tipo derecho. No se parece en nada a Hernán, y a pesar de eso, él lo quería mucho. Sin embargo, mantenía una cierta distancia. Creo que, recién cuando comenzamos a salir, se relajó y pudo compartir más tiempo con ellos. De todos modos, siempre estaba a la defensiva. Como te dije, todo el tiempo tuve la impresión de que era una familia llena de secretos.

—¿Qué tipo de secretos?

—No sé, es nada más que una sensación. —Hace una pausa—. Perdoname, Pablo, pero no tengo mucho más que decirte.

Él se acerca y la acaricia.

—No te preocupes. Pasemos mejor a Mansilla. Dame tu impresión de la visita que le hicimos.

Ella piensa unos segundos.

—Me pareció un hombre bueno, y un poco cansado. Es obvio que consagró su vida a ese hogar, y que una vez que dejó de trabajar ahí, se dedicó a envejecer en soledad, rodeado del recuerdo de esos chicos que, como él mismo dijo, eran su vida en un tiempo en que se sintió útil y acompañado. Para serte sincera, me dio pena. Y en cuanto a la visita a la estancia, no creo que pueda aportarte nada que no sean las anécdotas aburridas de Ignacio Martínez Bosch, o sus torpes intentos por seducirme. —Pablo la mira—. No te vas a poner celoso, ¿no?

—Lo haría si me creyera con derecho.

—Entonces, hacelo. Yo te doy ese derecho.

Otra vez siente el hechizo que ejerce sobre él y tiene el impulso de besarla, pero justo en ese momento suena el teléfono.

—Hola.

—Hola, soy yo.

—Helena, ¿cómo está todo por ahí?

—Debería decirte que no hay novedades, y que todo va evolucionando según los médicos esperaban.

—¿Y por qué tu voz no suena tranquila, entonces?

—Mirá, no sé si será importante o no, pero me pareció que tenías que saberlo.

—¿Qué cosa?

—Que anduvo un tipo preguntando por el estado de José.

Pablo siente un frío que le recorre la espalda.

—¿Quién?

—Al parecer era un paciente que no quiso subir, para no molestarnos. Sin embargo, Antúnez, el médico flaquito, ¿te acordás…?

—Sí.

—Bueno, me comentó que el tipo pasó dos veces, y que hoy recibieron un llamado de alguien para averiguar cómo seguía el Gitano. Alguien que cortó sin identificarse. A lo mejor no es nada importante, pero estoy tan paranoica que me resultó extraño.

Él cierra los puños instintivamente.

—Decime, ¿la custodia policial todavía está en la puerta de la sala?

—No, ya hace rato que se fueron.

—Bueno, vos no te muevas de ahí y no pierdas de vista a Candela, que yo me ocupo del tema.

—Ay, Rubio, me estás asustando.

—No te asustes, pero hacé lo que te digo. —Concluye la conversación y hace una nueva llamada—. Hola, Bermúdez.

—Licenciado, no lo llamé porque todavía no tengo el dato que me pidió.

—No importa, necesito que me haga un favor urgente. Hable con Ganducci y pídale que mande la custodia al hospital. Tengo razones para creer que Santana anda merodeando el lugar.

—¿En serio?

—Sí, después le cuento. Mientras tanto le envío las fotos que me guardé para que se las pase, para que puedan identificarlo si aparece.

—Mmmm…

—¿Qué pasa?

—Que no tengo dudas de que ese muchacho está loco, pero no es ningún boludo.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Que si anduvo por ahí y se expuso tanto como para que alguien lo notara, no creo que vuelva.

Pablo piensa en la llamada anónima y asiente.

—Es probable que tenga razón, pero, aun así, quiero quedarme tranquilo. No se olvide de que en ese pasillo de hospital hay dos mujeres solas.

—¿Y por qué no va para allá, entonces?

—Eso voy a hacer. De todos modos, me sentiría más seguro si nos consigue algún tipo de vigilancia.

—Relájese. —Suspira—. Ya mismo lo llamo al Flaco. No va a tener problema en mandar a alguien, al menos por el poco tiempo que nos queda hasta que cierre el caso.

—Gracias.

—De nada, y en cuanto tenga algo de lo otro, lo llamo.

Sofía lo mira y comprende que el clima romántico se ha diluido.

—¿Qué pasó?

—No te enojes, pero tengo que ir para el Clínicas.

—Bueno, si querés te llevo.

—Gracias, prefiero ir en taxi. Necesito pensar.

—Como quieras. Y lamento no haber podido ayudarte más.

Él le sonríe y la besa. Con los abrigos en la mano, salen al pasillo y toman el ascensor. Una vez en la calle, la acompaña a su auto, y se para en la esquina hasta que detiene un taxi que acaba de doblar en Avenida del Libertador. Se sube y saluda.

—¿Adónde lo llevo, señor?

—Vamos a…

Se detiene en seco y comprende que Sofía se equivocó. Sin darse cuenta lo ha ayudado mucho más de lo que cree. Por eso, antes de contestar al chofer, la llama y le formula una simple pregunta. Al escuchar la respuesta, cambia sus planes e indica con firmeza.

—Vamos para Barrio Parque.

El conductor arranca, ignorante del complejo mundo que empieza a cobrar sentido en la mente de Rouviot.

– III –

Laura y Raúl se miran sorprendidos por la pregunta, o, mejor dicho, la afirmación que acaban de escuchar.

—¿De dónde sacó esa locura? —lo increpa el hombre.

Pablo, con fingida tranquilidad, desvía la mirada hacia ella, que baja la cabeza.

—Me parece que su esposa no está tan de acuerdo con usted.

El momento es tenso, pero Rouviot está acostumbrado a enfrentar situaciones como esas y permanece inmutable, hasta que la mujer lo mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Voy a contestarle, solo si antes me saca una duda.

—¡Laura! —la increpa Raúl—. ¡Por favor, no lo hagas!

Ella lo mira con una mezcla de furia y resignación.

—¿Y por qué no? ¿Qué importancia tiene seguir sosteniendo un secreto que lo único que hizo fue envenenarnos la vida? —Sin más, se sienta en el sillón y enciende un cigarrillo.

Pablo también toma asiento y, caída su postura de autoridad, Hidalgo se resigna y lo imita.

—¿Qué es lo que quiere saber? —pregunta Rouviot.

—Cómo lo supo.

Pablo los observa y recorre el ambiente con la mirada.

—Porque todo en esta casa lo delata. Tanto ustedes, como el retrato de Hernán, o ese cuadro que está allí colgado lo dicen a las claras. Es algo que siempre estuvo a la vista, solo era cuestión de saber mirar.

—No entiendo.

—¿Sabe? La primera vez que estuve aquí, algo me llamó la atención, aunque no pude identificar qué, y lo mismo me ocurrió en nuestro último encuentro, cuando su esposo, enojado, me quitó el pocillo de café antes de pedirme que me retirara. Pero eso no es todo. —Lentamente se pone de pie, camina hacia la pintura de ese grupo de amigos que comen un asado y señala a uno de los hombres. A pesar del estilo caricaturesco que eligió el artista, es claro que se trata de Raúl—. Este es usted, ¿verdad?

—Sí.

—Observe cómo sostiene los cubiertos.

—¿Qué tiene de raro?

—Absolutamente nada. —El matrimonio vuelve a mirarse, esta vez con asombro—. Como tampoco el modo en que Laura tomó el té en nuestro primer encuentro, o la forma en que acaba de encender su cigarrillo.

—Licenciado, ¿podría ser más claro?

Pablo piensa en la frase que le despejó el camino. Sofía le había dicho que padre e hijo no se parecían en nada, porque Raúl no era un hombre derecho. Tenía razón en la primera de las afirmaciones, aunque estaba equivocada en la segunda.

—Es evidente que ustedes dos son diestros.

—Sí. ¿Y eso qué tiene que ver?

Con aplomo se levanta, da unos pasos, toma el retrato en que Hernán está cebando mate en su campo de Punta del Este, y lo mira con atención.

—Que Hernán no lo era. Mire la foto. El termo es pesado, difícil de maniobrar, y solo un zurdo lo haría con la mano izquierda. —Se detiene y piensa—. Además, cuando fui a su departamento, en su escritorio estaba su computadora con el mouse ubicado para ser utilizado con esa misma mano. Todo me indicaba que Hernán era zurdo, y Sofía acaba de confirmármelo. ¿Saben cuál es la probabilidad de que dos padres diestros tengan hijos zurdos? —Ambos niegan con la cabeza—. Es del 0,02 %. Muy baja, casi imposible, y estoy seguro de que esa percepción debe haber quedado en mi Inconsciente. Sin embargo, aunque mínima, había una posibilidad y no alcanzaba con eso para estar convencido, pero algunas frases que aparecieron en nuestras conversaciones reforzaron mi duda. Laura, usted, por ejemplo, me dijo que *desde el día en que Hernán llegó a esta casa* su vida giró en torno a él.

—Sí, ¿y eso qué tiene que ver?

—Que dijo *desde el día en que llegó*, y no desde el día en que nació. También me comentó que, a pesar de sus ocupaciones, *jamás dejó de estar en el horario del baño, de los juegos*, pero nunca nombró el momento de amamantarlo, un detalle esperable en una mujer que no puede superar la muerte de su hijo y se aferra con desesperación a los primeros momentos que compartió con él. También recuerdo la emoción con la que me confesó que *la primera vez que le dijo mamá no lo podía creer*. Cuando le pregunté por qué no podía creerlo, en lugar de responderme, me halagó diciendo que, aunque me hiciera el desentendido, yo era muy bueno. Le juro que, en esa ocasión, no entendí por qué me lo decía, pero ahora sí. Pienso que usted advirtió que yo había escuchado algo, algo que ni registré, aunque, con ese saber no sabido del Inconsciente, lo supe. —Vuelve al sillón y nota la desazón en los rostros del matrimonio Hidalgo, mas no puede detenerse—. Por su parte, Raúl, me confesó que le costaba reconocer en su hijo algo de usted. Y ahora comprendo por qué, al hablar de su muerte, Laura dijo que *para ella era diferente*. ¿Sabe qué pienso? Que nunca logró sentirse el padre de Hernán, lo que me lleva a pensar que no estaba de acuerdo con la decisión de adoptarlo. Seguramente, su mujer lo presionó para que lo hiciera. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

Laura le había expresado que Hernán *nunca estaba conforme con lo que lograba y, a pesar de lo mucho que se esforzara, todo le parecía poco*. He aquí la razón: jamás sintió realmente el amor de su padre.

—Y supongo que nunca le contaron esto ni a él, ni a Rocío.

—Supone bien.

—Algo que no me asombra de usted, pero sí me llama la atención viniendo de Laura.

—¿Por qué?

—Porque es una persona sensible, culta, de mente abierta y, además, conoce mucho de psicología, por lo que no podía ignorar lo perjudicial que resulta ocultarle a un chico la verdad acerca de su origen, y para hacer semejante cosa debe haber tenido un motivo. —La mira—. Dígame, ¿por qué lo hizo?

—Basta —interrumpe el hombre—. Creo que esto llegó demasiado lejos.

No obstante, la voz de su esposa lo detiene, convencida.

—No, Raúl, dejame.

—¿Por qué? No tenemos obligación de contarle nada. Te lo dije mil veces, es un desconocido.

—Sí. Un desconocido que nos está dando la oportunidad de sacarnos de encima un peso que venimos cargando desde hace más de treinta años. —Piensa—. Cuando lo autoricé a ir al departamento de El Salvador me preguntaste por qué lo había hecho, ¿te acordás?

—Sí.

—En ese momento no supe qué responderte, pero ahora creo que lo hice porque tenía la necesidad de que se supiera la verdad. Vos mismo me dijiste que detrás de Hernán siempre se escondieron muchas cosas. Tenías razón, y siento que es momento de permitirnos hablar de él con sinceridad. Se lo merece.

A la mente de Rouviot viene la imagen de la emoción que percibió en la mirada del hombre el día en que lo echó de la casa: miedo. Por eso suaviza su voz, invitándolo a abrirse.

—Raúl, puede hablar conmigo, le aseguro que no tiene nada que temer.

Y de pronto, como esas piedras que se desprenden de la cima de las montañas y arrastran todo a su paso generando un alud, las defensas del hombre parecen caer y su gesto toma un rictus de profundo dolor. Aun así, antes de hablar lo interpela.

—¿Cuento con su secreto profesional?

Pablo medita en esa palabra y recuerda lo que le dijo a Sofía, que solo se confesaban los pecados o los delitos, y se prepara para escuchar sin emitir

juicio sobre lo que va a decirle. Sabe que es probable que no le guste, no obstante, a veces, la vida no deja espacio para la duda.

—Por supuesto.

—Con Laura veníamos intentando tener un hijo desde hacía un par de años sin conseguirlo, y en aquel tiempo, la medicina no estaba tan avanzada en el tema como ahora. Entonces, nos planteamos otra opción. Licenciado, usted sabe que la adopción en este país siempre fue algo muy complicado.

—Lo sé. ¿Y qué quiere decir con eso?

—Que, muchas veces, para concretar el sueño de tener un hijo hay que recurrir a algunos métodos que preferiríamos no utilizar.

Sofía le había dicho que Raúl era un inescrupuloso, y ahora comprende que tenía razón.

—¿Me está diciendo que el trámite de adopción de Hernán no se hizo de la manera correcta?

—No, le estoy diciendo que ese trámite no se hizo nunca.

—¿Podría ser más claro?

—Pablo —interviene Laura—, no hay ningún documento en el que figure esa adopción, porque fue inscripto como si lo hubiéramos tenido de modo natural.

—O sea que saltearon los procesos legales.

—Exacto —lo encara Raúl—. Y no finja asombro, porque es algo que en este país se hace desde siempre.

Siente una impotente rebeldía. José le ha dicho muchas veces que debía dejar de vivir a contramano del mundo, sin embargo, se resiste a hacerlo. Hay algo en la ilegalidad que le parece perverso, y siempre ha luchado contra eso. Pero, en este momento, no puede darse el privilegio de entablar una disputa ética. Está allí por otra cosa.

—¿Y cómo fue que se hicieron del bebé?

—Simple. Con la ayuda de un juez amigo que se encargó de entregarnos un chico para que pudiera tener una buena vida. Y es lo último que voy a decirle. Imaginará que no quiero comprometer a nadie más. —Lo observa—. Rouviot, no lo mire desde sus prejuicios. Piense mejor en qué hubiera sido de él si no lo hubiéramos adoptado.

Quizás aún seguiría vivo, reflexiona Pablo, pero no lo dice.

—Le juro que a él le dimos todo lo que un hijo podía desear —irrumpe Laura con un comentario que él no comparte. Como analista, sabe que lo que todo sujeto desea desde lo más hondo de su ser es la verdad—. Y él a nosotros. Fue una bendición para la familia. Y mire lo caprichoso del destino. Cuando habíamos decidido tener solo un hijo y dejamos de buscar, llegó Rocío, casi como un milagro. De todos modos, ¿qué tiene que ver todo esto con el suicidio de su amigo?

—Lo ignoro —responde luego de pensarlo—. Solo sé que lo de mi amigo no fue un intento de suicidio, que la persona que le disparó se hacía pasar por su hijo, y que cada detalle es importante ante una situación tan límite.

Se hace un silencio pesado que dura unos minutos, hasta que entiende que ya no tiene más sentido estar allí. Ha comprobado que su sospecha era cierta: Hernán no era hijo natural de los Hidalgo. Pero ¿a dónde lo lleva eso? A ningún lado, y con una sensación de frustración, se pone de pie y se despide. Al abrirle la puerta, antes de que pise la vereda, Raúl lo detiene.

—Nosotros fuimos sinceros. —Pablo asiente—. En honor a eso, ¿puedo pedirle un favor?

—Claro que puede.

—Mi hija nos dijo que deseaba analizarse con usted. Todo lo que le contamos es de la más profunda intimidad.

—Lo sé.

—Entonces, no le quite a Rocío su historia. No le diga esto que le hemos confesado. ¿Puedo contar con eso?

Medita un instante antes de responder. Sabe que, si Rocío se transformara en su paciente, deberá acompañarla a desentramar sus verdades más ocultas, incluso esa. Pero no ignora que, como analista, trabaja con la realidad psíquica de cada paciente, y no con lo que su familia pueda aportarle, de modo que entiende que, respetar aquello que los Hidalgo le revelaron, no le impedirá llevar a la joven al develamiento de ese secreto, si es que ella lo necesitara, y entonces responde con franqueza.

—Tiene mi palabra. Aunque, si me permite, creo que, de todos modos, Rocío ya lo sabe.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ella me lo dijo.

—¿Qué le dijo?

—Que Hernán *era un ser de otro mundo*. Y es así. Era un ser de un mundo de dolor, lleno de camastros de hierro y chicos abandonados. Créame, aunque ella no sea consciente de eso, lo sabe.

Pablo se despide y camina hacia la avenida Figueroa Alcorta con una mezcla de placer y confusión. Porque es cierto, ha comprobado su teoría de que Hernán era adoptado, pero eso no lo ha acercado a Dante Santana. En nada, se dice, hasta que una frase de Raúl le resuena: *con la ayuda de un juez*. ¿Dónde la ha escuchado antes? No le lleva sino unos pocos segundos encontrar la respuesta, y un nuevo interrogante se abre ante él.

—¿Será posible?

No está seguro, y dado que Raúl Hidalgo se negó a darle más datos, solo le queda una manera de averiguarlo.

– IV –

—¡Qué boludo! ¿Cómo no me di cuenta antes? Si Sofía me lo dijo con todas las letras —protesta, sentado en el asiento del acompañante del viejo Peugeot 504.

—¿Qué le dijo Sofía?

—Cuando volvíamos de hablar con Mansilla, después de que nos contó que no quiso denunciar a Dante cuando se fugó del hogar, ella me pidió que lo entendiera porque, *después de todo, lo suyo fue un acto de amor, una historia digna de un libro*.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que Mansilla mismo confesó que era así. Es más, incluso me reveló de dónde había copiado la escena: de su libro preferido.

—¿Cuándo hizo eso?

—Cuando me dijo que intentó darle a Dante una oportunidad de conocer el mundo sin llevar un prontuario encima, *comprarle una vida nueva, demostrarle que no todos iban a tratarlo mal, y que tenía la posibilidad de cambiar su destino*.

—Perdóneme, pero no le estoy entendiendo un carajo.

Pablo intenta calmarse, pero está demasiado enojado con él mismo.

—Bermúdez, ¿leyó *Los miserables*?

—No, pero he conocido muchos.

—Me imagino, pero no nos estamos refiriendo al mismo tipo de miserables. Porque cuando Victor Hugo escribió esa novela, intentó reivindicar a quienes viven en la miseria por culpa de los poderosos, a los que llevan sobre sus hombros la injusta carga de la desigualdad social. —El policía sonríe—. ¿Qué le pasa?

—No, nada. Solo que, al final, terminó siendo un zurdito, usted.

—Déjese de joder, que no estoy para bromas.

Los ojos claros lo observan comprensivos.

—No se enoje, estoy tratando de ayudarlo porque veo que se está maltratando demasiado. —Le palmea el brazo con afecto—. Cuénteme de qué se trata todo esto.

Pablo lo mira y le hace un extraño pedido.

—¿Tiene un cigarrillo?

—Sí, pero si usted no fuma.

—Ya lo sé. Pero, a falta de café, o de una copa de vino, acepto un poco de nicotina.

Bermúdez se encoge de hombros.

—Si usted quiere. —Le acerca el atado, Rouviot toma uno, lo enciende, da una pitada larga, y recuerda por qué lo detesta.

—Es horrible. —Se lo devuelve conteniendo la tos.

—Démelo a mí, entonces, y cuénteme sobre ese libro.

Algo más tranquilo, Pablo comienza su relato.

—Creo que *Los miserables* es la novela más importante que se haya escrito.

—¿Para tanto, le parece?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque muestra la esencia del alma humana como ninguna otra. Allí están expuestas la maldad y la bondad, la lucha y la injusticia, el heroísmo y la cobardía. Créame, es una obra sublime.

—Le creo. ¿Y de qué trata?

—El libro cuenta la historia de Jean Valjean, un hombre condenado a cinco años de prisión por robar un pan, condena que se extendió a diecinueve debido a sus intentos de fuga. Al salir en libertad llevaba el documento amarillo que identificaba a los exconvictos, por eso no conseguía ni trabajo ni una pensión donde vivir. Una noche muy fría, mientras dormía en la calle, un hombre bondadoso, Bienvenue Myriel, el obispo de la ciudad, le abrió la puerta de su convento y le ofreció comida caliente y una cama limpia. Su ayudante, la señora Magloire, le señaló el riesgo de recibir en su hogar a un desconocido recién salido de la cárcel de quien ni siquiera sabían el nombre. El obispo respondió: *en mi puerta no se pregunta al que entra por ella si tiene un nombre, sino si tiene algún dolor*, y le recomendó que jamás preguntara el nombre de alguien que pide asilo *porque el que más necesidad de asilo tiene es aquel al que más le cuesta decir su nombre*.

—Me gusta —acota Bermúdez atrapado por el relato—. Es bastante diferente a algunos curas que conozco.

Con el placer de haber captado su atención, Pablo continúa.

—La cuestión es que, luego de cenar, Valjean se acostó, pero no podía dormirse y, en medio de la noche, se levantó, robó la vajilla de plata del sacerdote y huyó por una ventana. Pero los policías lo detuvieron enseguida y lo llevaron ante Myriel. —Bermúdez hace un gesto afirmativo—. ¿Qué pasa?

—Me reconforta saber que, en algún tiempo, la policía era tan eficaz.

Rouviot sonríe.

—Sin embargo, para sorpresa de todos, el obispo montó una escena: les dijo a los agentes que él mismo le había regalado esos cubiertos, reprendió a Valjean por no haberse llevado también los candelabros que eran de gran valor. Entonces, se acercó para dárselos y le dijo al oído: *No te olvides nunca de que me prometiste usar este dinero para convertirte en un hombre*

honrado. Hermano mío, tú no perteneces al mal, sino al bien. Yo compro tu alma, la libero de las ideas negras y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios.

Bermúdez le pega la última pitada al cigarrillo antes de tirarlo por la ventana.

—¿Y usted cree que el viejo quiso ser Myriel?

—Es lo que pienso, que intentó convertirse en el personaje más noble de su novela preferida.

—Y si nos mintió en eso…

—Todo lo que nos dijo puede ser mentira —completa la frase Pablo.

—¿Por eso me pide que vaya a verlo otra vez?

—No. Quiero que lo interrogue por algo mucho más grave.

—Explíquese.

Pablo se recuesta en el asiento y cierra los ojos.

—A esta altura estoy convencido de que Santana no eligió a Hernán de un modo casual. Por algún motivo tomó su identidad, y creo saber por qué.

—Dígamelo, entonces.

—Porque tenían algo en común: estuvieron en el mismo hogar y compartieron el mismo calvario. Santana lo dijo con todas las letras.

—¿Cuándo?

—Cuando le contó a José por qué sabía que la muerte de Hernán no había sido un accidente.

—¿Qué dijo?

—*Porque nadie más que yo sabía el infierno que estaba pasando*. Claro que lo sabía, porque él había compartido ese infierno. —Rouviot hace una pausa y continúa—. Cuando Raúl Hidalgo me confesó que un *juez amigo* le entregó al bebé, recordé que lo mismo nos había dicho Mansilla: que *un juez amigo legalizó la entrada de Dante al instituto sin hacer preguntas*. Y, pensé que, si ese magistrado avalaba en silencio el ingreso de chicos sin cuestionar nada, ¿por qué no iba a entregar esos menores a familias que querían adoptar sin pasar por toda la burocracia del sistema?

—Familias que, seguramente, dejaban un montón de plata que se repartirían entre Mansilla y el magistrado —agrega Bermúdez.

—Sí. Además, el viejo nos dijo que *en aquella época todo era mucho más sencillo*. Bueno, teniendo en cuenta que dirigió el hogar por más de treinta y cinco años, ¿sabe cuál fue esa época? —Los ojos claros de Bermúdez se agrandan ante la pregunta—. Exacto, la época del proceso militar.

—Rouviot —expresa con voz tensa luego de unos segundos—, lo que usted sugiere es muy grave.

—Lo sé. Y si tengo razón, es posible que Mansilla haya participado en el delito de robo de identidad y apropiación de menores. No soy abogado, pero

hasta donde yo sé, esos son crímenes de lesa humanidad.

—¿Y si fuera así?

—Si fuera así, se tiene que morir en la cárcel, porque esos delitos no prescriben.

El clima se ha enrarecido. Con un movimiento torpe, Bermúdez enciende otro cigarrillo. Es evidente que está nervioso.

—Pero el tipo que buscamos debe haber nacido en el año... —duda—. Mil novecientos ochenta y cinco, más o menos.

—¿Y con eso qué? —lo increpa Rouviot—. ¿Me va a decir que no sabe que los milicos siguieron teniendo jueces amigos y estructuras de poder por muchos años más?

El hombre menea la cabeza.

—Sabía que usted me iba a meter en un quilombo, pero ¿sabe qué? Si está en lo cierto, le juro que yo mismo voy a traer a ese viejo a patadas en el culo por la ruta. —Hace una pausa—. Sin embargo, hay algo que no termina de cerrarme con respecto a nuestro caso.

—¿Qué?

—Que aun si su hipótesis estuviera acertada y esos chicos hubieran estado en el mismo internado, no es posible que se relacionaran, porque Hernán fue entregado siendo un bebé y casi no vivió en ese lugar.

Pablo asiente.

—Tiene razón. Pero Santana es muy inteligente. Quizás haya descubierto todo y obtenido los datos de la entrega de Hidalgo, y de otros chicos. Es probable, incluso, que ese sea el motivo por el cual Mansilla no denunció su fuga. Porque sabía de la amenaza que representaba para él judicializar a Dante, ¿entiende?

—Entiendo, pero, aun así, ¿por qué eligió a Hernán y no a otro?

—No lo sé.

Pablo se siente frustrado, y Bermúdez inquieto.

—No termino de creerme todo esto. Es demasiado siniestro.

—Me extraña que diga eso. Estoy seguro de que, a esta altura de su carrera, debe haber visto infinidad de cosas que parecen inexplicables.

—Es cierto. Aun así, no me acostumbro a ellas. Pero no perdamos tiempo. Según me contó, la última vez que lo vio estaba preparando unas valijas. Seguramente, ese hijo de puta sospechó que íbamos a descubrirlo y quiere levantar vuelo. No sé si llegaré a tiempo, pero lo voy a intentar. Así que mejor bájese, así salgo ya. No se olvide que tengo cuatrocientos kilómetros por delante.

—Por supuesto, pero antes deme el dato que le pedí que averiguara.

—Ah, sí, claro. Bueno, para variar, usted tenía razón. No hay ningún instituto de enseñanza llamado Ganímedes en toda la Capital, pero sí, como lo

intuyó, hay un bar de tragos en la calle Arenales al 2400; se llama Los Ases. —Lo mira—. ¿Puedo saber cómo lo supo?

—No lo supe, lo deduje.

—¿A partir de qué?

—De la escucha de las sesiones. Cuando el Gitano le pidió que hablara de su trabajo, percibí una cierta sorpresa en Dante. Creo que no esperaba esa pregunta y, por lo tanto, como no tenía una respuesta armada tuvo que improvisar.

—¿Entonces?

—Entonces, inventó que era auxiliar docente, pero ante la pregunta por la localización del instituto, se vio apurado y dio una dirección que en realidad significaba algo para él. Cuando, en encuentros posteriores, habló de su amigo Flavio, ocurrió algo parecido. Dijo haberlo conocido en ese lugar, al que llamó Ganímedes. Sospecho que, de verdad lo conoció allí, aunque, por supuesto, falseó el nombre. Nadie podría llamar así a un instituto de enseñanza.

—¿Por qué?

—Porque es el nombre de un personaje de la mitología griega, a la que Santana es muy adepto. Un personaje para nada ligado a la educación, más bien todo lo contrario.

—Cuénteme —lo invita Bermúdez.

—Ganímedes era un príncipe troyano, y se cuenta que era tan hermoso que Zeus se enamoró de él ni bien lo vio. Dispuesto a poseerlo, se transformó en águila y lo secuestró, llevándolo con él al monte Olimpo, donde además de hacerlo su amante, le dio el cargo de copero, para que todos pudieran disfrutar de su belleza al verlo llegar trayendo el néctar. —El policía lo interroga con un gesto—. El vino de los dioses. Como le dije —continúa Pablo —, Dante es un gran conocedor de los mitos clásicos, y por eso sospeché que se estaba burlando de José al usar ese nombre. Sin embargo, intuí que en esa dirección debía haber algo. Algo que tampoco se llamaría Ganímedes, pero que sí tendría que ver con él.

—Un bar de copas, por ejemplo —completa el policía.

—Elemental, mi querido Bermúdez —bromea Rouviot.

—Pero con ese chiste se estaba arriesgando mucho. Porque, de algún modo, iba dejando pistas.

Pablo se queda pensando en lo que acaba de escuchar.

—Tiene razón.

—¿Y por qué alguien tan perspicaz haría eso?

—Hay dos respuestas posibles. La primera, es que haya querido confesarse.

—No entiendo.

—Bermúdez, créame que por muy lúcida que sea una persona, nadie está exento de que la culpa le haga cometer algún acto fallido que lo delate.

—¿Y por qué haría eso?

—Porque, inconscientemente, busca ser castigado.

El hombre menea la cabeza.

—Una teoría muy retorcida para mi gusto, pero con usted ya me estoy acostumbrando. ¿Y la segunda opción?

—Que supiera de antemano que iba a matarlo y, sabiendo que iban a buscarlo, haya dejado esos rastros a propósito para competir en inteligencia con sus perseguidores.

—O sea, con nosotros.

—Así es —concluye Pablo—. Pero dejemos la charla para después, si le parece, que tiene por delante un largo trayecto hasta General Lemos.

—Y mientras tanto, ¿qué va a hacer usted?

Rouviot lo mira con ironía.

—Creo que voy a ir a tomarme unos tragos.

– V –

El lugar es agradable. La luz tenue y la música suave de *jazz* generan un clima íntimo y distendido. En el medio del salón, a la derecha, se encuentra la barra, en el centro las mesas, contra la pared unos boxes con sillones amplios, y al fondo se distingue una escalera que, intuye, debe conducir a los baños. No bien entra percibe que todos los espacios están armados para dos personas, y que es un lugar frecuentado mayoritariamente por la comunidad gay. Era obvio. Por algo lo llamó Ganímedes, uno de los amores homosexuales más famosos de la mitología clásica.

Tiempo atrás, estos establecimientos eran mirados con cierto recelo, cuando no con burla. Hoy, por suerte, los homosexuales no necesitan esconderse, porque después de una intensa lucha, han logrado que se reconozcan sus derechos. Pablo se enorgullece de haber sumado su voz tanto en los medios de comunicación como en el Congreso de la Nación, para que esto se lograra. Gracias a todo ese camino recorrido, Los Ases, lejos de ser un reducto oscuro y secreto, es uno más de los muchos *pubs* que abundan en Buenos Aires.

Camina hacia la barra con decisión y se sienta en una banqueta alta. De inmediato, un joven lo atiende con amabilidad.

—¿Puedo servirte algo?

—Sí. Una copa de Syrah, por favor.

—Cómo no. Enseguida.

—Esperá. —Lo detiene—. Mejor Malbec.

—Bueno, como prefieras.

A los pocos segundos, se sorprende al advertir que está disfrutando del momento. El gusto intenso del vino y la música de Egberto Gismonti han logrado el milagro: a pesar de todo lo vivido en estas últimas horas, está relajado.

Minutos después, por encima de la barra, el muchacho coloca un copón frente a él y con maestría lo llena hasta la mitad. Luego lo mira, le sonríe, y sirve un poco más.

—Regalo de la casa, por ser la primera vez.

Rouviot aprovecha la confianza que genera el tuteo para iniciar un diálogo.

—¿Cómo te diste cuenta de que no había venido antes?

—Porque la mayoría de nuestros clientes son habitué. Cada tanto, alguno trae un nuevo amigo que se enamora del lugar y, a partir de ese momento, vuelve, y así se va armando la cadena. —Le estira la mano—. Bienvenido. Julián.

—Encantado. Pablo. —Siente que la puerta se ha abierto, y sabe que debe aprovecharlo—. En realidad, el lugar me lo recomendó un amigo, Dante Santana, ¿lo ubicás?

—No.

—Él conoce a alguien que trabaja acá, Flavio.

El gesto de Julián cambia, apenas.

—Ah, sí. Pero Flavio no trabaja acá, aunque es cierto que viene casi todos los días. Pero no es empleado del lugar, es cuentapropista.

—No entiendo.

Pausa.

—¿Usted es policía? —pregunta con voz grave.

—No, te lo juro.

La sinceridad de la respuesta es tan evidente que el joven se relaja y vuelve a tutearlo.

—Mejor, me habías asustado. Aunque no tengo motivos, porque nosotros no tenemos nada que ver con ese negocio.

Tiene la tentación de preguntar de qué negocio le habla, pero siente que de esa manera volvería a cerrar la puerta. Está desconcertado, pero es analista y su mayor virtud es lograr que la gente hable. Si puede hacerlo todo el tiempo en el consultorio, ¿por qué su técnica no va a funcionar ahora?

—¿Y entonces? —le pregunta.

—Entonces, vas a tener que hablar directamente con él. En este momento hay otros chicos que, si te interesa, puedo presentarte.

—No, gracias, prefiero esperarlo.

Luego de ese comentario, Pablo ya no tiene dudas acerca de cuál es el negocio. Si Julián no le hubiera propuesto presentarle a *otros chicos*, sospecharía que se trata de una cuestión de drogas. Ahora, en cambio, está convencido de que es un tema de prostitución.

Son muchas las preguntas que se agolpan en su cabeza, pero sabe que no es conveniente que se deje invadir por ellas en este instante. Necesita estar despejado y tranquilo si quiere sacar provecho de su visita al lugar. Está seguro de que Santana estuvo allí y, a esta altura, cualquier cosa puede ser fundamental. Resuelto a inspeccionar el lugar, se pone de pie y camina hacia la escalera. Sube y comprueba que, efectivamente, conduce a los baños. No obstante, siguiendo por un pasillo angosto que sale al costado, se encuentra con un amplio espacio donde la luz es tan tenue que dificulta la visión. Luego de unos segundos sus ojos se acostumbran a la oscuridad y comprueba que se trata de un reservado que, en este momento, se encuentra casi vacío. Solo una pareja conversa en uno de los sillones del fondo. Antes de bajar, se detiene en el lavatorio y se moja la cara. Es uno de sus rituales, algo que suele hacer entre pacientes para despejarse. Al descender, saluda a algunas personas que

le sonríen intentando no ser descortés. Vuelve a la banqueta, toma la copa, bebe un trago, y siente una mano sobre su hombro izquierdo. Gira, sorprendido, y se encuentra con el rostro de un joven de grandes ojos marrones y sonrisa amplia.

—Me dijo Julián que me buscabas.

—¿Flavio?

—Sí, ¿cómo estás? —Lo saluda con un beso—. Vos sos…

—Pablo. Dante Santana me habló de vos.

—Dante —repite sin perder la sonrisa—. Hace mucho que no lo veo, me tiene preocupado. Pero es mi culpa.

—¿Por qué?

—Porque yo sé que no conviene hacerse amigo de los clientes. No es bueno mezclar el corazón con los negocios. —Se hace un silencio—. ¿Me invitás algo de tomar?

—Por supuesto, lo que desees.

Flavio le agradece y con un gesto le indica al barman que le sirva algo.

—Lo de siempre. —Lo mira unos segundos antes de hablar—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Imagino que Dante te contó cómo funciona esto.

—La verdad es que no me dijo demasiado.

—Bueno, te explico. Cobro cien dólares la primera hora, por adelantado, y después vemos, según cómo me sienta. Servicio completo, por supuesto. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro —responde y mete la mano en el bolsillo interior del saco, pero Flavio lo detiene.

—No, Pablito, acá no. El dueño del lugar es un buen tipo y nos deja parar en su boliche, pero no quiere saber nada de esto. Así que, si te parece, mejor nos vamos a algún lugar y allí arreglamos todo. —Lo mira insinuante.

—¿Y a dónde vamos?

—No lo sé, vos dirás. Un hotel, tu departamento…

—Prefiero ir a uno de los reservados de acá arriba.

El joven lo observa sorprendido.

—Mirá que, entonces, el servicio es limitado. Te dije que el bar no quiere problemas.

—No te preocupes. —Lo mira Pablo—. Para lo que yo ando buscando, alcanza y sobra.

—Como quieras.

De inmediato, se pone de pie y camina hacia el fondo. Rouviot lo sigue mientras piensa cuál será la mejor forma de abordarlo. Por lo general, elige ir de frente, pero dado lo delicado del caso, cree que será mejor cambiar de estrategia. No cree que un *taxi boy* tenga muchas ganas de tener tratos con la

policía por inmiscuirse en un intento de homicidio. Y, en el breve momento que compartieron, percibió algo de lo que no tiene dudas: ese muchacho tiene un sentimiento especial por Santana, y quizás esa sea la grieta por la cual pueda avanzar.

Conocedor del terreno, Flavio se sienta en un box estratégicamente ubicado para que, desde ningún lugar del salón, pueda verse lo que ocurre allí. Ante la ausencia de sillones enfrentados, Rouviot se sienta a su lado.

—Primero, lo primero. —Le hace un gesto rozando el pulgar y el índice de su mano derecha.

—Ah, sí, claro. —Extrae la billetera—. Imagino que aceptás pesos.

—No siempre, pero con vos voy a hacer una excepción. Me caés bien.

—Gracias. —Cuenta el dinero y se lo entrega.

El joven lo guarda y se le acerca.

—¿Y por dónde querés que empecemos?

—Por Dante —responde mientras le pone la mano en el pecho y lo aleja con cuidado.

—Ah, bueno. Veo que sos de los que se calientan escuchando relatos ajenos.

Pablo sabe que no puede ser sincero, pero hace tiempo ha comprendido que no hay mejor mentira que la que se arma con retazos de verdad.

—No. En realidad, somos amigos y, al igual que vos, ando con ganas de encontrarlo.

Flavio asiente y toma de su trago antes de hablar.

—¿Y de dónde lo conocés?

No esperaba esa pregunta, pero está preparado para responderla.

—Supongo que te contó que se crio en un instituto de menores.

—Sí.

—Bueno, yo fui uno de sus profesores.

—¿En serio? Él nunca quiso hablar conmigo de esa época de su vida.

—Lo supuse. Como imaginarás, fue una infancia muy dolorosa.

—Sí, claro. Y contame, ¿cómo era él de chico?

Los dichos de Mansilla vuelven a su memoria.

—Era muy especial, diferente al resto. Tenía una mirada tierna y triste. No sé si sabés, pero en todos los años que estuvo allí, jamás recibió ninguna visita y pasaba los fines de semana solo. Por eso, yo solía ir a verlo para hacerle compañía, charlar un poco, o recomendarle algún libro. Era un apasionado de la literatura. El que más le gustaba, si no me falla la memoria, era uno de Mark Twain.

Para su sorpresa, Flavio sonríe.

—Lo sé. Es un fanático de esa novela, es más, me regaló un ejemplar para ver si podía iniciarme en el vicio de la lectura. Pero no lo consiguió. Mis vicios

son mucho menos sanos.

Consciente de que cada dato cuenta, intenta disimular su ansiedad.

—¿Y recordás cuál era?

—Sí, la tengo en el cajón de mi mesa de luz. *Príncipe y mendigo*, pero no me pidas que te cuente de qué se trata porque nunca pude pasar de la primera página.

Pablo no necesita que lo haga. Conoce perfectamente el argumento. Tanto que no entiende cómo no se dio cuenta antes.

Se trata de un relato ambientado a mediados del siglo XVI que cuenta la historia de dos niños físicamente idénticos. Uno de ellos, Tom Canty, vivía en la mendicidad con la única compañía de un padre déspota y cruel. El otro, Eduardo, era hijo del rey de Inglaterra, Enrique VIII. Ocurrió que un día, mientras el mendigo espiaba cómo el príncipe se aburría en sus jardines, fue descubierto por un guardia que, al verlo, quiso echarlo del lugar. Pero el futuro monarca se apiadó de él y lo dejó pasar. Así, inesperadamente, el joven pobre se encontró frente al príncipe de Gales. Ambos se asombraron por el parecido y, casi como un juego, decidieron intercambiar sus vidas por un tiempo. Tom se colocó las prendas reales y Eduardo los harapos y, a partir de ese momento, el príncipe conocería la injusticia, el dolor y el hambre, en tanto que el mendigo viviría rodeado de lujos y riquezas. Al final de la obra, ya muerto su padre, Eduardo vuelve y toma su lugar como rey y, agradecido por la bondad que Tom había demostrado en su breve y equivocado reinado, decide premiarlo y sacarlo de la miseria para siempre.

—Por supuesto. —Maldice—. *Príncipe y mendigo*, la historia de un chico que roba la identidad de otro. ¿Cómo se me pudo escapar?

—Bueno —interviene Flavio, ajeno a los pensamientos de Rouviot—, no seas tan autoexigente. Hasta los profesores tienen derecho a olvidarse algunas cosas.

—Sí, claro —acota confundido por algo que le da vueltas en la cabeza y no puede identificar.

Por suerte, el joven lo rescata del silencio.

—¿Estás preocupado por él?

—Sí. Creo que puede haberse metido en problemas. —Flavio frunce el ceño —. ¿Qué pasa?

—Que yo sabía que eso iba a pasar.

—¿Por qué?

Lo mira un rato antes de responder.

—Pablo, como te imaginás, parte de mi trabajo es la discreción. La gente que me busca no solo paga por sexo, paga también por silencio. Y siempre

respeto ese compromiso de confidencialidad, no sé si me entendés.

—Te comprendo mejor de lo que creés —confiesa—. ¿Sabés? Algunos dicen que soy muy perceptivo, y advierto que tenés un sentimiento muy fuerte hacia él. Creo que, a vos como a mí, te importa mucho Dante. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocás. Él logró algo que nunca pensé que me iba a pasar.

—¿Qué cosa?

—Que me hiciera realmente amigo de un cliente.

Flavio tiene ganas de hablar, lo siente en el aire, y aprovecha el momento.

—¿Me querés contar?

—Lo conocí acá, hace un tiempo. Por lo general, los clientes prefieren ir cambiando de acompañante, irse a veces con algunos de nosotros, y a veces con otros. Debe ser por eso de que en la variedad está el gusto. Pero él no. Desde el primer día me eligió y durante unas semanas nos vimos bastante seguido.

Pablo nota un gesto que parece una sonrisa, y registra que el muchacho ha empezado a sentirse cómodo. A excepción del entorno, el diálogo que está teniendo no es muy distinto al que se da en una sesión.

—¿De qué te acordaste?

—De que me dijo que nunca había estado antes con un chico, que siempre se había relacionado con mujeres, pero quería hacerlo por primera vez conmigo. Mirá, aquí la gente miente mucho. De hecho, nosotros no usamos nuestros nombres verdaderos, pero aun así le creí, y lo cuidé. Lo traté con dulzura, con suavidad, y fue una experiencia hermosa, incluso para mí. Y así estuvimos casi un mes, hasta que empezó a obsesionarse.

—¿Con vos?

—No, con uno de mis clientes. Al principio, pensé que estaba celoso de mí, pero después me di cuenta de que no era así, de que había perdido todo interés en que tuviéramos sexo. Solo le importaba que le hablara de él y le contara todo lo que pudiera de su vida, hasta que al final me pidió que se lo presentara. No pude decirle que no. Vos lo conocés desde chico, así que debés saber que tiene un magnetismo muy particular, y siempre logra lo que se propone. La cuestión es que al tiempo empezaron a salir, y Dante se enamoró de un modo infantil. Le dije que no fuera boludo, que no se enganchara, porque ese tipo era un divino, pero pertenecía a otro mundo.

Rouviot recuerda una frase que escuchó en una de las sesiones que Santana tuvo con José. Aquella en la que Dante protestó porque entendía que el analista estaba haciendo lo mismo que su amigo Flavio: pensar que él era un boludo.

—¿Qué querés decir con eso de que pertenecía a otro mundo?

—Que el flaco era un tapado.

—No entiendo.

—Quiero decir que solo venía a sacarse las ganas.

—Supongo que todos tus clientes hacen lo mismo.

—Sí, pero no hablo de las ganas de tener sexo, sino de las ganas de hacerlo con un hombre. Era una de esas personas que tienen un mundo luminoso y otro oculto. Para afuera, era un estudiante exitoso, hijo de una buena familia que debía casarse y tener hijos para no defraudar a sus padres. Y, en su interior, algunas veces, se permitía venir acá y satisfacer sus deseos.

—Y eso no te asombró.

—Para nada, es mucho más común de lo que te imaginás. Aquí, todo el tiempo, vienen tipos casados, con hijos. El asunto es que un día, hace unos cuantos meses, René dejó de venir. Una lástima, me gustaba. Ojalá vuelva algún día.

—¿René?

—Sí, el flaco del que te estoy hablando. Con Dante nos seguimos viendo, pero afuera de acá. Conversamos, compartimos momentos, y discutimos unas cuantas veces.

—¿Por qué?

—Porque no quería entender. Se le había metido en la cabeza la idea delirante de que René iba a dejar todo por él. Le dije que se olvidara, que eso no iba a pasar nunca, porque esa gente no deja todo con tanta facilidad.

—¿Y qué pasó?

—Que se enojó conmigo y no nos vimos más. De vez en cuando me respondía alguna llamada, pero eso era todo. Y, desde hace bastante, no sé más nada de él, ni siquiera puedo ubicarlo.

Flavio se interrumpe y termina su copa, Pablo hace lo mismo.

—Gracias, Flavio, o como sea que te llames. De verdad, te agradezco mucho todo lo que me contaste.

El joven le toma la mano.

—Todavía no se terminó el tiempo.

Pablo se suelta sin brusquedad.

—No importa. Quedate con el vuelto.

—Qué pena —comenta Flavio.

Rouviot se pone de pie para irse, pero el joven lo detiene.

—Pablo, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro.

—Si llegás a ver a Dante, decile que me llame, que es una persona muy importante para mí.

Rouviot asiente, camina unos pasos, baja la escalera y sale del lugar con tres certezas. La primera, que Flavio tiene razón. Es un joven sensible y no le conviene encariñarse con sus clientes si no quiere sufrir. La segunda, que no solo los que brindan el servicio cambian sus nombres, también lo hacen

quienes lo consumen. Y la tercera, que su deseo no va a concretarse jamás. René no va a volver nunca más a Los Ases, porque René está muerto.

– VI –

Todavía imbuido de la charla que acaba de tener, Rouviot camina por Arenales en dirección a Callao. Sin embargo, lejos del disfrute habitual que le genera recorrer Buenos Aires, su pensamiento está abrumado de frases que ha escuchado a lo largo de estos días y que ahora le permiten echar algo de luz sobre lo que, hasta hace apenas unas horas, no era más que un mar de tinieblas.

El enojo de Hidalgo con su hijo por la decisión de estudiar Filosofía, por ejemplo. Todos pensaron que el motivo era su deseo de que Hernán se recibiera de ingeniero y quedara a cargo de la empresa familiar, sin embargo, Pablo está seguro de que su encono no tenía que ver con eso, sino con el intento de alejarlo de esa *gente rara* que había conocido en la facultad. Según las palabras de Laura, Raúl era *un buen hombre, pero demasiado estructurado*, quizás tanto que no pudo soportar la idea de que su hijo fuera homosexual. La mujer le comentó también que a su esposo le molestaban algunas de las actitudes de Hernán.

—¿Cuáles? —se pregunta.

¿El excesivo cuidado por su cuerpo, la importancia que le daba a la imagen, o la decisión de recluirse en el departamento de la calle El Salvador para construir ese *mundo que no quería compartir con nadie*? De seguro, la mente del hombre no dejaba de fantasear con lo que podría pasar allí, motivo por el cual no se atrevió ni siquiera a visitar el lugar sino hasta después de la muerte de su hijo, un muchacho condenado a irse de esta vida *lleno de secretos*. Y al pensar en ese departamento, Pablo recuerda la fotografía que el joven había tomado a escondidas en un museo de París, y el comentario que le había hecho a su hermana. Rocío le contó que, antes de echarse a llorar, él le manifestó que *la locura era el precio que alguien debía estar dispuesto a pagar si quería vivir una pasión verdadera*. Es más que claro que el joven pensaba que lo que le pasaba era eso, una locura. Una locura en la cual no estaba dispuesto a vivir, pues por mucho que le fascinara la obra y, en especial, la vida de Camille Claudel, no pensaba seguir sus pasos.

Rouviot descarta que, alguien que la admiraba tanto, debía saber cuál fue su final. Sin dudas, estaba al tanto de que la familia de Camille Claudel decidió internarla en un hospital psiquiátrico, que su madre jamás la visitó, que su hermano, un adinerado poeta, se negó a pagar la pensión, que murió sola en un manicomio y fue enterrada en una fosa común. Ciertamente, Hernán no quería ese destino para él y, tal vez por eso se puso de novio con Sofía, para intentar acallar la voz que, desde adentro, peleaba por hacerse oír.

Es probable que ese fuera también el motivo de la intempestiva reacción que tuvo al ver a Dante en la puerta de la facultad, invadiendo su universo público, y del ímpetu con el que rechazó su propuesta. En realidad, ese enojo era con él mismo por renunciar a su pasión ante el temor a perder todo lo que hasta entonces había sido su vida. Y debe admitir que, al menos por un tiempo, logró su cometido. Laura misma le había confesado que *todo cambió cuando apareció Sofía*, que *ella trajo calma a la familia*, y que a partir de su llegada, padre e hijo se acercaron, hicieron viajes juntos, *e incluso Raúl terminó por aceptar la decisión de Hernán de ser filósofo*.

Esos dichos le confirman que el rechazo de Raúl no tenía nada que ver con la carrera, sino con el miedo que le generaba la posible homosexualidad de Hernán. Por eso, cuando les presentó a su novia, la resistencia contra la filosofía desapareció de inmediato. Y otro tanto debe haberle ocurrido al joven, pues, según le contó Sofía, recién cuando ellos comenzaron a salir, *pareció relajarse y pudo compartir más tiempo con su familia* en un clima de felicidad. Y todo parecía haberse encaminado, pero la pulsión no cede, y es evidente que eso lo llevó a una solución sintomática: tener una doble vida. Ser a veces Hernán Hidalgo, el agradable hijo de una familia distinguida, y otras René, el enigmático joven que visitaba el *pub* Los Ases en busca de la compañía de un hombre.

—¿Por qué René? —se cuestiona, y la respuesta acude de modo inmediato.

No es extraño que un estudiante apasionado por la filosofía haya elegido el nombre de Descartes, iniciador de la filosofía moderna, aquel que destronó al padre todopoderoso, y se permitió dudar de la existencia misma de Dios, con una simple frase: *cogito ergo sum*. Pienso, luego existo.

Pero no siempre los síntomas resisten toda embestida, y por eso un día se desmoronó. Es posible que también él estuviera enamorado de Dante, y su declaración de amor haya hecho resurgir esa voz que hasta entonces permanecía encadenada en el fondo del abismo e, intentando acallarla, tomó una cantidad de drogas tal que le causó una muerte inmediata. Y eso es todo. Punto final para la vida de Hernán.

—Una historia que bien podría haber inspirado una tragedia griega —reflexiona, y ese pensamiento lo sacude.

La imagen de los griegos le recuerda el verdadero motivo de su búsqueda. Es cierto que cree haber desentramado la madeja del joven Hidalgo, pero ese nunca fue su objetivo. Muy por el contrario, su propósito es entender la otra tragedia, la que tiene como protagonista a Dante Santana y, casi sin advertirlo, sale de Callao y dobla en la avenida Córdoba con rumbo al Hospital de Clínicas.

– VII –

No tiene dudas de que Hernán era el cliente que tanto obsesionaba a Dante, y es más que seguro que Flavio haya sido apenas una pieza secundaria del complicado ajedrez que Santana armó en su mente, el camino necesario para acceder al verdadero objeto que movilizaba su deseo: Hernán. Al menos al comienzo, hasta que establecieron un vínculo de amistad. Pero, si está en lo cierto, ¿cómo se dieron los hechos? Es demasiado analítico para pensar que el encuentro haya sido un mero capricho del azar. Es indispensable, entonces, que logre recrear en su pensamiento cómo puede haber sido la sucesión de acontecimientos.

Descuenta que Dante conoció a Hernán en Los Ases. De hecho, él mismo confesó en una de las sesiones que lo había conocido en un *pub*, y a partir de ese momento fueron inseparables y compartieron casi todo. Incluso el sexo, piensa Rouviot. Al parecer, solo mintió en el hecho de que ese encuentro fue casual. Y si, como sospecha, utilizó a Flavio para que los presentara, no cabe duda de que fue el propio Hernán quien lo guio hasta él. Si esto se dio así, cae de maduro que Dante venía acechándolo desde hacía un tiempo. Se estremece de solo imaginarlo tras las sombras, o disimulado entre la gente mientras esperaba la oportunidad de hacer contacto.

La facultad era una opción, como también el gimnasio. Sin embargo, resulta evidente que, cuando siguiendo sus pasos lo vio entrar en Los Ases y descubrió ese mundo que él tanto se esforzaba en ocultar, comprendió que había una manera mucho más directa y menos sospechosa de abordarlo. Bastaba relacionarse con el joven que Hernán contrataba para satisfacer su deseo escondido, y además tenía la excusa perfecta: hacerse su cliente. Por supuesto, como todo tiene un precio, debía pagar el suyo: tener relaciones con un hombre, algo que, según le confesó a Flavio, no había hecho nunca hasta entonces.

En refuerzo de esta idea, viene a su memoria la respuesta que le dio a José cuando este le manifestó que ignoraba que también le gustaran los hombres: *Bueno, tuve algunas experiencias, sí, pero no sé si me gustan los hombres. Me gusta él.*

Y había sido sincero. Dante no era homosexual. Dante estaba obsesionado con Hernán. Pero ¿por qué? Sin dudas, debía haber un motivo muy importante como para que estuviera dispuesto a entregar su propia sexualidad con tal de acercarse a él. Y sabe que la respuesta a esa pregunta tiene que estar en las sesiones. De hecho, ya no tiene dudas del motivo por el cual disparó contra el Gitano. En la escucha de esos encuentros, pudo

comprobar que poco a poco iban cayendo las máscaras, y que Santana era cada vez más él y menos Hernán. Dante se encontró en la encrucijada de elegir entre confesarse o destruir a quien, con su arte, estaba a punto de descubrirlo. Era el momento de tomar una decisión: o renunciaba a su disfraz y continuaba el análisis intentando aceptar quien era, o eliminaba a esa persona que tenía el conocimiento como para desenmascararlo. Quizás haya dudado, no lo sabe, pero lo cierto es que una parte de él ya lo había decidido. Por eso concurrió a esa última sesión con un arma y, antes de irse, se llevó el grabador pensando que era el único registro de su paso por el consultorio. Pero se equivocaba, y Pablo sabe que, en esas anotaciones que lleva encima, están las respuestas que necesita.

Ha llegado a la puerta del Hospital de Clínicas, pero no quiere interrumpir este momento en el que presiente que está a un paso de descubrir la verdad. Por eso, cruza la calle Paraguay, ingresa en un bar, pide un café y saca el cuaderno con una idea firme: no va a levantarse de esa mesa hasta no haber encontrado la solución a este problema.

Releyendo sus observaciones, encuentra algunas frases que muestran la adoración que Santana tenía por Hernán, con qué emoción habló de su personalidad, su belleza y su modo de tratarlo, y recuerda el erotismo con que narró aquella tarde en que salieron a navegar. Ese párrafo lo impactó tanto que lo copió casi textualmente. La había descripto como una experiencia maravillosa. Contó cómo Juan, en realidad Hernán, estaba relajado y se reía como nunca lo había visto hacerlo. Rouviot entiende que debe haber sido así. En medio del río, solos, y sintiéndose lejos de la mirada de los demás, debe haber cedido sus defensas y dado lugar a su verdadera pasión.

Sigue leyendo sobre la fascinación que Dante sintió al mirarlo con los ojos cerrados, con una sonrisa dibujada en la boca mientras el viento le movía el pelo. El posterior relato de los encuentros sexuales es de una potencia que denota erotismo y el amor que sintió en ese vínculo.

Mientras termina el café, sus ojos se detienen en una intervención de José. El analista le señaló que su discurso es confuso y que parece confundir a la familia del joven que ama con la suya. Dante reaccionó con furia, y ahora entiende el motivo: el Gitano estaba en lo cierto. Y movido por esa premisa, se dedica a intentar discernir cuánto de lo que dijo es un invento, y en qué resquicios de su relato se filtró la verdad. A los minutos, ha copiado una serie de citas en una hoja aparte, y ahora las lee con detenimiento. Hablando de su padre ha dicho:

> *—Él se cree que tiene potestad sobre mí, como si todavía fuera un chico, pero ya no lo soy. Ahora puedo decidir lo que quiero para mi vida sin tener que pedirle permiso a nadie.*

—Mi padre tampoco tiene la autoridad moral para decir qué es lo correcto y qué no lo es. Si fuera por él, yo seguiría sentado en su falda escuchando sus cuentos. Pero ya no soy un chico, soy un hombre y no tengo por qué continuar soportándolo. Por algo me fui de esa casa, para construir mi propia vida. Y si no le gusta, que se joda. No va a volver a manejarme con su tonito suave y sus modos cariñosos.

Y en la sesión en que concurrió tan enojado, hablando de la familia de su amado, manifestó que él se negó a presentársela. Seguramente su ira tenía que ver con la sensación de que el joven se avergonzaba de la relación que tenían, pero intentó justificarlo aludiendo un motivo para esa negativa.

—Porque sabe que su puta familia jamás me aceptaría. Hipócritas, mentirosos. Son una mierda. Al fin y al cabo, no tuvo un hogar tan diferente al mío. También su padre es una porquería al que no puede enfrentarse.

Lee esas frases una y otra vez, hasta que de pronto la niebla se disipa y comprende. ¿Quién tuvo potestad sobre Dante Santana cuando era un chico? ¿A quién debía pedirle permiso? ¿Quién lo sentaba en su falda para contarle cuentos? ¿Quién no iba a volver a manejarlo con su tonito suave y sus modos cariñosos?

La respuesta es clara: Francisco Mansilla. Y con esa certeza, su mirada se detiene en dichos que se le imponen y a los que empieza a darles un sentido diferente. En ellos, Dante dice que el hombre carece de toda autoridad moral, que ya no tiene por qué seguir soportándolo, que por algo se fue, o sea, se escapó, de ese hogar. De allí su enojo con José cuando, desafiante, le inquirió si en el consultorio también debía esperar la autorización de alguien para poder irse. Luego se detiene en sus dichos acerca de que, al igual que él, Hernán, a esta altura prefiere nombrarlo así, tuvo como padre a una porquería a la cual no tenía el coraje de enfrentar. Y, como si se tratara de la segunda parte de una película, las conversaciones que tuvo con Mansilla vienen a su mente y terminan de cerrar el círculo.

Ante la pregunta de si había conocido a Dante Santana, el hombre respondió que casi podría decirse que lo había criado, y lo describió como *un chico muy especial, diferente al resto* que, *a pesar de todo, siempre tenía una mirada tierna*. Cuando lo interrogó acerca de qué había querido decir con eso de *a pesar de todo*, le respondió simplemente que Dante había tenido que soportar una carga muy dura. Ahora puede imaginar de qué se trata, y por un momento, se apiada del muchacho. No tiene dudas de que nada de tierno tenían esos momentos en los que lo sentaba en su falda, ni aquellos fines de

semana en los que aprovechaba la soledad del instituto para ir a verlo y hacer con él lo que quisiera. Sabía que no corría ningún riesgo, después de todo, como él mismo dijo: *eran chicos que no le importaban a nadie, que habían sido tirados allí como si fueran una bolsa de basura*.

No necesita más para entender que ese hombre abusaba de Dante. Por eso, él le había dicho a Flavio que jamás había estado con un chico. Era cierto. Toda su infancia había estado condenado a tener sexo con un viejo, y es seguro que en esa intimidad tuvo acceso a los documentos que le permitieron saber sobre Hernán Hidalgo, y vaya a saber cuántos chicos más. Maldice, y se enoja consigo mismo por no haber notado que, en todas las fotos que Mansilla le mostró, el hombre lo estaba abrazando. De seguro, *Dantecito*, como él lo llamó, fue su preferido, aunque no para protegerlo, sino para disfrutar de sus caprichos sexuales. Resulta obvio que ese fue el motivo por el cual no denunció su fuga: sabía que, si lo hacía, Santana iba a denunciarlo por violación de menores.

¿Cómo no se dio cuenta antes, si el mismo Mansilla lo había confesado con todas las letras: *esos chicos me daban muchas satisfacciones*? Lo que Pablo no sospechó nunca, era el tenor de esas satisfacciones, y cae en la cuenta de algo que no percibió en su momento: la carga erótica de la descripción física que le dio a Bermúdez acerca de Dante. Casi puede escuchar su voz, a la que ahora le añade un rasgo de lascivia: *es alto, tiene ojos color café, frente ancha, labios finos, cabello lacio y suave y, a pesar de que suele estar siempre muy serio, cuando sonríe es capaz de convencer a todo el mundo. Tiene rasgos delicados, pero a la vez su rostro transmite mucha seguridad. Es un hombre fuerte, culto y…*

—¿Cómo un hombre? —se cuestiona en voz tan alta que una familia ubicada en la mesa a su lado se sobresalta.

¿Cómo puede saber que se convirtió en un hombre fuerte y culto si dijo que desde el día en que se fue del hogar no volvió a verlo? La respuesta es simple: ese hombre octogenario de bigotes blancos, lejos de ser el bueno de Myriel, como quiso fingir, en realidad es la reencarnación de *Monsieur* Thenardier, el personaje más repugnante de *Los miserables*. Un ser inescrupuloso que miente todo el tiempo y no teme llegar a lo más bajo de la condición humana. Pero, entonces, si como sospecha, Dante volvió a buscarlo, ¿cuándo fue eso, y por qué?

Y así, como al pasar, una de las frases que había anotado en el cuaderno llama su atención. José le había señalado que parecía estar muy enojado con su padre, a lo que él respondió: *por supuesto que lo estoy. Me hirió mucho, y algún día va a arrepentirse de todo lo que me hizo sufrir*.

Y con la premura que genera la certeza, toma el teléfono y hace un llamado.

– VIII –

—Hola.

—Hola, Bermúdez, ¿dónde está?

—En la casa de la hermana de Mansilla, como me lo pidió.

—Menos mal.

—Menos mal, ¿por qué?

—Porque tenía miedo de que llegara tarde. No es momento de explicaciones, pero sepa que Mansilla ha hecho mucho más de lo que sospechábamos, y creo que su vida corre peligro.

—No me lo parece.

—Créame. La visita a lo de su familia no era para escapar de nosotros, como creíamos, sino de Dante. Tengo motivos para sospechar que, cuando le contamos lo que había hecho, comprendió que ahora le tocaba el turno a él, y por eso intentó huir, porque intuyó que Santana iba a ir a matarlo.

—Entonces, si lo ve, dígale que se ahorre el viaje.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque Mansilla está muerto. —Pablo enmudece, anonadado—. Hola... ¿Está ahí todavía?

—Sí, claro, pero no entiendo.

—Le cuento. Llegué hace un rato y encontré la casa llena de policías. Al parecer, el viejo no estuvo dispuesto a entregarse ni a correr ningún riesgo, así que decidió cortar por lo sano y se tiró de cabeza al vacío de un aljibe abandonado que hay en la propiedad. Lo encontraron hace un rato con el cuello roto. —Se ríe.

—¿Qué pasa?

—Que se ve que no se tenía mucha fe, porque en el bolsillo llevaba un libro. Qué sé yo, lo tendría por si no moría en la caída. Digo, para no aburrirse sentado en el fondo hasta que vinieran a rescatarlo.

—No bromee.

—¿Y qué quiere que haga, que llore por ese hijo de puta? Aunque le confieso que me hubiera encantado llegar a tiempo para encerrarlo y que se pudriera en la cárcel. Pero bueno, al menos ya no va a joder más a nadie. Algo es algo.

Pablo piensa unos segundos, y una idea se le impone. Sabe que parece descabellada, pero, aun así, debe seguir confiando en su instinto.

—Bermúdez, ¿cuál era el libro?

—¿Qué?

—Le estoy preguntando que cuál era el libro que el viejo tenía en el bolsillo.

—Sí, ya sé lo que me está preguntando, no soy sordo. Pero no entiendo qué relevancia puede tener eso.

—No lo sé, pero ¿me lo podría averiguar?

—Sí, claro, ya mismo. Por suerte, sigo en la escena del hecho. Es más, tengo el cadáver de Mansilla a mis pies, y el librito está tirado al lado. Déjeme ver. —Pausa—. ¡Mire usted qué cosa!

—¿Qué?

—Que, extrañamente, es uno de los pocos que leí en mi vida, me lo dieron en la escuela.

—¿Y cuál es?

—Espere que se lo leo tal cual, porque el título es largo: *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, aunque yo lo recordaba como *El Lazarillo de Tormes*. Si no me falla la memoria, era bastante aburrido y estaba escrito de un modo raro. ¿Lo leyó?

—Sí, y no está escrito de un modo raro, sino en castellano antiguo.

—Puta madre, no puedo ganarle una. Pero bueno, Rouviot, creo que ya no tengo nada que hacer aquí, a no ser que se le ocurra pedirme que le haga algún otro mandado.

—No, no. —Piensa un instante—. Vuelva nomás.

El subcomisario percibe su duda.

—Perdone, pero a esta altura, ya lo voy conociendo, y sé que algo le anda dando vueltas en la cabeza. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Pero no puedo decirle nada todavía. Necesito pensar.

—¡Y dale con el pensamiento! Pero está bien, me callo, ya me di por vencido. A usted hay que aceptarlo como es.

Los hombres se despiden, y Pablo se queda con los ojos clavados en el ventanal que da al hospital, aunque su mirada está muy lejos de cualquier percepción externa. Ha llegado el momento en que, si quiere encontrar, debe mirar hacia adentro. Por eso, pide otro café e intenta relajarse un minuto antes de comenzar con la tarea. No quiere que la ansiedad le juegue una mala pasada. Espera a que el mozo regrese con el pedido, bebe un sorbo, saca una lapicera, y dibuja algunos garabatos mientras ordena sus ideas.

Recuerda que, al hablar con Bermúdez acerca de las pistas que Santana había dejado, el policía le cuestionó por qué alguien tan inteligente haría algo como eso, y él le respondió que había dos respuestas posibles. La primera de ellas implicaba un motivo puramente psicológico: la búsqueda inconsciente de ser castigado por sus actos. La segunda, en cambio, era mucho más inquietante: que dejara rastros a propósito para competir con sus

perseguidores. En su momento, no se detuvo en esta opción porque es un mecanismo que solo utilizaría un asesino serial y, hasta entonces, el único crimen de Dante era el intento de homicidio de José. Sin embargo, ahora, se siente habilitado a pensar que, al menos, hay otro caso en que Santana podría estar involucrado.

Sin embargo, la idea no deja de sonarle extraña. No es común la aparición de asesinos seriales en la Argentina. El periodismo y la gente suelen confundirlos con los asesinos múltiples, pero se trata de categorías psicológicas bien distintas. Para que un criminal sea calificado de asesino múltiple basta con que mate a más de una persona, en cambio, para considerarlo un asesino serial es menester que reúna algunos requisitos más: que cometa más de un crimen, que tenga una forma determinada de matar, la existencia de una firma que le sea propia, que haya una lógica que una los casos, y, por supuesto, que lo recorra esa compulsión a retar a sus perseguidores.

Repasa esa lista y comprueba que Dante reúne algunas de esas condiciones, pero no todas. Si fuera cierto que tuvo que ver con la muerte de Mansilla cumpliría con el primero de los ítems, es decir, que habría cometido al menos dos asesinatos, y también con el último, el desafío de competir con quienes intentan descubrirlo. ¿Pero, qué del resto?

—Pensá, Pablo, pensá —se alienta a sí mismo.

¿Tiene Santana una forma determinada de matar? La respuesta le viene con claridad. Sí, ha decidido que todos sus crímenes parezcan suicidios, y allí están José y Mansilla para atestiguarlo. Pero ¿hay una lógica temática que una a sus víctimas? Lo duda. No parece haber nada en común entre ambos casos. En cuanto a la firma, sabe que a todo asesino serial le interesa que se sepa que él ha sido el responsable del acto, y por eso suele llevarse algo de la escena del crimen o, por el contrario, dejar algún elemento que lo identifica. Y, aunque en el momento no entendió por qué, es lo que le llamó la atención del relato de Bermúdez. Es cierto que parece una locura, pero ¿y si la firma de Dante Santana fuera que siempre deja un libro junto al cuerpo de sus víctimas? Al pensar en esto, casi como un *flash*, recuerda un comentario que le hizo Helena en el hospital. Cuando le informó que los pacientes preguntaban por su ausencia, dijo textualmente: *no me dio para contarles que te habías convertido en el nuevo Sherlock Holmes*.

—¿Por qué esa frase me resuena tanto? —se pregunta.

Y, casi de la nada, se le impone una imagen. En ella, está revisando el consultorio de José, la noche en que se llevó la notebook. Todo es silencio. Bermúdez acaba de dejarlo solo y sabe que tiene apenas unos minutos para inspeccionar el ambiente. Se ve a sí mismo abriendo el placard, los cajones, y ojeando unos libros que están sobre el escritorio. ¿Cuáles? La visión se

desvanece, pero él aprieta los ojos y fuerza su memoria. Allí están, eran tres. El tomo XVIII de las obras completas de Freud, una biografía sobre Beethoven, y un libro de Conan Doyle, *El problema final*. En aquella ocasión algo le resultó extraño, y ahora comprende por qué.

Muchas veces habían discutido porque José consideraba que el género policial era una de las ramas menores de la literatura y se negaba a leerlo. Por eso, Pablo está convencido de que ese ejemplar no era de su amigo. Pero ¿no estará fantaseando todo con el único fin de inventar una pista inexistente que lo aliente a no darse por vencido? ¿Es verosímil pensar que Santana dejó ese libro en el lugar del crimen?

Solo se le ocurre una manera de responder a esa pregunta: verificar si el argumento del relato guarda alguna relación con el caso. Dispuesto a hacerlo, termina su café y comienza a escribir una sinopsis de la obra.

La historia transcurre a fines del siglo XIX, y narra el mayor de los desafíos al que debió enfrentarse Sherlock Holmes: James Moriarty, un hombre a quien el detective perseguía desde hacía un tiempo. El delincuente le había advertido que lo dejara en paz o se atuviera a las consecuencias, pero Holmes no podía detenerse. Y la verdadera razón por la cual no renunciaba a su cacería era que lo consideraba un par intelectual y quería demostrarse que podía vencerlo. Era un desafío personal, y no pensaba abandonar la contienda.

En un momento del relato, mientras Holmes y su compañero, el doctor Watson, visitaban las cataratas, se les acercó un muchacho y les entregó una nota que decía que una mujer enferma requería la presencia del médico. Watson fue a verla de inmediato y dejó solo Holmes. Al llegar al lugar, descubrió que no había sido más que un engaño, un plan de Moriarty para que Sherlock quedara solo. Desesperado, Watson volvió hasta las cataratas y encontró dos pares de huellas que conducían al final del camino, y una nota en la que su amigo le explicaba que se había percatado de la mentira y que, aun así, lo había dejado marcharse porque había decidido enfrentar de una vez por todas a su rival. En el lugar hay huellas claras de una pelea violenta, y Watson dedujo que tanto Moriarty como Sherlock Holmes, el hombre más inteligente que jamás había conocido, habían muerto.

Al leer el resumen, advierte la analogía de inmediato. Es claro que, para la mente enferma de Dante, José representaba a Holmes, el hombre brillante que estaba a un paso de atraparlo y, como Moriarty, no tuvo más opción que asesinarlo.

Su razonamiento tiene sentido, pero sabe que no alcanza con una sola muestra para darle valor de verdad a una teoría. Si quiere lograr eso, su planteo lógico debe resistir también el otro caso. Aunque, esta vez, para

corroborarlo, ni siquiera necesita tomar nota, pues se trata de una historia muy conocida.

La novela que encontraron junto al cuerpo de Mansilla cuenta la vida de Lázaro, un chico nacido en un molino a orillas del río Tormes. Cuando su padre murió, su madre, viuda y pobre, lo puso al servicio de un viejo ciego, malvado y tramposo, una especie de «Viejo Vizcacha» que, con sus consejos, intentó prepararlo para enfrentar las dificultades del mundo. Más tarde, trabajó para un cura cuyo rasgo principal era la avaricia, un caballero venido a menos, un vendedor de bulas falsas y un alguacil desagradecido, hasta que por fin consiguió la ayuda de un sacerdote, se enamoró de su criada, se casó y logró ser feliz.

La equivalencia de la historia de Lázaro con la de Dante es demasiado evidente, tanto como el rol que le toca a Mansilla en la historia. Hay un mecanismo psicológico llamado *condensación*, uno de los modos del funcionamiento inconsciente, que explica cómo un único elemento puede representar a toda una cadena asociativa. Pablo jamás encontró un ejemplo más claro que este. Porque, así como El Gitano era Holmes, Mansilla es, al mismo tiempo, tramposo como el ciego, avaro como el sacerdote, ingrato como el alguacil y peligroso como el vendedor de bulas.

Pablo comprende que la figura de ese hombre debe haber sido muy intimidante para Santana, y tal vez eso lo llevó a buscar una salida delirante: identificarse con Tom Canty, el protagonista de su novela preferida, el mendigo que vivía con la única compañía de un padre déspota y que, a pesar de todo, llegó a ser rey.

Con la emoción de haber encontrado algo importante, hace un cuadro en el que anota el nombre de las víctimas, el método con el cual Dante intentó aparentar un suicidio, y el libro que dejó a modo de firma.

VÍCTIMA	MÉTODO	LIBRO
José	Disparo	El problema final
Mansilla	Arrojado al vacío	Lazarillo de Tormes

Mira la hoja un instante,
hasta que, casi sin pensar, agrega:

Cipriano	Ahorcamiento	La Biblia

– IX –

Cuando encontró el libro en el camastro, debajo de la colcha, se sorprendió. En primer lugar, porque daba cuenta de que nadie había vuelto a entrar al rancho de Cipriano desde el día de su muerte, ya que ni siquiera habían desarmado la cama. Pablo ha vivido entre esa gente y conoce sus supersticiones, quizás por eso ellos no se atrevieron a profanar el lugar que ahora parecía más una tapera que una pieza. Y, en segundo lugar, porque, si bien no había nada de extraño en que el hombre leyera las sagradas escrituras por las noches para aquietar la angustia que le producía tanta soledad, el ejemplar era nuevo. No cree que el paisano se hubiera tomado el trabajo de salir a buscar una librería, y menos aún que tuviera el dinero necesario para adquirir una edición tan fina. El otro detalle en el que reparó, fue que daba la impresión de no haber sido leído nunca, le faltaba ese bello desgaste que presentan los libros al ser manipulados, como si alguien lo hubiera comprado nada más que para dejarlo allí. Estaba impecable. Solo una hoja había sido doblada en el borde superior derecho señalando el comienzo: «El Génesis».

«El Génesis» es el primer libro, tanto de la *Torá* judía, como del *Antiguo Testamento* de los cristianos. La costumbre hebrea, como ocurre con las arias de ópera, era denominar a los libros por cómo empezaban. De allí que, para ellos, este capítulo se llamara «Bereshit», es decir, *en el principio*. La palabra *génesis*, en cambio, es de origen griego, algo que a Dante debe haberle atraído mucho, y significa nacimiento, origen. ¿Qué mejor opción podría haber encontrado para dejar como mensaje junto al cadáver de su padre biológico?

A esta altura, Rouviot está convencido de que también el suicidio de Cipriano ha sido otro de sus crímenes. Aunque, dada la pasión que Dante tiene por la mitología clásica, le asombra que no haya elegido *Los mitos griegos*, de Robert Graves, y señalado el capítulo en el que Zeus da muerte a su padre, Chronos.

Pablo se reclina en la silla e imagina cómo habrá sido ese encuentro. Supone que la sorpresa del hombre al tener enfrente al hijo que abandonó hacía tanto tiempo habrá sido enorme, y es posible que él lo haya torturado con reproches y le haya echado en cara la vida miserable que pasó por su culpa. Aunque también es probable que, como a José, le hubiera mentido acerca de su identidad y simplemente se encargara de matarlo.

—Todo depende de la crueldad de la que sea capaz —comenta en voz baja al tiempo que recibe un llamado. La voz que escucha del otro lado le suena familiar y amistosa.

—¡Qué gusto escucharlo otra vez, Bermúdez!

—¿Me está cargando?

—No, de verdad. Le juro que cuando todo esto termine, lo voy a invitar a la mejor parrilla de Buenos Aires y vamos a brindar juntos por la amistad.

—Eh, pare un poco que me va a hacer llorar —bromea.

—¿Ya llegó a la Capital?

—No, todavía me falta mucho. Lo llamo desde la ruta, para amenizar el camino.

—Tenga cuidado que no lo vean manejando y hablando por teléfono, a ver si le hacen una multa.

—No me joda, Rouviot. Mejor, cuénteme cómo está Heredia y si adelantó con algo, porque el Flaco Ganducci me acaba de dejar un mensaje preguntándome por el caso. Se ve que anda con ganas de cerrarlo.

—Usted no puede permitirle que lo haga, justo ahora.

—¿Por qué dice justo ahora? —Pablo deja escapar una sonrisa—. ¿Qué pasa?

—Veo que ya empezó a escuchar como analista.

—Déjese de embromar y póngame al tanto de las novedades.

Rouviot le comenta que está frente al hospital, pero que no ha pasado para averiguar cómo sigue José. De todas formas, está convencido de que no se han producido cambios significativos en su estado, de lo contrario, Helena ya lo habría contactado. Le cuenta de su visita al *pub*, de lo que averiguó allí y de por qué, atando cabos, ha llegado a la conclusión de que deben considerar a Dante un asesino serial.

—¿Tiene certeza de lo que está diciendo?

—Bermúdez, la certeza es cosa de locos, y yo todavía no soy uno de ellos. Pero créame que es así. Ya encontré la reiteración del crimen, el *modus operandi*, la firma y la compulsión a desafiarnos.

—Pero le falta hallar el factor común entre las víctimas.

—Sí. —Piensa—. Si solo se tratara de Cipriano y Mansilla pensaría en la venganza. Pero ¿cómo entra José en esa serie? ¿Por qué querría vengarse de alguien que siempre intentó ayudarlo?

—A lo mejor, quiso tomar revancha porque desalentó su amor hacia Hernán.

—Mmm… Me suena demasiado forzado.

—O, tal vez, usted se esté complicando más de la cuenta.

—Puede ser. —Hace una pausa—. ¿Alguna vez escuchó hablar de la navaja de Ockham?

—No, ¿qué es?

—Una teoría que dice que la explicación más sencilla casi siempre es la explicación correcta. Si esto fuera cierto, podría ser que Dante, simplemente, hubiera atacado al Gitano porque estaba a punto de descubrirlo.

—Me cierra bastante bien como motivo de un crimen. ¿Por qué lo descarta?

—Porque soy psicoanalista, y he aprendido que, al contrario de lo que pensaba aquel franciscano, la verdad habita en lugares oscuros y de difícil acceso, solo al alcance de quien se atreva a escuchar lo que nadie quiere oír.

—Entonces, cree que hay algo más.

—Sí. ¿Pero qué?

—Ah, no. No me pregunte a mí, que aquí el complicado es usted.

Pablo estalla en una carcajada, y siente que necesitaba esa conversación, al menos para escucharse en voz alta.

—¿Sabe qué pienso?

—No, no soy vidente, soy policía.

—Que Dante visitó a Mansilla poco antes de asesinarlo.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Que solo él pudo haberle pasado los datos de su padre biológico.

—Comparto esa idea, pero bien podría habérselos dado cuando se fue del instituto.

—No creo. Estuve tratando de comprender su psicología, y me di cuenta de que, a pesar de su inteligencia y capacidad para planificar, tiene muy poca tolerancia a la frustración, lo que le da a su carácter un rasgo compulsivo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no hubiera podido esperar tanto tiempo para hacer algo. Estoy seguro de que no hace mucho que se enteró de su origen.

—Puede ser. De todos modos, ¿qué importancia tiene eso ahora?

—No lo sé, pero siento que hay algo que todavía no puedo descifrar. Y cada vez nos queda menos tiempo.

—En eso tiene razón, pero ¿me deja que le dé un consejo?

—Sí, por supuesto.

—Vaya a dormir. Lo escucho agotado, y usted solo tiene una cosa que lo hace distinto a los demás: su capacidad para escuchar y pensar. Y así, como está, lo más probable es que pierda esa virtud. —Rouviot se queda en silencio unos segundos—. ¿Qué, se ofendió?

—Al contrario, creo que tiene razón. Ya mismo llamo a Helena y, si todo está bien, me voy a descansar un par de horas. Déjeme un mensaje cuando llegue, así me quedo tranquilo.

El policía le agradece su preocupación y se despiden. Pablo llama a su amiga y comprueba que, como sospechaba, no hay novedades. Decidido a cumplir con su palabra, paga la cuenta y sale en dirección a su casa. Bermúdez tiene razón. Necesita dormir, y es lo que va a hacer. Lo que en ese instante no sabe, es que un extraño sueño va a arrojarlo al corazón mismo de esta tragedia.

– X –

Mira a su alrededor y todo le resulta desconocido. No sabe cómo ha llegado hasta allí, ni por qué está caminando por ese angosto desfiladero. Su corazón late acelerado y percibe que tiene miedo. Apoya la espalda contra la ladera de la montaña e intenta desplazarse de costado, pero la visión del abismo le genera un vértigo que lo invita a dejarse caer. Siente la tentación de arrojarse al vacío, pero sabe que no puede, tiene que ayudar a José. Eleva la vista intentando no mirar hacia abajo y percibe que en el cielo dos águilas pelean, hasta que una de ellas suelta un pichón que llevaba en el pico; la otra vuela rauda intentando agarrarlo, pero no consigue hacerlo y la cría se estrella contra el suelo. De pronto, todo se tiñe de rojo. Se mira, y constata que él mismo está manchado de sangre y envuelto en una sustancia gelatinosa. Unos metros más adelante hay un agujero en la roca y, con mucho cuidado, se dirige hacia él. Una vez que llega, descubre que se trata de una cueva y, con una clara sensación de alivio, entra en ella. Tarda unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. A lo lejos, en el fondo, se impone una luz. Supone que debe tratarse de la otra entrada, la que da al otro lado de la montaña. Da unos pasos y tropieza con algo. Se detiene y comprueba que es un sarcófago que lleva grabados algunos números y unos jeroglíficos en el frente. No puede descifrarlos, pero sabe que se trata del nombre del difunto. Avanza unos pasos hasta que se detiene al escuchar un gruñido. Delante de él, tres pares de ojos encendidos lo escudriñan. Está paralizado, pero de pronto la bestia gira y muestra una cola formada por una hermosa mata de pelos que crece hasta convertirse en una suave alfombra.

Siente que se va relajando, pero de golpe, la montaña tiembla y parece a punto de estallar. Debe elegir si dirigirse a la salida que tiene adelante o girar y volver hasta a la abertura por la que entró. El rugido de la tierra, cada vez más fuerte, le indica que no hay tiempo para dudas y, sin pensarlo, sale disparado hacia la puerta desconocida. El crujir de las rocas se confunde con una serie de llantos y alaridos. Siente cómo unas manos intentan retenerlo, pero ya lo ha decidido, no va a detenerse. Al llegar al precipicio extiende sus brazos y se arroja al vacío. Detrás de él, la montaña estalla en pedazos.

– XI –

Se incorpora de un salto, con los ojos todavía cerrados. Está transpirado y su pulso late en las sienes como si fuera un tambor. Sabe que no ha sido más que una pesadilla, pero, aun así, le cuesta calmarse. Se levanta y camina hasta el baño. Abre la ducha y espera unos minutos a que el vapor inunde el cuarto. Recién entonces se quita la ropa y se mete debajo del chorro de agua caliente.

Media hora después, con el torso desnudo y el pelo todavía húmedo, parado frente al ventanal, recuerda los detalles del sueño. Está convencido de que su Inconsciente intentó comunicarle eso que, con la ayuda de la lógica, todavía no ha podido descifrar.

Sabe por experiencia que se trata de un trabajo que debe realizarse en el contexto de un análisis, no obstante, desde hace tiempo ha adquirido el hábito de pedirse a sí mismo asociaciones respecto de sus propios sueños.

—Veamos —piensa y se entrega al arte de la interpretación.

La ladera de la montaña representa la razón, esa en la que se estuvo apoyando en busca de respuestas y que hasta ahora no hizo más que dejarlo perplejo ante el enigma. En el sueño, solo cuando se animó a caminar a pesar del riesgo, halló la entrada de la cueva y escapó a la seducción mortal del abismo. Será tiempo, entonces, de dejar de lado tanto razonamiento y asociar libremente acerca de los detalles que aparecieron en su pesadilla.

Las aves que luchan lo remiten a dos padres que pelean. Uno intenta desesperadamente salvar la vida del pichón, en tanto que el otro, mucho más fuerte, el macho sin dudas, gana la batalla, lo suelta y lo mata a pesar del esfuerzo de la madre por rescatarlo. No tiene dudas de que, para él, esas águilas que peleaban en su cielo onírico representan a Laura y Raúl. Pero ¿por qué el hombre habría abandonado a su suerte a su propia cría? No lo sabe, de modo que se relaja y continúa trabajando sobre otro de los detalles del sueño: la cueva. Lo primero que se le viene a la mente es la alegoría de la caverna.

En su libro *La República*, Platón creó este relato para dar cuenta de la relación que los hombres tienen con la verdad, y propuso un juego ingenioso y perturbador.

Supongamos que, en un espacio cavernoso, un grupo de hombres permanecen prisioneros desde su nacimiento. Están atados por cadenas que no les permiten moverse, por lo cual solo pueden mirar hacia la pared que tienen enfrente. A sus espaldas hay un pasillo alto seguido de una hoguera y, recién después, la salida que da al exterior. Imaginemos que por ese pasillo se desplazaran algunas personas llevando todo tipo de objetos y que, producto de la luz que genera esa hoguera, proyectaran sobre la pared una serie de

sombras que, en definitiva, es lo único que los prisioneros podrían percibir. Resulta evidente que, ignorantes de la situación en la que se encuentran, estos prisioneros confundirán esas sombras con la realidad y estarán condenados a desconocer la existencia de lo que ocurre a sus espaldas.

—¿Y si, en este momento, soy uno de esos hombres encerrados en la caverna? —se pregunta—. ¿Si también yo me estoy dejando engañar por percepciones falsas en lugar de ver lo que realmente ocurre a mis espaldas? Y si esto es así, ¿quiénes podrían ser esas personas que caminan detrás de mí e intentan que confunda las sombras con la verdad?

Por cierto, en esta historia, casi todos han tratado de engañarlo: Dante, Mansilla, incluso los Hidalgo. Aunque, para ser justo, no debe incluir a Rocío en ese grupo, pues ella le habló con sinceridad. Lo que no entiende es por qué sus padres decidieron ocultarle información después de todo lo que se animaron a contarle. Acaso, ¿hay algo peor que comprar un bebé, negarle el derecho a la identidad y la posibilidad de conocer su origen? ¿Qué podría ser tan grave como para que no se animaran a confesarlo?

No quiere quedarse atascado en esa pregunta. Prefiere continuar con la interpretación de su sueño.

El rugido de la montaña y su posterior estallido, le trae la idea del *big bang*, la gran explosión que, según la ciencia, dio origen al universo y, al pensar en eso, advierte que la sustancia pegajosa que lo envolvía en medio de la sangre simbolizaba la placenta, ese órgano que se desarrolla dentro del útero materno y le permite al embrión respirar, alimentarse y eliminar sus desechos. Comprende, entonces, que los alaridos que escuchó, en verdad eran llantos de bebés, y que esas manos que intentaban retenerlo le estaban pidiendo que les prestara atención.

Llegado a este punto, siente la tentación de detenerse a racionalizar cada uno de estos detalles, pero todavía no es momento de hacerlo. No puede permitir que los recuerdos de su ensoñación se diluyan y decide abocarse a otra de sus imágenes: los seis ojos enrojecidos. No cabe duda de que esa bestia era Cerbero, el monstruoso perro de tres cabezas que, según el falso Hernán, José iba a tener que adormecer para poder analizarlo. Pues bien, Pablo lo ha hecho, y ahora puede avanzar seguro por el camino que conduce al infierno personal de Santana. Solo le resta descifrar los extraños símbolos tallados en el sarcófago y, aunque durante la pesadilla no fue capaz de vislumbrar su significado oculto, en este momento lo hace con toda facilidad. Entonces, como si un relámpago iluminara de golpe una noche cerrada, las piezas del rompecabezas se acomodan en su mente hasta desnudar toda la verdad.

Recuerda lo que Dante le dijo al Gitano durante una de sus sesiones, y acuerda. Tenían razón los egipcios: quien conoce el nombre de alguien tiene

potestad sobre él, y ahora Rouviot lo conoce.

—¿Cómo no lo vi antes? —se pregunta a la vez que sale disparado hacia el cuarto.

Se viste con lo primero que encuentra y camina rumbo al pasillo. Llama al ascensor, pero está demasiado ansioso para esperarlo, así que baja corriendo las escaleras hasta llegar a la puerta de calle. Aunque el clima es frío, su cuerpo está mojado por el sudor. Maldice por no encontrar ningún taxi. Sin embargo, debe calmarse. Sabe que lo espera un momento difícil, pero inevitable. Por fin, divisa a lo lejos la luz roja en el parabrisas y hace señas para que el conductor se detenga. Cuando se sube al auto, toma su celular y llama. Sabe que no van a estar felices de escuchar su voz, pero sabe también que, con lo que tiene para decir, no les va a quedar más opción que recibirlo.

– XII –

En el pasillo del hospital, Helena acaricia el pelo de Candela que se ha dormido apoyada en su falda. Es increíble cuánto ha llegado a querer a esa andaluza a la que hasta hace una semana ni siquiera conocía. Sabe que sufrió mucho y, desde lo más hondo de su ser, desea que todo esto se termine para que, de una vez por todas, pueda disfrutar de la vida con el Gitano.

En ese mismo instante, la profesora Sofía Ortiz de la Serna está comenzando la última de las clases que debe dar en el día. No es ajena al deseo que despierta en sus alumnos, muchos de los cuales son mayores que ella y, lejos de sentirse molesta, lo disfruta. Pero no se trata de un disfrute histérico, sino de la satisfacción de saberse atractiva. Y sabe que, en este momento, debe estarlo más que nunca, pues todo el erotismo le recorre el cuerpo de solo pensar que en unas pocas horas volverá a tenerlo desnudo a su lado. Absorta en estos pensamientos, no repara en que, en uno de los bancos del fondo, a su izquierda, alguien la observa con una firme determinación.

Mientras tanto, en un departamento de la calle El Salvador, una joven de ojos azules recorre el que fuera el hogar de su hermano y decide que ya es hora de irse a vivir sola, y sonríe al pensar que no hay mejor lugar para hacerlo que ese. Sin dudas, será uno de los primeros temas que abordará en el análisis que piensa iniciar ni bien pueda.

Lejos de allí, un hombre agotado desciende de su viejo Peugeot 504 negro. Y no es para menos. Acaba de llegar después de manejar casi ochocientos kilómetros para nada. Al menos, es lo que él cree.

La mujer que entra corriendo lo sobresalta. Hace tiempo dejó de hacer guardias y se ha desacostumbrado a que lo despierten de ese modo. Con la jefatura del departamento de neurocirugía, no solo le llegó un aumento insignificante de sueldo, sino, por sobre todas las cosas, la posibilidad de dormir en su casa todas las noches.

Pero los últimos días han sido diferentes. Uno de sus exalumnos agoniza como producto de un disparo en la cabeza, y se ha tomado el caso como algo personal. Por eso está ahí, abriendo los ojos de golpe e intentando reaccionar al llamado de la enfermera. Sabe que no lo molestaría si no se tratara de algo que requiriera de su presencia inmediata. Y, sin preguntar siquiera, se

incorpora con rapidez y la sigue rumbo al box en el que se encuentra José Heredia.

A esa misma hora, en Barrio Parque, la puerta se abre y un clima tenso se adueña del ambiente. El matrimonio lo mira con recelo, pero no le importa. Ya siente en la piel esa mezcla de euforia y angustia que lo invade cuando sabe que ha llegado a la verdad.

– XIII –

Esta vez ni siquiera tuvieron la gentileza de ofrecerle un café o invitarlo a que tomara asiento. Los tres permanecen de pie en el *living*.

—Bueno, licenciado, no perdamos tiempo —lo encara Raúl de mal modo—. ¿Qué es eso tan importante que tenía para decirnos acerca de la muerte de nuestro hijo?

El hombre de gesto huraño lo intima a una sinceridad que no admite dilaciones, y es lo que va a darles.

—Me pareció que, para ustedes, sería importante saber que lo de Hernán no fue ni un accidente ni un suicidio. Hernán fue asesinado.

Se los dice así, directo, como si se quitara un peso de encima, y sus palabras los atraviesan como una daga. El gesto extraviado de Raúl Hidalgo y la sorpresa de su mujer son la respuesta inmediata a lo que acaban de escuchar.

—Pero ¿de qué está hablando? —protesta, mientras su esposa trastabilla y se sienta.

Pablo se vale de la situación y, como si fuera el dueño de casa, toma una jarra que está sobre la mesa baja, vuelca un poco de agua en un vaso y se lo acerca. Laura lo acepta sin reaccionar todavía, y él aprovecha para ubicarse en el apoyabrazos del sillón individual. Los hombres se miran con dureza. Por fin, Raúl se acomoda junto a su esposa y la abraza.

—Rouviot, a mi hijo lo encontraron muerto en la calle a causa de una sobredosis de drogas.

—Sobredosis que no consumió voluntariamente.

—¿Y usted cómo está seguro de eso?

El psicólogo no puede perder tiempo en explicarles cómo llegó a esa conclusión. Además, no sería extraño que dudaran de su teoría, después de todo no es más que una hipótesis cuyo único basamento son algunos retazos de sesiones grabadas en una notebook, el asesinato de dos personas que ni siquiera conocen y un sueño. Por su trabajo como crítica de arte, Laura está acostumbrada al lenguaje simbólico, en cambio su marido es un hombre estrictamente racional. Y, por la forma en que llegó a deducir lo ocurrido, Pablo tiene una opción de contentar a ambos. Pero antes, necesita darles una prueba más contundente, y, con temor, decide jugar una carta. Una carta que, de no ser la ganadora, derrumbaría por completo el castillo de naipes que ha construido.

—Antes de contestarle, déjenme hacerles una pregunta. ¿Quién recibió las pertenencias de su hijo cuando les entregaron el cuerpo?

—Yo —responde la madre.

—¿Las examinó? —Ella asiente—. ¿Recuerda de qué se trataban?

—Sí, más o menos, piense que estaba shockeada. Ese día, él había ido a la facultad y llevaba su bandolera llena de apuntes, lápices, resaltadores, ese tipo de cosas. También los documentos, y no sé qué más.

—¿Es posible que llevara un libro?

—Sí, claro. Varios. Pero ¿eso qué tiene de raro?

Por toda respuesta, Rouviot extrae de su bolso *Diario de un seductor* y se los muestra.

—¿Me equivoco si afirmo que este ejemplar estaba entre sus cosas?

Los ojos de Laura se llenan de lágrimas.

—No, no se equivoca. Yo misma puse todo sobre la mesa de mi estudio, era lo último que él había tocado. Le juro que esas cosas todavía conservaban su olor. —Solloza—. Pero, como le dije la primera vez, en un momento decidí que debía dejarlo ir. Entonces, se las di a Andrea, la mucama, para que las llevara a Palermo.

Sorprendido, el hombre lo interroga.

—¿Cómo lo supo?

—Porque, cuando fui al departamento de Hernán, advertí que su hijo era muy meticuloso y ordenaba sus pertenencias de un modo extremadamente obsesivo, en especial sus libros. Este en particular no estaba acomodado siguiendo ese orden, y supuse que no había sido él quien lo había guardado. Al principio creí que era probable que se tratara del libro que estuviera leyendo justo antes de morir y que ustedes lo hallaran sobre su mesa de luz, o su cama. Sin embargo, algo me hizo cambiar de opinión.

—No lo entiendo.

Satisfecho por haber captado su atención y, sobre todo, por comprobar que su teoría era cierta, decide que es el momento de dar vueltas el resto de las cartas.

—Les juro que estos días han sido un calvario para mí. Anduve de un lado para otro intentando entender qué era lo que había pasado. Sabía que mi amigo era incapaz de suicidarse y me pregunté quién y por qué habría querido matarlo.

—¿Y dónde entra nuestro hijo en lo que nos está contando?

—En que la misma persona que atentó contra José es la que mató a Hernán. —Registra la conmoción que ha generado, pero aun así continúa—. Y hay al menos dos crímenes más. Se trata de un asesino serial, alguien que arma las escenas para fingir que sus víctimas se quitaron la vida por voluntad propia y, antes de retirarse, deja un libro junto a sus cuerpos a modo de sello personal. Libro que, por supuesto, tiene algo que ver con la relación que lo unía a la víctima. —Los mira. No va a hablarles de *El problema final*, *La*

Biblia o *El Lazarillo de Tormes*, pero sí del ejemplar que tiene en la mano—. Este es un libro de Kierkegaard. Se dice que lo escribió luego de su conflictiva historia de amor con una joven llamada Regine Olsen. Cuenta la relación entre un seductor, Johannes, y una muchacha ingenua llamada Cordelia. Toda la trama gira en torno a la mentira —remarca Pablo—. Johannes se siente enamorado ni bien la ve y pone en marcha un plan para enamorarla. La sigue a todas partes, averigua todo lo que puede acerca de ella, se relaciona con Eduard, el novio de Cordelia, y lo utiliza para influir sobre ella y conseguir que se enamore de él. Sin embargo, está decidido a lastimarla. Por eso, cuando consigue su amor, la abandona y la deja sola y angustiada.

Los Hidalgo se miran anonadados.

—No comprendo la similitud entre lo que nos cuenta y mi hijo —protesta Raúl.

—Les explico. El asesino, como Kierkegaard, pensó en realizar su obra después de una conflictiva historia de amor y, al igual que el protagonista de la novela, creó un mundo de engaños para acercarse a Hernán. Lo siguió, indagó todo lo que pudo, e incluso entró en contacto con una persona que su hijo conocía para acceder a él y enamorarlo. —Nota la tensión en el rostro del hombre, pero continúa—. Y de algún modo lo logró, aunque esta relación no pudo avanzar por algunos motivos. Motivos que tienen que ver con usted.

Raúl lo mira.

—¿Conmigo?

—Sí. ¿Sabe? Cuando visité el departamento de Palermo, no pude evitar detenerme en la imagen que estaba en el *hall* de recepción. Imagino que sabe de qué le hablo.

—Sí, claro —responde Laura—. *La edad madura*.

—Exacto. Una fotografía que Hernán tomó en el museo D'Orsay. Según me contó Rocío, él tenía gran admiración por la obra de Camille Claudel, pero creo que su sentimiento por ella iba mucho más lejos. Intuyo que, de algún modo, se había identificado con esa mujer abandonada que sufrió tanto a causa de sus amores prohibidos y que nunca pudo concretar sus sueños. Y ahora comprendo por qué le impactaba tanto esa obra en particular.

—¿Por qué? —lo interroga la mujer con interés.

—Porque, como notó su hija, muestra a una persona desgarrada *que parece suplicarle a alguien que ni siquiera la mira. Como si no le importara nada de ella*.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —cuestiona Raúl.

—Mucho. Opino que usted es ese alguien por el que Hernán nunca se sintió mirado. Esa persona que tanto quería y a quien no le importaba nada de él.

—Pero eso no es cierto. —Se pone de pie, más angustiado que furioso—. Yo siempre lo amé.

—No siempre.

—¿Qué dice?

—Nada que no me haya confesado antes. Cuando hablamos, admitió que usted no quería adoptarlo y que solo lo hizo para satisfacer el deseo de su mujer. En esa ocasión le señalé que creía que nunca se había sentido el verdadero padre de Hernán.

—Sí, pero no porque no lo amara. Sino porque… —se interrumpe.

—¿Por qué? Dígalo.

El ambiente se enrarece y el silencio se vuelve pesado. Seguro de que no van a hablar, Pablo decide jugarse el todo por el todo sabiendo que, de lo que obtenga en esta conversación, depende que corrobore o no si ha descubierto la verdad.

—Usted sabía que su hijo era homosexual y no pudo aceptarlo.

—Pero ¿qué dice? —lo interpela Laura.

—La verdad.

—Eso no tiene sentido. A nosotros nunca nos importó la elección sexual de nuestros hijos.

—Quizás a usted no, pero a lo mejor su marido piensa diferente. Tal vez a eso se refería en realidad cuando dijo que no veía en él nada que se pareciera a usted.

Raúl desvía la mirada.

—De todos modos, lo que dice no tiene sentido —continúa acelerada—. Hernán estaba de novio con Sofía.

—Sí, claro. Un intento vano de complacer a su padre, algo tan importante para él que habría sostenido la farsa toda la vida. Pero no pudo, porque ella se dio cuenta de que algo no andaba bien, aunque nunca supo de qué se trataba. Además, había otra cosa. Desde hacía un tiempo, su hijo tenía una historia muy fuerte con un muchacho, Dante. Su asesino.

Por un momento, el eco de esas palabras resuena en el cuarto, hasta que la mujer se recompone.

—Pero, si ese chico amaba a mi hijo, ¿por qué lo mató?

—Porque Hernán se negó a jugarse por él. Fue mucho más fuerte su deseo de ser reconocido por su padre.

—¿Está insinuando que soy el culpable de la muerte de mi hijo? —lo increpa Raúl.

—No, el culpable es Dante. En cuanto al grado de responsabilidad que le cabe a usted en este drama, yo no soy quién para juzgarlo. En todo caso, tendrá que vérselas con su conciencia. —Hace una pausa y se escucha—. Y, ahora que lo pienso bien, creo que el libro que dejó en la bandolera de

Hernán, también iba dirigido a usted. —El hombre lo interroga con la mirada —. ¿Sabe? Toda la obra de Kierkegaard es un llamado al compromiso que cada hombre debe asumir por las elecciones que toma, porque piensa que, en definitivas, esas elecciones lo definen. Creo que Santana quiso que usted se hiciera cargo del dolor que le causaba a Hernán. Lo cual me deja mucho más tranquilo.

—¿Por qué?

—Porque si este es el castigo que quiso darles, al menos no va a intentar lastimarlos.

A esta altura de la conversación, ya todas las defensas han caído y se miran con franqueza. Por eso, Pablo siente que puede ocuparse del verdadero motivo de su visita.

—Antes de irme, me gustaría hacerles solo dos preguntas.

Al escucharlas, Laura y Raúl se toman las manos y se miran en silencio. Luego de unos segundos, ella responde y le confirma lo que ya sabía.

Minutos después, sale a la calle con la sensación de que nunca más volverá a esa casa. Hace frío y una llovizna cae sobre Buenos Aires. Prende el celular y busca el contacto de Sofía. Ella atiende de inmediato, como si hubiera estado esperando la llamada.

—Pablo, por fin aparecés.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ya terminé de trabajar y quería saber si iba para tu casa o no.

—Me encantaría que lo hicieras.

—Bueno. —Se alegra—. Entonces, esperame, que en un rato llego.

—¿Dónde estás?

—En el garaje, retirando el coche. Pasa que me estoy demorando un poco porque hay un empleado nuevo y no conoce el auto, así que me pidió que subiera al segundo piso con él, para identificarlo.

El corazón de Pablo se acelera y una idea cruza su cabeza. Una idea demasiado siniestra para ser cierta.

—Esperá, no subas.

La interferencia hace que sus palabras suenen cortadas.

—No te entiendo. Estoy en la escalera del primer piso y aquí la señal es muy mala.

Y de pronto, mientras que un escalofrío le recorre el cuerpo, recuerda algo que la joven le comentó hace apenas unas horas.

—Sofía, el otro día me dijiste que tenías que devolver una cosa en la facultad. Algo que habías tomado por error del escritorio.

—Ah, sí. Nada importante, solo un libro que apareció en mi cartera: *El retrato de Dorian Gray*. Pero hoy pregunté y tampoco era de ninguno de mis

alumnos.

Ahora sí, Pablo entra en un estado de desesperación.

—Salí de ahí ahora mismo… ¿Me escuchás?… Hola.

Pero es en vano que insista, la llamada se ha interrumpido. Es probable que, ya en el segundo piso, Sofía haya perdido la señal. Aunque también es posible que la realidad sea mucho más cruel.

– XIV –

Todavía en la puerta de la casa de los Hidalgo, Pablo tiembla mientras intenta pensar. El hombre a su lado trata de calmarlo.

—Rouviot, relájese, por favor.

—Es que usted no entiende. Estoy seguro de que Sofía está en peligro en este mismo instante.

—Eso ya lo dijo cuando me llamó y me pidió que pasara a buscarlo. Aunque no entiendo qué hacemos todavía estacionados acá.

—Es que no tengo idea de dónde pueden estar.

—Para empezar, podríamos ir al departamento de la chica, ¿le parece?

—No —responde enojado consigo mismo—. No va a ir para allá. Es demasiado inteligente para exponerse tanto.

—¿Y entonces?

—Entonces tengo que entender el mensaje escondido en el libro. —Y de manera impulsiva baja del auto. Bermúdez lo sigue.

—Espere, ¿a dónde va?

—A ningún lado. Necesito pensar.

—¿Y no puede pensar adentro del auto? Digo, así no nos mojamos.

Pablo ignora el comentario. Está demasiado alterado para bromear. Sabe que Santana está desafiándolos, y está seguro de que en ese libro está la pista que puede llevarlos hasta él.

El subcomisario enciende un cigarrillo y Rouviot lo interpela.

—¿Leyó *El retrato de Dorian Gray*? —le pregunta ansioso.

—No.

Se trata de una novela escrita por Oscar Wilde.

Basil Hallward es un pintor que se enamora de un joven muy hermoso llamado Dorian Gray, y le hace un retrato. Al comienzo del relato, Dorian es una persona buena y amable hasta que un día, en la casa del artista, conoce a un hombre irónico, lord Henry Wotton, quien cambia su manera de ver el mundo y lo transforma en un ser egoísta y soberbio. En primer lugar, lo convence de que lo único importante en la vida es la belleza, y más tarde lo angustia al concientizarlo de que ese cuadro seguirá siempre joven, mientras que él, Dorian, algún día será un viejo sin ningún atractivo. Angustiado ante esa verdad inevitable, el joven formula un deseo: que el cuadro envejezca en su lugar para que él pueda disfrutar de una juventud eterna. Y su deseo se cumple.

A partir de ese momento, el retrato se convierte en el espejo de su alma. Cada tanto, Dorian lo mira y comprueba cómo el paso del tiempo y la maldad de sus actos van afeando la figura hasta volverla monstruosa. Mientras tanto, amparado en su apariencia adolescente, él va por la vida cometiendo hechos tan graves que llegan, incluso, al asesinato de su amigo Basil. Hasta que un día toma conciencia de todo lo que hizo y se propone revertir su conducta y recuperar su bondad, pero lord Henry lo convence de que eso es imposible. Así y todo, Dorian lo intenta durante un tiempo. Sin embargo, cuando sube al ático donde esconde el cuadro esperando que algo hubiera cambiado para bien, la imagen que ve es aún mucho más siniestra que antes, y comprende que todo está perdido. Entonces, enloquecido, toma el mismo cuchillo con el que había matado a su amigo y arremete con ferocidad contra la tela.

En la noche se escucha un grito y, cuando los sirvientes y la policía suben al lugar, hallan el retrato inmaculado de un muchacho hermoso y, a su lado, el cuerpo de un hombre viejo y corrompido por el tiempo que tiene un puñal clavado en el corazón.

Bermúdez, que ha escuchado el relato en silencio, le da una última pitada al cigarrillo antes de tirarlo.

—Me gustó la historia, hasta me dieron ganas de leerlo. Pero sigo sin entender a dónde nos lleva.

—Yo tampoco, pero estoy convencido de que el rastro está allí.

—Bueno, podría ser que Santana se hubiera identificado con ese pintor deslumbrado por la belleza de Dorian Gray. ¿Cómo se llamaba?

Antes de que pueda responderle, una asociación viene a la mente de Pablo. Algo que Dante dijo durante la sesión en que contó un paseo en lancha junto a Hernán. Recuerda su voz cautivada y erótica cuando lo describió con *los ojos cerrados y una sonrisa dibujada en la boca, mientras el viento le movía el pelo…*

—Bermúdez, usted es un genio.

—Oiga, no me joda.

—Se lo digo en serio. Por supuesto. Si Hernán es Dorian, él querría ser la persona que el protagonista más ama en la novela.

—¿Y quién es?

—Lord Henry Wotton.

—Todos amores entre hombres.

—Exactamente. Oscar Wilde también era homosexual, y sufrió mucho. Incluso estuvo preso durante dos años por eso y fue condenado a trabajos forzados y, aun así, al salir de la cárcel se animó y se fue a vivir junto al hombre que amaba a un pueblo cerca de Nápoles, hasta que sus familias se

opusieron tanto que se negaron a darles el dinero para subsistir y tuvieron que separarse. —Sonríe.

—¿Qué pasa?

—¿Sabe qué hizo entonces Wilde?

—No.

—Se radicó en Francia y cambió su nombre por el de Sebastian Melmoth.

—Cambió de identidad, igual que Santana.

—Exacto.

—Licenciado, veo las semejanzas, pero sigo sin encontrar la pista que necesitamos.

—Pensemos —continúa caminando de un lado a otro—. Usted acaba de señalarme que es una historia de hombres, y tiene razón. No obstante, en el libro hay un personaje femenino: Sibyl Vane. Una mujer de la que Dorian se enamoró hasta que Lord Henry lo convenció de que no valía la pena estar con ella.

—Como intentó hacer Santana con Hernán.

—Así es. Entonces, si nuestra lógica es correcta, Sofía es Sybil Vane, esa chica que, sin saberlo desató la tragedia y pagó con su propia vida. —Enmudece.

—¿En qué pensó?

—Que no puedo creer cómo no me di cuenta antes, si Dante lo dijo con tanta claridad.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo, textualmente: *este no es el momento de cuidar a Sofía. Sé que es posible que la lastime, pero no puedo evitarlo*. ¿Entiende? Me avisó que iba a matarla y no supe escucharlo. La puta madre —maldice.

—Rouviot, por favor, no se desespere que ya estamos mucho más cerca. Si la mente de Santana funciona de un modo tan retorcido, tiene que haber llevado el desafío hasta el final —intenta calmarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Que, así como nos señaló que la iba a matar, también nos debe haber dejado el rastro de cómo, o dónde piensa hacerlo, para retarnos a encontrarlo.

—Tiene razón.

—Por eso, sigamos. Sofía es Sibyl Vane, o como se diga. ¿Qué puede decirme de ella?

—No sé. —Pablo duda y comienza a asociar de modo desordenado—. Era una actriz que vivía con su madre, tenía un hermano marinero y trabajaba en un teatro de mala muerte. Dorian se deslumbra con ella hasta que una noche invita a sus amigos para que la vean actuar. Pero, justo en esa función, ella actúa muy mal y lord Henry se burla diciendo que es una muchacha muy hermosa, pero insignificante.

—¿Y qué pasa después? —lo apura Bermúdez.

—Que Gray, desilusionado, rompe su promesa de matrimonio y, al no poder soportar el dolor, Sibyl se mata y desaparece de la historia para siempre. No sé qué más decirle. En realidad, es un personaje menor.

—Es cierto, esa chica no tiene nada de especial. —Al escucharlo, Rouviot abre los ojos con asombro—. ¿Qué me mira así? ¿Dije algo malo?

—Al contrario. Acaba de pronunciar las mismas palabras que lord Henry le dijo a Dorian cuando él se angustió al enterarse de su muerte: que ella no era nadie y que su suicidio le había dado a su pobre vida al menos un poco de brillo. Le resaltó que la joven había sido para Dorian solo la ilusión de un personaje shakesperiano y que, por suerte, había muerto como tal. —Hace una pausa y su rostro se ilumina—. Bermúdez, Shakespeare es el autor preferido de Sofía. Y, además, ¿sabe cuál era el personaje que Sibyl Vane representó esa noche trágica?

—No.

—Julieta.

—Ajá. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Que ya sé el lugar al que tenemos que ir. Espéreme un segundo y ponga el auto en marcha que ya vuelvo.

El policía obedece sin entender lo que está pasando. Sentado al volante observa cómo el psicólogo conversa brevemente por el portero eléctrico de la casa y vuelve corriendo.

—Listo, vamos.

—Bueno, pero ¿para dónde agarro?

La respuesta de Rouviot lo deja sin reacción.

—¿Usted se volvió loco? ¿A esta hora de la noche?

Pablo no responde, pero al ver la determinación de su mirada, Bermúdez arranca sin hacer más preguntas.

– XV –

El Peugeot negro cruza a toda velocidad la avenida Corrientes con el semáforo en rojo y avanza por la calle Jorge Newbery. Recién al llegar a la altura de Caldas, Pablo le pide a Bermúdez que se detenga.

—Acá está bien.

—¿Acá?

—Sí, antes la pared era demasiado alta. Suba a la vereda y ponga la trompa del coche contra el paredón.

—¿Y por qué quiere que haga eso?

—Porque lo necesitamos para treparnos.

A pesar de sus dudas, el policía obedece.

—No entiendo por qué no me dejó llamar a la central para que nos mandaran refuerzos y pidieran que nos abrieran el lugar.

—No se ofenda, pero con la burocracia y los tiempos que ustedes manejan, estoy seguro de que no íbamos a llegar a tiempo.

—¿Y por qué mejor no encaro contra la reja? Estoy seguro de que se abrirá fácilmente, debe tener apenas un par de candados. ¿Para qué más, si no hay riesgo de que nadie se escape de acá?

—Es cierto, pero haríamos demasiado ruido y eso podría alertar a Santana, y ese es un riesgo que no podemos correr. Después de todo, nuestra única ventaja es la sorpresa.

Sin decir más, Pablo desciende del auto, se sube a la trompa y desde allí intenta alcanzar la parte superior del muro.

—Pare un poco, no salte así que me lo va a romper todo. —Rouviot lo mira con furia—. Bueno, está bien, no se enoje —agrega y también se para sobre el auto—. Deje que lo ayudo.

En un movimiento rápido, Bermúdez entrelaza los dedos de sus manos dejando las palmas hacia arriba para hacer una improvisada escalera. Pablo apoya su pie izquierdo y se impulsa hasta alcanzar la cima. Una vez allí, desliza su abdomen sobre la pared y cruza una pierna para el otro lado.

—¿Y ahora cómo subo yo? —pregunta el policía.

Rouviot, ansioso, observa el lugar.

—Pise en ese ladrillo que sobresale, tome impulso, salte y estire las manos que yo lo agarro.

El hombre lo mira absorto.

—¿Se piensa que somos trapecistas? Nos vamos a matar.

—Mientras caigamos adentro, no importa. Además, no hay mejor lugar para morir, ¿no le parece? —Lo ve dudar y lo increpa—. Decídase de una vez.

O se anima, o me voy solo.

Resignado, Bermúdez hace lo que le indicó. Experimenta un pequeño vértigo al dar el salto, pero de inmediato siente las manos de Rouviot que lo sostienen y, luego de unos segundos en los que ambos están a punto de caer, consigue apoyar su pierna y equilibrarse. El descenso, por suerte, es mucho más sencillo. Al llegar al otro lado, se sacuden las manos en los pantalones y se miran.

—¿Y ahora, para dónde debemos ir?

—Hacia allá —señala Pablo.

—¿Está seguro?

—Al menos, es lo que entendí por las indicaciones de Laura.

—Bueno, vamos entonces.

El policía comienza a caminar por el asfalto y su compañero lo detiene.

—¿Qué hace?

—Sigo sus instrucciones. Voy para allá.

—Sí, pero si agarra la senda, el trayecto se va a alargar mucho y no podemos perder ni un segundo.

—¿Y qué propone?

—Que cortemos camino yendo en diagonal.

—¿Le parece? —cuestiona el policía observando el recorrido que le sugiere.

—Sí —responde Pablo con seguridad y se lanza con la mayor rapidez que puede.

Bermúdez lo sigue, maldiciendo.

—Estamos pisando las tumbas de esta pobre gente, Rouviot.

—No se preocupe, no creo que se enojen.

—Usted no tiene respeto por nada —sentencia sin dejar de avanzar—. Y encima, con esta noche de lluvia cerrada no se ve un carajo. Deberíamos haber traído algo para alumbrarnos.

Por toda respuesta, Pablo enciende la linterna de su celular y lo mira.

—Ya le dije, subcomisario. Va a tener que *aggiornarse*.

Un par de minutos después llegan al sector de los panteones y ralentizan la marcha. Agitados, se inclinan, ponen las manos sobre las rodillas e intentan recuperar el aliento.

—Dígame, ¿por qué piensa que están acá, en el cementerio?

—Porque es el lugar en que murió Julieta, sobre el cuerpo de Romeo.

—Y usted cree que, en la locura de Santana, Hernán Hidalgo es Romeo.

—Exactamente.

—Espero que tenga razón porque, si se equivocara, ya sería demasiado tarde para intentar cualquier otra cosa.

—Lo sé.

Miran hacia esas pequeñas casas que albergan cadáveres y una frase viene a su mente.

—*¿Tienen sentimientos, me pregunto, esos blancos seres silenciosos a los que llamamos muertos*?

—¿Qué dice?

—Es una pregunta que se hace Dorian Gray al enterarse de que Sibyl Vane ha muerto.

—¿Y por qué en este momento se le ocurre eso? —Pablo se encoge de hombros—. Qué bueno que no lo sepa. Pensé que era otra pista, y ya no hay lugar para descubrimientos nuevos. ¿Y ahora? ¿Cómo sabemos cuál es la bóveda de la familia Hidalgo?

—Laura me dijo que desde acá siguiéramos la senda y dobláramos en la segunda calle que sale a la izquierda, que estaba en la tercera cuadra.

—Bueno, por suerte son cuadras cortas.

Con la respiración más calma, retoman la marcha con paso apurado, pero sin correr. Al llegar a la vía señalada, giran, pero Pablo lo toma del brazo y lo detiene.

—Bermúdez, esto está a punto de terminar y no puedo predecir cuál será el final de la historia. Sepa que, más allá de lo que pase, le estoy muy agradecido.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí. Yo no podría haber llegado hasta aquí solo. Pero ahora, le pido que me espere acá. No sé con qué pueda encontrarme, y no quiero su muerte en mi conciencia.

Por primera vez desde que lo conoce, esos ojos claros lo miran con ternura.

—Déjese de joder. Usted me hizo sentir útil de nuevo, y no lo pienso abandonar ahora. Llegamos hasta acá juntos, y así vamos a seguir. Pase lo que pase.

Y en la noche oscura, bajo una lluvia persistente, las dos figuras sombrías se dan un abrazo en medio del silencio sepulcral antes de retomar la marcha.

Al cruzar la tercera calle, Pablo señala un punto a la distancia.

—Fíjese, allí hay una luz. No creo que nadie esté poniendo flores a un pariente a estas horas.

—Comparto su brillante deducción. Vamos.

—Sí, pero sígame a una distancia prudencial, no quiero que Santana lo vea. Él no sabe que somos dos y, si piensa que estoy solo, podemos conservar nuestra ventaja.

Bermúdez asiente y deja que se le adelante unos veinte metros. Siente cómo su corazón se acelera y algunas gotas de sudor le aparecen en la frente. No cabe dudas de que se está estresando, y se alegra de eso. Sabe que el estrés

es indispensable para que el cuerpo y la mente se activen y respondan con rapidez. Es lo que lo ha mantenido con vida en muchos momentos de su carrera policial. Al rato, observa cómo el psicólogo se detiene frente a la puerta de la bóveda y, aunque no puede escuchar lo que ocurre, lo ve abrir sus manos y separar los brazos del cuerpo.

La voz serena de Pablo retumba en el interior del pequeño espacio.

—Piedra libre para Dante Santana.

La luz que lo enfoca de inmediato, le impide ver qué pasa adentro, pero logra percibir el sollozo de Sofía y la risa suave de Dante.

—Bienvenido, y lo felicito —responde el joven con amabilidad—. No pensé que fuera a descifrar el misterio. Aunque, quizás, deba reconocer que mis pistas fueron demasiado obvias.

—De ninguna manera. Fue muy difícil encontrarte —elige el tuteo para acortar la distancia emocional—. Aun así, creo que gané la partida y, como buen perdedor, deberías aceptarlo y dejarla ir.

Tras una pequeña pausa, Dante le responde.

—No es tan fácil como cree. ¿Quién le dice que, previendo esto, no guardé un último juego para esta situación?

Es evidente que está ante una persona inteligente y calculadora. Sin embargo, la angustia que percibió en las sesiones que tuvo con José le permiten diagnosticar que no es un perverso. No obstante, dada la magnitud de las cosas que hizo, debe prepararse para lidiar con alguien amable, culto, pero peligroso.

—Es cierto —contesta, pensativo—. Descarto que una mente como la tuya debe haber preparado un desafío nuevo para la escena final, y tomo el guante.

—No le queda otra opción.

—Eso también es cierto —señala intentando mostrarse relajado—. ¿Y bien? ¿Cómo seguimos?

—Para empezar, le aviso que tengo un revólver acariciando la sien de Sofía, así que haga todo lo que le ordene si no quiere ser el causante de su muerte.

Pablo se ríe.

—Dante, no me subestimes. No voy a sentirme culpable si la matás, porque es probable que esa decisión la hayas tomado hace mucho tiempo. De modo que te propongo que ambos nos tratemos con el respeto intelectual que nos merecemos.

Tras una pausa, llega la respuesta.

—Me gusta esto, es toda una sorpresa. No creí que iba a enfrentarme a un policía tan lúcido. Lo subestimé. Espero que me disculpe y le ruego que deje su arma en el piso y entre a la bóveda.

Pablo está tenso, pero no puede permitir que sus nervios le jueguen una mala pasada. Sabe que, toda posibilidad de salir ileso de esta situación y rescatar a Sofía, depende de la calma que pueda mantener.

—Te equivocás, no soy policía, así que no llevo armas. Soy un amigo de José, también psicoanalista.

La risa de Dante es estentórea y, dado el contexto, genera un clima absurdo.

—Confieso que saber eso me tranquiliza bastante. Me siento menos torpe al haber sido descubierto por un intelectual. Sin embargo, antes de seguir necesito hacerle una pregunta y le pido que sea honesto conmigo. Tenga en cuenta que, si alguna de sus respuestas no me resulta creíble, mi dedo índice puede temblar y, sin querer por supuesto, apretar el gatillo.

Pablo finge una sonrisa. El silencio es tal que puede escuchar su propio corazón.

—Si ha llegado hasta acá, usted debe ser una persona muy lúcida.

—¿Entonces?

—Entonces, que empiece el juego. *Entre libremente, por su propia voluntad, y deje parte de la felicidad que trae.*

—Por supuesto, conde —responde Rouviot intentando aparentar una tranquilidad que no tiene, e ingresa a la bóveda.

—Veo que leyó a Bram Stoker —señala Santana.

—Sí, pero no es ningún mérito. Casi todo el mundo conoce la historia de Drácula.

—Es cierto. Siéntese —lo invita—. Puede hacerlo en el piso o en algún espacio que quede al costado de los cajones. Créame que nadie va a protestar.

Está tratando de medir su entereza. Por eso, Pablo elige acomodarse sobre el primer compartimento y apoyar su espalda en uno de los féretros. El contacto con la madera fría lo conmueve, pero procura no evidenciarlo.

—Dante, vos tenés un arma, yo no, y eso implica que el control de la situación es tuyo. ¿Sería mucho pedirte que dejaras de alumbrarme? Después de todo el trabajo que me costó encontrarte, creo que me gané el derecho a mirarte a la cara.

El joven no duda en apagar la linterna en ese mismo instante. A los pocos segundos, los ojos de Rouviot se acostumbran a la penumbra y puede percibir con claridad lo que tiene en frente: el gesto de pánico de Sofía, el arma en su cabeza, y la sonrisa amable de Santana. Se lo ve mucho más joven de lo que había imaginado. Sus rasgos son suaves y delicados, y su aspecto es encantador. Pablo lo mira directo y le sonríe también.

—¿Me parece a mí o nos conocemos? —le pregunta.

—Yo no diría que nos conocemos, solo tuvimos un encuentro casual. —Rouviot lo interroga con la mirada—. En el hospital. Usted venía corriendo y

quería saber en qué piso se encontraba la sala de Terapia Intensiva.

—Claro —recuerda—, el enfermero.

—Sí. Sepa disculparme. No fue un disfraz demasiado original, pero dadas las circunstancias era necesario. Cuando vi que a Heredia en lugar de llevarlo a la morgue lo trasladaban al Clínicas, no tuve más remedio que acercarme a averiguar.

—Entiendo. —Lo mira Pablo con detenimiento y lo adula—. Sos muy hermoso.

—Gracias. Pero no crea que va a seducirme con halagos.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque pensé tanto en vos en estos días que te conozco más de lo que creés.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere decir con eso?

—Que sé que no podría seducirte porque, como le dijiste a José, no se trataba de que te gustaran los hombres, solo te gustaba Hernán. Flavio fue apenas un daño colateral, algo indispensable para llegar a lo que en realidad deseabas. —Es tiempo de hacer la primera movida, aunque con mucho cuidado—. En cuanto a lo que pasó entre vos y Francisco Mansilla, preferiría dejarlo en el marco de tu intimidad. Sofía no tiene por qué enterarse de ciertas cosas.

Él asiente en silencio.

—Se lo agradezco.

—No hay por qué. A lo sumo, digamos que me debés una. ¿Qué te parece si, a cambio de mi discreción, sacás el revólver de su cabeza? Este lugar es demasiado chico para que podamos escapar sin que nos dispares. Es más, si la dejás sentarse al lado mío, tendrías que estar atento a una sola dirección y podrías controlarnos mejor. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —responde al tiempo que baja el arma y la empuja suavemente hacia Pablo—. Sentate a su izquierda —le indica—, del lado más distante a la salida. Por lo que veo, al señor no solo le interesa atraparme, sino que te valora mucho.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunta ella.

—Que, si estuvieras del lado de la puerta, él podría pararse a modo de escudo mientras escapás, en cambio, no va a irse de acá sin vos.

De un modo extraño, a pesar de la situación, Rouviot experimenta una sensación de calma. En estos pocos segundos ha comprendido que la intrincada mente de Dante no va a permitirle que arruine su escena final con un crimen burdo. A su manera, es un artista, y requiere que su obra tenga algún sentido. Sofía se le acurruca y la siente temblar en sus brazos.

—Gracias —susurra Pablo.

—Al contrario, me gusta pagar mis deudas. Ahora estamos a mano. La cuestión es que su presencia cambia un poco mis planes —comenta a la vez que saca del bolsillo dos frascos marrones y se los muestra.

—¿Qué es eso? —pregunta ella.

—Una manera personal de jugar a la ruleta rusa. Sofía es profesora de literatura, y descarto que también usted ha leído a Shakespeare, de otro modo no habría llegado hasta acá. Por lo tanto, los dos saben el rol que el veneno jugó en el drama de Sibyl Vane.

—Por supuesto.

—Bueno, en uno de estos frascos hay cianuro. Hubiera preferido que fuera ácido prúsico, para ser textual a la novela, pero resultó difícil de conseguir y supe que debía ceder ese detalle estético. Al principio, pensé utilizar veneno para ratas, pero no me pareció un final atinado para ninguno de los dos, por eso elegí el cianuro, un veneno con otro *glamour* y que, además, tiene una ventaja: se consigue con facilidad y es muy sencillo de preparar. Los tres somos lectores, por ende, nuestro contacto con él es cotidiano pues se utiliza en la fabricación del papel en que se imprimen los libros que tanto nos gustan.

—Es cierto —acota Pablo dispuesto a hacer una segunda movida—. También en la revelación de fotografías, como la que había en la entrada del departamento de Hernán. Supongo que la recordarás.

Santana le clava la mirada. Por un momento, parece a punto de perder la calma, y Rouviot comprende que debe andar con más cuidado. No olvida el ataque de furia que tuvo en una de las sesiones con José. Por suerte, Dante se recompone con rapidez.

—Ya hablaremos de Hernán, si es lo que quiere. Pero antes déjeme que le cuente algo acerca de esta noble sustancia. —Mira a Sofía—. El cianuro, diluido en agua, puede no dañar a un ser humano si su concentración es pequeña, digamos entre cinco y siete microgramos. Diría que, en esos casos, ni siquiera nos daríamos cuenta porque no habría síntomas. Si aumentáramos la concentración, a setenta microgramos, por ejemplo, bastaría para matar a un pez, pero no a un hombre, aunque esta vez sí sufriría algunos dolores. En cambio, si lo que ingerimos superara los doscientos microgramos por litro de agua, no habría especie sobre la tierra que pudiera sobrevivir. Bueno, uno de estos frascos tiene una concentración de trescientos microgramos. Usted sabe lo que eso significa, licenciado. —Pablo asiente—. El cianuro impide que el oxígeno pase de los glóbulos rojos a las células del organismo, lo que implica que la persona no podría respirar.

Rouviot querría no ahondar en el tema para no aumentar el miedo de Sofía, pero Santana no piensa darle ese privilegio. Está disfrutando del momento.

—Por lo tanto —continúa—, los primeros en notar la intoxicación serán los órganos que más requieren de oxígeno: el cerebro y el corazón. Habrá una parálisis respiratoria, convulsiones, una sensación de ahogo y quemazón hasta que el pulso se haga cada vez más lento, el rostro se vuelva azul y la víctima entre en coma. Mírele el lado bueno: será breve. La muerte, muchas veces, suele ser un alivio. ¿No le parece?

Ahora sí, el pulso de Pablo se acelera.

—Dante, hace un instante dijiste que el veneno para ratas no te parecía una muerte digna de ninguno de los dos.

—Es que no contaba con su presencia. Esto era entre ella y yo —se justifica —. Usted sabe que los griegos desconfiaban del destino, básicamente porque creían que no había posibilidad de huir de él. Pienso lo mismo. Por eso, para darle a Sofía la posibilidad del azar, se me ocurrió esta especie de ruleta rusa. —Empuja los dos frascos hacia adelante y la mira—. En uno de estos recipientes hay cianuro como para matar a un elefante, en el otro, solamente agua. Como dije, quiero darte el beneficio de que elijas primero, así tu vida o tu muerte son opciones que quedan en tu mano. Yo me tomaré el otro, y prometo aceptar el resultado.

Sofía lo mira incrédula y el teléfono de Pablo la sobresalta. El rostro de Santana se vuelve amenazante.

—¿Quién es?

Rouviot saca con cuidado el celular y mira la pantalla.

—Helena, mi asistente. Está en el Hospital de Clínicas junto a la esposa de José.

—No conteste. Esperemos un segundo y escuchemos el mensaje. —Menea la cabeza—. Una verdadera lástima lo de Heredia. Era un buen tipo. Le juro que nunca confié en alguien como en él y le estoy muy agradecido, me ayudó mucho.

—¿Por qué intentaste matarlo, entonces?

—No tuve otra opción.

Pablo recuerda y hace su tercera movida.

—Lo mismo dijiste con respecto a Hernán. Que no iba a tener otra opción más que elegirte, pero no fue así.

Nuevamente, las pupilas de Santana se dilatan y el arma tiembla en sus manos. Perece ser que el solo nombre del joven Hidalgo basta para desestabilizarlo.

—Es que él no sabía.

—¿Qué no sabía? —pregunta Sofía, y Pablo le aprieta el brazo para que se calle y lo siga en el juego.

—Lo que había entre nosotros —contesta Dante alzando la voz—. De lo contrario, siempre me hubiera elegido a mí. Nunca te amó, solo fuiste una

estúpida herramienta para que su familia lo aceptara. Pero jamás podría haber sido feliz con vos.

—Tiene razón —acota Pablo mirándola—. Y aunque te duela, vas a tener que aceptarlo. Hernán lo amaba a él.

De reojo percibe una lágrima en los ojos de Dante, que parece retomar el control de sí. Respira profundo y se recompone.

—Sofía, es hora de jugar. Elegí.

Ella lo mira suplicante, y Rouviot interviene.

—Dante, el juego estaba previsto para dos personas, pero ahora somos tres. Me gustaría ofrecerte una variante.

—¿Cuál?

—Que me dejes ser El Quijote de Sofía. Quiero arriesgar mi vida por esta doncella a la que ni siquiera conozco bien.

Él ríe.

—El gesto de un verdadero caballero. Tiene su atractivo. Pero hagamos un pacto antes. Si usted elige el frasco envenenado, morirá en lugar de ella. Creo que, con eso, la deuda de Sofía conmigo estaría saldada, por lo que la dejaré amordazada y me iré en paz. —La observa—. Su única tortura será pasar una noche en el piso de una bóveda rodeada de cadáveres. Si es inteligente, no debería significar demasiado castigo. Si, por el contrario, cree en el alma y esas tonterías, podría incluso morir de miedo.

—Me parece justo —responde Pablo—. ¿Y qué pasa si el frasco que elijo no contiene cianuro?

Dante reflexiona unos segundos.

—De todos modos, daré por concluido mi asunto con Sofía, pero al estar usted, gano una vida más, quedo libre de tomar el veneno y, a partir de ese momento la batalla será entre nosotros dos. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto. Acepto.

—Entonces, no perdamos más tiempo. —Señala los frascos con la punta del revólver.

Rouviot se inclina y Sofía intenta detenerlo. Él sonríe y le susurra.

—Confiá en mí.

Con decisión, toma uno de los recipientes, le quita la tapa y bebe de un sorbo todo el contenido. A los pocos segundos, el sabor a almendras del cianuro le invade la boca, y tiene la certeza de haberse equivocado.

– XVI –

Hace unos segundos que Helena terminó de hablar con el doctor Uzarrizaga y ya le ha contado lo sucedido a Candela, quien llora en sus brazos mientras ella intenta en vano comunicarse con Pablo.

—Rubio, la puta madre. Atendeme, carajo. ¿Dónde estás?

En la Chacarita, el tiempo parece haberse detenido y los minutos se le hacen eternos. ¿Cuánto hace que Rouviot entró a la bóveda de los Hidalgo? No puede calcularlo. Solo siente la necesidad de sacar el arma, arrastrarse hasta la puerta, asegurar el tiro y volarle la tapa de los sesos a Dante Santana. Pero no va a hacerlo. Debe confiar en Pablo. Sin embargo, casi sin darse cuenta, se va acercando lentamente ocultándose tras los panteones procurando no hacer ruido. No sabe qué pasa allí adentro, pero sea lo que fuere, debe estar preparado.

Mientras tanto, en su casa de Barrio Parque, Raúl y Laura hablan con Rocío. La charla con el psicólogo fue movilizante y, a la luz de las novedades que podrían producirse, decidieron que era hora de que su hija supiera toda la verdad. Ella los escucha incrédula con los ojos enrojecidos por el llanto, y sus padres son incapaces de leer si, en esa mirada, habita el odio o el perdón.

– XVII –

Calcula que han pasado más de dos minutos y aún aguarda la aparición de los síntomas que le anuncien la llegada de la muerte. Sin embargo, a pesar de que el sabor permanece en su boca, sigue respirando como si nada ocurriera. Levanta la vista y observa primero el rictus desesperado de Sofía, y luego la sonrisa calma de Dante Santana.

—Resultó ser un hombre valiente, licenciado. Mucha gente dice estar dispuesta a dar la vida por alguien, pero raramente cumplen esa promesa cuando llega el momento. Usted, en cambio, lo hizo y con eso se ganó mi respeto. —Pablo lo interroga con un gesto—. No, por lo que veo no va a morir. Tuvo suerte, y espero que no se moleste por la broma. En la botella con agua diluí una almendra para que, al beberlo, el gusto fuera similar al del cianuro. Si yo hubiera bebido el otro frasco, ambos tendríamos el mismo sabor en los labios, pero solo uno moriría. Por favor, no se enoje, solo lo hice para estirar un poco más el misterio. Sin embargo, dado el acuerdo que hicimos, tengo derecho a una vida más así que… —Con lentitud hace rodar el otro recipiente hacia un costado—. Un verdadero desperdicio, pero así es la vida.

—Puede ser. Pero, como según el pacto el conflicto entre Sofía y vos está resuelto, supongo que ella puede irse.

—No es tan fácil.

—¿En serio? Qué decepción. Estaba convencido de que eras un hombre de palabra.

—Y lo soy. Créame que no voy a lastimarla, pero si dejo que se vaya ahora, en cinco minutos tendríamos a toda la policía acá, y no puedo permitir que eso pase. Antes, usted y yo tenemos que terminar la partida. Después de eso, si gano, le juro que voy a cumplir con el acuerdo.

Rouviot no se asombra, sabía que no sería tan sencillo.

—¿Entonces?

—Primero escuchemos qué dijo su amiga, por favor.

Pablo va a su buzón y enciende el altavoz. Lo que oye es el llanto de Candela de fondo y luego el reclamo de Helena:

Rubio, la puta madre. Atendeme, carajo. ¿Dónde estás?

Eso es todo. Pablo siente cómo la angustia le recorre el cuerpo. Es obvio que ha pasado algo importante, y teme que se trate de lo peor. La sola idea de que el Gitano haya muerto lo angustia, y aprieta los ojos intentando contener las lágrimas, sin conseguirlo. Santana lo mira.

—Lo siento mucho, de verdad. Aunque no lo crea, a mí también me duele. Como le dije, José era un gran hombre.

Rouviot siente el impulso de arrojarse sobre él, pero la presencia de la joven que tiembla a su lado lo disuade. No puede creer lo que está pasando y, como si fuera poco sabe que, si no maneja bien la situación, la noche puede ser más trágica todavía.

—Si le parece, conversemos un poco antes de continuar —propone Dante —. No quiero aprovecharme de su estado, soy un jugador honesto. —Hace una pausa—. Todavía no sé su nombre.

—Pablo.

—Pablo —repite—, nombre de poeta. —Lo mira con detenimiento, casi como si pretendiera estudiarlo—. Por alguna de las cosas que dijo, deduzco que tuvo acceso a las grabaciones de mis encuentros con Heredia. Un grave descuido de mi parte. Pensé que con llevarme el grabador bastaba, pero veo que me equivoqué. Debí sospechar que tendría una copia en otro lado. —De pronto, así, de la nada, se muerde los labios y se golpea la frente con violencia —. ¿Cómo… cómo no me di cuenta?

Sofía se sobresalta y Pablo se pone alerta. Dante ha dado una clara muestra de enfado con él mismo, y ahora cubre su cara con la mano y se aprieta los ojos. Pablo conoce este tipo de reacciones, las vio a menudo cuando trabajaba con enfermos graves en el hospital psiquiátrico. Como sostuvo Jacques Lacan, esas personalidades son como un banco de tres patas: parecen muy estables si uno se sienta en el medio, pero basta con hacerlo en uno de los bordes para que se vengan abajo, y presiente que eso mismo está ocurriéndole a Santana. Y, pensándolo bien, no sería nada extraño que así fuera. Si para cualquier persona sería difícil atravesar por semejantes episodios de violencia y tantas semanas de tensión, cuánto más para una psiquis endeble como la de Dante. Lo observa con disimulo. Lo ve bambolearse sentado sobre el cemento, apoyado en uno de los cajones con el arma en la mano, e imagina el odio contenido que debe haberle generado ser descubierto antes del final de la tragedia que planificó con tanto esmero. ¿Será posible que su banco de tres patas haya comenzado a tambalear? Es momento de averiguarlo, piensa, y con mucho cuidado lanza la afirmación.

—Sí, tenés razón, fue un descuido imperdonable. Además, ya no importa lo que ocurra, de todos modos, perdiste.

—¿Por qué me dice eso?

Rouviot elige con cuidado cada palabra.

—Porque nadie va a reconocerte como el autor de mi muerte. —Le clava la mirada—. ¿Me parece a mí o no tenés un libro a mano para dejar junto a mi cuerpo?

El comentario, aunque parece banal, surte efecto. Lo sabe por el parpadeo nervioso de sus ojos. Este tipo de estructuras se sostienen a partir de la coherencia del delirio y es común que, el menor cambio en esa realidad alucinada, provoque que todo el edificio se derrumbe. Lo entiende teóricamente y, en este caso particular, lo comprobó por la sencillez con que el Gitano despertó su ira con un simple comentario.

Herido por su intervención, Santana ha bajado la guardia, y Rouviot sabe muy bien dónde golpear. Ahora comprende que las horas que dedicó a escuchar los encuentros que tuvo con José no fueron tiempo perdido.

Su voz suena monocorde, suave y sin matices.

—La grabación de tus sesiones, el acceso a tu historia clínica, ahora la ausencia del libro… demasiados cabos sueltos. Por lo que veo, no sos tan inteligente como creías. Tal vez por eso pude descubrirte. Pero no te castigues tanto, es entendible. Después de todo no fuiste más que un chico que nunca le importó a nadie. —Hace una pausa dramática—. Y mucho menos a Hernán.

—Basta —susurra acongojado.

—¿Basta, por qué? —lo asedia—. ¿Acaso no querías jugar conmigo? Bueno, te propongo algo: juguemos al juego de la verdad. —Santana lo mira confundido—. Es muy simple. Yo debo decir cosas que nadie sepa de tu vida, y por cada una que acierte vos sacás una bala del revólver y me la das. Si fallo, aunque sea una vez, simplemente ganás y tenés derecho a dispararme. ¿Qué te parece?

—No sé —contesta con voz temerosa.

—¿Qué no sabés? Dale, aceptá. —Lo fuerza—. Hay seis proyectiles en el tambor, y basta con una equivocación de mi parte para que ganes vos. Tenés más del 80 % a tu favor. Deberías ser muy estúpido, o muy cobarde para rechazarlo.

Dante tiembla y comienza a menear la cabeza con movimientos breves y compulsivos. Después de tanto pensar en él, Pablo cree tener un diagnóstico preciso, un diagnóstico que le indica que este es el momento de actuar. Si bien Santana tiene una personalidad muy débil, en las grabaciones lo ha escuchado recuperarse con rapidez y no puede darle esa chance, pero tampoco desequilibrarlo al punto tal de que nada lo soporte, porque en ese desencadenamiento podría ser capaz de cualquier cosa.

La situación es compleja. Debe lograr que se recomponga un poco, pero no tanto como para que recupere el dominio. En este momento, se siente como un anestesista que sabe que una gota de menos hará que el paciente se despierte y ponga en riesgo la cirugía, y una de más hará que muera. Por eso, cada movimiento que haga debe ser en extremo preciso.

—Aunque reconozco que lo de Sibyl Vane fue una genialidad. —Lo halaga —. Utilizar un personaje secundario, perdido en medio de una novela tan

importante, era una pista muy difícil de descifrar. Te felicito. —Dante le sonríe—. ¿Y sabés qué? Estuve en el hogar en que creciste y admito que solo una persona especial podría haber resistido eso y enfrentarse al mundo sin más ayuda que su inteligencia. Así somos algunos —dice intentando empatizar con él—: podemos equivocarnos, pero siempre sacamos un as de la manga.

Santana asiente un poco más calmado. Pablo decide callar y se produce un silencio que parece interminable, hasta que por fin el joven toma la palabra.

—Estoy pensando en el juego que me propuso.

—¿Y?

—No me parece justo para usted, pero si está dispuesto a arriesgarse, acepto.

—Hecho. Solo tengo una condición.

—¿Cuál?

—Si gano, Sofía y yo nos vamos. No pretendo que te entregues y mucho menos que mueras, podés hacer lo que quieras. ¿De acuerdo?

La joven lo mira asombrada, pero Rouviot sabe que la sola idea de volver a estar encerrado, como cuando era chico, podría desencadenar toda su locura y por eso elige dejarle a mano una salida.

Sofía lo aprieta con fuerza. Tiene miedo. Él también, aunque debe disimularlo. Se toma un instante, cierra los ojos, respira profundo y deja que lo invada toda la información que recolectó en esos días y las conclusiones a las que ha llegado. Sabe que debe ir de menor a mayor. No puede correr el riesgo de que ese delicado andamio que es la psiquis de Dante se desmorone, no hasta que le quede la última bala. Al menos así, sabe qué hacer para salvar la vida de Sofía.

—Que comience el juego, entonces —lo invita el joven con cierta ansiedad.

Pablo asiente, mientras evalúa por dónde empezar. Tiene seis preguntas, y hace unos minutos dedujo que también son seis las personas que deben morir según el plan que Dante ha trazado en su mente enferma. Elige tomarlos como hoja de ruta para llevar adelante este juego mortal siguiendo una simple lógica: plantear primero los casos que afectivamente comprometan menos su precaria estabilidad psíquica. De todos modos, debe encubrir esta elección intentando que él no lo note. Demostró ser muy inteligente, y si su parte racional toma el mando de sus comportamientos, Rouviot perderá la única chance que tienen de salir ilesos de esta situación.

—Si no te molesta, preferiría arrancar por las cuestiones más importantes para mí. —Miente.

—Como quiera. Es más, le confieso que me alegra comprobar que también los analistas tienen su costado narcisista —comenta con una calma que no tenía hace apenas unos minutos.

—José Heredia, entonces.

—Adelante.

—Pienso que lo consultaste por una razón muy simple.

—¿Cuál?

—Porque, *como dijeron los griegos, todo lo que un hombre hace en su vida, lo hace nada más que para que algún día alguien pueda contarlo*. Bueno, creo que tuviste necesidad de contarlo, y qué mejor testigo de tu impostura que una persona que no iba a ponerte en peligro dado su compromiso de confidencialidad. Ese análisis empezó de un modo lúdico para vos, casi como una travesura que, de a poco, se fue volviendo cada vez más peligrosa. El ámbito íntimo y confidencial te invitó a hablar de vos, a narrar, aunque fuera de modo velado, tus *infiernos personales*, como los llamaste. Y en ese momento, la cosa empezó a complicarse. Confundido por tus propias emociones, te expusiste demasiado y dejaste de tener el control de las sesiones, algo que no pensabas permitirte.

—Su deducción es muy buena —lo interrumpe—. Pero tengo dos preguntas que hacerle. La primera, ¿por qué di los datos de Hernán cuando podría haber inventado una identidad ficticia?

—Porque necesitabas que una parte tuya quedara unida a él. Era importante para vos dar cuenta de la relación que habían compartido. Pensás, como los griegos, que aquello que no se dice es como si nunca hubiera existido, y sentís que ese amor fue lo más real que te ocurrió en la vida. ¿Y cuál es la segunda cuestión? —se apura en preguntar para no darle tiempo a decidir acerca de la validez de su respuesta.

—¿Por qué cree que le disparé a Heredia, cuando hubiera bastado abandonar el análisis y no volver más a su consultorio?

Pablo esperaba poder eludir el tema para no ingresar tan rápido a los espacios oscuros de Santana, pero no tiene margen para callar o equivocarse, de modo que opta por decir la verdad, de manera cuidadosa.

—Le disparaste porque el dispositivo analítico había dado sus frutos y José se acercó mucho a la verdad. Como Ícaro, elevó su vuelo demasiado cerca del sol, y al igual que él, lo pagó con su vida. —Lo ve dudar, un recorte de sesión viene en su auxilio y acota de inmediato—. Además, reconozco que tuviste una razón mucho más justa para hacerlo: él fue uno más de los que no entendió nada de lo que en realidad te pasaba. —Pausa—. ¿Respuesta correcta?

Dante lo observa unos segundos en silencio, al término de los cuales abre el tambor del revólver y, complacido, retira una bala y se la arroja.

– XVIII –

Desde el lugar en que se encuentra, percibe los murmullos que llegan del interior de la bóveda, aunque no puede discernirlos. Para hacerlo debería estar más cerca, pero correría el riesgo de que Santana advirtiera su presencia.

En un momento, la conversación pareció subir de tono y tuvo el impulso de entrar, pero luego había retornado la calma y prefirió esperar, cosa que se le está haciendo muy difícil. Es un hombre de acción y su paciencia va llegando al límite. Sin embargo, debe confiar en Rouviot. Hasta el momento, le ha dado sobradas pruebas de su capacidad para manejar momentos complicados, aunque nunca uno como este. Y también está la chica, es decir que son dos las personas que corren riesgo.

Es un policía de los buenos, y siempre estuvo dispuesto a dar su vida para proteger a los otros. Además, en este caso en particular, no le queda más que reconocer que le ha tomado cariño a ese psicólogo raro que oye cosas que jamás se han dicho.

Duda si ganar tiempo pidiendo refuerzos, pero la advertencia de Pablo le resultó atinada. Está convencido de que, si Santana escuchara una sirena o cualquier otro ruido extraño, los mataría sin dudar. Había dado sobradas muestras de su capacidad para hacerlo. Así que tiene que manejar sus nervios y estar atento pues no sabe cuál será el momento exacto en que deberá jugar su rol en la resolución de esta historia.

Al pensar en eso, involuntariamente, su mano busca el arma reglamentaria. Sabe que no podrá fallar. Dante Santana no va a darle dos oportunidades.

– XIX –

—¿Vamos por la segunda, Dante? —pregunta Pablo.

—Vamos, pero tenga cuidado. No vaya a ser que esa segunda bala en lugar de terminar en su mano termine en su frente.

Pablo acepta. Necesita fingir que se siente cómodo con el juego. Es evidente que, con su amenaza, Santana intentó ponerlo nervioso y no va a darle el gusto. Si lo hiciera, él podría sentir que domina la situación y volvería a ser ese rival calculador y brillante al que Pablo no quiere enfrentar. Por eso, juega con el proyectil entre sus dedos mientras aparenta pensar.

—Bueno, sigamos con Sofía, la víctima más previsible de la trama. Tanto que un hombre de tu inteligencia debería haberla descartado, pero no pudiste hacerlo. Al principio pensé que se trataba de un tema de celos, pero lo descarté enseguida.

—¿Por qué?

—Porque jamás la sentiste una rival. Estabas demasiado convencido de que eras el amor de Hernán. Aun así, te molestaba la libertad con que ella compartía sus amigos, su familia y su mundo luminoso. Sofía caminaba con él de su mano a la vista de todos, mientras que vos debías permanecer escondido entre las sombras. —Pausa—. Si mi memoria no falla, le contaste a José que Hernán *nunca te había dado el derecho de invadir su mundo*, y recuerdo la angustia que sentiste cuando fingió no conocerte a la salida de la facultad. Imagino que pensaste que no haría lo mismo con su novia. Como dijiste en sesión, tenías la esperanza de que, *llegado el momento, su familia te aceptaría*, pero no fue así. En cambio, a ella la adoraban y le daban un lugar de privilegio. Tenía, incluso, el derecho a que hubiera una foto suya en el departamento de Palermo. Foto que vos te encargaste de esconder en un cajón. —Lo observa y percibe algunos movimientos involuntarios y tensos. Debe andar con cuidado—. Así que descarté el tema de los celos y comprendí que lo tuyo era otra cosa: rabia. Vos *no estabas dispuesto a compartirlo con nadie* y Hernán no solo le dedicaba tiempo, sino que, incluso, la mostraba en todas partes y la llevaba de vacaciones. Es posible que no la hubiera amado, es cierto, pero al igual que Sibyl Vane, Sofía fue quien desató la tragedia.

El joven lo ha escuchado con atención, y se dispone a interrogarlo.

—¿Y si es verdad que no quería que nada se interpusiera entre nosotros, por qué no maté también a sus padres?

Pablo sonríe.

—No me subestimes, Dante. A ellos les diste la muerte más dolorosa de todas, la que queda en manos del tiempo. Un tiempo en que, ni por un

minuto, dejarán de sentir la angustia y la culpa que les cabe por el «suicidio» de su hijo. Y ni siquiera debías tomarte el trabajo de enviarles un libro. ¿Para qué, si la biblioteca entera de Hernán está al alcance de su mano? Allí están las pruebas de todo, pero jamás tendrán la capacidad de descubrirlas. Toda una obra maestra de tu parte.

—Gracias. Le confieso que el juego comienza a ponerse interesante y, antes de otorgarle el punto, me gustaría hacerle una pregunta más. ¿Cuándo cree que tomé la decisión de matar a Sofía?

Su pulso se acelera. Duda. Aun así, intenta que su voz suene segura.

—Cuando Hernán te contó que le había pedido que se fuera a vivir con él. Esa sí era una idea que no podías soportar. Estoy seguro de que no pudiste evitar fantasear con el momento en que ella entrara en esa casa y fuera recibida como una princesa. Es comprensible que eso te pusiera furioso y te haya empujado a tomar la decisión de asesinarla. Sin embargo, debo decir algo en su defensa. —Lo mira—. Ella rechazó esa propuesta.

—¿Qué?

—Sí, algo que nunca tuviste oportunidad de saber. Así que, como ves, Sofía no era un impedimento para que ustedes estuvieran juntos y, por lo tanto, no merecía el castigo. De todos modos, a esta altura es un detalle intrascendente en nuestro juego, ¿no?

—Por supuesto. Usted sabe que, aunque la condena haya sido injusta, nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo crimen.

Rouviot ratifica y, seguro de su alegato, extiende la mano en la que guarda el proyectil y, luego de repetir el procedimiento anterior, Dante deposita con suavidad una segunda bala en su palma.

– XX –

La cabeza de Sofía es un hervidero de ideas. Cuando el joven la recibió sonriente en el garaje, no sospechó que estaba a punto de iniciar el derrotero más peligroso de su vida. Confiada, lo acompañó al segundo piso mientras intentaba, en vano, hablar con Pablo. El muchacho le preguntó cuál era su vehículo, le confesó con timidez que había tomado el trabajo por necesidad, aunque apenas sabía manejar, y le suplicó que ella misma bajara el auto para evitar golpearlo. La situación le dio ternura, por eso, aceptó y le dijo que se relajara. Aprovechando el momento de distracción, él le apuntó con el arma y se sentó a su lado.

—Vamos, tenemos algo que hacer.

—¿Qué? —reaccionó aterrada.

—Ya te vas a dar cuenta cuando llegue el momento. —Fue la única respuesta.

Al llegar abajo, Sofía miró instintivamente hacia el cuarto de los empleados.

—No va a poder ayudarte, está durmiendo una siesta. Pero no te preocupes por él. Te aseguro que en dos horas va a despertar como nuevo. Ahora salí y doblá a la derecha —le ordenó.

Sofía obedeció. ¿Qué otra cosa podría haber hecho si estaba muerta de miedo? Salió a la calle y siguió sus indicaciones. Poco más adelante, en un semáforo, divisó un coche policial estacionado a su izquierda y tuvo la tentación de gritar, pero su captor también lo había visto.

—No muevas ni siquiera un músculo. Sería una pena que murieras acá, cuando podrías ser el personaje de una hermosa historia.

Ella tembló al escucharlo. No había en esa voz el menor rasgo de temor o nerviosismo. Con toda calma, incluso con gentileza, él le pidió que siguiera por Honorio Pueyrredón, que doblara en la avenida Warnes y cruzara la vía por Jorge Newbery. No tenía la menor idea de quién era ese hombre, por qué la había secuestrado ni hacia dónde se dirigían. Antes de llegar a Corrientes, le hizo pegar unas vueltas hasta encontrar un lugar para dejar el auto correctamente estacionado.

—No queremos que la policía tenga ningún motivo para identificarlo antes de tiempo —le susurró.

Al descender, la abrazó a la vez que le recordó que debajo del abrigo había un revólver apuntando a su cabeza. Estaba oscuro y casi no se veía gente. Rodearon el paredón hasta llegar al lugar que él había elegido: un hueco poco visible que permitía el acceso.

—¿Sabés qué es la necrofilia? —Ella asintió—. Bueno, hay gente que paga mucho dinero para tener relaciones sobre las tumbas. Admito que es un gusto raro, pero no más cruel que otros que conozco. El tema es que, quienes trabajan en la prostitución y brindan ese servicio, encontraron algunos sitios por los que entrar al cementerio. Este es uno de ellos. —La empujó con suavidad y le indicó que pasara.

Recuerda que, en ese momento, se preguntó cómo ese hombre habría averiguado todo eso, pero la respuesta la atemorizó aún más. Podía esperarse cualquier cosa de alguien que hubiera sido capaz de participar en una de esas morbosas rondas sexuales.

Una vez adentro, él se movió con paso seguro a pesar de la oscuridad, hasta detenerse frente a un lugar que Sofía reconoció: la bóveda de la familia Hidalgo. Lo sabe porque estuvo allí el día en que dejaron el cuerpo sin vida de Hernán. Todavía recuerda el grito de dolor de Laura que apretó su mano, mientras Raúl acariciaba a Rocío. No había vuelto nunca más, ¿para qué? Sabía que el joven ya no estaba allí. Tampoco les contó a sus padres que, pocos días antes, habían roto la relación. No tenía sentido hacerlo.

Lo cierto es que Dante, así dijo llamarse, abrió la puerta con relativa facilidad y le pidió que ingresara y se sentara a su lado, junto a los cajones que daban a la pared del fondo. Al principio temió que fuera a violarla, pero enseguida comprendió que esa no era su intención.

—Quiero que sepas que voy a matarte —le informó en tono cálido—. Pero no deseo que sufras más de lo necesario.

Ella comenzó a llorar.

—Sofía, calmate, por favor. No tiene por qué ser tan difícil. Después de todo, morir es tu destino, solo es cuestión de tiempo. Pensá que podrías haber muerto vieja, dando lástima, y siendo una más. En cambio, te ofrezco la posibilidad de hacerlo con dignidad, como los guerreros.

A esa altura, todo su cuerpo temblaba, sin embargo, algo le decía que era inútil suplicar. No sabía por qué ese hombre quería matarla, pero no tenía dudas de que ella no podía evitar que lo hiciera.

Sintió una profunda pena. ¿Tenía que ser ahora? ¿Justo cuando, después de tanto tiempo, se estaba permitiendo ser ella misma? Se había alejado del mandato familiar, daba clases en la facultad rodeada de estudiantes que absorbían con voracidad sus conocimientos y, como si fuera poco, apareció Pablo, ese hombre atormentado que la había conmovido. Hace apenas unos días temblaba bajo la ducha luego del primer encuentro sexual, todavía con la sensación de sus caricias en la piel, y ahora, estaba a punto de morir en una oscura bóveda del cementerio de la Chacarita.

—Imagino que te estarás preguntando el porqué de esto —le dijo Dante—. Claro, porque vos nunca me viste, siempre fui invisible para ustedes. En

cambio, yo sí te vi muchas veces. Podría decirte el abrigo que llevabas la noche en que fueron con Hernán a cenar a Puerto Madero, pocos días antes de su muerte, y también describir la entrada de tu casa y la puerta de la mansión de tus padres. Estuvimos a pocos centímetros muchas veces en estos días e, incluso, asistí a alguna de tus clases, y vos ni siquiera notaste mi presencia. —Se alteró—. Te odio. A vos y a todos los que se interpusieron entre él y yo. Aun así, voy a darte una oportunidad.

Pero no pudo seguir hablando, porque en ese momento se escuchó la voz de Rouviot y, a pesar de la situación en la que estaba, Sofía sintió que todavía le quedaba una esperanza:

Piedra libre para Dante Santana.

Parece que hiciera mucho tiempo de eso, pero sabe que no pasaron más que unos pocos minutos. A diferencia de ella, Pablo parecía conocer mucho acerca de su asesino y, a partir de la conversación de los hombres, fue armando el rompecabezas, al menos hasta donde pudo. Así y todo, no termina de comprender bien lo que está ocurriendo. Solo sabe que, de algún modo, Pablo consiguió que Dante la dejara sentar a su lado y que, con su extraño desafío, logró que ese revólver que los apuntaba tuviera ahora dos balas menos. Pero el juego aún no ha terminado, y en el arma quedan todavía cuatro más.

– XXI –

La siguiente elección es mucho más riesgosa. Hasta ahora, las víctimas no formaron parte de los afectos de Santana, pero ya no tiene más opción que empezar a abordarlos. En su mente, Pablo armó tres categorías con dos personas cada una. El primer grupo, el más distante a los sentimientos del asesino, lo formaban Sofía y José. Al segundo lo denominó *padres*, y es de un contenido emocional fuerte, pero manejable, y el tercero apunta al alma misma de Dante y, por ende, sabe que será el más difícil de tocar. Ya transitó por el primero, el que representaba menos peligro, y es momento de pasar al siguiente. Pero ¿por cuál de las dos figuras paternas convendría comenzar?

—¿Cómo seguimos, licenciado? —le pregunta Santana, como si estuviera leyendo su mente.

A Rouviot siempre le extrañó la capacidad de ciertas psiquis perturbadas para captar las emociones ajenas. Algunos sostienen que se trata de un don. Él piensa que, si así fuera, sería un consuelo muy pobre a cambio de tanto dolor.

En ese ámbito lúgubre, Dante lo observa fijamente sin soltar el arma y él, dudoso, retoma la palabra intentando afectar una seguridad que no tiene.

—¿Qué te parece si nos ocupamos de Cipriano Santana?

—Como quiera. Lo escucho.

—La más inocente de tus víctimas. Un peón de campo cuyo único pecado fue perder lo poco que tenía cuando su mujer, tu madre, murió al dar a luz. Es seguro que, al sentirse solo y desesperado, no encontró una solución mejor que dejarte en un hogar, pensando que allí ibas a tener más posibilidades de ser feliz. Nunca pudiste perdonarlo, y me parece que fuiste injusto con él. Después de todo, ¿no hubiera sido un acto de egoísmo de su parte quedarse con vos? Pongámonos por un segundo en sus zapatos. ¿Qué tenía para ofrecerte más que una vida de privaciones en un pobre rancho de barro? Estoy convencido de que la idea de criarte en medio de la nada le pareció cruel y, al tener que trabajar de sol a sol sin contar con nadie que te cuidara, sintió que no le quedaba más opción que internarte en un colegio. Tal vez allí, la educación podría darte las herramientas necesarias para cambiar tu destino. Claro, él no podía imaginar el infierno que te esperaba. —Lo mira—. Igualmente, vos y yo sabemos que no fue su abandono el que le costó la vida. Había algo más que jamás ibas a perdonarle. ¿Me equivoco?

El arma tiembla en las manos de Santana.

—¿A qué se refiere?

—No —responde en tono relajado—. De eso hablaremos más adelante. Ahora es tiempo de que me des la tercera bala.

Dante duda e intenta recuperar su ventaja.

—¿Y por qué cree que no lo maté antes?

—Porque no hace mucho que averiguaste quién era tu padre.

—Y, según usted, ¿cuándo lo supe?

Pablo se tensa. Tiene alguna idea, pero ninguna certeza acerca de eso.

—Bueno, esa consulta es demasiado precisa. Deberías darme al menos un pequeño margen de error, digamos unos seis meses. En una vida de treinta y tres años no me parece un pedido excesivo.

El joven lo observa con cierta admiración.

—¿Cómo supo mi edad exacta?

—También de eso hablaremos después.

—Está bien. Acepto. Le doy esos seis meses de gracia, pero ni un día más. —Dicho lo cual apunta el arma directo a su cabeza.

Pablo siente miedo, pero debe seguir interpretando su papel.

—Entonces, diría que no hace más de dos años que lo averiguaste.

Rouviot cierra los ojos, pero el disparo no llega. En cambio, Santana se muerde los labios y asiente.

—Usted me asombra. Creo que, de habernos conocido en otras circunstancias, hubiéramos hecho un buen equipo. ¿Cómo dedujo ese dato?

—Me extraña, Dante. Deberías saber que los magos jamás explican sus trucos. Además, sos demasiado inteligente y calculo que podés intuir a partir de qué cosas fui sacando mis deducciones.

—Puede ser —contesta—. Aunque no sé… —Se toma la cabeza.

—¿Qué no sabés? —lo cuestiona, sorprendido.

—Nada… no sé… me siento confundido.

Pablo advierte un temblor en su voz y se tensa. ¿Por qué ahora, cuando todo parecía estar tranquilo para Santana? Todavía no es momento de que se quiebre. Tiene que devolverle algo de estabilidad y, para eso, decide llevarlo a una instancia en la que tuvo el control de la situación.

—Sacame una duda, Dante. ¿Le dijiste quién eras?

—No hizo falta, me reconoció enseguida. Dijo que yo era igual a mi mamá. Pero igual no hubo gestos de afecto entre nosotros. Él comprendió de inmediato que no estaba ahí buscando un reencuentro. —Se detiene.

—¿Qué pasa?

—Pensaba.

Se equivoca. No está pensando, está sintiendo. Seguramente, el recuerdo lo ha movilizado, pero es mejor que crea que piensa. La razón es mucho más fácil de manejar que la pasión. Rouviot sabe que es el camino que debe seguir.

—¿Y en qué pensabas?

—En su actitud. Se comportó como un hombre. Pensé que tendría que obligarlo, que iba a rogar, pero no. Ni se mosqueó cuando le até la soga al cuello. Simplemente, cedió.

—Quizás porque la vida ya no era algo que le importara demasiado.

—Puede ser. Después de todo, era un pobre tipo sin sueños ni esperanzas. —Hace una pausa.

—Seguí, por favor.

—Fue raro, porque no solo se entregó cuando supo que iba a matarlo… también me pidió perdón.

—A lo mejor, al ver en qué te habías convertido, comprendió que la decisión de abandonarte fue un error.

Santana lo mira de modo serio.

—¿Y en qué me he convertido?

Pablo inhala profundo intentando controlar su ritmo cardíaco. Sabía que en algún momento debía pisar terreno resbaladizo, y ese momento ha llegado. De aquí en más, cada uno de sus pasos debe tener una precisión milimétrica.

—En un asesino. Aunque, dada tu inteligencia, uno muy particular.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que matar a alguien es fácil. El ser humano es una especie muy frágil, por eso, hasta las personas más insignificantes pueden cometer un crimen. Sin embargo, vos hiciste de ese acto ruin una verdadera obra de arte. Tuviste en cuenta todo: el lugar, el enmascaramiento, la firma. Concebiste cada uno de tus casos con una lógica perfecta, y eso sí que no es algo que cualquiera pueda hacer. Hace falta una mente genial como la tuya para lograrlo. *Chapeau*. —Golpea las palmas con suavidad tres veces a modo de aplauso.

Segundos después, sin mediar palabra, el joven le arroja una bala más y Sofía se relaja, Pablo no. Sabe que, con este juego, va ganando tiempo y posibilidades, pero es consciente de que lo más difícil recién está por empezar.

—Licenciado, si no capté mal su estrategia, ahora es el momento del viejo Pancho. ¿Me equivoco?

Dante parece recompuesto, y no solo eso. También adivinó cuál era su plan, y no vale la pena negarlo.

—No, no te equivocás. Aunque, no sé… —Finge dudar.

—¿Qué es lo que no sabe?

Rouviot adopta un tono comprensivo.

—Dante, ambos sabemos que lo que voy a decir es muy íntimo, y no me parece bien exponerte tanto delante de Sofía. Como te dijo José, *vos también tenés derecho a tu intimidad, y no estás obligado a compartirla con nadie*. ¿Qué te parece si la dejás salir? Todavía me tendrías a mí, y te aseguro que soy muy importante para ella. No va a arriesgar mi vida haciendo una tontería.

Por un instante, da la impresión de que Santana está evaluando la posibilidad de acceder a su pedido, sin embargo, su respuesta es una pequeña carcajada.

—Buen intento, Pablo, pero no. Es posible que esta belleza no hiciera ninguna movida estúpida si la dejara salir, pero no es menos cierto que lo único que impide que usted la haga es su presencia. Por lo que veo, también Sofía es importante para usted. ¡Qué cosa! —Reflexiona—. Nunca dejo de asombrarme.

—¿Con qué?

—Con la verdad de lo que dijo el poeta. Para las almas nobles, *la vida vale menos que el amor*. Pero mejor sigamos jugando, y quédese tranquilo. Estoy preparado para sonrojarme delante de ella, y mucho más sabiendo que uno de los dos no va a salir con vida de acá.

Pablo asiente. Se imaginó que él no aceptaría su propuesta, pero fue lo único que se le ocurrió para que sintiera que seguía siendo el director de la obra. Necesitaba restituirlo en ese sitio antes de dar el siguiente paso. La voz de Santana se impone en el silencio.

—¿Entonces?

—Entonces, hablemos de Francisco Mansilla, el verdadero demonio de esta historia, el perverso que arruinó tu vida. Lo conociste a los tres años, y desde entonces se adueñó de vos. Él me lo confesó.

—¿Qué le confesó?

—Que te vio *tan chiquito, tan indefenso*... que entendió que nada podía evitar que fueras suyo. Era un pedófilo que vio en aquel niño el germen de un adolescente hermoso, un Adonis, para citar a tus amigos, los griegos. Y desde el primer día te crio, como él dijo, con un esmero especial, casi como quien prepara durante mucho tiempo un plato que va a saborear más tarde. Es probable que al principio eso te hiciera sentir protegido, pero estoy convencido de que en algún momento percibiste lo que te esperaba. ¿A qué edad fue eso? No lo sé, depende del grado de locura de Mansilla. Y no quiero saberlo tampoco. ¿Sabés? Vi muchas cosas en mi práctica clínica, pero jamás trabajé con un abusador. No quiero escucharlos. Me indigna, me lastima y enfurece solo pensar que podrían contarme las cosas que son capaces de hacer. Por eso, te juro que entiendo lo que pasaste, y lo lamento mucho, no fue justo. Es más, cuando te imagino temblando de miedo en aquellos fines de semana solitarios, temiendo la llegada de ese padre siniestro que venía a verte para tocarte y obligarte a complacer sus fantasías sexuales, comprendo por qué lo mataste. Es más, deberías haberlo hecho hace mucho tiempo.

—¿Y por qué cree que no lo hice?

—Porque quisiste darte una oportunidad. Todo tu mundo había sido ese hogar en el que fuiste violado y humillado durante toda tu infancia. Imagino

que pensaste que, tal vez, el destino tenía preparado algo mejor para vos, un pequeño reconocimiento después de tanto sacrificio. El alivio que esperaba hallar Odiseo luego de diez años de lucha y diez de travesía hasta llegar a su hogar. Sin embargo, al igual que él, lo que encontraste no hizo más que aumentar tu sensación de vacío y soledad. Además, hubo otra cosa que mantuvo vivo a Mansilla todos estos años.

—¿Qué cosa?

—Información. Él tenía los datos de tu familia biológica, algo muy importante para vos, y los dos sabemos por qué, ¿no? —El rostro de Dante palidece, Rouviot comprende que ha ingresado al camino sin retorno, y su tono se vuelve incisivo—. Por eso volviste a General Lemos, en busca de respuestas que Francisco, asustado, te dio. Y podrías haberlo matado en esa ocasión, ya no tenía nada más que pudiera interesarte. Sin embargo, todavía tenías esperanzas, y no quisiste hipotecar tu vida hasta no haber jugado la última carta. Aun así, no iba a escapar de su castigo. Recuerdo tu respuesta cuando José te preguntó si estabas enojado con tu padre. Contestaste que sí, y que algún día se iba a arrepentir de todo lo que te hizo sufrir. ¿Estoy en lo cierto? —Santana no responde. Pablo aguarda unos segundos—. Dante, sabés que lo que dije es verdad, y tenemos un trato, así que dame una bala más.

El joven ha empezado a temblar y él apela a toda su experiencia para intentar detener la crisis que se avecina. Sabe que la ambivalencia de amor y odio es inevitable entre padres e hijos, y para bien o para mal, desde un punto de vista simbólico, Mansilla había sido su padre. Quizás fuera eso lo que lo llevó a darle una oportunidad que el pobre Cipriano no tuvo. Imagina la lucha que se libra en su interior y, a partir de lo escuchado en las sesiones, teme a su reacción e intenta detenerla.

—No fue tu culpa, Dante. Vos no merecías pasar por todo eso, así que no te castigues por lo que le hiciste. Ese hombre se ganó todo lo malo que pudiera pasarle y mucho más. Además, sabemos que no fuiste su única víctima en esta historia, así que no pienses más en él. Ya está, capítulo cerrado. Sigamos jugando, si te parece. —Al no obtener respuesta se apresura e insiste—. Dale, ¿por qué no me das la bala y hablamos del génesis de toda esta tragedia?

Adrede ha usado esa palabra, génesis. Ahora conoce por qué Santana eligió *La Biblia* y no *Los mitos griegos* para sellar su último acto con Cipriano y sabe que hizo una buena elección pues, por más que la imagen de Zeus matando a su padre devorador pareciera más propicia, en su mente, el verdadero dolor no tenía que ver con su abandono, sino con algo mucho más fuerte para él.

—¿Y, seguimos o no?

Dante mira el arma y de modo torpe retira otro proyectil. Se lo extiende con mano temblorosa y Pablo sabe que en ese preciso instante ha comenzado

el desenlace de un drama cuyo final todavía no fue escrito.

– XXII –

¿Cómo pudo suceder esto, si lo tenía todo tan bien calculado? No es justo que su plan se complicara ahora, cuando estaba tan cerca de escribir el capítulo más importante de su vida. Años encerrado, sufriendo las vejaciones de ese viejo repugnante, ahogando su angustia en la biblioteca, soñando con ser alguno de esos personajes maravillosos que habitaban las páginas de los libros que leía y pensando cómo hacer para escapar de allí. Hasta que un día lo supo. Fue una noche de sábado. Los chicos se habían ido y la única persona que quedaba era Ernesto Olmedo, el portero, un pusilánime que hacía la vista gorda a todo lo que pasaba a cambio de casa, comida y un sueldo de miseria. Sabía que bastaba con una palabra de Mansilla para que lo despidieran, en cuyo caso quedaría tan solo y desprotegido como Dante.

Casi nunca hablaban y, aunque a veces le generaba un poco de pena, en el fondo lo odiaba. Sí, lo odiaba por su silencio, porque se escondía en su cuarto ni bien el director llegaba para dejar que lo abusara a su antojo. Siempre detestó sentir cómo Francisco lo acariciaba y lo penetraba, pero había terminado por acostumbrarse al horror. En esas ocasiones, intentaba pensar en otra cosa, dejaba volar su mente e imaginaba que era un guerrero troyano, o un detective inglés. Pero no era fácil. Sobre todo, porque el aliento rancio que debía respirar mientras el hombre lo besaba lo traía a la realidad. ¡Cuántas veces fantaseó con matarlo! Sin embargo, no valía la pena, le faltaba poco tiempo. Pronto cumpliría los dieciocho años, saldría del lugar y no volvería a verlo más. Y podría haber sido así, pero Mansilla no pensaba liberarlo tan fácilmente.

—Tengo una gran noticia para darte —le dijo la noche anterior, y le contó que iba a pedir su custodia hasta que cumpliera los veintiún años. Así podrían compartir, al menos, tres más. Después verían cómo arreglárselas para seguir juntos. Lo más factible era que le diera un trabajo en el hogar.

Como Dante no tenía quién se hiciera cargo de él, enseguida comprendió que la justicia accedería a ese pedido. Y en ese instante, el muchacho decidió que ya había cumplido la condena y era hora de partir. Sabía que, al día siguiente, el viejo vendría a verlo amparado en la impunidad que le daba el creerse con derecho a todo, incluso a su cuerpo.

Dedicó la mañana a hurgar en los cajones y archiveros de la dirección pensando que en algún lugar debía haber pruebas de los espantos que el hombre había cometido durante la dictadura, pero no encontró nada.

Seguramente, la llegada de la democracia lo concientizó de los peligros de conservar la documentación.

Dante se sintió más desolado que nunca y maldijo a Dios por su suerte. Sin pruebas concretas quedaba solo su palabra, y sabía que todos confiarían más en lo que dijera el ilustre director. Después de todo, él no era más que un chico que alguien había tirado a la basura y, en ese momento, comprendió que el mundo entero lo despreciaba y tomó una decisión drástica.

Cuando Mansilla llegó, a eso de las seis de la tarde, ya todo estaba hecho. Dante lo recibió parado en la puerta de la cocina y le dijo que no había probado bocado en todo el día. Estaba seguro de que el viejo no tendría problema en que comieran algo antes de ir a la habitación, después de todo, no tenía ningún apuro.

El joven había preparado un trozo de carne con fideos y puesto la mesa para dos. Cuando terminaron, fueron juntos hasta el cuarto. Él abrió la puerta y le pidió que pasara. Lo que Mansilla vio lo horrorizó. Tendido sobre la cama ensangrentada, yacía el cuerpo sin vida del portero.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Según. —Fue su respuesta—. Yo voy a irme de acá en este mismo instante y para siempre. Si no denuncia mi fuga, ni me busca, puede contar que se suicidó y que lo encontró muerto al llegar. En cambio, si intenta retenerme, voy a decir que usted lo mató con este cuchillo. —Le mostró el cubierto con cabo de madera con el que Mansilla acababa de comer—. Tiene sus huellas y rastros de la sangre de Olmedo que me encargué de dejar. Espero que el gusto no le haya impedido disfrutar de nuestra última cena. Además, voy a explicar que usted lo mató porque él estaba dispuesto a declarar en su contra como testigo de sus abusos. —Hizo una pausa y se le acercó con el puñal en la mano—. Así que dígamelo usted. ¿Cómo murió este hombre?

Los ojos asustados de Mansilla fueron una caricia para su corazón, y mucho más lo fue esa voz apenas audible.

—Se suicidó.

Y así, un sábado a la tarde, cuando el sol caía, cruzó el umbral del averno para siempre. Él, como Orfeo, había logrado salir con vida del infierno.

Guardó el cuchillo un tiempo, por si lo necesitaba como prueba contra el viejo. Años después, cuando ya no temía ser denunciado, decidió conservarlo como recuerdo. Después de todo, fue la llave que le abrió las puertas de la cárcel.

Nadie lo molestó jamás. Tal vez, porque a nadie le importaba su vida. Lo cierto es que en aquel acto comprendió algunas cosas. Primero, que era capaz de matar. Segundo, que el suicidio era una buena manera de encubrir

un crimen, y, en tercer lugar, que no era un cobarde. Había derrotado a todo un sistema con la sola ayuda de un puñal, y eso implicaba que todavía le quedaba una esperanza. Lucharía contra el mundo, estudiaría, trabajaría y se convertiría en un hombre digno de ser amado, y recién entonces, como si se tratara de un héroe mitológico, iría a cumplir con su destino. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

– XXIII –

En la fría noche porteña, dentro de una oscura cripta del cementerio de la Chacarita, Rouviot tiembla de nervios. Se le ha terminado el tiempo de la especulación y no tiene más remedio que avanzar. También Santana está inquieto. Solo le quedan dos balas, y eso quiere decir que su ventaja se ha reducido al 66 %. Una tras otra, el psicoanalista fue superando las pruebas y ahora se interpone entre su meta y él. Pero ya ha tomado una decisión: no hará más concesiones, ante el primer error, va a matarlo.

Ajena a estas reflexiones, Sofía los mira en silencio. Está enojada consigo misma porque no pudo reponerse nunca y no ha sido de ninguna ayuda. Sabe que si no fuera por Pablo ya estaría muerta, y tiene la certeza de que él va a ganar la partida, sin embargo, no está convencida de que Dante cumpla con su palabra y los deje ir.

—¿Vamos por la quinta bala, licenciado? —pregunta Dante.

—Bueno. Vayamos por Hernán Hidalgo, entonces. La única de tus víctimas a la que amaste… desde siempre. El verdadero motivo por el que viviste todos estos años. —Sofía lo mira, interrogante, pero Pablo la detiene con un gesto—. Imagino que por las noches fantaseabas cómo iba a ser el encuentro, ¿no? Y reconozco que te preparaste muy bien para cuando llegara el momento. Te convertiste en un hombre culto, inteligente y agradable. Quisiste ser alguien que nadie pudiera rechazar, y lo lograste. Claro, no tuviste en cuenta el azar, algo raro en vos. Deberías haber recordado aquello que los griegos supieron muy bien: siempre conviene desconfiar del destino. Supongo que te debe haber costado contener el deseo de encontrarlo, pero no ibas a averiguar quién era hasta que te sintieras preparado para jugar tu gran papel. ¿Cómo lo harías? No podías saberlo, tendrías que improvisar. Todo dependía de con quién te encontraras, y lo que encontraste no fue lo que esperabas. —Toma aliento y continúa—. Hernán se había convertido en una buena persona, sí, pero insegura y llena de miedos. Era apenas el hijo de una familia de clase alta que vivía angustiado por no tener la aceptación de Raúl quien, a su manera, debe haberte parecido tan cruel como Mansilla. Por eso dijiste en sesión que, *al fin y al cabo, él no tuvo un hogar tan diferente al tuyo*, y que *también su padre era una porquería al que no podía enfrentarse*, ¿no?

La joven no entiende nada y, por un instante, teme que la situación haya desbordado a Pablo y no sepa lo que dice. No obstante, la voz del psicólogo sigue escuchándose calma y segura.

—Me gustaría saber dónde estudiaste, qué trabajos tuviste y cómo viviste en estos años, pero no es momento de saciar mi curiosidad. Sin embargo, quiero que sepas que valoro mucho tu esfuerzo —comenta en tono empático.

Tira y afloja, avanza y frena, esa es su única estrategia en este momento: ir midiendo a cada paso las reacciones de Dante ante sus palabras.

—Cuando por fin te sentiste listo para emprender la aventura, volviste al hogar y obligaste a Mansilla a darte todos los datos que tuviera. Supongo que no se habrá alegrado de verte otra vez. Es cierto que siempre fuiste alguien especial para él, pero no ibas en son de paz, y tu presencia debe haberlo inquietado bastante. De todos modos, eso no es relevante. Lo único que tiene importancia es que ahora sabías a quién buscar y pensaste que, cuando lo encontraras, podrías descansar y ser feliz. Creías que nada podía evitarlo. —Se interrumpe.

—¿Por qué se detuvo?

—Porque recuerdo algunas de tus frases en análisis.

—¿Cuáles?

Rouviot lo mira, toma aliento, y deja que su memoria dé cuenta de los dichos de Santana.

—Cuando José te preguntó por qué te gustaba tanto Hernán, respondiste: *Porque es especial. Porque nunca habrá nadie en el mundo tan importante para mí*. Y pienso en la emoción que tenías cuando relataste el día en que ibas a confesarle tu más profundo deseo: *estar juntos para siempre*, porque, en definitiva, según dijiste, *ese era el destino de ustedes: construir un vínculo de amor y ser una familia*. Y esta vez era posible. Vos *no querías alejarte de él nunca más, ya no eran nenes y ahora nadie iba a separarlos*. Pero todos tus anhelos se derrumbaron cuando te dijo que *de ninguna manera iba a tirar a la basura su vida, su novia, su familia y su futuro* para estar a tu lado. Es probable que esa frase fuera el comienzo del fin.

—¿Qué quiere decir?

—Que el lugar en que te puso, la basura, debe haberte recordado el trato que recibiste durante toda tu vida. Creo que no fue su intención lastimarte. Es obvio que no se animó a desafiar a su padre, aunque quizás simplemente no te amaba.

—Sí, me amaba —grita Dante, que en todo ese tiempo no había dejado de moverse de modo nervioso.

—Puede ser —le responde fingiendo no percatarse de su estado—. Nunca lo sabremos. Lo cierto es que te angustió que Hernán te rechazara, que *no te diera el derecho de invadir su mundo*. Y ahí comprendiste la verdad, y se lo dijiste claramente a José: *te juro que era otro*. Y tenías razón, ya no era la persona que vos buscabas. Era simplemente Hernán Hidalgo y nada quedaba en él de Juan Santana, tu hermano.

Las palabras de Rouviot tienen el filo de una daga. Dante comienza a sollozar y Sofía lo mira, anonadada.

—No entiendo, Pablo.

—Callate —le ordena.

En este momento, se mueve en medio de un equilibrio muy precario, y debe dar el próximo paso antes de que todo se desmorone.

—Por eso lo mataste. Porque después de todo lo que hiciste, del sacrificio de tantos años para volver a estar a su lado, él no fue capaz de un mínimo gesto. Solo tenía que enfrentar a su familia por vos, y no lo hizo. Ahí decidiste que no merecía vivir, e hiciste justicia. Pobre Hernán.

—Pobre, ¿por qué? —cuestiona Dante.

Pablo mira a Sofía.

—¿Recordás lo que me dijiste cuando nos conocimos?

—No —responde ella con un hilo de voz.

—Que los misterios que llevaba *parecían ser una incógnita también para él. Como si tuviera rincones que ni él mismo se atrevía a visitar*. Tenías razón, le quitaron el derecho a su verdad y nunca pudo comprender el origen de su sufrimiento. Tal vez por eso, como dijo Rocío *se fue de este mundo lleno de secretos*. Nunca estuvo conforme con lo que logró y, *a pesar de lo mucho que se esforzaba, siempre todo le pareció poco* —cita a Laura sin decirlo—. Creo que, de un modo inconsciente, sabía que le faltaba una parte importante de su ser, su hermano.

A esta altura, el clima se ha enrarecido todavía más, y comprende que es ahora o nunca.

—Dante, si no cometí ningún error, creo que me gané una bala más.

—Pero ¿cómo pudo saber todo esto? —pregunta confundido.

—Eso te lo voy a responder después de que me des lo que me he ganado. —Lo ve dudar—. No pienses, no tenés elección. Es un acuerdo entre dos samuráis y está en juego nuestro honor. Yo estuve dispuesto a entregar mi vida si perdía. ¿Vos no vas a darme una simple bala? Si no lo hicieras, no te diferenciarías mucho de Hernán. Serías un cobarde, como él.

—Cállese —le apunta con el revólver.

—No me voy a callar —lo increpa el psicólogo elevando la voz—. Yo gané esta jugada, y si me mataras te convertirías en un miserable como Olmedo, como Mansilla, o en un gallina, como tu hermano. Así que elegí, porque sí o sí vas a darme esa bala. Aquí. —Le tiende la palma de la mano—. O acá. —Coloca el dedo en su frente.

El joven que tiene delante está fuera de control. Se mueve, muerde sus labios y se desparrama el pelo de modo compulsivo. Sin embargo, es posible que una cuota de razón quede todavía en él, y a ella apunta Rouviot. Dante tiene un pasado, una historia construida en torno a los libros y las leyendas.

Ese ha sido su mundo y, si pretende tener alguna oportunidad, tiene que apoyarse en él.

—Estoy seguro de que recordás la sentencia de San Pablo: *Si alguien compite en los juegos, no es coronado a menos que haya competido de acuerdo con las reglas*. Sé que amás el espíritu helénico, y también sé por qué: porque sos un luchador, pero incluso los guerreros olvidaban sus rencores durante las competencias con el único fin de ganar. Sin embargo, la diosa Nike, la victoria, no contemplaba grandes premios. Apenas una corona de hojas y el reconocimiento a la virtud, no solo física, sino también moral del ganador. En realidad, la importancia del triunfo residía en la creencia de que el coronado contaba con la bendición de los dioses. A aquellos contendientes solo los guiaba el espíritu agonal. —Mira a Sofía y le pregunta como al pasar —. ¿Sabés lo que significa *agón*?

Ella lo observa sin comprender, pero la mirada de Pablo le indica que le siga la corriente.

—No, no lo sé.

—Lo imaginaba. Explicale, Dante.

El joven lo observa confundido y, con un gesto, Rouviot lo alienta a hablar. Necesita que lo haga, que las palabras reemplacen a la acción, porque la única acción posible es que dispare el arma.

—Bueno —comienza con voz temblorosa—, es una palabra que significa lucha.

—Correcto. De allí viene la palabra *agonía*, que describe un momento muy particular, ¿no? —lo invita a continuar.

—Sí. El momento en que alguien pelea por su propia vida.

—Exacto —interviene Rouviot al ver que Santana no puede seguir—. Pero aquellas eran luchas honestas, porque el guerrero debía dar cuenta, no solo de su destreza física, sino también de su ética, su integridad y el respeto por las reglas y el rival. Como dijo Nietzsche, *un hombre noble no soporta ningún otro enemigo que aquel en el que no hay nada que despreciar y sí muchísimo que honrar*. Ese es el concepto fundamental de la competencia para los griegos: el honor. Y sé que vos, Dante, sos un hombre de honor.

Es todo lo que puede hacer, no se le ocurre nada más. Ahora su vida está en manos de un muchacho desequilibrado que tiene un arma y, algo dentro de él le indica que no hay escapatoria, que todo ha sido en vano. No obstante, como si un resto de coherencia iluminara las sombras de su confusión, Santana, como puede, abre el tambor del arma y retira una bala.

En el ambiente se escucha la profunda exhalación de Pablo.

—No esperaba menos —lo halaga con sinceridad.

El joven que tiene enfrente ha sufrido mucho, ha atravesado infiernos y, a su manera, hizo lo que pudo para intentar darle un sentido a su existencia.

Pero Rouviot aprendió hace tiempo que la vida y lo justo no se llevan demasiado bien. Lo mira y siente una auténtica pena por él. Su vocación terapéutica lo invade por un segundo y tiene el deseo de ayudarlo. Sin embargo, como bien dijo Dante: hay un momento en el que se debe elegir a quién cuidar. Y Pablo, hace rato que ha elegido.

—Ahora nos queda una última prueba —acota Rouviot— y ambos tenemos las mismas posibilidades de ganar. Fuiste un rival noble, y te lo agradezco. Pero antes de seguir me gustaría pedirte algo.

—¿Qué cosa?

—El libro.

—¿Qué libro?

—El que elegiste para dejar junto al cuerpo de tu última víctima.

Están frente a frente a no más de dos metros de distancia y, como en los antiguos duelos a pistola, ninguno de los dos desvía la mirada. Es un instante eterno que concluye cuando Dante mete la mano en el bolsillo derecho, saca un ejemplar de su abrigo y se lo arroja. Rouviot lo mira y, por primera vez, siente que tiene una oportunidad de ganar. Se separa con suavidad de Sofía y suspira.

—Andate —le ordena.

—¿Qué?

—Que te vayas.

—Ni se te ocurra —la amenaza Santana—. Si das un paso, me gasto la última bala y te vuelo la cabeza.

—Eso no es cierto —lo interrumpe Rouviot—. Los dos sabemos que no vas a hacerlo. —Luego mira al fondo de los ojos negros de la joven y le susurra—: Confiá en mí.

Ella asiente. Su cuerpo se niega a obedecerla, pero debe intentarlo. Se pone de pie con esfuerzo, gira y escucha a sus espaldas las amenazas de Santana, pero no va a detenerse. Pablo le dijo que confiara en él, y ella confía. El espacio que la separa de la puerta se le hace eterno, hasta que por fin el viento frío le da en la cara. Una vez afuera camina dos o tres metros más y siente que el mundo se desvanece a sus pies. Por suerte, unos brazos inesperados la contienen y evitan que caiga al piso.

– XXIV –

Siente las palmadas en la cara y despierta con la esperanza de que todo haya sido una pesadilla, pero al ver el lugar en que se encuentra comprende que no es así.

—¿Está bien? —le pregunta el hombre a media voz.

—Creo que sí —responde y cae en la cuenta de lo extraño que resulta la presencia de alguien a esa hora en el cementerio—. ¿Quién es usted?

—Tranquilícese. Soy el subcomisario Bermúdez, amigo de Rouviot. Dígame cómo están las cosas ahí adentro.

—¿Qué puedo decirle? Todo esto me parece una locura.

—Y lo es. Pero, por favor, cuénteme qué está pasando.

Como puede, Sofía lo pone al tanto de los detalles de su secuestro, de cómo llegó hasta allí, de la oportuna aparición de Pablo en el momento preciso en que Santana estaba forzándola a elegir uno de los frascos, y del extraño desafío que se estaba llevando a cabo dentro de la bóveda.

—Comprendo. Venga. —La ayuda a pararse y la lleva detrás de una cripta cercana—. Espere aquí.

—¿Qué, va a dejarme sola?

—Mire, señorita, en este momento Rouviot me necesita más que usted. Y puede quedarse tranquila, le aseguro que ningún alma en pena va a lastimarla.

—Espere. —Lo detiene—. ¿Qué va a hacer?

—Acercarme hasta la puerta para ver si consigo un ángulo de tiro seguro. No se preocupe, soy un profesional y no voy a poner a Pablo en peligro. Además, tengo dos ventajas. La primera, es que Santana ignora que estoy aquí.

—¿Y la segunda?

—Que en mi revólver hay seis balas, y él solo tiene una.

– XXV –

—Llegamos al final del juego —sentencia Pablo—. Es hora de hablar de la última de tus víctimas, porque todavía queda una más.

De pronto, como si saliera de un prolongado letargo, el joven parece recomponerse y, repitiendo el gesto de Pablo, lo aplaude.

—Es usted brillante, lo felicito. El mejor rival que enfrenté en mi vida. Pero antes de darlo por vencedor tendrá que decirme algunas cosas.

—Por supuesto. ¿Qué querés saber?

—¿Cómo dedujo que éramos hermanos?

Rouviot piensa antes de responder.

—Al principio pensé que lo único que tenían en común era el hecho de haber estado en el mismo orfanato. Luego empecé a sospechar que había algo más: tenían, también, la misma sangre. —Se toma un segundo—. Dante, todo este caso ha sido para mí el intento de descifrar un jeroglífico muy complicado, donde cada detalle era importante. Por eso, traté de encontrar las coincidencias entre ellos, es decir, alinear cada pista que, por pequeña que fuera, me condujera en una misma dirección. Y en este caso, la primera de esas pistas fue tu confesión. Una confesión que, al principio, no fui capaz de escuchar.

—¿A qué se refiere?

—En una entrevista con José dijiste que *no tenías nada de original* y que eras *el Hefesto de la familia*. Y era cierto. No tenías nada de original porque había otro como vos, hijo de los mismos padres y abandonado en el mismo lugar. En cuanto a la broma mitológica, al principio me pareció solo un comentario erudito y pensé que, simplemente, estabas intentando seducir a tu analista. Pero a medida que te fui conociendo y, sobre todo, cuando descubrí que estabas compitiendo conmigo, cada dato se volvió trascendente. Recién entonces me puse a analizar la historia de Hefesto. El hijo legítimo de Zeus que, en medio de una discusión, tuvo la osadía de contradecirlo en favor de su madre y el Dios, enfurecido, lo arrojó desde el Olimpo haciéndolo caer muy lejos. Hefesto se rompió las piernas y, desde entonces, todos se burlaron de él, a quien llamaban «el cojo de ambos pies». Era el más feo y, sin embargo, el más noble y sacrificado de los dioses. Es decir que se trataba de un hijo rechazado, abandonado y maltratado por su padre, como vos. Calculo que, en esa línea se ubican Raúl, Cipriano y Mansilla.

—¿Qué tiene que ver Raúl, si ni siquiera lo conozco? —lo interroga.

Pablo sabe que Dante juega con él. Está esperando que cometa el mínimo error para adjudicarse la victoria, por eso avanza con cuidado.

—En ese mismo encuentro dijiste: *No siento ser el hijo que un hombre como Raúl Hidalgo hubiera elegido tener*. Y de hecho es así, porque cuando fue al hogar en busca de un chico para adoptar, no te eligió a vos, sino a Juan. Tal vez porque él tenía un año, vos en cambio ya tenías tres. Al menos eso dijiste en sesión al hablar de tu enamorado, que le llevabas dos años.

—No me diga que le alcanzó con eso para darse cuenta.

—Claro que no. Mi sospecha fue creciendo sin que me diera cuenta a medida que te escuchaba. Lo decías todo el tiempo.

—¿Qué decía?

Rouviot lo mira y comienza a citar algunas frases que Santana pronunció en relación a Hernán.

—*Era la única persona en el mundo con la que podía ser yo mismo, la que podría entenderme y aceptarme como soy* —susurró—. Y cuando José te preguntó por qué, respondiste: *Porque es especial. Porque nunca habrá nadie en el mundo tan importante para mí*. Y te entiendo, porque eras el único que sabía que ese era el destino que compartían: *construir un vínculo de amor y ser una familia*, y estabas dispuesto a todo para lograrlo. Esta vez no ibas a permitir que nadie, ni siquiera Hernán, se interpusiera en tu camino.

—¿Acaso no le parece injusto que nos hayan separado? —lo interroga Dante furioso.

—Por supuesto, pero así fue siempre Raúl. Un hombre caprichoso y dictatorial que le dio el gusto a su mujer, pero solo a medias: aceptó recibir un bebé, pero no dos. —Hace una pausa—. Laura Lozano, en cambio, es una buena persona.

—Sin embargo…

—Lo sé —lo interrumpe—. Lo dijiste con claridad: *detrás de esa máscara de santa, no deja de apoyar las decisiones de su esposo*. Y algo de razón tenías. Es probable que Mansilla te haya contado que, si hubiera sido por ella, también habrías sido un Hidalgo. Igual, entiendo que te indigne su sumisión. Si te hace bien saberlo, Laura nunca pudo perdonárselo.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque la conozco, y te aseguro que sé reconocer los rasgos de la culpa. También Sofía me contó que jamás la vio disfrutar de las cosas. *Como si no se sintiera con derecho a ser feliz*. Y, además, porque ella misma me lo dijo, a su manera.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Cuando hablamos, me confesó que cuando Hernán murió se enojó con Dios y con el mundo, porque no podía entender cómo era posible que algo le pasara a un chico tan único. Pero antes de pronunciar esa palabra, único, se detuvo, recuerdo que le tembló la voz, como si supiera que iba a decir una

mentira. Porque ella sabía que su hijo no era único, que había otro al que no tuvo el coraje de rescatar, y le costaba vivir con eso. ¿Sabés? Cuando le mostré tu foto, la miró un rato largo, casi embelesada, y al final confesó que tenía la sensación de haberte visto en algún lado. Obviamente era así. Te vio durante toda su vida. En sus pesadillas, en sus fantasías de autocastigo y, en especial, en el rostro de su hijo. —Hace una pausa—. Ustedes se parecían mucho, ¿lo sabías?

Él asiente.

—Sin embargo, Hernán nunca se dio cuenta —comenta Dante.

Ahora, su mirada es calma y su rostro está relajado, como si al haber llegado a ese punto hubiera retomado el control de la situación. Rouviot sabe que Santana va a usar esa bala y está dispuesto a hacer todo lo posible para detenerlo.

—Entiendo tu enojo con ellos —continúa—. Como bien dijiste, no son más que dos personas a las que nunca le importaron tus sueños y que ni siquiera te dieron la oportunidad de conocerlos, e imagino que, para vos, eso fue como si te hubieran rechazado por segunda vez.

El joven lo mira extasiado, con gesto infantil.

—Su inteligencia es admirable. En especial, porque agregó a Hernán en la lista de mis víctimas. Creo que debe haber sido el caso más difícil de deducir, ¿no?

—Es cierto. Pero revisé muchas veces el relato de tus sesiones, hasta que al final pude escucharte: *La mayoría piensa que se trató de un accidente, que se le fue la mano, pero sé que no fue así.* —Le sonríe—. Claro que lo sabías, porque vos mismo lo mataste.

En ese momento, Rouviot comprende que se adentró en un terreno peligroso. Dante podría preguntarle acerca de cómo realizó ese crimen, y él no tiene la menor idea de cuál es la respuesta. Por eso se anticipa y, como al descuido, comenta.

—Ese fue el punto culminante de tu obra, una verdadera genialidad. Sé, porque se lo anticipaste a José al final de la última sesión que pude escuchar, que ibas a encontrarte con Hernán. Imagino que lo citaste en una confitería de la costanera con la esperanza de que hubiera cambiado de opinión. Por el contrario, te contó que le había propuesto a Sofía que se fueran a vivir juntos. Entonces, tu idea de caminar de su mano mirando el río se vino abajo y diste paso al plan B: matarlo. Hernán no consumía drogas, así que debiste administrársela sin que se diera cuenta, tal vez en alguna bebida. Pero no entiendo cómo conseguiste darle una cantidad tan grande como para que muriera.

Dante lo observa antes de responder.

—El secreto no fue la cantidad, sino la droga: fentanilo. Una sustancia que se consigue en cualquier veterinaria. Es de un opiáceo sintético que en principio se usó para disminuir el dolor en los enfermos terminales de cáncer y que hoy se utiliza en las mascotas. Es cien veces más tóxico que la morfina y mucho más potente que la heroína. Y además tiene una ventaja.

—¿Cuál?

—También se emplea para rebajar algunas drogas como las metanfetaminas o la cocaína. Así que solo tenía que echar en su bebida alguna de esas drogas y agregarle una cantidad exacta de fentanilo. Usted sabe, como yo, que la gente cree demasiado en el sentido común, y los médicos no son la excepción. Intuí que luego de la autopsia iban a pensar que la muerte se debía a una sobredosis de cocaína mal cortada, y no me equivoqué.

—Veo que pensaste en todo. ¿Puedo saber por qué José y no otro psicólogo?

Dante lo observa con picardía.

—Pobre Heredia, no tuvo nada que ver, se ve que era su destino. Cuando fui a buscar a Hernán a la facultad, luego de la discusión, nos fuimos a conversar a un bar.

—Jhonatan —recuerda Pablo.

—Sí. El que está en la esquina de José María Moreno y Formosa.

Pablo abre los ojos, sorprendido.

—A media cuadra del consultorio de José.

—Correcto. ¿Sabe lo que significa Jhonatan?

—No.

—Salvación. —Abre las manos con ingenuidad—. Yo no tenía la culpa de que justo en ese lugar hubiera una placa que indicaba que en el edificio atendía un psicólogo. Lo tomé como una señal y, a decir verdad, no llegó a salvarme, pero me ayudó mucho.

—Y, además, Jhonatan es otra de las versiones de Juan, ¿no es cierto? —pregunta Rouviot.

Dante lo mira pensativo.

—No lo había pensado.

—Quizás vos no, pero tu Inconsciente sí. ¿Sabés? Cuando entendí la lógica de tus crímenes pensé que habías dejado el libro de Kierkegaard junto a Hernán por su trama. Pero después entendí que, además, tenía que ver con el nombre de su protagonista, Johannes, es decir…

—Juan —completa la frase Santana y sus ojos se llenan de lágrimas—. Pablo, qué pena que esto termine acá. Creo que si lo hubiera conocido antes todo podría haber sido distinto. —Levanta el arma.

—No hagas una locura, Dante. Desde el principio, tu plan fue castigar a todos los que te habían separado de tu hermano. Tu padre biológico que los

entregó, Mansilla que lo dio en adopción y se quedó con vos, los Hidalgo que te dejaron en ese infierno, Sofía, con quien él quería casarse, José que, de algún modo, para protegerte intentó desalentar tu amor y Hernán que no tuvo el valor de pelear por esa historia.

—Sí —confirma Dante.

—Pero esto puede terminar aquí —intenta convencerlo—. Ya contaste la tragedia, no hace falta que muera alguien más.

Ahora las lágrimas mojan el rostro de Santana.

—Lo siento, Pablo, ya es demasiado tarde.

Lo ve ponerse de pie y escucha el sonido que produce el arma al ser martillada. Un frío le recorre el cuerpo y, como si viniera de lejos, se oye la voz de Bermúdez.

—Bajá ese revólver o te mato.

—¡No! —grita Rouviot y, en su desesperación, se coloca entre ellos—. No dispare.

—¿Qué hace, se volvió loco? —lo increpa el policía—. Agáchese.

—No. No va a matarme. —E instintivamente se acerca a Dante—. Por favor, no lo hagas. No tiene por qué ser así.

Pablo observa al hombre que tiene enfrente, pero sus ojos miran mucho más lejos. Ve a su padre, que también pasó su infancia internado en un hogar. Si no lo hubiera rescatado el abrigo de esa mujer que lo amó tanto, es probable que, al igual que Dante, hubiese terminado enloquecido. Piensa además en cada uno de los chicos que sufren la injusticia de una vida miserable, los que ha visitado en hogares o reformatorios, los abandonados, los que piden plata o limpian vidrios en las esquinas, los que son echados de los bares por pretender vender flores o pedir un plato de comida y, piensa, sobre todo, en aquellos que en este mismo instante duermen en la calle muertos de frío y lo invade una fuerza que lo revela. Siente que no es justo, y no entiende cómo algunos pueden ser felices dándole la espalda a tanto dolor. Sabe que no puede hacer mucho por esos chicos, pero quizás sí por ese muchacho alucinado que ahora tiembla con el arma en la mano a dos metros de distancia. No quiere darse por vencido, al menos tiene que intentarlo.

—Dante —le dice con ternura—. Te juro que te entiendo. Sé todo lo que tuviste que soportar, y tenés derecho a una vida mejor, ¿me escuchás? Es cierto que a Raúl Hidalgo jamás le importaron tus sueños, y sé que pensás que tampoco le importás a nadie en el mundo, pero te equivocás. A mí sí me importás. A mí sí me interesan tus sueños. Vos le dijiste a José que con él podías hablar de casi todo. Bueno, te aseguro que conmigo vas a poder hablar de todo. Te conozco mejor que nadie. Por favor, dejame ayudarte... Confiá en mí.

Dante Santana respira profundo y lo mira con gratitud. Duda y, por un instante, parece aceptar su propuesta, hasta que su cara se relaja, recobra la calma y, emocionado, afirma en tono de pregunta.

—Pablo, ¿usted me reconoce?

También Rouviot está conmovido y, sabiendo que serán las últimas palabras entre ellos, responde con sinceridad.

—Claro, Dante. Claro que te reconozco.

Un segundo después se escucha un disparo y el ruido de un cuerpo que cae sobre uno de los cajones.

– XXVI –

Media hora más tarde, el lugar es un concierto de policías que se mueven al compás de las luces azules de los patrulleros. Sofía tiembla en sus brazos y Bermúdez se acerca acompañado de una persona de gran altura y nariz aguileña.

—Rouviot, le presento al comisario Ganducci.

Todavía confundido, se pone de pie y lo saluda. El hombre lo mira con respeto.

—Un gusto, licenciado. Mire, la verdad es que debería pedirles, tanto a usted como a su amiga, que vinieran conmigo, pero por pedido de Bermúdez voy a dejar que se vayan a descansar. Sé que pasaron por una situación muy difícil. Eso sí, les ruego que mañana se den una vuelta por la comisaría para dejar su declaración.

—Quédese tranquilo, comisario, así será. Y muchas gracias por su consideración.

Ganducci se retira y comienza a dar órdenes a su personal. Pablo mira a su compañero de odisea y le pide un favor.

—Bermúdez, ¿podría encargarse de que alguien llevara a Sofía hasta su casa?

—Relájese, eso ya está arreglado. —Y le señala un móvil que la está esperando.

—Está en todas, usted. —Desvía la vista hacia la joven y la acaricia—. Me parece que deberías ir a lo de tus padres, no quiero que estés sola. —Ella intenta una protesta, pero él la interrumpe—. Te dije que iba a cuidarte, y es lo que estoy haciendo. Confiá en mí.

—¿Y por qué no venís conmigo?

—No puedo, tengo algo importante que hacer.

Un poco a desgano, ella acepta. Rouviot le coloca su abrigo en los hombros, la acompaña hasta que sube al auto, y la besa con ternura.

—Pablo, ¿me vas a llamar?

—Claro —le responde, aunque duda.

Le gusta esa mujer, pero no puede evitar pensar que él lastima todo lo que toca, y Sofía ya ha sufrido demasiado. El coche arranca y lo ve perderse por las calles circulares del cementerio. Tiene frío. Quizás sea el clima, o tal vez ese presentimiento que le habita el alma. Recuerda el llanto de Candela y la voz angustiada de Helena en el mensaje y, sin darse cuenta, comienza a caminar.

—¿A dónde va? —le cuestiona Bermúdez.

—A tomar un taxi, tengo que ir al hospital.

—¿Me está cargando? No voy a dejar que se vaya solo en ese estado. Vamos, lo llevo.

Acepta el ofrecimiento y se dirige hacia la puerta en busca del viejo Peugeot negro. Minutos después, el vehículo avanza por Corrientes en dirección al centro.

—Rouviot, ¿por qué no llama a su amiga para ver qué pasó?

—Porque tengo miedo —responde con voz temblorosa—. ¿Sabe? El Gitano es una de las pocas personas que me quedan en la vida y no podría soportar la noticia. Prefiero enterarme cuando llegue. A lo mejor, la obligación de contener a Candela me dé las fuerzas para afrontar este trance con dignidad.

El policía lo mira.

—Entiendo. Pero mientras vamos para allá, ¿podría hacerle algunas preguntas? Así de paso se distrae un poco.

—Sí, claro.

—Cuando estaba en la bóveda con Santana, ¿cómo supo cuál de los dos frascos tomar?

Él intenta una sonrisa.

—Daba lo mismo, en ninguno había veneno.

—¿En serio?

—Sí. Era solo un juego para poner a Sofía nerviosa. Un modo sádico de estirar un poco más la situación.

—¿Y cómo lo adivinó?

—Porque, si Dante hubiera querido envenenarla, lo podría haber hecho en cualquier lugar, no hacía falta traerla al cementerio, y deduje que no se iba a tomar tanto trabajo por nada. Tenía un motivo.

—Supongo que sí, pero ¿cuál?

Lo mira.

—Que para representar su acto final había decidido cambiar la historia.

—No entiendo.

—¿Se acuerda de Sibyl Vane, la actriz de la que se había enamorado Dorian Gray? —Bermúdez asiente—. Bueno, no fue ella quien murió en una cripta sobre el cuerpo de su amado, sino el personaje que representó la noche en que Dorian y sus amigos fueron a verla al teatro.

—¿Y ese dato, qué importancia tiene?

—Mucha. Porque es el mismo dato que me indicó que podía sacar a Sofía del lugar, Dante no iba a dispararle.

—Pero ¿cómo estaba tan seguro?

—Porque Julieta Capuleto no se pegó un tiro ni se envenenó.

—¿Y cómo murió?

—Se suicidó con un puñal sobre la tumba de Romeo. Por eso bajé del auto en Barrio Parque, para preguntarle a Laura dónde estaba el cuerpo de su hijo. Comprendí que lo que Dante quería era que todos pensaran que, como Julieta, Sofía se había suicidado con un cuchillo sobre la tumba de Hernán. Estoy seguro de que van a encontrar ese cuchillo cerca de su féretro.

—¿Por qué justo ahí?

—Porque Dante estuvo apoyado contra ese féretro todo el tiempo, seguramente para que no viéramos el arma.

Rouviot tiene razón. Lo que no puede imaginar es que se trata de la misma daga con la que, hace tantos años, Dante mató a Ernesto Olmedo y amenazó a Francisco Mansilla para poder salir de aquel infierno.

—Y, además, otro detalle terminó de convencerme de que no iba a matar de un balazo a Sofía —continúa el psicólogo.

—¿Cuál?

—El libro.

—¿Qué libro?

—El que pensaba dejar al lado de su propio cadáver: *Las desventuras del joven Werther*.

—¿Qué hay con eso?

—Es la historia de un muchacho que, al no poder soportar la vida sin su amada, se pega un tiro a la medianoche. —Lo observa de reojo—. ¿Qué hora es?

El policía consulta su reloj.

—La una y cuarto.

—Bueno, creo que, si no hubiéramos aparecido a perturbar su plan, habría acuchillado a Sofía y se hubiera pegado un tiro justo a las doce. Tal vez por eso inventó el jueguito de los frascos de veneno, para hacer tiempo hasta que llegara el momento preciso de bajar el telón.

—Así y todo, cuando usted se interpuso entre Santana y yo, creí que se había vuelto loco —comenta Bermúdez.

Pablo menea la cabeza.

—Sabía que tampoco me iba a disparar a mí, ni a usted. Solo le quedaba una bala y debía guardarla para él. La tragedia que había escrito en su cabeza era demasiado perfecta como para renunciar a ella justo en el momento de su desenlace. —Sonríe.

—¿Qué pasa?

—¿Sabe cómo se llamaba el autor de esa novela?

—¿De qué novela?

—*Las desventuras del joven Werther*.

—No.

—Goethe, Johann von Goethe.

—Es decir…

—Juan.

Bermúdez suspira, a la vez que prende un cigarrillo.

—¡La puta madre! Qué jodida está la cabeza de la gente.

—Es cierto, Dante tenía una mente muy enferma, pero con una lógica perfecta.

El policía lo mira de reojo con admiración.

—¿Y cómo hizo para descifrar una trama tan loca?

—Ya se lo dije…

—Ah, sí, ya sé. Escuchando palabras que flotan en el aire.

A pesar de su angustia, el hombre le saca una sonrisa.

—Igual, Bermúdez, le confieso que hasta el final tuve algunas dudas, por eso fui a ver a los Hidalgo, necesitaba hacerle algunas preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Primero, cuál era la fecha de cumpleaños de Hernán, y me respondieron que el veinte de mayo. Entonces, indagué si el diez de abril significaba algo para ellos.

—¿Por qué?

—Porque es la fecha en que Santana le contó a José que hubiera cumplido años su amigo que murió de sobredosis, al que llamó Dante. Es decir, Hernán.

—Pero ¿Hernán no era Juan?

—Era ambos. En su delirio, dividió su recuerdo en dos personas diferentes. Al que había muerto de sobredosis le dio su propio nombre, Dante, quizás porque también una parte de él había muerto con Hernán. En cambio, al otro, a su gran amor, lo llamó Juan.

—Por favor, qué retorcido es todo esto —comenta Bermúdez y lo interroga —. ¿Y qué respondieron a su pregunta?

—Raúl contestó que para él no implicaba nada. Laura, en cambio, se puso a llorar y dijo que el veinte de mayo le habían entregado a su hijo, pero que la fecha real de su nacimiento, la que figuraba en el acta que había dejado la persona que lo abandonó en el hogar, era el diez de abril.

—Comprendo. ¿Y qué más les preguntó?

—Si el nombre original del bebé que adoptaron era Juan. Cuando me dijeron que sí, se acrecentó mi sospecha de que Hernán y Dante eran hermanos, pero todavía era solo eso, una sospecha. Necesitaba que ellos me lo confirmaran.

—¿Y lo hicieron?

—Sí. Recordé que, en una charla, Laura me dijo que a Hernán sí le dieron todo lo que un hijo podía soñar, y le cuestioné que, si era cierto que *a Hernan sí*, ¿a quién no le habían dado la misma oportunidad?

—¿Y cómo reaccionó?

—Estaba demasiado angustiada para hablar, pero tenía que sacarme la duda. Entonces, les cuestioné por qué seguían mintiéndome después de que yo había descubierto que Hernán era adoptado. ¿Qué podía haber peor que robarle a un chico la identidad y su derecho a la verdad? Y en ese momento, Laura me develó el secreto que la había torturado durante toda su vida, la decisión que nunca pudo perdonarse.

—¿Y qué era?

—Hernán tenía un hermano que también había sido internado en ese hogar junto con él, pero decidieron adoptar solo a uno de ellos. Y, en ese acto, los habían separado para siempre. Bueno, en ese momento corroboré que mi sospecha era cierta.

Bermúdez tira el cigarrillo y durante unas cuadras avanzan en silencio. Poco después, hace un comentario.

—Santana estaba peor de lo que yo creía. Mire que hay que estar muy loco para acostarse con el hermano.

Pablo frunce el ceño.

—¿Sabe qué pasa? En su cabeza, era la única manera de que pudieran volver a estar juntos y ser una familia. —Piensa un segundo y exclama—. ¡Qué cosa el Inconsciente!

—¿Por qué lo dice?

—Porque nos impulsa a hacer cosas sin que sepamos el motivo.

—¿Podría ser más claro?

—*Príncipe y mendigo* —suelta Pablo—. Ese fue toda la vida el libro preferido de Santana.

—¿Y qué hay con eso?

—Es obvio que, a pesar de que tenía solo tres años cuando fue separado de Hernán, Dante se fascinó con esa historia de impostura que conseguía que dos personas se volvieran una. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque, de alguna manera, siempre supo que una parte de él estaba en otro lugar.

—Ahora, no entiendo qué le permitió unir todos estos cabos sueltos —le interroga Bermúdez.

—Un sueño.

El policía lo observa.

—Me está cargando.

—No. Fue un sueño en el que había llantos de bebé, crías que se dejaban de lado, una enorme placenta y el *big bang*. —El hombre de ojos claros asiente sin entender nada de lo que acaba de escuchar—. Ahí supe que el secreto de este drama estaba en el génesis. Todo tenía que ver con el origen de

Dante Santana. Con ese momento trágico en que su madre murió, su padre lo abandonó, fue separado de su hermano y entregado en manos de un perverso.

—Entonces, nosotros estábamos equivocados en algo.

—¿En qué? —pregunta Rouviot.

—Después de lo que usted averiguó en la estancia, creímos que la esposa de Cipriano había muerto al dar a luz a Dante, pero no era así. En realidad, ella murió en el parto de Hernán.

—Exactamente. —Sacude la cabeza.

Bermúdez le sonríe.

—Al final hicimos una buena yunta. Somos como Bonnie and Clyde.

Pablo menea la cabeza.

—Bermúdez, Bonnie Parker era una mujer.

—¿En serio? —pregunta asombrado—. Bueno, es lo mismo. —De pronto lo mira y ve que los ojos del psicólogo están llenos de lágrimas—. ¿Qué le pasa?

—Fracasé.

—¿Qué dice?

—Dante. No pude salvarle la vida. Yo tampoco fui capaz de darle una oportunidad.

—Ah, bueno, usted está tan loco como él —comenta el policía atónito—. Rouviot, si no fuera por todo lo que hizo, este caso no se habría resuelto y de seguro la piba estaría muerta. Así que déjese de joder. Tampoco podía salvar a todo el mundo. —Hace una pausa—. Mire, yo no estudié ni sé todo lo que usted sabe, pero he pasado muchas cosas. Permítame que le dé un consejo: acepte que no es Dios, y trate de vivir en paz.

Cuando el auto se detiene en la puerta del Hospital de Clínicas. Pablo mira a ese hombre que tanto ha confiado en él y tiene el impulso de abrazarlo, pero se contiene. En cambio, le estira la mano.

—Gracias, Bermúdez. Nunca voy a olvidar lo que hizo por mí y, si alguna vez me necesita, sepa que cuenta conmigo. Para lo que sea.

De pronto, ese hombre rudo se acerca y le toma la cara con gesto paternal.

—Míreme, Pablo, y escuche lo que voy a decirle. Usted es un gran tipo, y conocerlo fue una de las pocas cosas buenas de mi puta vida. —Le da una cachetada suave—. Y ahora vaya, que arriba lo están esperando.

Rouviot cierra los ojos un instante y baja del auto. Entra al lugar y encara hacia las escaleras. Sube como si fuera un autómata. Al llegar al décimo piso, gira por el pasillo y allá, en el fondo, las ve. Están abrazadas, llorando. Al reconocerlo se ponen de pie y corren a su encuentro. La primera en llegar es Candela que se arroja a sus brazos. Segundos después, llega Helena.

—Rubio, ¿dónde mierda estabas?

No tiene tiempo para dar explicaciones porque, justo en ese momento, se abre la puerta y aparece la figura enorme del doctor Uzarrizaga.

—Vení, Pablo —lo llama.

Él se desprende como puede de las mujeres y camina hacia donde está su antiguo profesor.

—¿Querés verlo? —le pregunta el médico. Rouviot lo sigue en silencio—. Hicimos lo mejor que pudimos. —Alcanza a escuchar al tiempo que llega al box donde yace su amigo.

Pablo tiembla y se arroja sobre su cuerpo. A los pocos segundos siente cómo una mano le acaricia la cabeza y oye la voz querida de José.

—¿Qué te pasa, maricón?

Rouviot levanta la vista y se encuentra con los ojos vidriosos del Gitano. Confundido, mira a Uzarrizaga sin comprender qué está ocurriendo.

—Como te decía —continúa el médico—, hicimos lo mejor que pudimos, y lo logramos.

Recién entonces, Pablo suelta toda su angustia contenida y llora, pero esta vez su llanto no es de dolor, sino de felicidad.

Hay momentos en la vida en los que pareciera ser que Dios existe. Instantes fugaces en los que todo se ordena de un modo casi perfecto y el mundo aparenta cobrar algún sentido. Y para Pablo Rouviot, después de tanta angustia, este es uno de esos momentos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Cynthia, por cuestionar cada una de las palabras aquí escritas con talento y amor.
A Lucas, por sacudir mis ideas y ser el impulsor de mis deseos de novelista.
A Alejandro Salazar, por aquellos palotes iniciales.
A Luis María Stanzione, por el regalo de una anécdota invalorable.
A Nacho y Mariano, por empujarme siempre a un desafío más.
A Sebas, por su apoyo constante.
A Martín, compañero de aventuras.
A Fen, por el milagro de una nueva-vieja amistad.
A Gastón, Alberto y todos los muchachos de Planeta.
A mi familia y mis amigos, por recordarme dónde está, de verdad, lo importante de la vida.
A los lectores, por regalarme emociones con las que ni siquiera me había animado a soñar.

GABRIEL ROLÓN nació en Buenos Aires en 1961. Cursó sus estudios en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Se graduó e hizo su especialización en psicoanálisis, disciplina que difunde tanto desde su actividad académica como desde su intensa participación en los medios.

En 2008 condujo sus propios espacios: Noche de diván, por Radio Mitre, y Terapia (única sesión), por América TV.

Fue orador en el Congreso Mundial de Psicoanálisis organizado en 2012 en México DF; en 2013 dictó jornadas de formación psicoanalítica en la Universidad PUCRS, de Porto Alegre, y es invitado de manera asidua por universidades locales y extranjeras a participar en actividades y a brindar seminarios de clínica psicoanalítica.

Historias de diván, su primer libro desde el psicoanálisis, fue un éxito de ventas sin precedentes en la Argentina y se editó en Alemania, España, Uruguay, Bulgaria, México y Brasil, fenómeno que se repitió en 2009 con su segundo libro, *Palabras cruzadas*, y con la publicación en 2010 de *Los padecientes*, su primera novela, que fue traducida al francés, al portugués y al italiano. En 2012 publicó *Encuentros (El lado B del amor)*, el libro más vendido del año en la Argentina.

La serie de televisión Historias de diván basada en sus libros, y de la cual fue uno de los adaptadores y guionistas, además de ser distinguida por la Red Iberoamericana de Ecobioética de la UNESCO por su interés cultural y ético-social, es parte de los debates en distintos foros académicos. Ha sido, además, llevada al teatro con gran éxito.

Los casos que presenta en sus obras son utilizados para estudiar clínica psicoanalítica en universidades de la Argentina, Paraguay, España y Brasil. *Medianoche en Buenos Aires*, un relato musical (2013) escrito junto con Teresa Castillo, e *Historias inconscientes* (2014), son sus últimas obras.